



## Aviso Legal

### Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera Época (1942-1985). México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>*

### Datos de la revista:

Año VII, Vol. XLI Núm. 5 (septiembre-octubre de 1948).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C. P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: [cialc-sibiunam@dgb.unam.mx](mailto:cialc-sibiunam@dgb.unam.mx)

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

***CUADERNOS***

**AMERICANOS**

**MEXICO**

**5**

# **CUADERNOS AMERICANOS**

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)  
PUBLICACION BIMESTRAL

Ave. Rep. de Guatemala N° 42  
Apartado Postal 965  
Teléfono 12-81-48

DIRECTOR-GERENTE  
JESUS SILVA HERZOG

SECRETARIO  
JUAN LARREA

*AÑO VII*

# 5

SEPTIEMBRE - OCTUBRE

1 9 4 8

INDICE  
Pág. IX

**FE EN  
MEXICO**

**LA PATRIA  
NECESITA  
TU ESFUERZO**



**CAMPAÑA DE RECUPERACION ECONOMICA DE MEXICO**



## CERTIFICADOS DE PARTICIPACION

Uno de los vehículos más eficaces para canalizar el ahorro nacional hacia la promoción y ampliación de industrias que fortalezcan la economía del país consiste en los CERTIFICADOS DE PARTICIPACIÓN de la NACIONAL FINANCIERA, S. A., que son Títulos de crédito fácilmente negociables, de recuperación segura y rendimientos atractivos, exentos del pago de impuestos.

Adquiriendo CERTIFICADOS DE PARTICIPACIÓN, podrá usted contribuir a la industrialización nacional, que habrá de traducirse, en última instancia, en el mejoramiento del nivel de vida de todos los mexicanos.

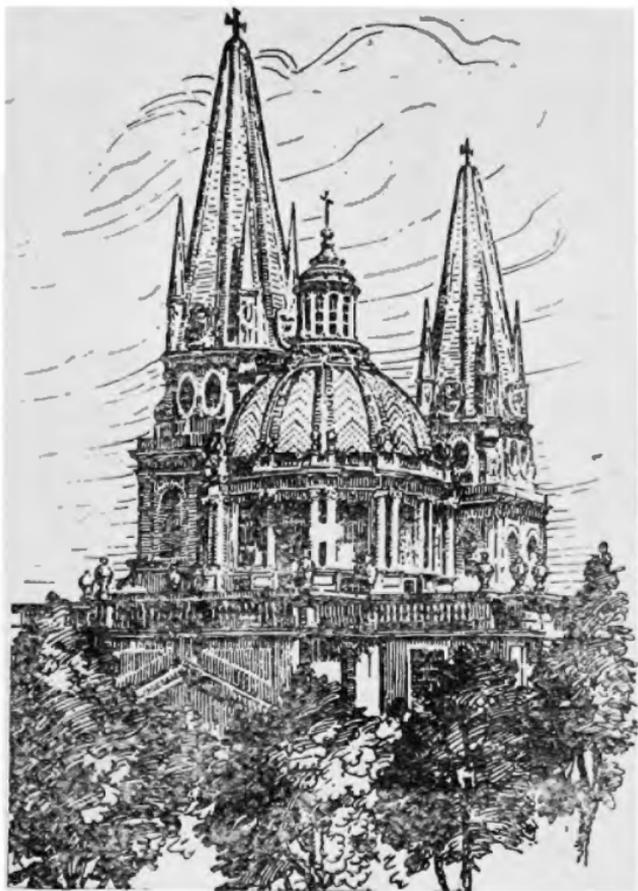


# NACIONAL FINANCIERA, S. A.

VENUSTIANO CARRANZA ORIENTE 4 No. 853

APARTADO No. 353

MEXICO, D. F.



**GUADALAJARA**, fundada en 1541, cobró gran importancia desde luego cubriendo su suelo con monumentos de bella arquitectura y tomando parte importante en nuestra Historia.

Ha tenido fama también, tanto por su clima como por la sonrisa acogedora de sus alrededores llenos de matices musicales; pero sobre todo por el encanto de sus mujeres que llevan en la sangre y en los ojos la gracia andaluza.

Los Ferrocarriles Nacionales de México tienen para esa Capital un servicio rápido y confortable.

**L**a cerveza renueva las energías gastadas, porque nutre, al mismo tiempo que refresca.

La cerveza contiene 90% de agua, de la más pura que es dable obtener y 10% de alimento líquido, cereales también, como el pan. Al beberla usted, toma cierta cantidad de cebada, malta y lúpulo, donde existe latente la vitalidad de los campos oxigenados, que fertiliza el sol....



ASOCIACION NACIONAL DE  
FABRICANTES DE CERVEZA

# Distinción

BELMONT con su fina  
mixture de tabacos Virginia  
Burley y Turco, va de acuer-  
do con el gusto más exigente



COMPARE CALIDAD... Y PRECIO!

La pausa que refresca



## Libros sobre la Historia de México

La Civilización Maya. Por S. G. Morley. ....	\$ 44.00
Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché. Edición de Adrián Reanos .....	\$ 12.00
Diálogo Sobre la Historia de la Pintura en México. Por J. B. Couto. ....	\$ 14.00
Sellos del Antiguo México. Por J. Enciso .....	\$ 55.00
Vigesimoséptimo Congreso Internacional de Americanistas. Actas de la primera sesión celebrada en la Ciudad de México en 1939. Vol. II. ....	\$100.00
Historia Tolteca Chichimeca. Anales de Quauhtinchan. Versión preparada y anotada por Heinrich Berlin en colaboración con Silvia Rendón. Prólogo por Paul Kirchoff. Con láminas. ....	\$ 35.00
Ensayo bio-bibliográfico sobre Fray Alonso de la Vera Cruz. Por Amancio Bolaño e Isla .....	\$ 25.00
Coahuila y Texas en la Época Colonial. Por Vito Alessio Robles .....	\$ 20.00
Coahuila y Texas. Desde la consumación de la Independencia hasta el Tratado de Paz de Guadalupe Hidalgo. Dos tomos. Por Vito Alessio Robles .....	\$ 30.00
La primera imprenta en las Provincias Internas de Oriente: Texas, Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila. Con facsimiles. Por Vito Alessio Robles .....	\$ 5.00

DE VENTA EN LA

## ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

Esq. Guatemala y Argentina

México, D. F.

## ACADEMIA HISPANO MEXICANA



SECUNDARIA, PREPARATORIA Y COMERCIO

Externos

VIENA 6.

TEL.: 35-51-95

KINDER - PRIMARIA

Medio Internado - Externos.

REFORMA 515 (LOMAS)

TEL.: 35-05-62

MEXICO, D. F.

# BREVIARIOS

DEL

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

la nueva colección que ofrecerá en tomos breves, económicos y de pulcra presentación los grandes temas de la cultura de nuestro tiempo

HAN APARECIDO:

1. *Historia de la Literatura Griega*, por C. M. Bowra.
2. *La Inquisición Española*, por A. S. Turberville.

Precio del volumen: \$5.00 - Dls. 0.85.

## LIBROS RECIENTES

- Geografía Política*, Whittlesey. \$30.00 - Dls. 6.20.  
*Pueblos y Estados*, Ranke. \$25.00 - Dls. 5.20.  
*Diccionario de Psicología*, Warren y 110 especialistas más. \$25.00 - Dls. 5.20.  
*Historia Institucional de Argentina*, Carlos Sánchez Viamonte. Vol. 39 de la Colección "Tierra Firme". \$7.00 - Dls. 1.50.  
*Andrés Bello*, Pedro Lira Urquieta. Vol. 38 de la Colección "Tierra Firme". \$6.00 - Dls. 1.25.  
*Entre Libros*, Alfonso Reyes. \$6.00 - Dls. 1.25.  
*Educación y Concordia Internacional*, Discursos y Mensajes, Jaime Torres Bodet. \$12.00 - Dls. 2.50.  
*Geografía Económica*, Jones y Darkenwald. 2a. ed. \$24.00 - Dls. 5.00.  
*Historia Económica de Estados Unidos*, Kirkland. 2a. ed. \$25.00 - Dls. 5.20.  
*Paideia: Los ideales de la cultura griega*, Jaeger. Tomo II, 2a. edición. \$18.00 - Dls. 4.25.  
*Tratado sobre los Ciclos Económicos*, Estey. \$16.00 - Dls. 2.70.  
*Vida de Ercilla*, José Toribio Medina. Prólogo de Ricardo Donoso. Vol. 6 de la "Biblioteca Americana". \$14.00 - Dls. 2.50.  
*Filosofía del Entendimiento Humano*. Andrés Bello. Prólogo de José Gaos. Vol 7 de la "Biblioteca Americana". \$17.00 - Dls. 2.90.  
*Letras de la Nueva España*, Alfonso Reyes. Vol. 40 de la Colección "Tierra Firme". \$6.00 - Dls. 1.25.  
*Fisonomía Histórica de Chile*, Jaime Eyzaguirre. Vol. 41 de la Colección "Tierra Firme". \$6.00 - Dls. 1.25.  
*Historia de las Teorías de la Producción y la Distribución*, Cannan. 2a. ed. \$15.00 - Dls. 3.10.

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

PANUCO, 63

MEXICO, D. F.

# CUADERNOS AMERICANOS

No. 5      Septiembre-Octubre de 1948      Vol. XLI

---

## I N D I C E

	Págs.
<b>NUESTRO TIEMPO</b>	
FRANCISCO ROMERO. Inventario de la crisis	7
VÍCTOR MASSUH. La esperanza europea	30
ANTONIO CARRILLO FLORES. El desarrollo económico de México	42
<i>Wallace: símbolo de la reconciliación entre Hispanoamérica y los Estados Unidos</i> , por JOSÉ E. ITURRIAGA	60
<i>Retorno al futuro</i> , por ANDRÉS HENESTROSA	66
<i>Recuerdo de Ramón Iglesia</i> , por SILVIO ZAVALA	70
<b>AVENTURA DEL PENSAMIENTO</b>	
JUAN CUATRECASAS. El obstáculo epistemológico en el pensamiento político	75
EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA. Imagen de Martín Fierro	99
JOAQUÍN ALVAREZ PASTOR. Moralidad y moral	126
<i>Historia constitucional de Argentina</i> , por JESÚS REYES HEROLES	137
<b>PRESENCIA DEL PASADO</b>	
PEDRO ARMILLAS. Fortalezas mexicanas	143
LUIS AZNAR. Las etapas iniciales de la legislación sobre indios	164

	Págs.
FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI. La infancia mágica y real de Sarmiento y José Martí	188
<i>Machu Picchu</i> , por CARLOS OBREGÓN SANTACILIA	209
<i>Imagen documental de José Enrique Rodó</i> , por EMIR RO- DRÍGUEZ MONEGAL	214

## DIMENSION IMAGINARIA

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ. Del fondo de la vida	229
GABRIELA MISTRAL. El costado del mundo	231
EMILIO ORIBE. La contemplación de lo eterno	235
OCTAVIO PAZ. El girasol	241
ERNESTO G. DA CAL. <i>Don Segundo Sombra</i> , teoría y símbolo del gaucho	245
CARMEN R. L. DE GÁNDARA. El lugar del diablo	260
<i>Un pintor holandés en el Ecuador</i> , por ALFREDO PAREJA DÍEZ CANSECO	282
<i>La vida literaria y artística en París</i> , por MARGARITA NELKEN	284



*Todos los artículos de CUADERNOS AMERICANOS son riguro-  
samente inéditos en todos los idiomas.*

*Se prohíbe su reproducción sin indicar su procedencia.*

# NOVEDADES

- AMÉRICO CASTRO:** España en su historia (Cristianos, moros y judíos) ..... \$ 40.00  
Américo Castro, con su gran autoridad y saber, desentraña en un estudio tan erudito como vivaz los rasgos permanentes de España atendiendo a la presencia constante y activa de los moros y judíos en su multiseccular proceso histórico. Un volumen de gran formato y 708 páginas con ilustraciones, encuadernado en tela.
- RAFAEL ALBERTI:** A la pintura. Poema del color y la línea. \$ 20.00  
Un libro único, maravillosa interpretación y exaltación líricas de los grandes maestros, los colores y todos los elementos del arte pictórico. Un volumen lujosamente editado e ilustrado con una lámina en cuatro colores y dieciséis bicromías.
- PEDRO SALINAS:** La poesía de Rubén Darío ..... \$ 10.00  
Pedro Salinas estudia la poesía de Rubén Darío utilizando un nuevo punto de vista. Unificando su aparente dispersión, descubre en ella la persistencia del tema erótico y de otros subtemas cardinales que revelan su esencial unidad.
- CHARLES RENOUVIER:** Bosquejo de una clasificación sistemática de las doctrinas filosóficas, 2 tomos ..... \$ 22.00  
Una obra de las verdaderamente fundamentales de la filosofía moderna. En ella se recapitulan los sistemas del pensamiento filosófico desentrañando sus motivos profundos y sus aportes perdurables.
- HERMANN NOHL:** Teoría de la educación ..... \$ 6.00  
Los problemas fundamentales de esta disciplina: su posibilidad como ciencia autónoma, la educación nacional, el carácter del educador y los contenidos y formas de la educación.
- GUILLELMO DE TORRE:** La aventura y el orden (Bca. Contemporánea 208) ..... \$ 3.50  
Segunda edición de este libro "Indispensable—según un comentarista—para el conocimiento de la literatura de este siglo", aumentado con nuevos capítulos.
- GUILLELMO DE TORRE:** Tríptico del sacrificio (Bca. Contemporánea 210) ..... \$ 3.50  
Importantes estudios críticos sobre Unamuno, García Lorca y Antonio Machado, seguidos de otros sobre diversos problemas intelectuales del día.
- JUAN RAMÓN JIMÉNEZ:** Piedra y cielo (Bca. Contemporánea 209) ..... \$ 3.50
- JUAN RAMÓN JIMÉNEZ:** Diario de poeta y mar (Bca. Contemporánea 212) ..... \$ 4.50  
Dos de las expresiones líricas más puras y personales del autor de *Pintero* y *yo*.
- RABINDRANATH TAGORE:** *Chitrá. Pájaros perdidos* (Bca. Contemporánea 211) ..... \$ 3.00  
Incorporamos hoy estas dos hermosas obras del poeta hindú a la Biblioteca Contemporánea donde figuran ya: *El Cartero del rey*, *La luna nueva*, *Mushi*, *El jardinero*, *El rey y la reina*, *Ciclo de primavera* y *La cosecha*.
- MANUEL GALVEZ:** *Jornadas de agonía* (Bca. Contemporánea 213) ..... \$ 4.50  
Constituye esta novela la tercera y última parte de la trilogía *Escenas de la guerra del Paraguay*, cuyos dos primeros títulos: *Los caminos de la muerte* y *Jornadas de agonía* han aparecido ya en esta misma colección.



## EDITORIAL LOSADA, S. A.

Alsina 1131, Buenos Aires

MONTEVIDEO

SANTIAGO DE CHILE

LIMA

# EL COLEGIO DE MEXICO

publica trimestralmente la

*Nueva*

## *Revista de Filología Hispánica*

DIRECTOR: AMADO ALONSO

Redactores: William Berrien, Américo Castro, Antonio Castro Leal, Fidelino de Figueiredo, Hayward Keniston, Irving A. Leonard, María Rosa Lida, José Luis Martínez, Agustín Millares Carlo, José F. Montesinos, Marcos A. Morínigo, S. G. Morley, Tomás Navarro, Federico de Onís, Alfonso Reyes, Ricardo Rojas, Manuel Toussaint y Silvio Zavala.

Redactor Bibliográfico: Mary Plevich.

Secretario: Raimundo Lida.

●

### PRECIO DE SUSCRIPCION Y VENTA:

En México: 20 pesos moneda nacional al año; en el extranjero: 5 dólares norteamericanos. Número suelto: 6 pesos moneda nacional y 1.50 dólares, respectivamente.

●

### REDACCIÓN:

*EL COLEGIO DE MEXICO* [ ]

SEVILLA, 30.

MÉXICO, D. F.

### ADMINISTRACIÓN:

*FONDO DE CULTURA ECONOMICA*

PÁNUCO 63.

MÉXICO, D. F.



RESERVADO

PARA LA

UNION NACIONAL

DE

PRODUCTORES DE AZUCAR



# COMPañIA FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

CAPITAL SOCIAL: \$ 50.000,000.00

FABRICANTES DE TODA CLASE DE MATERIALES  
DE FIERRO Y ACERO:

Fierro Comercial y Fierro Corrugado, de todas medidas,  
para construcción; Aceros para Muelles; para Herra-  
mientas; Octagonal para Minas y Hornos, etc.

Placas, Viguetas "I" y "H", Canales "U".

Rieles de Diversas Secciones y Pesos.

Alambres y Alambrón.

Tornillos Máquina.

Coche y Arado;

Estoperoles

Pijas

Tuercas y Remaches

Arandelas

y

Clavos y Tornillos para Vía, etc., etc.



*Domicilio Social*

y

*Oficina General de Ventas:*

BALDERAS N° 68.

Apartado 1336.

MEXICO, D. F.

FABRICAS

en

MONTERREY, N. L.

Apartado 206.



## ENVASES DE HOJA DE LATA...

*Presentamos una sucinta ilustración de los principales productos que se fabrican en hoja de lata en nuestra Patria, mediante una técnica comparable a la de las fábricas más avanzadas y con materiales de primerísima calidad, la producción de la hoja de lata de calidad insuperable se reserva en ALTOS HORNOS DE MEXICO, S. A.*

**L**a gran variedad de envases que se fabrican hoy día a base de hoja de lata, cubren para hacer llegar al público consumidor artículos de toda clase. Sólo mediante el empleo de hoja de lata se consigue la calidad y las características indispensables de los productos envasados.

Esto se debe a que la hoja de lata reúne características que la hacen ideal para la mayor parte de las sales y conservas, por tanto, sin alteración las dimensiones más puras y las formas más delicadas. Por esta razón y debido, además, a las excelentes condiciones que presenta la hoja de lata para los diversos tratamientos mecánicos de división, curvación, embudo, soldado, etc. es constantemente empleada en la fabricación, principalmente de:

• ENLATADOS PARA ALIMENTOS, entre los que se incluye desde mentalmente el envase de frutas, legumbres, carnes, pescado, azúcar, etc. así como café, leche en polvo, leche condensada, salsas, etc. cuya adecuada conservación exige las mejores condiciones de seguridad e HIGIENE.

• ENVASES EN GENERAL, en una gran variedad de figuras y tamaños

para mantener tales como: aceites, plásticos y lacas, aceites esenciales y etanol, sales, cosméticos y productos farmacéuticos, grasas para jabones, etc.

• TAPON CORONA Y CUBIERTAS entre los que se señala especialmente la fabricación de envases para botella, tapaderas limas y esterilizadas, jellitas de margarina, etc.

• Y UNA GRAN DIVERSIDAD de productos para los usos más variados entre los que se encuentran: artículos para cocinas, equipos de repostería y toda la extensa rama de juguetes, novedades, letras, litografías e impresiones en general.

México mediante el desarrollo del sistema de envases de sus productos agrícolas para hacerlos llegar a todas las regiones del país, combinando, en esta forma, la necesidad de un embargo inmediato de alimentos imprescindibles de almacenar y conservar, así, las pérdidas ocasionadas por este motivo. Lo que es posible, desde el momento en que México cuenta con la materia prima necesaria y con una mano de obra y una organización al servicio de la industria nacional, organización que responde, en nuestra Patria, al nombre de ALTOS HORNOS DE MEXICO, S. A.

ALTOS HORNOS, está ya en capacidad de entregar Hoja de Lata para cualquiera de sus empleos, desde un envase de aceite mineral, hasta el que se necesita para los comestibles más delicados.

**ALTOS HORNOS DE MEXICO, S.A.** 

OFICINAS EN MEXICO: V. CARRANZA No. 23 9859 404 A 411  
TEL. ESTACION 17 91 47 MEXICANA 55 50 78



## **PETROLEOS MEXICANOS**

**PRODUCTORES, REFINADORES y VENDEDORES de  
PETROLEO y sus DERIVADOS.**

pone a las órdenes de los señores industriales  
y demás consumidores de sus productos, la ex-  
periencia y consejo de sus técnicos en lubricación  
y otras especialidades.



# DEMOCRACIA EN FUNCIONES

**L**A interdependencia entre los fenómenos espirituales y económicos es tan compleja, y tan espontánea la tendencia de los pueblos a su mutuo conocimiento y trueque de valores, que todo inclina, dentro de una bien entendida democracia, a favorecer esas relaciones internacionales, a estimular, en lo espiritual y en lo económico, dichos intercambios.

Esta parece ser la razón por la que se observa actualmente en las esferas oficiales de los EE. UU., relativamente al turismo, una corriente pronunciada a favor de una tesis sostenida en México hace ya algunos años. El turismo es y sobre todo puede ser mucho más que asunto de distracción y solaz particular para convertirse en una circulación económica exigida por la salud del cuerpo de naciones. Hoy día, por ejemplo, los EE. UU. necesitan horizontes hacia donde dirigir los excedentes de su producción industrial siempre en auge. Mas para ello se requiere que los Estados clientes posean los dólares necesarios para la adquisición de tan deseables mercancías. Los préstamos de nación a nación, independientemente de sus peligros, conocen serias limitaciones en regímenes sensibles a los movimientos de la opinión pública. Por consiguiente, el crecimiento de las naciones menos desarrolladas que no se hallen dispuestas a renunciar a su propia industrialización conformándose con el papel de eternas abastecedoras de materias primas, dependerá en parte de su aptitud para recurrir a medidas complementarias en otro orden de cosas. Aquí es donde el turismo aparece como una industria básica capaz de restablecer el equilibrio de las balanzas exteriores. Es obvio que a la superproducción norteamericana en la industria manufacturera conviene que México responda con una superproducción similar en el ramo del turismo, es decir con la ampliación de su capacidad para absorber los caudales trashumantes. Porque el individuo que traspasa una frontera no es sólo un agente de conocimiento democrático, un pacífico lazo de unión entre los pueblos, sino que es al mismo tiempo un factor económico muy caracterizado que derrama a su paso la moneda de su país de origen. Gracias a la multiplicación de tan amables factores, puede un estado acogedor como México hacer cosecha de divisas que, bien invertidas, le permitan seguir adquiriendo sin interrupción, para su enriquecimiento nacional, aquellos artículos de la superproducción norteamericana que considere más útiles.

No es pues extraño que exista hoy una fuerte tendencia oficial en los EE. UU. en pro del encauzamiento de sus raudales turísticos hacia sus fronteras del sur con objeto de aumentar en su propio provecho nuestro poder adquisitivo, como existe en México una inclinación no menos declarada a mejorar nuestra capacidad colectora, viviendo en una armonía democrática cuyos beneficios materiales y morales no conocen todas las naciones

F. L. S.

*Para más informes, dirijase a la  
Asociación Mexicana de Turismo.*

ASOCIACION



MEXICANA

DE TURISMO

AVENIDA JUÁREZ 76.

MÉXICO, D. F.

*CUADERNOS*  
**AMERICANOS**  
AÑO VII VOL. XLI

**5**

SEPTIEMBRE - OCTUBRE  
1948

MÉXICO, 1° DE SEPTIEMBRE DE 1948  

---

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN  
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO. D. F.  
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

## JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH GIMPERA, ex Rector de la Universidad de Barcelona;  
Alfonso CASO, ex Rector de la Universidad Nacional de México;  
Daniel COSIO VILLEGAS, Director General del Fondo de Cultura  
Económica;

Mario DE LA CUEVA, ex Rector de la Universidad Nacional de Mé-  
xico;

Eugenio IMAZ, escritor;

Juan LARREA, ex Secretario del Archivo Histórico Nacional de Ma-  
drid;

Manuel MARQUEZ, ex Decano de la Universidad de Madrid, Acadé-  
mico;

Manuel MARTINEZ BAEZ, ex Presidente de la Academia de Medici-  
na de México;

Agustín MILLARES, Catedrático de la Universidad de Madrid, Aca-  
démico;

Alfonso REYES, Presidente del Colegio de México, Académico.

Jesús SILVA HERZOG, ex Director de la Escuela Nacional de Eco-  
nomía de México.

---

Director-Gerente

JESUS SILVA HERZOG

Secretario

JUAN LARREA

---

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista  
sin indicar su procedencia.

## S U M A R I O

### N U E S T R O T I E M P O

- Francisco Romero*                      Inventario de la crisis.  
*Victor Massub*                         La esperanza europea.  
*Antonio Carrillo Flores*             El desarrollo económico de México.

*Notas*, por José E. Iturriaga, Andrés Henestrosa y Silvio Zavala.

### A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

- Juan Cuatrecasas*                     El obstáculo epistemológico en el pensamiento político.  
*Ezequiel Martínez Estrada*        Imagen de Martín Fierro.  
*Joaquín Álvarez Pastor*             Moralidad y moral.

*Nota*, por Jesús Reyes Heróles.

### P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Pedro Armillas*                        Fortalezas mexicanas.  
*Luis Aznar*                             Las etapas iniciales de la legislación sobre indios.  
*Fryda Schultz de Mantovani*      La infancia mágica y real de Sarmiento y de José Martí.

*Notas*, por Carlos Obregón Santacilia y Emir Rodríguez Monegal.

### D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- Juan Ramón Jiménez*             Del fondo de la vida.  
*Gabriela Mistral*                     El costado del mundo.  
*Emilio Oribe*                         La contemplación de lo eterno.  
*Octavio Paz*                          El girasol.  
*Ernesto Da Cal*                        Don Segundo Sombra, teoría y símbolo del gaucho.  
*Carmen R. L. de Gándara*         El lugar del diablo.

*Notas*, por Alfredo Pareja Díez Canseco y Margarita Nelken.

## INDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a la pág.
Tulum. La costa acantilada del Caribe	160
El fuerte del Cantón y Pasadizo en uno de los fosos del cerro de Oztuma	—
Vista aérea del cerro fortificado de Xochicalco	—
Vista aérea de la fortaleza de la Quemada	—
Murallas de la Quemada	—
Dos aspectos de la fortaleza de Mitla	161
Machupicchu. Vista general	212
"    Intihuatana	—
"    Dos vistas panorámicas	—
"    Calle y escaleras conducentes al "caracol"	—
"    El "caracol". (Fotos Champi)	213
JAN SCHREUDER. Entierro. (Tinta, 1947)	282
"    "    Abandonado. (Oleo, 1948)	283

---



---

Fotograbados de  
FOTOGRAFADORES Y ROTOGRAFADORES UNIDOS, S. DE R. L.  
Bucareli 24.—México, D. F.

# *Nuestro Tiempo*



## INVENTARIO DE LA CRISIS

Por *Francisco ROMERO*

**H**E procurado en un trabajo anterior<sup>1</sup> registrar las notas características del Occidente, reducirlas a un haz homogéneo y referirlas a un principio único. A diferencia de lo que ocurre en las dos mayores culturas asiáticas, la india y la china —únicas que pueden parangonarse en significación material y espiritual con la de Occidente—, culturas en las cuales el individuo se supedita, respectivamente, a su contorno cósmico y social y aun llega a naufragar en ellos, el hombre de Occidente afirma su propio ser individual, se erige en un centro cuya autonomía y dignidad mantiene, cualesquiera que sean sus relaciones con la restante realidad de seres y cosas. Esta afirmación de su ser propio no se limita a la de su efectiva realidad de cada instante, variable mezcla de naturaleza y de espíritu, sino que la sobrepasa y apunta al ideal que en sí mismo encuentra, a la individualidad en cuanto entidad o principio espiritual, en cuanto persona; a lo que podría denominarse el individuo universal. De aquí proviene el sentido histórico de la cultura de Occidente, que es la realización progresiva del espíritu en su forma personal y la organización de la convivencia como libre consorcio de personas.

Al final del escrito citado me refería sucintamente a los tres rasgos principales de la cultura occidental, el intelectualismo, el activismo y el individualismo, y tras definirlos y mostrarlos como la natural expresión del hombre de Occidente, sentaba que los tres son profundamente afectados por la crisis que hoy conmueve nuestra civilización. El objeto de este artículo es examinar —acaso sería mejor decir inventariar, por la imposibilidad de llegar

<sup>1</sup> "Meditación del Occidente", en la revista *Realidad*, núm. 7, Buenos Aires, enero-febrero de 1948.

hasta el fondo del asunto en unas pocas páginas— la crisis de esos tres principios o rasgos capitales del Occidente.

Antes de entrar en materia conviene señalar algunos caracteres generales de esta crisis, concernientes a su ámbito, al significado de la palabra y a una condición muy singular y notable de la crisis presente; todo ello, desde luego, en términos muy sucintos y con el supuesto —válido para todo lo demás de este escrito— de que se trata de cuestiones que deben ser examinadas con mayor detenimiento. Este trabajo no es sino un repertorio de problemas cuya multiplicidad de aspectos, implicaciones y dificultades resultaría ocioso ponderar.

Como he indicado ya en otras ocasiones, la crisis es total, es una crisis de la cultura occidental. Debe insistirse sobre este punto, porque todavía es habitual entenderla estrechamente como crisis económica. El actual fenómeno crítico debe ser encarado con toda amplitud. Sucede, en cambio, que cada vez que se la somete a estudio, el tratadista, formado especialmente en una disciplina o muy inclinado a determinado género de investigaciones, advierte sobre todo lo que corresponde a su propio campo y de él extrae los motivos cardinales del vasto acontecimiento. Para prevenir en lo futuro ese inconveniente, proponía yo no hace mucho la creación de un Instituto de la Crisis, donde fuera posible la recolección y ordenación de todos los materiales existentes y el trabajo en colaboración.<sup>2</sup>

En cuanto al alcance de la palabra, esto es, lo que deba entenderse por crisis, debe rechazarse la indebida interpretación del sentido de esa palabra como decadencia o como acabamiento. Para muchos, decir que el Occidente está en crisis equivale a sostener que se encuentra en un proceso de descomposición o que fenece sin remedio. Sin prejuzgar desde ahora sobre la índole, gravedad y riesgos de la crisis, ha de tenerse en cuenta que un trance crítico es un cambio acelerado, el reemplazo de un orden por otro, un quebrantamiento con el cese de ciertos modos y principios y la perduración de otros, etc., todo ello sin que el cuerpo donde eso ocurra deba necesariamente perecer ni

<sup>2</sup> Ver mi artículo "Un Instituto de la Crisis", en *Revista Mexicana de Sociología*, año V, núm. 3, 1943.

aun decaer, aunque no se excluyan de antemano esos peligros, porque una crisis puede o no ser soportada.

El rasgo acaso más peculiar de las crisis presente consiste en que es un hecho colectivo que se reproduce con singular vivacidad en un enorme número de conciencias. Una fenomenología de las crisis sociales nos mostraría que nunca las ocurridas anteriormente han repercutido sobre las almas con extensión e intensidad comparables a las de esta crisis. Los hechos concomitantes a la descomposición del mundo antiguo y a la del mundo medieval fueron sin duda sentidos o padecidos por muchos, pero por lo regular ciegamente; sería sobremanera interesante establecer los grados en que los grupos y los individuos sintieron y percibieron esas conmociones. Uno de los hechos más considerables y menos advertidos de nuestro tiempo es el formidable crecimiento de la conciencia social e histórica en los hombres, el vivir y pensar muchos la historia como asunto propio, cosa reservada hasta hace poco a restringidas minorías intelectuales y a los comandos políticos. Es esto lo que principalmente otorga a la crisis de ahora su tono específico y diferencial. Por otro lado, la crisis sobreviene en una de las ocasiones más graves y solemnes de la historia. Acelerado, avanzadísimo el proceso de unificación mundial, madura ya la occidentalización del mundo, el Occidente afronta hacia el exterior la faena de organizar universalmente a la humanidad según sus propios principios y normas, precisamente en la sazón misma en que esos principios y normas experimentan en su interior los más rudos sacudimientos y trastornos.

**DE** la postura peculiar del hombre de Occidente ante la realidad, consistente en resumen en la vigorosa afirmación de su propio ser individual, brotan los tres rasgos fundamentales que lo distinguen: el intelectualismo, el activismo y el individualismo.

El intelectualismo nace de su confianza en el poder de la inteligencia para abarcar cognoscitivamente el conjunto de los seres y las cosas. Tanto las escuelas racionalistas, persuadidas de que la inteligencia es capaz de llegar al ser último, al fondo metafísico de las cosas, como las

direcciones empiristas y relativistas, negadoras de tal capacidad metafísica de la razón, son intelectualistas. Del intelectualismo se origina la filosofía occidental, que procura aprehender la índole y modos de la realidad y expresarlos en nociones claras, en juicios estrictos, en vastas teorías rigurosamente articuladas. Las grandes filosofías orientales van por otro camino. Se agotan en una contemplación del misterio de las cosas que culmina en la identificación mística, en el ingreso o disolución del cognoscente en el objeto de su contemplación. Los griegos, que ya dibujan bien nítidamente la postura filosófica occidental, inician su especulación como metafísica, pero como metafísica racional, intelectual. No quieren sumirse en el gran todo, sino someterlo a las claridades de la razón, determinarlo, especificarlo, definirlo. Por este camino se llegará más tarde a la filosofía entendida como una universal aclaración, como una gran teoría de todas las cosas, sea cual fuere el plano sobre el cual residan: filosofía del hombre, de la sociedad, de la historia, de los valores, de lo matemático, del objeto material, de la vida, etc., etc. Este filosofar intelectualista es propio y exclusivo del occidental. Desprendiéndose de esta filosofía y avanzando después por sus propias rutas, aparece y se constituye la ciencia, posesión y logro privativos del Occidente. La ciencia es una gran organización plural de la experiencia segura, contrastada con todos los recursos de la crítica, del cálculo y de la técnica, que se mantiene sobre el plano de lo comprobable y lo rebasa cuando cree tener justificados motivos para intentar la aventura. La ciencia ha permitido al occidental elaborar una técnica incomparable, instrumento de creación y de dominio sobre la naturaleza infinitamente superior a los que poseen las otras culturas, cuya técnica se apoya por un lado en una empiria tradicional reacia a las innovaciones, y se enlaza por otro a los desvaríos de la magia. La filosofía, la ciencia y la técnica del Occidente son consecuencias o expresiones del intelectualismo del hombre occidental.

Desde el ocaso de la Edad media, desde que el dogma religioso deja de ejercer un imperio omnímodo y de informar y dirigir la vida espiritual de la humanidad occidental, este intelectualismo se pone a la tarea de organizar

por su cuenta un sistema completo de conocimiento y de vida, lo que se denomina una concepción del mundo. Lo primero es atribuir al individuo todos los derechos para que racionalmente se forje los principios a que ajustará su teoría y su práctica, liberándolo de las tutelas tradicionales. Los mayores movimientos típicamente modernos proclaman la autonomía del individuo. El cartesianismo sostiene que en el individuo están la fuente y el criterio del saber. El derecho natural, filosofía jurídica, política y aun social de la época, se apoya en la tesis de que en el individuo radican todo derecho y todo poder, por lo menos originariamente. El protestantismo, encarnación de la religiosidad moderna, asigna parejamente a la conciencia individual la interpretación de la verdad religiosa. Aquí se advierte cómo el intelectualismo desemboca en el individualismo o se alía con él, y si al mismo tiempo recordamos que el intelectualismo supone una continua movilidad de la mente, contrapuesta a las actitudes pasivas del conocimiento en el mundo oriental, aparece claramente el íntimo parentesco y la unidad fundamental de las tres notas capitales del alma occidental. Filósofos y hombres de ciencia colaboran en una visión de la realidad que cuaja en la concepción mecánica. A mediados del siglo XIX el positivismo representa el triunfo definitivo de la concepción moderna, podada sin duda de muchos de sus motivos filosóficos más nobles y audaces, que no habían logrado insertarse en una interpretación unitaria de las cosas, pero reforzada en cambio por el lado de aquellos otros motivos o ingredientes que parecían escapar a la dubitabilidad de lo puramente especulativo y arraigar en el firme terreno de la experiencia científica. El sistema mecánico logra su ampliación, su redondeo y perfeccionamiento con el darwinismo, que imaginaba poder explicar lo hasta entonces rebelde a la mecanización, el finalismo del mundo orgánico, por el mero juego de fuerzas ciegas y sin propósito, por el funcionamiento causal, a semejanza de lo estatuido para el orden de lo inorgánico. Triunfante el darwinismo en lo biológico, se juzgó autorizado para proporcionar la única doctrina válida y seria sobre el hombre y sobre todo lo humano, por lo tanto, sobre lo social, lo cultural, lo histórico. Este evolucionismo toma por su cuenta esta-

blecer sobre nuevas bases el progresismo que, desde mucho tiempo atrás, venía siendo el gran apoyo moral para el hombre, una especie de esperanzada creencia, sustitutiva de la fe religiosa en constante retroceso. El progresismo alborea en el Renacimiento y da un gran paso cuando en Francia, entre los siglos xvii y xviii, en la polémica literaria denominada "de antiguos y modernos", se pronuncia la frase: "nosotros somos los antiguos", esto es, nosotros, los de ahora, somos los más maduros, los más ricos en experiencia y saber, y no los antiguos, los hombres del pasado, cuyo magisterio ha sido acatado reverentemente durante largos siglos y se pretende válido para cualquier tiempo. En la Ilustración el progresismo se configura con toda claridad sobre fundamentos puramente intelectuales; la humanidad, se dice, ha reivindicado por fin el uso autónomo de la razón, y en adelante, puesta ya sobre el camino cierto, acumulará rápidamente conocimientos seguros, ampliará su dominio sobre la naturaleza y paulatinamente, pero sin interrupción, extenderá cada vez más el manejo de la libre inteligencia e impondrá y afianzará la justicia y el bienestar, mediante una ordenación razonable de la vida colectiva. Este progresismo intelectualista del siglo xviii fué rebasado, por lo menos en sus bases teóricas, por la gran concepción romántica de la realidad toda como proceso y desarrollo, como un desenvolvimiento que es realización y despliegue de lo latente en lo actual, de los valores implícitos en el ser, vasta concepción cuyas expresiones más ilustres, para lo humano, se hallan en las *Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad*, de Herder, y en las *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, de Hegel. Agotado el movimiento romántico, el positivismo renueva a su modo ese progresismo, que, como se va viendo, no era exclusivo de una determinada escuela o dirección filosófica, sino espontánea y poderosa intuición de toda la Edad Moderna, que adquiere fundamentación y contornos diferentes según la ocasión y el ambiente ideológico dominante, como una semilla que, originando siempre la misma planta, la reproduce sin embargo diferente en tamaño y aspecto según el clima y el terreno donde fructifica. Confianza en el venturoso incremento del saber y de las luces, en la Ilustración; consecuencia de

la tesis del desenvolvimiento universal, en la filosofía del romanticismo y del idealismo, el progresismo recibe en la etapa positivista una fundamentación doble: cósmica por un lado, en el evolucionismo de Spencer, que halla vigente para el progreso humano y social la misma ley de diferenciación que rige para toda la naturaleza, así inorgánica como orgánica; y meramente biológica, por otro lado, en el transformismo de Darwin, que explica la marcha progresiva de la humanidad por los mismos agentes e influjos que dan lugar a las mutaciones de los organismos, a la transformación de las especies botánicas y animales. El positivismo es la sazón en que la fe en el progreso se difunde y arraiga más, conquistando vastísimos sectores humanos y llegando acaso a convertirse en el resorte más influyente en la vida espiritual de la época.

El estallido de lo que puede llamarse justificadamente la crisis intelectual ocurre al cerrarse la etapa positivista. Aunque en el campo filosófico surgieron entonces doctrinas y puntos de vista de notable elevación y profundidad, que parecían renovar la visión del mundo y de la vida y descubrir luminosas perspectivas al espíritu, ni esas doctrinas cuajaron en un sistema completo y general, ni lograron suficiente predicamento fuera del cercado filosófico. Con el positivismo cayó una concepción del mundo ampliamente profesada y compartida, que ni fué reemplazada de inmediato, ni parece que pueda serlo a plazo breve. Aunque no todo ello sea positivismo en sentido estricto, bajo le égida positivista se constituyó el sistema de pensamiento y de vida vigente durante esa etapa, con su prudente teoría del conocimiento, con la concepción mecánica de la realidad, con la doctrina darwinista de la vida, con su psicología y su sociología calcadas sobre el esquema de la ciencia natural, con su filosofía de la historia y con ese ilusionado progresismo que imaginaba asentarse en sólidas razones científicas y que permitía otorgar sentido a la existencia humana y mirar sin temor hacia el futuro. Cada una de las partes del sistema fué quebrantada o rota, y el sistema en su conjunto quedó destruído. Y nada importa ni significa, desde el punto de vista de estas reflexiones, que algunas de sus partes o secciones hayan sido reemplazadas ya por construcciones más firmes

y más finas; aunque se admitiera que todas las partes caducas han sido sustituidas ya con ventaja, la verdad es que nada revela que los miembros reemplazantes se ajusten cumplidamente en un todo unitario y armónico, apto para alimentar una concepción del mundo, para satisfacer las demandas de la inteligencia y para ayudar a vivir al mismo tiempo. Y como el progresismo había quedado adscrito a aquel sistema, llegó a parecer consustancial con él y se hundió con su naufragio. Este fracaso de la fe en el progreso es uno de los hechos más tremendos de nuestra época, y explica en parte considerable muchos de los peores aspectos de la vida contemporánea. Lamento no poder detenerme más en este asunto capital, sobre el cual espero volver más adelante.

La concepción mecánica había venido elaborándose desde el Renacimiento. Sostenía que en el orden físico todo resulta explicable por masas y movimientos, y según las leyes cristalinas de la mecánica racional. Este sistema se fué ampliando poco a poco, merced a atrevidas hipótesis, hasta convertirse en una construcción capaz de dar cuenta de toda o casi toda la realidad, incluso la orgánica y la humana. Todo lo que no fuera o no apareciera como hecho mecánico, debía ser consecuencia o derivación de un hecho mecánico. Las ventajas de este sistema saltan a la vista. Reducía todo el funcionamiento de la realidad a unos pocos principios claramente aprehensibles y perfectamente racionales. Lo más notorio y destacable en la interpretación mecanicista es que encarnó probablemente la máxima posibilidad de racionalización de la realidad, ya que ésta quedaba convertida en una matemática, en una geometría en acción. Pero si la realidad quedaba, por decirlo así, justificada ante el supremo tribunal de la razón, esa misma realidad racional venía a dar el visto bueno a la razón al mostrarla en tan perfecto acuerdo con la íntima urdimbre de las cosas. El mundo se mostraba dócilmente acomodado a la razón, y la razón parecía capaz de explicar el mundo hasta su última entraña, con lo cual venía a servirse de mutua garantía. Esto acarrea para el hombre una situación extremadamente sólida y tranquilizadora, una doble e incomparable confianza en la razón y en el mundo.

A fines del siglo pasado fenece este sistema. La nueva física, que desde el estricto punto de vista científico significa una penetración mucho más profunda en el conocimiento de la realidad, no podía aspirar a configurar un sistema de las cosas satisfactorio para muchos; se mueve todavía, y habrá de moverse durante mucho tiempo, entre tanteos y correcciones, y debe armonizar laboriosamente hipótesis que parecen excluirse. Pero acaso lo más grave sea el divorcio entre razón y realidad, o, mejor dicho, entre la realidad y la estricta racionalidad. Pensar antes del mundo era reducirlo a las límpidas leyes de la mecánica; parecía que lo veíamos funcionar como un mecanismo bien ajustado. Para pensar ahora la realidad física es necesario acudir a complicados esquemas matemáticos cuya significación real no es intuible, como lo eran los de la mecánica. Hace unos veinticinco años el físico ruso Chwolson publicó un libro titulado *La evolución del espíritu de la física*. Puesto a resumir sus impresiones sobre la diferencia entre la física clásica y la novísima, llega a esta fórmula: las hipótesis de la física clásica se entendían; las de la física nueva no se entienden, no son comprensibles. Thirring, hablando de la ecuación de Schrödinger, que desempeña importante papel en la física reciente, dice textualmente: "La ecuación de Schrödinger es una típica fórmula mágica; se hacen cálculos con ella, y sabiéndola emplear correctamente, se obtienen resultados que armonizan con la experiencia. Pero nadie la entiende".

No me puedo extender sobre los caracteres del irracionalismo en filosofía, encarnado en las teorías pragmatistas, en la llamada filosofía de la vida y en otras varias orientaciones filosóficas. Más importante que las posturas resueltamente irracionistas me parecen los problemas propuestos por lo irracional a la filosofía contemporánea. Los valores, cuyo examen es inevitable en el pensamiento nuevo, son esencias irracionales, y ningún filósofo de cuenta entre los del presente ha dejado de reconocer la presencia de otros motivos irracionales, aun en el campo de lo matemático y lo lógico, motivos cuya dilucidación no puede ser eludida. No resulta imposible —aunque sí arduo— el examen racional —no racionalista, lo que comportaría la supresión del dato irracional— de muchos temas

cuya urdimbre irracional es innegable. Esto es, que aunque los motivos en sí sean irracionales, es posible el manejo racional de los mismos. Por este camino se endereza la solución, ya muy avanzada por cierto, de la crisis intelectual en lo filosófico. La razón renuncia a muchas de sus antiguas aspiraciones, a las pretensiones que le hacían suponer que la realidad está toda ella tejida con hilos de su propia tela: eso era el racionalismo. Ahora se conforma, o empieza a conformarse, con que la realidad se deje ordenar cognoscitivamente en la red de los conceptos y los juicios. Lo que ha terminado es, pues, el racionalismo, no el reinado de la razón. Por el contrario, al desvanecerse aquella imagen simple, clara y un tanto limitada del mundo colocada sobre los principios y exigencias de la razón misma, a la razón, a la inteligencia se le ofrecen campos más vastos, sorpresas incitantes, todo el insondable misterio de una realidad que es como es, y no como la razón decreta *a priori* que debe ser.

**E**L hombre occidental es activista. Para él, el hacer es parte o modo esencial del ser, y siempre se halla en trance de identificar ambos términos, es decir, de creer que ser es hacer.

Que el hacer continuo y apasionado es carácter distintivo del occidental, se prueba sin mucho esfuerzo. En cualquier crítica a la cultura de Occidente procedente del Asia o de los occidentales admiradores del Oriente, lo primero que cae bajo la censura es el activismo occidental, la fiebre de movimiento y de creación propia de nuestra cultura. Frente al occidental, el hombre de Oriente, cuando no ha llegado a occidentalizarse, parece hallarse en un permanente reposo, en un gran sosiego del que no podrá salir. El occidental no sólo se entrega a una gran actividad, no sólo la realiza efectivamente, sino que la teoriza y aun la incluye en su moral. Se habla del evangelio del trabajo, de las virtudes de la acción. Para el occidental, el trabajo vale, ya de por sí e independientemente de los frutos que rinda; la actividad posee para él una significación propia e intrínseca. A cada instante se oye ponderar entre nosotros al que trabaja intensamente sin

que le acucie la necesidad ni le interese el lucro. El hombre de Occidente es como una fuente de energía que necesita manifestarse y expandirse. Esta energía se emplea de muchas maneras, como actividad remuneradora, como libre creación desinteresada, como deporte; es decir, en vista de la remuneración, de la creación como producto o de la pura actividad por ella misma. En algunos casos, raros sin duda en comparación con los demás, la actividad se endereza al propio perfeccionamiento, físico, intelectual o moral, y el sujeto trabaja en recrearse a sí mismo según una imagen ideal, un paradigma ejemplar que tiene en su mente. Conviene tomar en cuenta este carácter activista del occidental para juzgar adecuadamente otras dimensiones suyas, por ejemplo, para poner en su sitio el ansia de lucro que habitualmente manifiesta. En muchas actitudes occidentales, de las aparentemente más atadas a la ganancia y al provecho remunerativo, sería difícil establecer y discriminar con estricta justicia lo que corresponde al puro impulso activo y lo que depende del afán de lucro. Ocurre que la finalidad lucrativa es más visible que el afán de hacer, y hasta el mismo agente percibe en su acción con mayor evidencia la relación con la finalidad de ganancia que la necesidad originaria de obrar, de afirmarse a sí mismo en el actuar y producir. Bastaría, por otra parte, el ejemplo de las actividades deportivas, para persuadirnos de lo profundo y originario que es, en nuestra civilización, cuanto concierne al ímpetu, a la acción, al modificar y producir. Para poner en claro todo esto sería necesaria una teoría general de la actividad humana, una especie de filosofía del hombre activo, que comience por una fenomenología cuidadosa de todos sus modos y aspectos, muchos de ellos no tenidos en cuenta hasta ahora porque la acción humana no se ha estudiado sino bajo ciertos respectos —el ético, el estético, el económico, etc.— y han quedado en la sombra aquellas maneras o caracteres de la acción que no interesan especial y directamente desde esos puntos de vista.

Los tres rasgos fundamentales del Occidente —intelectualismo, activismo, individualismo— no debemos olvidar que son expresiones o cristalizaciones diversas de aquello que caracteriza y define al occidental: la afirmación

de sí mismo. Es natural, por lo tanto, que entre el intelectualismo, el activismo y el individualismo existen muchas relaciones, muchos lazos de similitud y parentesco que denuncien la identidad de la fuente de la cual los tres brotan. El activismo nos descubre muchas afinidades con el intelectualismo. En comparación con la quieta actitud mental del hombre del Oriente, el intelectualismo es conducta singularmente activa. El conocimiento es para el oriental pasiva contemplación, anegación en el objeto; para el occidental es una faena laboriosa, interminable. Donde mejor se advierte el carácter activo del intelectualismo es en la ciencia, que no sólo supone gran tensión y movilidad del entendimiento, sino otros muchos modos auxiliares del activismo, en la búsqueda y compulsión del dato científico, en la experimentación, en las expediciones científicas, etc. Y la ciencia es propiedad exclusiva del Occidente, una creación de ese intelectualismo activista del occidental, que no es apoltronado regodeo de la mente, sino la inteligencia puesta al trabajo, tanteando y corrigiéndose, discutiendo consigo misma, controlando cada punto de vista con la realidad, buscando la verdad muchas veces entre el peligro y la aventura.

Las dos ilustres progenies que son el antecedente y los primeros cimientos de nuestra civilización, los griegos y los romanos, ya mostraron una inquieta actividad. Cuando el sacerdote egipcio decía al viajero griego que los de su raza eran niños en comparación con los egipcios, seguramente tenía en cuenta la insaciable curiosidad, la movilidad del griego, su pertinacia en enterarse de cosas nuevas, su admiración y sorpresa ante lo extraño y diferente: condiciones todas ellas propias de una mente en tensión y movimiento, bien diferente de la mente egipcia, anquilosada, fijada en remotas fórmulas rituales. Para el romano, la vida nacional fué una formidable faena, una colosal empresa de colonización y sojuzgamiento. Pero la ampliación y sucesiva sistematización del activismo ocurren sobre todo a partir del Renacimiento. Se ve que desde entonces hay como la oscura intención, casi la obsesión de recorrer el planeta hasta sus últimos rincones, de explorarlo, de colonizarlo de todos los modos posibles: intelectual o científicamente, para satisfacer esa insaciable sed

de saber que siente el occidental; religiosamente, para difundir por todas partes las creencias del Occidente; comercialmente, en vista de la inmediata ganancia; políticamente, para someter países a las potencias occidentales; deportivamente, por el mero afán de derramar el esfuerzo y sobrepasar dificultades, afrontando peligros y vencidos. En nuestros días, el mundo se unifica y de un modo u otro, profundamente en unas partes y más superficialmente en otras, acepta nuestra civilización, que llega así a ser civilización común o mundial. Esto no es sino la culminación de la gran empresa iniciada en el Renacimiento, cuando grandes zonas de la tierra eran un enigma para los hombres de nuestra civilización, los cuales, pese a todo, estimulados más bien que detenidos por obstáculos y riesgos, las penetraron y recorrieron, sembrando en ellas las semillas de nuestra cultura. Nótese que el mismo hecho del despertar del Oriente no es la vitalización o rejuvenecimiento de sus culturas tradicionales, sino los anhelos de vida nueva en esos pueblos, por el estímulo y ejemplo de la civilización occidental.

Ese activismo del descubrir y colonizar, en sus variadas formas, no es sino un capítulo, aunque acaso el más heroico, del Occidente moderno. Otro gran capítulo es el del producir. El producir de tipo industrial tiene su raíz conjuntamente en el intelectualismo y en el activismo. La industria moderna no se puede imaginar siquiera sin una técnica muy perfecta y diversificada, la cual a su vez depende de la ciencia, que es, como se ha dicho más de una vez, creación exclusiva y aun acaso la más exclusiva del hombre de Occidente. Pero la productividad de tipo industrial no es la única en que se manifiesta el activismo occidental. Ha de contarse también la productividad científica, filosófica, artística, encarnada en fabulosa cantidad de creaciones de todo género y de vario valor, excelsas, buenas, medianas, malas y pésimas. El occidental típico cree que pierde su tiempo y su alma si no se agita, si no va de un lado a otro, si no modifica o crea algo. Por aquí tocamos un grave problema filosófico y aun metafísico, que nos llevaría a las valoraciones supremas: el de las relaciones del ser con el hacer. Mi designio en estos apuntes es mantenerme, en general, en el plano neutral de

las descripciones; sería muy conveniente y deseable tras-lasarlo, pero no resultaría serio en un escrito de la extensión del presente. Pero reparemos, sin embargo, en esto: el occidental confunde el ser con el hacer, mientras que el oriental separa ambos términos hasta el punto de que, en conocidas actitudes suyas, imagina lograr la plenitud del ser en la absoluta inactividad, en la quietud suma. En los casos extremos, el resultado es el mismo: el ser que aquí importa, el ser humano como conciencia y persona, se disgrega y anula lo mismo por la exagerada actividad que por inactividad completa. En el primer caso, se vacía por la proyección hacia el exterior; en el segundo, llega a paralizarse, porque la inhibición de toda actividad no perdona las operaciones elementales del espíritu. Naturalmente, se trata aquí de los casos extremos, pero en su exageración sirven también para mostrar lo que late más disimuladamente en los casos que no llegan al límite.

El activismo, en suma, es uno de los rasgos definitorios del hombre de Occidente. No debe ser juzgado a la ligera, en vista de las ventajas o desventajas suyas que en cada situación nos salten a la vista. Constituye una de las más señaladas notas del tipo de humanidad al que pertenecemos, y si se le quiere juzgar, ha de enjuiciarse en conjunto y por entero ese tipo humano en comparación con los demás.

Este activismo entra en crisis en nuestro tiempo. El planeta está todo él explorado, reconocido, explotado y repartido, en distribución efectiva o en zonas de influencia que la equivalen. Por este lado se ha cerrado una salida al ímpetu activista. La producción industrial, copiosísima y desordenada, unas veces no alcanza a cubrir las necesidades del consumo y otras parecería resultar excesiva en ciertos renglones, cuando no ocurre lo peor: que no puede llegar al consumidor necesitado por motivos de precio o de transporte, y se pierde o se destruye. Un hecho muy curioso y peculiar de nuestro tiempo es el de la producción que, sin tener previamente mercado por tratarse de artículos cuya necesidad nadie siente, crea artificialmente la necesidad correlativa por medio de campañas de propaganda. Una de las manifestaciones más extrañas y perniciosas del activismo, en la forma particular de la produc-

ción industrial, es esa constante preparación y domesticación del comprador presunto, por medio de un reclamo permanente que emplea recursos psicológicos desde los más burdos a los más finos, cuyas consecuencias sobre las zonas inconscientes del ánimo serán a la larga deplorables. Para el habitante de las ciudades grandes y medianas, sobre todo, la propaganda crea a su alrededor una obsesión continua, un clima de sugestión, que no se suele advertir, y que gobierna en parte considerable su conducta, en el plano económico en primer lugar, y después y por extensión en muchos otros, por las relaciones y los condicionamientos vigentes entre la esfera económica y las otras dimensiones de la existencia humana. Así, para el hombre actual, y acaso sobre todo para la mujer, el comprar, el adquirir cosas es una función natural y habitual. El comprar, por sí y en abstracto, ha llegado a ser una especial ocupación, un placer, un entretenimiento normal. Apenas es necesario recordar que así como la industria busca hacer clientes individuales a cualquier precio y de cualquier modo, los grandes países industriales buscan clientes colectivos, grandes mercados extranjeros, por medio de la política y, si llega a ser necesario, por la guerra. Ese desordenado activismo tiene que cumplir sus fines propios, que no son los grandes fines humanos.

Los grandes personajes-símbolos, las figuras del mito o de la gran literatura que para nosotros personifican en compendio a la humanidad, son en su mayor parte símbolos del hombre occidental, tanto porque las personificaciones que nos son familiares han brotado en el ámbito de nuestra cultura, como porque el hombre de Occidente es el que lleva al límite las posibilidades humanas. Prometeo, con su rebelión contra los poderes sobrehumanos y su audacia para levantarse al nivel de ellos; Fausto, con su anhelo infinito de saber y de vida, de conocimiento absoluto y de juventud perenne, son prototipos del hombre cuya sangre corre por nuestras venas. El activismo se halla sin duda en todos ellos, pero por uno de sus más peculiares costados, está sobre todo bajo la advocación de otro héroe de la fábula, de Pigmalión, aquel cuyas creaciones cobraban vida propia y se independizaban de su creador. Pigmalión es, por cierto, un símbolo de alcance

universal. Está en la ley de la vida, si la vida ha de avanzar y diversificarse, que la semilla se desprenda del árbol y dé lugar a un árbol nuevo y autónomo. Está en la ley de la vida que el hijo se independice del padre y el discípulo del maestro. Y el padre y el maestro habrían fracasado si, respectivamente, hijo y discípulo no continuaran siendo sino apéndices de ellos, sombras de su cuerpo y de su espíritu. En todo el orden de lo humano, de la cultura, rige también, y de modo a veces muy curioso y extraño, la ley pigmaliónica de la rebelión del producto contra el productor, de lo creado contra el creador. Pero unas de esas rebeliones son naturales y provechosas, y otras son perjudiciales y hasta funestas. Y entre las funestas, acaso la de mayor gravedad sea la sublevación del activismo en cuanto creación industrial, contra el hombre. El hombre creó la industria estimulado por sus necesidades; ahora la gran industria tiene su alma propia, se desentiende de las necesidades efectivas y quiere supeditar a sí la humanidad, la coloca delante y detrás de la maquinaria como agente productor y sujeto consumidor. Los medios se han rebelado contra los fines, se han convertido monstruosamente en fines ellos mismos.

La crisis del activismo industrial, del activismo creador de cosas, no es toda la crisis del activismo. Hay otros modos y formas de esa crisis, que yo no puedo examinar ahora. Entre las consecuencias más perniciosas de esa crisis hay que contar la violencia política, que en parte proviene indudablemente de la pérdida de prestigio de la actual organización político-jurídica, pero que también es uno de los derivados del impulso activista al que se le han cerrado los cauces por los cuales antes se desahogaba.

En cuanto a los remedios, no es mi propósito discutirlos ni proponerlos en estas consideraciones, que quieren atenerse al diagnóstico, sin pisar el resbaladizo terreno del pronóstico ni mucho menos el de la terapéutica. En general, se puede decir que urge una rehumanización del hombre; pero no inculcándole un humanismo trasnochado y caduco, sino un humanismo fresco y al día, que extienda ante él el panorama de la vida y de la cultura, y le enseñe a apreciar la escala de los valores, de las dignidades. Únicamente así se llegará a distinguir entre medios y fines,

entre lo esencial y lo accesorio, entre lo primero y lo último. Restablecido el adecuado orden en las estimaciones, el activismo del occidental sabrá encontrar de nuevo grandes fines lícitos y beneficiosos.

**E**L individualismo es el tercer rasgo capital del hombre de Occidente. El occidental, por lo mismo que afirma vigorosamente su ser, su propia e intransferible entidad, es individualista. Su individualismo no es sino la expresión de esa afirmación y valoración de sí. Ciertamente que el occidental ha vivido muchas veces bajo regímenes políticos negadores o subyugadores de la individualidad; pero si examinamos en sus grandes líneas su historia, veremos que es la historia de los esfuerzos para alcanzar la libertad, para que su individualidad fuera reconocida como una realidad y respetada como un derecho. No ha ocurrido lo mismo para los demás tipos humanos. La libertad es ante todo una exigencia del hombre de Occidente; la democracia, régimen político de la libertad, es sin disputa un invento suyo.

La historia del Occidente, desde el Renacimiento, es en porción considerable la del individuo en pugna por conquistar su autonomía, por ver reconocidos sus derechos: los de orden político, económico y religioso en primer término, en cuanto su privación era sentida por muchos, y los de pensamiento y expresión en segundo lugar, porque su carencia ofendía a núcleos menores. No he dicho que éste haya sido el resorte único de toda la historia occidental moderna, sino uno de los principales. Indudablemente el motivo más visible a lo largo de esa historia es la lucha de poder entre las naciones, pero en esa misma pugna por el predominio político se hace también presente a veces el tema del individualismo, alineando las naciones por motivos religiosos, o bien convirtiendo desembozadamente las guerras en guerras de religión. Como la religión era en esa época el factor espiritual de mayor peso en la conciencia y en la vida de los más, es natural que la lucha por la libertad de la conciencia religiosa revistiera los aspectos más intensos, y más dramáticos. En cuanto a la filosofía política de ese largo período, se puede decir

que es la doctrina política del individualismo. En el Renacimiento aparecen alegatos antiindividualistas, en escritos que definen o propugnan Estados utópicos rigurosamente socializados: así la *Nueva Atlántida* de Bacon, la *Ciudad del Sol* de Campanella, y sobre todo la *Utopía* de Moro, ejemplo y estímulo de toda esa literatura, en la cual coincidían la buena voluntad, la imaginación y el arbitrario capricho. Estos ilusorios diseños de la ciudad ideal pertenecen sobre todo a ese período en que la Edad Moderna no ha cobrado clara noción de sí y se vuelve todavía hacia la Antigüedad en busca de inspiraciones y modelos, que para este punto los ofrecía el Platón de *La República* y de *Las Leyes*. Con el diletantismo de esta rama de la filosofía política moderna contrastan la seriedad, el rigor y la continuidad de la gran línea del derecho natural, en la que al lado de puros juristas y políticos brillan filósofos de la magnitud de Hobbes, Spinoza, Locke y Kant. El derecho natural, cuyos orígenes se hallan en la filosofía estoica, es la transcripción política de la ética occidental, que asigna un valor absoluto al hombre, a cada hombre. Para el derecho natural, en el individuo se halla la fuente y el asiento del poder y del derecho. Ya en el seno del derecho natural aparece una especie de conflicto entre el individuo y la sociedad o el Estado, entre liberalismo y absolutismo, pero sin que los partidarios del autoritarismo lleguen a negar los originarios derechos del individuo. Esta doctrina no es un mero conjunto de tesis teóricas; se va elaborando en conexión con los movimientos políticos de la época, en especial con las dos revoluciones inglesas, con la preparación ideológica de la Revolución Francesa, y le corresponde un decisivo influjo tanto en ésta como en todas las posteriores conquistas del liberalismo y de la democracia. Y no hay que olvidar la parte y el reflejo de estas luchas europeas por las libertades individuales, en la colonización y configuración política de América; copiosos contingentes humanos arriban a las playas americanas en demanda de libertad religiosa, política o económica, y en las constituciones políticas de estos países quedan después registrados tales principios; el explícito reconocimiento de los derechos del individuo. En suma, sean cuales fueren en su conjunto las fuerzas y finalidades

que gobiernan la historia occidental moderna, el ingrediente histórico que acusa un proceso seguido de acumulación, crecimiento y final triunfo es éste de la reivindicación de la individualidad, de las libertades que definen y decoran la autonomía y dignidad del individuo humano: libertad política, económica, religiosa y de pensamiento y expresión.

La crisis del individualismo es patente en nuestro tiempo. Un primer adversario le sale al paso en algunos de los motivos de la filosofía romántica que ponen, en lo político y jurídico, lo histórico y tradicional muy por encima de lo racional, lo colectivo por encima de lo individual, no entendiendo la colectividad como mero conjunto de las unidades individuales, sino como un ente peculiar y distinto (por ejemplo, el llamado "espíritu del pueblo", *Volksgeist*). Nótese que, piénsese lo que se quiera de estas verdaderas o imaginarias entidades sobreindividuales, la utilización de tales nociones en la práctica política es siempre falaz y peligrosísima, porque erigidas en fundamento de un Estado, no tienen otros definidores o intérpretes que los grupos adueñados del poder, y resulta así inevitable que lo que se propone como tal místico espíritu de la comunidad no sea sino la opinión de esos gobernantes. En esas interpretaciones de lo colectivo, como en general en el sentimiento de las nacionalidades peculiar del Romanticismo, han de verse algunas de las raíces de los totalitarismos recientes. Sería, sin embargo, un error achacar al Romanticismo las culpas de nuestros contemporáneos, y evidenciaría además una ignorancia y una estrechez de miras notables el desconocimiento del eminente papel del movimiento romántico en el proceso de la conciencia occidental. Para no tocar sino un punto, baste recordar el sentido generoso y expansivo del nacionalismo romántico, preocupado por la peculiaridad y vida propia de cada grupo humano, y que contribuyó poderosamente tanto a renovar la conciencia colectiva de esos grupos y a proyectar la atención universal hacia ellos, como a más de una empresa de liberación política.

Independientemente de estas teorías y puntos de vista, el dilema más o menos planteado siempre de individuo

y sociedad, o individuo y Estado, cobra en nuestros días una agudeza y gravedad extremas, por la intervención de un hecho que es acaso el más importante de la historia contemporánea: la irrupción de grandes contingentes humanos en los primeros planos del interés social, lo que ha denominado Ortega y Gasset "la rebelión de las masas", con expresión que me parece muy poco afortunada, porque de antemano tacha el vasto suceso de ilegítimo y censurable. Este hecho tiene dos aspectos o dos componentes. Por un lado, la historia del Occidente muestra el ascenso paulatino de los grupos, estamentos y capas sociales, en un proceso de nivelación, de obtención de bienes y derechos, que va levantando y dignificando poco a poco a los que antes se hallaban desposeídos y humillados. Por otro lado, a partir de la revolución industrial, la población del Occidente crece en una proporción asombrosa, y el impulso, el empuje enorme de esa avalancha humana se precipita por los canales abiertos mediante todo el trabajo válido de la conciencia política y social del Occidente. Los supuestos, las bases morales y jurídicas de la revolución mundial, existían como el resultado de un larguísimo proceso histórico; lo nuevo y lo inesperado era el potencial numérico cuya misma densidad favorecía la conciencia de clase, la incontenible avalancha humana reclamando imperiosamente la inmediata aplicación de esos principios, por lo demás vigentes ya en teoría en casi toda conciencia lúcida. Los inevitables trastornos y molestias del urgente reclamo impiden todavía a muchos advertir que nos hallamos en presencia del ingreso en la historia, del acceso a los bienes elementales de la vida, de las capas más numerosas de la humanidad. El fenómeno es mundial y señalará sin disputa una de las fechas más importantes de la historia del hombre.

En la conmoción que produce ese hecho gigantesco, la contraposición entre los intereses de los individuos exige regulaciones nuevas, y así se plantea el conflicto entre libertad y planificación, entre individuo y sociedad. Estas designaciones, aun siendo legítimas, confunden un poco, porque parecen referirse a la colisión entre los individuos y otras instancias ajenas a ellos, cuando en el fondo se

trata de la contraposición de los intereses y derechos de los individuos entre sí.

No es ésta la ocasión de examinar los términos en que esa vasta contraposición se plantea en nuestra época; abundan los trabajos especiales consagrados a su estudio, y, por otra parte, cada postura política envuelve una concepción del problema, una valoración comparativa de los elementos contrapuestos y una tentativa especial de solución. Las indicaciones siguientes son de índole muy general.

Nos movíamos hasta ahora dentro de ciertos marcos sociales, según ciertas regulaciones de derechos, que habían llegado a ser aceptadas o por lo menos parecían tácitamente justificadas por la costumbre. Sobre esa situación de hecho —revestida de la apariencia de derecho que otorga el hábito— flotaban los anhelos de reforma, de una modificación a fondo, sentidos por unos en virtud de los propios intereses y necesidades insatisfechos, y por otros más desinteresadamente, como un requerimiento moral, como afán de que efectivamente se instaurase lo que les parecía debido y justo. Estos anhelos, en su doble faz material e ideal, cobran una nueva urgencia con la presencia en el escenario social de grandes masas humanas, cada vez más conscientes de sí y de su fuerza. El choque de intereses y derechos es más frecuente y brutal que nunca lo haya sido, y crece la premura en revisar y reformar las regulaciones en uso. El problema no tiene espera, pero tampoco puede ser cabalmente solucionado saliendo al paso de cada parcial dificultad, porque los remedios inspirados por las circunstancias no pueden pasar de circunstanciales. La persistencia de los marcos habituales resulta imposible; precisamente la crisis del individualismo proviene de que han caducado, y cualquier conato de mantenerlos incólumes sería francamente suicida. Entender la solución del conflicto como entera supeditación del individuo a la sociedad, repugna al hombre de Occidente, que no acepta la sociedad ni el Estado como entidades en sí y con fines propios, sino como conjuntos de individuos, como complejos cuyo origen y cuya finalidad radican en los individuos mismos. Si no atribuimos una existencia mítica y por sí a la sociedad y al Estado, el conflicto entre

libertad y planificación, entre individuo y sociedad o Estado, se reduce a un conflicto entre los individuos, y la solución vendrá cuando se armonicen y regulen racionalmente los intereses y derechos de todos los individuos, en consonancia con los requerimientos materiales e ideales de los más.

Para esas regulaciones será necesario ponerse de acuerdo sobre ciertos principios. Existen intereses y derechos que por su índole son regulables y limitables, y otros que no lo son. El hombre tiene dos componentes o dos caras, la meramente psíquica, que tiene que ver con sus intereses materiales y concretos, y la cara espiritual, que atiende a intereses de estirpe universal, por encima de las particulares conveniencias del sujeto. En principio, lo regulable y limitable pertenece al plano de lo material en el hombre, a lo tocante a sus intereses efectivos y particulares, siempre que la regulación se halle exigida por los intereses semejantes de los demás. Es propio de los intereses materiales entrar en conflicto, y ese conflicto debe ser en cada caso impedido o suavizado; de hecho esos intereses han estado siempre sometidos a muchas regulaciones, de las cuales sólo son sentidas como injustas las que envuelven privilegio, pero no las que tienen en vista las conveniencias paralelas de los componentes del grupo social. Ya en tales regulaciones ha de tenerse presente que se hacen en provecho de la pluralidad viva y real de los individuos, porque la referencia habitual a la sociedad o al Estado—como se ha repetido—trae consigo la imagen de una supuesta entidad sobreindividual y mítica, devoradora de sus reales componentes—los hombres—, entidad que en los hechos fatalmente se identifica con los grupos grandes o chicos que detentan el poder en cada caso. Es lo que se ve con plena evidencia en los Estados totalitarios. Nótese que, por un exceso de cautela nunca fuera de lugar en lo teórico, no se niega aquí radicalmente la existencia de un *quid* social o estatal; en lo que se insiste es en el extremo peligro de esas nociones en la práctica política y en la inevitable tergiversación a que dan lugar. Así como hay intereses y derechos regulables, por su misma condición variable y accidental, hay derechos en principio intangibles, los que pertenecen al plano del espíritu.

Las regulaciones en el plano de lo material son lícitas cuando, al perjudicar a unos, favorecen equitativamente a otros, y tienden a corregir lo que se sentía como un desnivel chocante, como un desequilibrio desagradable y molesto, como el privilegio de los unos en perjuicio y desmedro de los demás. Si se hacen juiciosamente, contribuyen al progreso de la colectividad. Las limitaciones de los derechos en el plano espiritual ofenden la dignidad del hombre que las sufre y de todos los demás, porque es prerrogativa y condición esencial del espíritu ser un bien al mismo tiempo individual y sobreindividual, personal e indiviso, y el derecho de esta índole, cuando es conculcado en un sujeto, es conculcado sin más ni más en todos los otros. Una exacta comprensión de lo que es el hombre, de la existencia en él de esas dos esferas, la del individuo y la de la persona, ayudaría a encontrar un criterio que sirviera de orientación y guía, ya que no de rígido cartabón, pues se trata de cuestiones sumamente complejas y las implicaciones entre ambas facetas del ente humano son muy numerosas y con frecuencia también de muy difícil discriminación.

**C**REO, en suma, que se ganará en la comprensión de la crisis si se la considera en toda su amplitud y generalidad, como un vasto conjunto de hechos conexos, y no como una serie de sacudimientos más o menos discontinuos y aislables, referibles a un motivo o constelación de motivos particulares. El asunto de esta exposición puede resumirse así: La crisis presente es, simultáneamente, la de los tres rasgos que definen al hombre occidental—el intelectualismo, el activismo y el individualismo—, rasgos que derivan directamente y son la natural expresión del alma de ese hombre, de su específica postura ante el mundo y la vida. No ha sido mi intento, como he dicho, señalar previsiones ni indicar remedios; me interesaba ante todo una rápida descripción y más en particular la clasificación y ordenación de los motivos críticos bajo los tres rubros.

## LA ESPERANZA EUROPEA

Por *Víctor MASSUH*

**D**ESDE las postrimerías del siglo pasado hasta nuestro presente, una idea se hizo familiar a todo americano: la de América emergía en la historia, con misión y esperanza propias, para sellar la caducidad del Viejo Mundo.

Esta idea corrió por la vida política y cultural de nuestros pueblos como una moneda igualmente válida para todos. Y en su mutua aceptación, los americanos del norte y del sur, acercaban sus hombros a pesar de que los distanciaban tradiciones diferentes.

Tal idea encarnó en nuestra vida. Y a su vez, nosotros los sudamericanos, la vimos en el Norte encenderse en los labios de Lincoln, en el tono profético de Whitman, en la experiencia bucólica de Thoreau y la crítica reflexiva de Brooks. Ella misma estaba sostenida por una fe y no una realidad. Se trataba de la fe en el destino y la misión de un nuevo nacer del hombre. Nacimiento que acunara el contorno cabal de un continente abierto a los ojos del mundo como la esperanza terrenal de Europa.

Esperanza de Europa. Porque no hay que olvidar que con el Descubrimiento, el hombre europeo soñó iniciar en América, un nuevo sesgo de su eterna aventura. Soñó con la perspectiva de caducar su expediente tradicional, o bien rehacer su vida con el olvido total del pasado. Por otra parte, no hay que olvidar que el hombre de esta hora, es el europeo del Renacimiento. Ello equivale a pensar que en el alma de este hombre, el pasado intentaba su proceso de liquidación. Las bases de su mundo espiritual arquitecturado con las cúspides hacia Dios y los valores trascendentes, se ven amenazadas por el embate de nuevas estructuras. Esta liquidación que trae la cri-

sis del medioevo, comporta por lo mismo, nuevas ansiedades. El enjuiciamiento de una época se transforma en el enjuiciamiento absoluto de la Historia. Esta vez el hombre renacentista vuelve los ojos a la tierra y aspira ya, como lo dijera Galileo, "a leer en el libro de la naturaleza". Si la Europa de esta hora, retornando a lo terrestre busca los caminos de su cultura y su ciencia, también por estos mismos caminos terrestres buscará su esperanza.

La edad clásica —como bien lo afirma Francisco Romero— posaba sus ideales en el pasado, en una legendaria Edad de Oro; el Medioevo los elevó al cielo; en cambio la Edad Moderna los proyectó hacia el porvenir. Puso sus ideales en un "más allá" terrestre. Y en la dirección de este "más allá" horizontal, estaba América.

Por ello la vemos insinuarse así, como esperanza y sueño de una nueva aventura del hombre abierto a la perfectibilidad futura, en la mejor cultura de la época. Montaigne la idealizó esperanzadamente. Lo mismo Bacon en su "Nueva Atlántida". Y casi todas las utopías características del Renacimiento, tuvieron en América el mejor espólón imaginativo. En un hermoso libro: *América en el teatro de Lope*, Marcos A. Morínigo nos pinta con vivos colores el cuadro de la España popular de esta hora con los ojos abiertos al milagro del "más allá" terrestre. Y recordemos aquí el caso de Berkeley el gran filósofo del empirismo inglés, que convencido de la caducidad de Europa, piensa en América como exclusiva esperanza del hombre. Hacia 1729 Berkeley llega a Rhode Island, encendido de apostólico fervor.

Todo esto quiere decir que América antes de ser la esperanza de sí misma, ya estaba siendo la de Europa. Y en esta esperanza que Europa puso en nuestro corazón antes que la hallaran los ojos, nos identificamos siempre los americanos del sur con los del norte. Pues si había una esperanza común, también tenía que haber *una* misión y *un* destino.

Para defender la elaboración espiritual interior de este destino, las más de las veces los americanos estuvimos a la defensiva contra las formas de vida y cultura euro-

pea. Necesitábamos creer en nosotros, con las reservas de una fe vacía que tenía que darse a sí misma una materia. Fe que significaba creer en lo que no existe. En tales circunstancias creer era crear. Se trataba en todo caso de *crearnos* un carácter, un espíritu, una misión, una nueva historia trazada por nuestro mejor heroísmo; en una palabra, darnos en la realidad ese nuevo mundo potencial que latía en nosotros.

De ahí que más de una vez los americanos —del norte y sur— optásemos por encerrarnos a solas con nuestros pocos elementos de circunstancia, para ver si lográbamos, en el seno de una esperanza activa y una fe que crea, la alquimia de *la transfiguración*. Esto es, una figura nueva, un rostro propio interior, profundo, que fuera algo así como la médula ordenadora del caos. Porque caos era el amontonamiento de indescifrables circunstancias, en el centro de las cuales teníamos que estar solos.

Pero este encerrarse defensivo ante Europa, esta apelación a la soledad, fué recogimiento para la creación interna de una alma; recordemos a Rodó: "Criaré alma nueva en recogimiento y en silencio". Y este recogimiento no fué odio ni desdén. Lo es sí, hoy, el recogimiento "chauvinista" o nacionalista, que en este caso no implica forja íntima, sino cerrazón —con las tinieblas dentro— para la agresividad exterior. No. El auténtico recogimiento de América fué amorosa actitud, pero desgarrante. Comportaba aceptar deliberadamente una distancia, para que América recobrara la perspectiva de su propio contorno. Y no siendo este contorno otro distinto que el de la incertidumbre, tal actitud acentuaba su perfil dramático porque equivalía a quedar desamparados en el torbellino de nuestra juventud.

Para nosotros, los sudamericanos, transfigurarnos significaba permanecer a solas en el centro de círculos concéntricos, desde cuyos extremos la onda creadora traía los materiales para una elaboración.

El primer círculo de circunstancias era el de la tierra inmensa, cruzada por dos infinitos con equivalencias humanas: la pampa y la selva. La pampa, infinitud expansiva; la selva, infinitud laberíntica.

El segundo círculo era el de las razas, ya que el torrente europeo —el español y el inmigratorio— arrinconó, en soledad explotada y muda, todo el caudal emocional e impulsivo de los pueblos que ya habitaban estas tierras cuando América estaba olvidada por el mundo.

El tercero era el de la fatalidad económica; ya que la marcha cruel de las sociedades hizo que los hombres deviniéramos explotadores y explotados.

El cuarto era el de la juventud de nuestro ser. El hombre americano se hallaba, y se halla aún, en el estadio espiritual de la pasión, el impulso y el instinto. Estadio de las fuerzas subterráneas desparramadas anárquicamente sobre la superficie de su alma; fuerzas encendidas al azar de los vientos terrestres, sin sedimentación abismal. El hombre americano es aún un *hombre subterráneo*; está inmerso en la tierra. Su alma vive en la esfera de lo no-estructurado aún. Espera vastos ordenamientos, sean éstos los de estructuras vitales o espirituales. Por lo pronto se puede adelantar que estas estructuras no se edificarán sobre la primacía de un elemento de su ser. Ideales del hombre americano como el propuesto por Hostos de "sana razón", o el que esbozara Rodó de "vida idealmente armoniosa", en las páginas de "Motivos de Proteo", son insuficientes porque revelan esta falla. No son estructuras ideales que logran abarcar la totalidad del hombre. La visión de Hostos es la visión fragmentaria del positivismo científicista. Rodó reactualiza la visión clásica griega del hombre, que le vino a través del esteticismo francés finisecular. A pesar de su belleza, esta última resulta inerte para ordenar creadoramente todo el material impulsivo, irracional, afectivo, imaginativo y místico del fermento americano. No cabe duda que la estructura ideal arquetípica de nuestro hombre, surgirá luego en la minuciosa captación antropológica de todas las fuerzas que puján en los abismos de su ser.

Desde el fondo de estos círculos, interminables muros de soledad configuradora, los sudamericanos teníamos que labrarnos un rostro, desentrañar el sentido de la misión y finalmente elaborar un cuerpo de cultura.

E igualmente los norteamericanos. Ellos también tenían que elaborar el nuevo mundo en el seno de concéntrica soledad. Circunstancias de tradición anglosajona; de drama racial con una dosis de humillante hostilidad; de organización económica con un gigantesco industrialismo más su resultante exterior: el imperialismo, y su amenaza interior: la mutilante mecanización del hombre. El círculo de la América dual: la que siguiendo las líneas del utilitarismo inglés había de devenir en el liberalismo burgués y el pragmatismo filosófico; y la otra línea que naciendo de una experiencia religiosa de identificación del hombre con la naturaleza y la humanidad, tuvo en las fundaciones de New England sus primeros anunciadores. Estos iniciaron una ruta espiritual que muy débilmente cruzaría a lo largo de la historia norteamericana; esta ruta es la que Waldo Frank definió como "América mística". Norteamérica también tenía que desenterrar de las sombras, la clave de la misión y la esperanza, especies de "Dorado" espiritual que Europa había escondido en nuestras tierras. Porque no hay que olvidar que aún después del Descubrimiento, siempre Europa en los momentos cruciales de su historia reafirmaba esta esperanza en América. Y era como si se llegara buscando la cosecha ya, de aquellas semillas ideales que dejó caer en la fantasía alucinada de los conquistadores.

En síntesis, esta esperanza primera siguió comprendiendo a los americanos del sur y del norte, en un mismo desvelo creador.

Y paulatinamente, este desvelo autocognoscitivo por llegar a las raíces de una misión cabal y única del Nuevo Mundo, fué floreciendo su hallazgo. Desde lo más hondo, desde las últimas raíces terrestres, desde ese punto en que la tierra deja de ser tierra para ser sueño, nos llegaban voces. Y he aquí que cuando un sencillo presidente norteamericano definió en el cementerio de Gettysburg la fórmula de la Democracia, nosotros los sudamericanos, sabíamos que por su voz hablaba toda América.

Cuando más tarde un sudamericano ilustre aclaró el sentido fraternal de nuestra historia abierta a los horizontes, en las palabras: "América para la Humanidad", los

mejores norteamericanos sabían que por su voz hablaba toda América.

Cuando Germán Arciniegas enseñó que nuestra mejor historia se había transubstanciado con la sangre del "hombre común", y por nuestra parte aprendimos que una gran cultura tenía que elaborarse con el material de su drama y su esperanza, sabíamos que en esta enseñanza palpitaba la voz de toda América.

Cuando en Brasil, Cuba y las Antillas, la sangre de los dos abuelos —el negro y el blanco— se abrazaban en la sangre sonora de Nicolás Guillén, la voz profunda hablaba en los versos de Langston Hughes poeta negro: " Yo también soy América".

Y cuando de un extremo al otro de estas tierras se dió tan tremenda condensación de vida, historia, sueños y heroísmos, en fórmulas como éstas: "Democracia", "La victoria no da derechos", "hombre común", "dignidad humana", todos los del norte y sur, escuchamos como un canto, la voz de toda América.

*Como un canto.* Porque hablándonos así, América no sólo había respondido con su voz al caos de circunstancias cruciales, sino que estas voces, por encima de las circunstancias, se organizaron en un canto sin tiempo venido de no sé qué remotas profundidades. Este canto ya estaba maduro cuando halló un Mundo nuevo para que le diera cauce. Había madurado en el recinto de los sueños con las lágrimas de los hombres y las estrellas. Por cuántas decantaciones de dolor y angustia, por cuántas muertes y resurrecciones con necesidad de nueva muerte porque la hora no estaba señalada aún, pasó la historia humana hasta lograr su estilización en las líneas de este canto. Cuántas ansiedades y esperanzas calladas, frustradas, han tenido que permanecer en el rincón muerto de las horas esperando formar parte de su médula. Por ello, cuando América habló, esta voz vino siendo el canto que en sus entrañas, había crecido con el dolor del mundo. Vino a precisar con sus líneas celestes, la imagen de una misión común a todos los americanos.

Y con el material de este canto, América edificaba su *presencia*. Tener virtud de presencia significa haber

despertado, emerger del sueño de las potencialidades, hacia una más próxima esfera de realizaciones. Estar presente, significa que América ya no necesita permanecer gestándose en la matriz de nuestras ansias. Sino que América está fuera de nosotros; tiene vida propia. No necesita ni de nosotros ni de la soledad para crecer. Tiene su cuerpo y puede ir por la historia, ya no sintiéndose creada por los profetas y los fundadores de pueblos, sino creadora. Es decir, que es una fuerza, un iluminado impulso, capaz de encender con su toque la entraña de los creadores. Lo suficientemente fuerte como para que su alma se impregne de humanidad, y a su vez la humanidad encuentre nido en el pecho de su presencia.

Tener virtud de presencia, significa llenar un vacío, ocupar un lugar que ya no puede permanecer callado en la vasta labor orquestal de los pueblos. Y tan vasto y secreto es el ámbito de esta presencia, que de permanecer vacío el lugar y América no ingresara en el Universo con la médula de su canto, el Universo mismo sentiría esta ausencia. Porque en adelante sería un Universo que cojea en su marcha.

Y estamos aquí en la zona de los pactos invisibles. Porque tener presencia implica, en su instancia más desnuda, poner a descubierto los hilos de responsabilidad que nos atan con la historia, la cultura, Europa, el mundo y el Universo todo. (Sí, el Universo; toda presencia y más exactamente una gran misión, incluye un tipo de conexión misteriosa con el sentido total del cosmos. Mística conexión que los poetas con su canto, o los apóstoles con su acción, han percibido en los destellos del frenesí más lúcido).

A esta altura de su devenir, América tiene canto, tiene presencia. Es decir, tiene una misión que es la misión común del Nuevo Mundo. En este solo esfuerzo están incluidos todos los americanos por encima de circunstancias y tradiciones disgregantes. Por lo tanto, cuanto sea falsear este canto, significará traicionar su misión, caotizar su presencia. En una palabra, equivaldrá a romper los hilos de su responsabilidad histórica y universal.

Y esto nos ocurre hoy. América ha enmudecido. ¿Podemos decir que en sus proyecciones colectivas sociales y culturales, responde a los perfiles del canto? América abandonó las riberas de su canto. Huir del canto es como abandonar su propio corazón, el justo centro de su esencialidad. Es dejar de ser América para ser algo extraño a sí misma. Es decir, ser *turbulencia*.

Se está en turbulencia cuando hay una mezcla de conductas asesinas, redentoras y disgregantes; cuando se confunden los pensamientos y los intereses particulares se disfrazan de intereses generales; cuando hay un contrabando de destinos y bajo la forma de palabras nuevas intentan resurgir las más viejas y caducas palabras de la historia; o cuando cristalinas palabras como Democracia, Panamericanismo, se nos vuelven sospechosas de tanto como las han usado y usan los mercaderes. Se está en turbulencia cuando se emponzoña deliberadamente las azules aguas del canto y se llevan a la superficie, los viejos sedimentos que fuimos olvidando en este trabajoso intento de convertir a América en presencia límpida ante el mundo, la historia, los astros; y nos queda en cambio un charco de aguas turbias, y América es sólo una gran mancha.

Caer en turbulencia, es lograr que los americanos del sur y del norte no se encuentren en el vértice de la misión —y de la vieja esperanza europea que los unió— sino que se desconozcan en la divergencia del odio y los imperialismos. Es lograr que los sudamericanos mismos nos desconozcamos. Y que aun entre sudamericanos se hable —como he leído en un libro de Eduardo Mallea— de “países de misión máxima y países de misión mínima” (como si la mínima Cuba no cumpliera en ese fugaz y lírico momento de su historia que se llamó Martí, los mandatos de nuestra sustantiva misión mejor que la Argentina, país entre los de “máxima” según el escritor nombrado). Caer en turbulencia, es lograr, por vías de sucesivos nacionalismos y regionalismos, la atomización de aquella Gran Misión que Europa puso como una estrella, en la frente de nuestro nacimiento.

Turbulencia es que los americanos del norte hayan convertido la esperanza europea, en dólares; y que el viaje

de retorno de América a Europa, como un pago a esta esperanza, sea el viaje de los mercaderes que van a comprar su muerte. Turbulencia es que a esta altura de nuestro crecimiento, cuando los americanos podríamos entregar el corazón ancho de nuestra presencia a la Europa desgajada y maternal, veamos que no tenemos más que vaciedad y que no hubo otro crecimiento que el del dólar. Y que entonces el retorno americano hacia Europa no sea el del alma, sino el de interminables millones de dólares para sellar la muerte de los pueblos que en Francia, Italia y Grecia intentan respirar por encima de la masacre. Y son otros millones para el Cercano Oriente y más aún para perpetuar el odio y la guerra en China. ¡Este es el retorno de aquellos europeos que en el "Mayflower" llegaron a estas tierras buscando horizontes para el espíritu!

Turbulencia es la traición que los sudamericanos hemos cometido contra nosotros mismos. Turbulencia es el colonialismo espiritual y económico al que estamos sometidos. Turbulencia, las reacciones antidemocráticas de Chile, la persecución a maestros, obreros e intelectuales; (es singularmente simbólico que sea un poeta, el primero de América y el más genuino buceador de sus profundidades, Pablo Neruda, quien se haya levantado para enjuiciar a la América turbulenta como el brazo acusador del canto).

Turbulencia en Brasil, donde se persigue a las organizaciones populares y a sus héroes; en Cuba, donde se ha asesinado a líderes democráticos; en el Paraguay, pobre y sangrante que no acaba nunca de cerrar la herida de sus dictaduras; en la Argentina, donde se acentúa el centralismo estatal y se pone trabas a la expresión del pensamiento; y en casi todos los países, donde el imperialismo yanqui ha remachado su penetración colonialista y ha exacerbado hasta el histrionismo, la servidumbre de algunos gobiernos. Turbulencia hay en el alma del hombre sudamericano, alma en donde luchan sin claridad fuerzas oscuras, pasiones agazapadas. Segos espirituales que fermentan aún en el hermetismo pétreo del indígena; en la ansiedad pragmática del inmigrante; en la doble siembra de España, la primera en la que nos trajo su carne, el cuerpo de un continente, y la última del "éxodo y del llanto" en la que nos

trajo el espíritu. Turbulencia hay en la falta de fe, en la impaciencia con que no queremos esperar a que asomen a la luz, ya elaborados, estos sesgos irreveleados del ser.

Tal es nuestro cuadro: turbulencia total, desintegrante, caótica, la de nuestro presente. América en los extremos de la traición, fuera de sí misma, más allá de su corazón, de su entraña, más allá de la esperanza. Siendo turbulencia, ha burlado la profecía de su nacimiento. ¡Terrible burla que no sé con cuánta sangre, vida, futuro, pagaremos todos los americanos!

Y si en verdad tal es el cuadro de nuestro presente, la voluntad afirmativa se insinuará en el afán de no quedar tumbados en la ciénaga. Nuestra actitud será enfrentar la turbulencia con las armas del canto; es decir con las grandes voces que aglutinó nuestra profecía. Nuestra actitud será volver a sentir el hálito vital de las grandes palabras en las que se cristalizó el canto de América. Que los norteamericanos escuchen el mensaje de los "padres" fundadores, vivifiquen el intento de aquellos pioneros espirituales que soñaron una nueva humanidad en los páramos de Nueva Inglaterra y acepten la lección del presidente leñador que una vez derramó sangre de jóvenes para liberar a los humildes y no para esclavizarlos. Recuerdo ahora una frase de Lincoln: "Son buenos el dólar y los hombres; pero en caso de conflicto entre ambos, hay que decidirse a ojos cerrados por los hombres". No cabe duda que la Norteamérica de hoy se ha decidido con los ojos cerrados por el dólar. Pero la presencia de iluminados como Whitman, Emerson, Thoreau, Melville, justo en el momento histórico en que comenzaba la tradición de los "hombres prácticos", es testimonio de que en el fondo de los norteamericanos hay las fuerzas de una resurrección que los hará decidir por los hombres.

Volver nosotros los sudamericanos, a esa activa elaboración de un rostro interior, desdibujado hoy por tanta turbulencia. Volver a buscar leños para nuestro esfuerzo, en la pasión de los libertadores, en la consagración apostólica de nuestros grandes escritores combatientes, y en aquellos alquimistas de almas que como Hostos, Martí,

Rodó y Barrett quisieron, en plena vorágine de exterioridad, pulir el diamante de una interioridad americana.

Nuestra voluntad salvadora de hoy, será estrechar por encima de la ciénaga, la mano del "hombre común", cálido núcleo de la América del canto. La mano del negro, el indio, el mestizo y el blanco, la mano de los obreros y campesinos, de los humildes de todo el mundo, en un íntegro esfuerzo de justicia y purificación. Será aunar las voces de todos los que en la cultura, trabajan silenciosamente a orillas del canto: la de los iluminados que están construyendo, en lo más recóndito de sus almas, con argamasa de emoción y pensamientos terrestres, una Ciudad de Dios para lo que América trae de eterno; la de los que, volcados en el torbellino de la inquietud callejera, rastrean la hora de las transformaciones; la de los artistas que están dibujando el rostro del continente y que al mismo tiempo se preguntan dramáticamente si en verdad por la arteria de sus trazos, corre sangre del corazón americano; la de los que sueñan —como esos maravillosos "cristos oscuros" de los que habló Vaz Ferreyra— que en América se ha dado el instante en que todas las estrellas caídas de los ideales rotos contra el filo de la Historia, se alzarán de pronto en torno al hombre, nuevo eje de las esferas, como una carnal constelación de mundos en marcha; la voz de los estudiantes que han dejado grabada en las columnas del canto, una lección cultural que no supo dar Europa ayer en la agonía de sus formas; en fin, aunar la voz de todos los que de una u otra forma tejen secretamente la vasta urdimbre de nuestro ser, para que realmente sea nuestro canto el que configure los caminos y no el que se quiebra en ellos. Tal debe ser nuestra actitud de hoy. Que todas las voces de América se aglutinen en una sola voluntad contra la turbulencia. De modo que nuestro toque sea purificador. Y entonces América turbulenta se redima en las aguas de nuestro canto.

Quiero dejar aquí, unas hermosas palabras de Nicolás Avellaneda que realmente han traído la luz de este enfoque. Son estas: "Los pensamientos que mecen la cuna de un pueblo, son la profecía de su destino". Cuando

nuestro nacimiento continental, Europa, como el hada de las leyendas, o como los reyes del Redentor, vino desde Oriente trayendo la esperanza en la carabela de los aventureros. Tengo fe en que una vez borrada nuestra traición de ahora y lograda la transparencia de nuestro ser, América emergiendo de sí misma, volverá a Europa llevando la realizada profecía de un Nuevo Mundo.

Tucumán, Rep. Argentina.

## EL DESARROLLO ECONOMICO DE MEXICO. REFLEXIONES ACERCA DE UN CASO LATINOAMERICANO

Por Antonio CARRILLO FLORES

**E**L propósito de estas cuartillas es recoger algunas reflexiones acerca de diversos de los problemas que a mi juicio plantea el desarrollo económico de México. Estos problemas son en varios aspectos comunes a los que confrontan los restantes países de Latinoamérica, que a su vez guardan puntos de contacto con los que surgen en las llamadas áreas poco desenvueltas o de escaso desarrollo económico. En otros aspectos en cambio son, en grado mayor o menor, peculiares de mi país.

Tal ocurre, desde luego, con el que pudiera llamarse problema histórico-político. Los últimos 40 años de la vida mexicana los cubre un movimiento social conocido como la Revolución Mexicana que, por encima de diferencias entre sus hombres y sus períodos más representativos, y superando las inevitables indefiniciones que resultan de la ausencia de una doctrina elaborada antes o de manera simultánea con ese movimiento, logra su mayor densidad ideológica alrededor de ciertos postulados fundamentales que parecen ser: (1) una aspiración democrático liberal que, unida a la división de los latifundios, acabó con la estructura feudal de las comunidades rurales; (2) una afirmación de la necesidad de apoyar la vida social en realidades (como, por ejemplo, la proporción altamente indígena de la población) que vanamente quisieron olvidar o destruir regímenes y hombres de otros tiempos; (3) una tendencia nacionalista, principalmente en lo que toca a la explotación de la tierra y de otros recursos naturales, que cuaja en el artículo 27 de la Constitución de 5 de febrero de 1917 y (4) por último, un espíritu pro-

lector de las clases obreras al servicio de la naciente industria, reconociéndoseles en el artículo 123 de la misma carta derechos que hoy parecen ya garantías obvias de validez universal—salario mínimo, jornada máxima, asociación sindical, etc.—pero que hace 31 años derivaron, particularmente la elevación de tales derechos al rango de normas constitucionales, de un acierto y una anticipación que fundadamente nos enorgullece a los mexicanos. Sobre algunas de estas materias había precedentes fragmentarios o locales, pero es sin duda con la revolución cuando alcanzan estructura firme y nacional. Además, principios del viejo liberalismo clásico de mediados del siglo XIX que en la larga era de paz porfiriana perdieron mucho de su eficacia, si no de su validez, como el laicismo en la educación elemental y la restricción a los poderes políticos y patrimoniales de la iglesia, renacen y se vigorizan en los artículos 30. y 130 de la constitución queretana.

En los años postreros del largo ejercicio del poder por el General don Porfirio Díaz, y en mucho por los esfuerzos del grupo que giró alrededor del Ministro de Hacienda don José Ives Limantour, en el que figuran algunas de las inteligencias más esclarecidas del país—Macedo, Bulnes, Díaz Dufoo y en cierto grado Rabasa—el eclipse democrático se justifica, a veces en documentos de tono patético a los que no hay por qué negar intención patriótica aunque equivocada, por la necesidad de promover el *fomento*, el desarrollo económico del país. Se esperaba, en palabras del último manifiesto hecho con motivo de la presentación de la candidatura del dictador en 1910, año que marca la iniciación violenta del conflicto, que por su propia mecánica el progreso material, al elevar los niveles de vida, habría de fortalecer para un futuro cuya presencia ya no podría postergarse más, el implantamiento efectivo de un sistema democrático liberal que inscrito en las leyes desde hacía casi un siglo operaba, con movimiento puramente formal, en el vacío, sin contacto alguno con las realidades sociales. Instrumentos motores de ese fomento serían las inversiones extranjeras y la inmigración, y marco para consumarlo se esperaba que fueran los principios y conceptos básicos del liberalismo de Adam Smith que 50 años antes había tenido algunos expositores muy

brillantes, entre los que destaca la figura venerable de un Magistrado, don Ignacio Luis Vallarta.

En su ímpetu inicial, según es ya lugar común reconocerlo, la Revolución Mexicana es un movimiento casi exclusivamente político: se busca la implantación del sistema democrático constitucional con la renovación de gobernantes y nada más. Después, inquietudes ajenas al primitivo grupo director incorporan primero la demanda agraria y más tarde los derechos obreros y el propósito nacionalista.

Coincidiendo casi con la entrada de Estados Unidos en la primera guerra mundial y la consiguiente aceleración del final de ese conflicto, y después, con el breve auge de la posguerra que derramó sobre México oro abundante con que se nos pagaban a precios muy altos el petróleo, la plata y las fibras, la implantación de un régimen constitucional, en mayo de 1917, se realiza de ese modo en un ambiente de relativa prosperidad y holgura que aparecían mayores en contraste con las escaseces y sufrimientos de la guerra civil. Ello explica el aplazamiento de casi todas las urgencias de reforma, con excepción de la aspiración nacionalista, centrada ya en el petróleo y causa de uno de los primeros incidentes de la controversia que no habría de terminar sino en noviembre de 1941, con el convenio de ajuste para el pago del precio de los bienes expropiados a las compañías extranjeras en marzo de 1938.

Es en realidad alrededor de 1925, con la administración del ilustre Presidente Plutarco Elías Calles, cuando se inicia con vigor la realización del programa revolucionario. Y es entonces también cuando se esbozan muy certeramente algunos objetivos de lo que más tarde sería el esfuerzo mexicano de fomento económico: los caminos y la irrigación. Se funda el Banco de México, aunque atribuyéndole funciones de banco comercial más que de instituto central y sin que el sistema monetario de patrón oro que ambiciosamente se había adoptado en noviembre de 1918 permitiera que el naciente organismo estuviere de alguna manera coordinado con el programa de fomento. El crédito público, casi exclusivamente externo y no rehabilitado a pesar de los esfuerzos hechos infructuosamente en 1922 y en 1925, tampoco podía ser utilizado.

La depresión iniciada con la crisis bursátil de fines de 1929, llevó a México, como a casi todos los países que lo tenían, al abandono del patrón oro en 25 de julio de 1931 y tras una breve y no afortunada experiencia deflacionaria realizada con el propósito imposible de reconquistar la vieja paridad del peso mexicano respecto del dólar estadounidense, a partir de 1932 las acuñaciones de piezas de plata y las operaciones de crédito del Banco de México encaminan al país en la senda de la recuperación que es ya clara en 1934. Es entonces cuando la administración de don Abelardo Rodríguez realiza la primera experiencia posrevolucionaria para usar el crédito interior con fines de fomento mediante emisiones de bonos que por cantidades muy pequeñas y con plazos brevísimos de amortización —5 años—, se efectúan para complementar los recursos puestos al servicio del programa de construcción de carreteras.

En diciembre de ese año asume el poder el General don Lázaro Cárdenas y pronto el reparto de tierras y el apoyo a los grupos obreros para integrarse en sindicatos y centrales más fuertes y para reclamar salarios y prestaciones mayores, alcanzan proporciones sin precedente. Se elevan también en cantidades entonces consideradas como exorbitantes las aportaciones de fondos fiscales para el crédito agrícola. Los gastos públicos para caminos e irrigación se intensifican. El resultado inevitable de la combinación de todos esos factores es que en 1937 no solamente se habían restablecido ya los precios anteriores a la época de la depresión sino que empezaron a registrarse ascensos por encima de esos índices. Los recursos de tesorería, por impuestos y por el crédito que modestamente se lograba mediante la venta de bonos de caminos a precios muy inferiores a la paridad entre particulares y compañías de seguros, fueron insuficientes y el Gobierno empezó entonces a usar directamente de su crédito en el banco central.

La recesión norteamericana de otoño de 1937, que creó una fuerte disparidad entre nuestros precios en ascenso y los norteamericanos, y después el grave conflicto de las empresas petroleras con sus trabajadores que provocó fuertes salidas de capital y que culminó con la expropia-

ción del 18 de marzo de 1938, hizo imposible el mantenimiento de la paridad del peso mexicano a \$3.60 respecto del dólar, que venía rigiendo desde 1933, y llevó a la divisa mexicana a niveles flexibles y variables pero siempre inferiores a los que había conservado hasta la expropiación. Frente a ese panorama, que agravaba todavía más la baja pronunciadísima de los depósitos bancarios, efecto de la fuga de capitales, asfixiando los negocios y la actividad general, el Gobierno, en una decisión que considero la más audaz de la historia financiera del país y con la que don Eduardo Suárez, entonces Ministro de Hacienda, abre las puertas al desarrollo económico contemporáneo de México, se decide por una política intensa de gastos públicos, principalmente en forma de créditos a la agricultura y de apropiaciones para obras públicas. Ello, a pesar de que la reserva monetaria desciende en ocasiones a niveles bajísimos —alrededor de 20.000,000.00 de dólares— y no obstante también que las cotizaciones del peso bajan hasta 6 por 1.

La teoría revolucionaria mientras tanto, antes que acoger y dar sentido a lo que ya era un hecho, el desarrollo económico, se aferra a los viejos postulados. Lo que se desea es la justicia social. Hasta parece por un breve período que la revolución mexicana aspira a convertirse francamente en una revolución socialista. Poco aliento reciben entonces las formas privadas de capitalización industrial. No hay inversión extranjera. Las utilidades, que son grandes en empresas y negocios conectados con las obras públicas y por las especulaciones con bienes raíces, se canalizan de preferencia hacia inversiones mayores en fincas urbanas. Los salarios nominales aumentan pero por la elevación de los precios las mejorías no alcanzan a compensar las pérdidas que experimentan los salarios reales. Y sin embargo, aunque no muy ordenadamente, el país se desarrolla. Además, y al colocar el más importante de nuestros recursos, el petróleo, bajo control doméstico, se dota a la nación de un instrumento de valor incalculable para dirigir en el futuro su crecimiento. México podrá siempre resolver cómo y en qué medida lo usa para atender a sus necesidades internas crecientes y para finan-

ciar con las exportaciones que realice su programa de desarrollo.

Al régimen siguiente de don Manuel Avila Camacho, corresponden los últimos 4 años y medio de la guerra y el primero de posguerra. Dos meses después de iniciado, el Ministro Suárez, en la Convención Bancaria de Acapulco de febrero de 1941, recordando los renglones principales de la importación mexicana de productos industriales, invita a la formación de empresas. Se crean numerosos bancos de inversión y se orienta francamente a la Nacional Financiera, institución bancaria del Estado, hacia la promoción industrial y el crédito a largo plazo. Se usa ahora sí en volúmenes considerables del crédito interior y la expansión consiguiente apunta una nueva amenaza a las reservas cambiarias del banco central, como resultado de una balanza comercial que es desfavorable por primera vez en mucho tiempo, antes que la economía de guerra estadounidense y las restricciones consiguientes a la exportación terminaran con ese problema.

Es en este período cuando finalmente junto a los viejos postulados de justicia social se concreta como objetivo del régimen la promoción del proceso de formación de capitales, si bien con las enormes limitaciones que la guerra imponía para importar técnica y equipos. Meses antes de terminar su gestión de más de 10 años, así lo había de declarar don Eduardo Suárez en las siguientes palabras:

La política financiera del Gobierno durante el período del señor Presidente don Manuel Avila Camacho ha sido determinada por la preocupación primordial de impulsar el desarrollo económico de México. Tratándose de un país como el nuestro, de vastos recursos inexplorados, de bajo nivel de vida, de población todavía en su mayor parte dedicada a trabajos agrícolas de resultados inciertos y realizados con técnica en muchas partes rudimentaria, parece indudable que la necesidad cuya constante atención es más ingente y a la que, cuando sea preciso, deben subordinarse cualesquiera otras, es lograr una capitalización más fuerte que la que hasta hoy hemos tenido, y a un ritmo menos lento, pues sólo así, en definitiva, será razonable esperar un aprovechamiento mejor y más amplio de nuestras naturales potencialidades y una elevación progresiva del nivel de vida de nuestro pueblo.

La tarea de coordinar este nuevo objetivo —la capitalización— con el viejo programa revolucionario todavía no está realizada por completo. Una cosa, sin embargo, es clara desde luego, a saber: el nuevo fomento es diferente del programa de los últimos años porfiristas. Difiere por los siguientes capítulos:

a).—Parte del reconocimiento de los principios de justicia social incorporados en los artículos 27 y 123 constitucionales;

b).—No descansa fundamentalmente en el aliento incondicionado a la inversión directa extranjera sino principalmente en la acción estatal complementaria y paralela de la iniciativa privada;

c).—En cuanto a asistencia exterior se funda en la tesis de la preferencia de recibirla en forma de créditos intergubernamentales de fomento; y

d).—Busca el desarrollo equilibrado de la economía antes que el simple desenvolvimiento de la exportación de materias primas.

La idea del progreso económico, concretado particularmente en las obras de irrigación, caminos, electrificación y en forma todavía no muy precisa en la industrialización, se ha abierto definitivamente paso y ha tomado carta de naturaleza en el programa social mexicano. Después de las incertidumbres, de las contradicciones, de los tanteos de más de 30 años, se ha logrado acuerdo que parece unánime acerca de lo que lo esencial es levantar el nivel de vida y que ello reclama aumento de nuestro acervo de bienes de capital. Que sin ese acervo ninguna fórmula de justicia social puede fructificar. Por encima del propósito generoso pero lleno de vaguedades e imprecisiones de distribuir equitativamente la riqueza, ha tenido que imponerse el convencimiento de que lo primero es producir más. Ningún patrón de justicia podrá ser capaz de hacer que los mexicanos vivan mejor si antes no se vence la pobreza colectiva.

Claro que el proceso se ha conducido con cierto desorden. Señalar los problemas y peligros actuales que confronta es el propósito de la parte final de este artículo.

EL rasgo saliente de la economía mexicana en los últimos dos años y medio, concretamente desde febrero de 1946, ha sido la lucha dentro de ella, de dos corrientes opuestas: una, hacia la expansión, principalmente en inversiones públicas —irrigación, caminos, electricidad, petróleo— pero también, en grado considerable, en inversión industrial privada, apoyada en crédito doméstico y en algunos créditos del Banco de Exportaciones e Importaciones; y otra hacia la contracción, derivada de las ininterrumpidas bajas en la reserva de oro y divisas resultado del volumen creciente de importaciones. El Estado trató de hacer frente a la pérdida de la reserva con las medidas a su alcance, y de modo particular restringiendo, en julio del año pasado, las importaciones de artículos no esenciales. El mes pasado, sin embargo, decidió finalmente abandonar el tipo de cambio de 4.85 que venía rigiendo desde 1940.

Entre las numerosas reflexiones a que esta medida ha dado lugar, algunas, quizás las más importantes, miran a los problemas del desarrollo económico.

Se ha vuelto ya un lugar común reconocer que México, como el resto de los países latinoamericanos, solamente podrá aspirar a una mayor estabilidad económica y a un paulatino y firme mejoramiento en el nivel de vida de sus gentes, en la medida en que diversificando y aumentando su producción logre una autonomía razonable que lo ponga a salvo hasta donde sea posible de las que se han llamado incidencias del comercio exterior.

Cuando, como ha sido verdad hasta hace poco tiempo para los países nuestros, su producción está constituida principalmente por unas cuantas materias de exportación cuyo precio fijan los grandes monopolios internacionales o cuya demanda depende en gran parte de la situación de la economía norteamericana, no está en las manos de nuestros gobernantes, por sabios y previsores que sean, evitar que factores por completo ajenos a su control en definitiva determinen nuestra suerte. Los minerales, el petróleo, los vegetales y frutos de exportación y las fibras de México; el café y los bananos de Centroamérica; el café de Colombia y Brasil; el petróleo de Venezuela; el azúcar

cubano; el salitre chileno; la carne, el trigo y la linaza argentinos, han sido todos ellos productos controlados desde el exterior.

Por eso es que en Latinoamérica los principios liberales del siglo XIX en cuanto a comercio exterior, con su culminación en el patrón oro, han llevado vida tan precaria. No, y esta aclaración es urgente, porque a semejanza de los países que perdieron la última contienda, hayamos sido enemigos de la libertad o partidarios de la agresión. Nuestra debilidad, si no otra cosa, garantiza al mundo nuestro buen comportamiento.

Sería inexacto afirmar que todos los países hermanos nuestros se han trazado una política uniforme o siquiera que todos ellos hayan considerado que debían o podían intentar mediante una expansión y diversificación de su actividad económica interior ponerse relativamente a salvo de esas fluctuaciones exteriores. Y ello es explicable: al bajo nivel de vida de la mayoría de los habitantes de Latinoamérica, el predominio en ella todavía hoy, pero más acentuadamente hasta hace 10 ó 15 años, de las pequeñas comunidades rurales de escaso contacto con el resto del mundo, que en general ha sido para ellas como al Alcalde de Rumi de la famosa novela peruana "ancho y ajeno", las ha defendido de las grandes depresiones internacionales, que como ciertas enfermedades, son más un mal de ricos que de pobres.

Por otra parte, los programas de expansión que generalmente se inician por las obras públicas y que después desembocan en el proceso industrial, son siempre causa de problemas, sobre todo porque afectan ciertos datos que aunque todo hombre medianamente informado de los datos fundamentales de la cultura de su tiempo debiera ya valorar con más acierto, siguen todavía contando, acaso para la mayoría de las gentes, como la expresión más perfecta de la riqueza y del bienestar. Aludo, entre otros, al tipo de cambio y a las deudas estatales. Está todavía fresco el recuerdo del gobernante de un país muy cercano al nuestro que durante su largo mando fincó siempre su orgullo en conservar a su país sin deudas y su moneda al par del dólar aunque para ello mantuviera a sus gentes incomunicadas y miserables.

La expansión por obras públicas o por industrialización y con más razón por ambas, normalmente crea en Latinoamérica deudas y problemas de cambio. Lo primero, porque partiéndose por fuerza de erarios relativamente pobres, para expansionar hay que endeudarse. Y como además es normal que no exista en la comunidad un volumen de ahorros suficiente para absorber los bonos que el Estado emite, en una forma o en otra las deudas se traducen en emisiones de dinero; el Gobierno tiene que crear, a través de la máquina de impresión, gran parte de la moneda que servirá para cubrir los gastos que las obras reclaman. En lo industrial el promotor, que se tropieza también con esa falta de ahorro público, irá a llamar al Gobierno y a pedirle que a través del banco central o de otras instituciones del Estado, cree billetes —o depósitos, que es lo mismo— a cambio de bonos o acciones de las empresas en formación, billetes o depósitos que servirán para pagar las tierras, las máquinas, los materiales, los salarios y muchas veces también los gastos de promoción de las nuevas industrias.

De los billetes creados unos inmediatamente se convertirán en dólares para la compra de equipos y maquinarias o para la contratación de los técnicos extranjeros; otros irán como salarios de trabajadores que dejando sus tareas del campo vendrán a incorporarse a las grandes obras públicas y a las industrias; otros más irán a las empresas ya existentes aumentando su capacidad de trabajo; los últimos quedarán en forma de utilidades de contratistas, industriales, etc. Todos esos billetes o depósitos así derramados en la economía interior crearán a su vez nueva demanda de dólares: el campesino que por vez primera se convierte en obrero de salario relativamente alto querrá comprarse un reloj, un radio en abonos, latas de procedencia extranjera, etc.; algunos contratistas e industriales alcanzarán la categoría de hombres ricos con automóviles, joyas y casas suntuosas; las fábricas nacionales que produzcan artículos de construcción, cemento, varilla, etc., querrán ampliarse y otras nuevas se establecerán. Todo eso exigirá la compra de artículos extranjeros.

De todo eso ha derivado la tesis de que en países como los nuestros, tan necesitados de muchas cosas y con tan

pocos capitales para hacerlas, el progreso reclama lo que con cierto eufemismo se ha llamado la formación de "ahorros involuntarios". El Estado infla, al inflar eleva los precios, los precios altos reducen el consumo de muchas gentes, pero en cambio se cuenta con recursos para hacer obras o para levantar industrias.

Se cae así en lo que resulta siempre, al final de cuentas, el problema o la fuente principal de los problemas, cuando se reflexiona acerca del desenvolvimiento económico de países como México: se aspira al desarrollo porque es el medio para alcanzar el incremento en los ingresos reales, esto es, la elevación de los niveles de vida mediante el acceso de los "regnicolas", para usar una expresión que era grata a los gobernantes de principio del siglo, a un volumen mayor de bienes de consumo y de servicios; tal objetivo final impone uno intermedio: acrecentar el volumen de bienes de capital, las nuevas "combinaciones" y no sólo la continuación en lo que los teóricos han llamado la "corriente circular". Mas paradójicamente, y a no ser que se disponga para realizar el objetivo intermedio de afluencia exterior de bienes y de servicios, de inversión extranjeras, el esfuerzo constructor tiene que apoyarse en la abstinencia, ya sea dejando de consumir riqueza producida o, proceso más doloroso pero muchas veces el único posible, creando nuevos títulos sobre la producción presente en favor de quienes la comunidad pone a trabajar en la producción de bienes de capital. Son, en el conocido ejemplo, los pescadores que no salen al mar porque se quedan a fabricar las barcas, pero que tendrán que alimentarse de las piezas capturadas por sus compañeros.

Pero esta forma de capitalizar, a través del ahorro involuntario que resulta de una expansión monetaria y de crédito realizada por el Estado, no puede seguirse indefinidamente. En México, particularmente después de la última devaluación, es cada vez más general este convencimiento. Como por otra parte parece obvio que tampoco puede el país renunciar a su desarrollo, surge la necesidad de explorar, con la vista siempre fija en lo que sea viable en el marco de las realidades de cada país, qué medidas deben adoptarse o qué caminos seguirse para consumir

esa difícil tarea de conducir el desarrollo económico ininterrumpidamente pero, hasta donde sea posible, sin grandes injusticias para las masas populares.

Ya muy sintéticamente voy a limitarme a enumerar algunas de esas exigencias con la esperanza de poderme extender sobre ellas en otra ocasión. No reclaman más valor que el de ser el resultado de una observación cercana, por más de 10 años, del proceso mexicano de desarrollo:

1.—Urge planificar y ponderar. El ideal es o debe ser que el desarrollo se realice "sin pausa y sin prisa como la estrella". La planificación en un país de escasa riqueza ya no puede ser materia de controversia. Los países ricos, se ha dicho y repetido muchas veces, pueden entre otros darse el lujo del gasto suntuario, lo mismo en el consumo que en la creación equivocada o superflua de bienes de capital. Los pobres no pueden hacerlo.

Por otra parte, en países como México, la intervención del Estado ha sido y tiene que ser muy grande en el proceso de formación de capitales; por eso basta tal vez con que se planifique de modo estricto en la órbita en que la responsabilidad de la acción o de la regulación corresponde al Gobierno. Así, por conceder franquicias o exenciones fiscales o crédito oficial o para autorizar la inversión extranjera, es indispensable proceder conforme a un plan.

Afortunadamente conocemos ya las necesidades fundamentales y la acción, frente a ellas, parece certeramente encaminada. Lo que un país como México necesita en obras de irrigación, caminos, energía eléctrica, puertos, carbón y petróleo, basta para absorber los recursos de que pueda disponer el tesoro más próspero por impuestos o ahorros entregados voluntariamente mediante el crédito. Fuera de esas inversiones fundamentales—que ellas mismas deben llevarse a un ritmo prudente—sólo debieran alentarse aquellas otras que a corto plazo incrementen de modo sustancial el volumen de bienes de consumo.

La ponderación o limitación, por su parte, reclama lo ya dicho: abstenerse en el futuro, salvo que por contingencias internacionales surjan síntomas claros de depresión, de recurrir más al expediente del ahorro involuntario que deriva de la inflación.

2.—Hay que liquidar cuanto antes y en la medida de nuestras posibilidades, los problemas heredados de la guerra. Uno de los pasos más importantes es el que acabamos de dar: ajustar a la verdad la paridad monetaria. Otro, más doloroso pero indispensable, tendrá tal vez que ver con las cosas levantadas durante la guerra, muchas de las cuales ya cumplieron su misión y no deben subsistir. Es claro que sería absurdo pensar que la eficiencia de todas nuestras industrias sea igual o siquiera parecida a la que tienen en países de vieja tradición y recursos incomparablemente mayores; pero hay un mínimo que debe respetarse si no se desea imponer sobre los consumidores sacrificios desmedidos.

Por todo el tiempo que sea necesario deben mantenerse las restricciones de la importación, bien directas o derivadas de regulación monetaria.

Es un punto explorado, y además de sencilla demostración, que en comunidades como México, y en general las de América Latina, las importaciones que conviene estimular son las que se traducen en nuevos ahorros e inversiones que contribuyen así a dar estabilidad y mayor autonomía a nuestra vida económica frente al exterior. Los equipos para abrir nuevas tierras que vengan a aliviar y en lo posible a acabar con nuestra triste y tradicional situación de país de producción deficitaria en los artículos básicos para la dieta de sus nacionales o las máquinas que modernicen y mejoren o amplíen nuestra producción industrial son las cosas que necesitamos, no las que nos permiten a unos, es cierto, llevar una vida más cómoda y más amable pero que a la larga nada dejan para el beneficio colectivo.

3.—Hay que elevar la tributación. Si el Estado con sus gastos y la expansión consiguiente ha creado o fortalecido grupos capitalistas, no puede eludir la tarea de educarlos a cubrir una tributación más alta.

Naturalmente que no deberá privarse a esos grupos de la posibilidad de efectuar las nuevas inversiones que son indispensables. Pero el provecho que no tome el camino de esas inversiones sino que pretenda distraerse a lo superfluo debe ser duramente gravado. Basta ya de que se nos haga el cargo constante de que no solamente somos países

cuya pobreza engendra ahorros escasos, sino que aun éstos son usados o dirigidos tonta o inconvenientemente.

Además no debe olvidarse que solamente una tributación mayor, combinada con el ahorro también mayor, puede frenar el alza continua del costo de la vida, freno que al par reclaman la justicia social y el interés común.

4.—Precisa una política prudente en materia de salarios. Son cuestiones que todavía no salen del mundo de la controversia saber, por una parte, en qué medida son los salarios determinantes de los niveles de precios y por la otra si los incrementos en los salarios nominales provocan o no necesariamente y en qué medida disminuciones en los salarios reales.

No parece en cambio que sea discutible que la elevación de salarios que no está precedida o acompañada de aumentos paralelos en el volumen de los bienes de consumo no puede mejorar los niveles de vida.

Como un programa de desarrollo por hipótesis distrae medios de producción, recursos naturales y fuerza de trabajo de la fabricación de bienes de consumo para llevarlos a la formación de bienes de capital, es obvio y está por eso más allá de toda disputa de buena fe que en un proceso de crecimiento nada es menos indicado que pretender mejorar la condición de vida de los trabajadores incrementando sus salarios nominales.

Es claro que cuando al mismo tiempo el proletariado tiene enfrente el espectáculo del crecimiento súbito o desordenado de las fortunas de los empresarios, resulta difícil, casi imposible, prescribirle una fórmula de abstinencia o sacrificio que en apariencia sólo opera en su contra. La respuesta quizás se halle en buscar fórmulas que permitan a los trabajadores tener más bienes pero difiriendo su consumo, de modo similar a los planes aconsejados y ensayados durante la última guerra. Si por ejemplo y por encima de cierto mínimo indispensable para la subsistencia, los aumentos de salarios se llevaran a cuentas de ahorro congeladas o a bonos no negociables sino para atender emergencias personales, tal vez podría encontrarse la fórmula adecuada. Para ello será indispensable contar con la prudencia y la colaboración patriótica y razonable de las uniones obreras.

5.—Hay que fomentar y canalizar el ahorro, poniéndolo en lo posible a salvo de inestabilidad monetaria.

No hay para qué insistir sobre lo primero. En cuanto a lo segundo y dado que al parecer es inevitable que dentro de ciertos límites todo programa de desarrollo crea una presión hacia el alza de los precios, podría pensarse en títulos estatales de rendimiento variable que se ajustase año a año a un índice prudentemente elegido, ya sea el general de precios o el del costo de la vida.

En efecto, de los grupos sociales de ingresos fijos, el proletariado cuenta con armas de acción política y con fuerza bastante para luchar y defender su nivel de vida. Es distinta en cambio la posición del ahorrador, que puede ser también un obrero o un profesionista o viudas o menores, etc. Como al aumento de precios debe corresponder normalmente ascensos en el dividendo nacional que permita una mayor tributación, el Estado siempre podrá, sin gran sacrificio, elevar sus erogaciones por intereses. Y lo mismo puede decirse de la redención de los capitales, susceptibles de una protección similar.

En cuanto al ahorro institucional, principalmente a las reservas de las cajas de seguro social, compañías privadas de seguros, fondos de fideicomisos, etc., durante el proceso de desarrollo habrá que dedicarlos en los máximos porcentos posibles a inversión en valores públicos.

6.—Los sistemas de crédito deben mantenerse bajo constante vigilancia, para impedir que las inevitables expansiones que el progreso de desarrollo provoque, sean base y fuente de otras más que tomen su origen en la banca. La elevación de las reservas de caja y cuando no sean suficientes la fijación de límites máximos al volumen de crédito ("topes de cartera", como los llamamos en México), deben ser usados cada vez que sea conveniente.

Al propio tiempo deberá procurarse, en términos razonables, dar cierta flexibilidad al sistema de crédito para ayudar de preferencia a la actividad de nueva producción sobre la meramente mercantil.

7.—Por último, precisa reexaminar con serenidad el problema de la inversión extranjera. Habrá que rechazar con vigor, de lo cual México dió un ejemplo indudable en la pasada Conferencia de Bogotá, todo intento para dotar

a esa inversión de derechos que la coloquen al margen o por encima de las leyes del país, pero, recíprocamente, hay que intentar entre nuestros connacionales una tarea prudente de enseñanza acerca de por qué dentro de ciertos límites es la inversión extranjera la que permite que el proceso de desarrollo se realice con menores sacrificios.

Las normas que contiene el Convenio Básico de Cooperación Económica Interamericana, aprobado en la IX Conferencia celebrada en Colombia, pueden, con la salvedad arriba expuesta del respeto a la ley y a la justicia doméstica, ser un buen patrón. Hoy ya se reconoce, por ejemplo, que toda inversión debe ponerse al servicio de desarrollo, encaminarse de preferencia al incremento de los ingresos reales y que toca a cada país decidir las condiciones y forma en que la admita.

Se discute ahora mucho acerca de qué sistema es mejor: el de las inversiones privadas directas o el de los créditos intergubernamentales. Ambos tienen un ancho campo de acción en los países de Latinoamérica; cada uno de ellos tiene ciertas ventajas y algunos inconvenientes, por lo que su utilización depende de las necesidades y de las peculiaridades tanto del país en que la inversión vaya a realizarse como del tipo de empresa u obra por ejecutar.

Es cierto, en general, como insistentemente lo sostuvo en Bogotá la Delegación de Estados Unidos, que las inversiones privadas directas pueden poner a disposición de los países interesados un volumen mayor de recursos que los que razonablemente se puede esperar de los créditos intergubernamentales; es cierto, también, que asumen mayores riesgos y que en general no surge de las inversiones de los particulares una obligación directa a cargo de los países, y que además recibiendo sus servicios en forma de dividendos se ajustan mejor a las condiciones económicas buenas o malas de las naciones deudoras y facilitan por lo mismo un ajuste más sencillo de sus balanzas de pagos, en tanto que los préstamos intergubernamentales en lo general tienden a dotar de cierta rigidez a los compromisos de las naciones que los obtienen.

En cambio, normalmente es mucho más fácil canalizar los fondos provenientes de un crédito gubernamental que una inversión privada directa hacia fines benéficos

y que rindan mayores ventajas en relación con el desarrollo económico de nuestros países.

Por último, y este es quizá el punto más importante y aquel que debiera ser materia de más cuidadosas reflexiones, la inversión privada directa todavía aspira en muchos casos a un régimen especial de protección que puede ser fuente eventual de dificultades políticas.

Tengo la seguridad de que si nos pusiésemos de acuerdo en que la simple mecánica del desarrollo económico de nuestros países vuelve innecesaria la existencia de un régimen especial de protección a la inversión extranjera, mucho se habría avanzado para la mayor comprensión que todos queremos entre las naciones de América. Desgraciadamente todavía no se ha desterrado por completo la idea de que el capital extranjero tiene derecho a esperar un régimen especial de seguridad.

Respecto de uno de los argumentos en favor de ese régimen sería injusto afirmar que carece por completo de justicia: me refiero al que se funda en las dificultades monetarias que en esta hora padecen tantos países del mundo y que ha obligado a muchos —México es una de las pocas felices excepciones— a establecer mecanismos muy rígidos que hacen casi imposible al capitalista extranjero disponer de sus utilidades o de los fondos en que ha convertido sus inversiones fijas. Debe esperarse, sin embargo, en que los países con capacidades y recursos para afrontarlas, pondrán fin en fecha no lejana a los males monetarios de esta época de transición. Esos males no han existido siempre; no hay razón, pues, para que sean eternos.

Con otro argumento en cambio no es posible estar de acuerdo: se afirma a veces que el principio de la igualdad de trato a nacionales y extranjeros solamente puede regir en aquellos países que han conquistado un patrón medio que satisfaga al extranjero, pero que en los casos de países que dan a sus nacionales un trato inferior a ese estándar, la única manera de atraer al capital extranjero es concediéndole un régimen preferencial. Esta idea expuesta hoy, cuando la mayor parte de los países nuestros están ya firmemente encauzados en programas de desarrollo que han supuesto, como no podía dejar de ser, el nacimiento de grupos capitalistas locales enérgicos y audaces,

carece de razón. Cuando las inversiones extranjeras eran las únicas o casi las únicas, pudo haberse explicado aunque no justificado un régimen preferencial; ahora, cuando en todas partes de América, y México ofrece un vívido ejemplo, los esfuerzos de sus grupos capitalistas han creado numerosas empresas por cuya defensa luchan con todos los medios que el capital usa para su defensa en las democracias, pedir para el inversionista extranjero un régimen de excepción resulta casi un anacronismo.

Ni se ha agotado el inventario de los problemas ni, en marco tan limitado como el de este artículo, puede esperarse que quedaran expuestas y fundadas todas las soluciones que reclaman esfuerzo colectivo y no puramente individual para encontrarse. De todos modos no hay duda de que nuestros países han ganado experiencia, que cada vez conocemos mejor los problemas, y que con un poco de empeño que realicemos para procurar poner a esos problemas y a sus soluciones por encima de la controversia y de la política, recorreremos el camino con más seguridad y sacrificio menor para todos.

## WALLACE: SIMBOLO DE LA RECONCILIACION ENTRE HISPANOAMERICA Y LOS ESTADOS UNIDOS

CON interés creciente un grupo nutrido de mexicanos y de latinoamericanos hemos venido observando el desarrollo de la pugna electoral que tiene lugar ahora en los Estados Unidos y hemos advertido algo bien obvio: que el resultado de esa pugna no sólo tendrá que afectar el destino del mundo en general, sino que, de modo particular, habrá de afectar decisiva y directamente las vidas de los países latinoamericanos.

En otras jornadas eleccionarias habidas en Norteamérica, entrando en juego los tradicionales partidos Demócrata y Republicano, los hombres de este lado del río Bravo apenas si veíamos algún distingo en la resonancia que podría llegar a tener en nuestros pueblos ese tipo de luchas, pues solíamos comprobar, con irritante reiteración, que en el trato que Estados Unidos da a América Latina sólo cambiaban el ademán, la frascología y los ritos protocolarios: ora se dulcificaban, ora se agriaban, según triunfase un partido u otro; pero nunca llegaban a alterarse básicamente las condiciones sobre las cuales se ha venido asentando la convivencia con nuestro poderoso vecino. La política de la *Buena Vecindad* preconizada por Franklin Delano Roosevelt, pese a la innegable sinceridad con que la prohijaba el gran Presidente, no pudo concretarse en los frutos que como latinoamericanos nos era lícito esperar. Acaso su malhadada muerte impidió ver realizaciones más plausibles; y hoy, con alarma explicable vemos cómo va cobrando nueva vigencia la política del *big stick*, que ya se creía superada por la incruenta diplomacia del dólar.

Con la fundación y activa militancia del Partido Progresista dentro del escenario público de los Estados Unidos, se introduce un nuevo y fundamental elemento que puede desembocar en una reforma básica en nuestras relaciones comunes, en caso de que los electores norteamericanos posean instinto certero para distinguir cuál es entre todos el más brillante y creador destino de los Estados Unidos; destino que, ciertamente, nada tiene que ver con el que ansían los violentos oligarcas de las finanzas.

Ese nuevo y fundamental elemento lo constituye el ideario personal de Henry A. Wallace que, desde que fungía como Vicepresidente de los Estados Unidos ostentó con abierta franqueza y cuya característica consiste en un diáfano y renovado credo democrático y en una condenación a todo empeño que conduzca a perpetuar el imperialismo como forma y norma de política exterior y de relaciones entre los Estados.

Del texto mismo de los discursos del candidato del Partido Progresista, se desprende un hecho harto alentador para los latinoamericanos: al atacar Wallace las prácticas imperialistas de su país en este y en otros continentes, se hace pleno cargo de la connotación exacta de la palabra *imperialismo*; y al emplearla, no la utiliza como mero recurso declamatorio ni la desposee de su cabal significación; pues Wallace ha demostrado la incompatibilidad existente entre la expansión imperialista con la sustancia de la democracia. Como un verdadero *leit motiv* Wallace ha insistido en el hecho de hasta qué punto se halla distante de un fidedigno credo democrático la obstrucción pertinaz de las naciones poderosas al afán legítimo de los pueblos débiles por lograr su desenvolvimiento económico y espiritual.

La antinomia que Wallace señala es, puntualmente, la existente en las relaciones entre Norteamérica y las patrias latinoamericanas.

NUESTRA época se caracteriza, entre otros síntomas, por su inclinación a revisar la usual significación de aquellos vocablos alrededor de los cuales han venido girando los viejos anhelos del hombre: justicia, libertad, democracia. Y esta tendencia revisionista de nuestra época nos entrega un dato cierto, preciso: la justicia, la libertad, la democracia—tal como se observan en la práctica cotidiana y al amparo de cada vez más inoperantes y paráliticas instituciones—, nada tienen que ver con el ímpetu libertario que desde siempre habita en el hombre, ni con la más elemental justicia social, ni con el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Pues si a la democracia le quitamos este tercer postulado—el del gobierno *para el pueblo*—le habremos arrebatado su mejor contenido doctrinario, como dijo la voz de México en la Asamblea de Bogotá.

Esa dolorosa antinomia habida entre los formalismos legales y las hondas aspiraciones populares, permite hacer un augurio: más tarde o más temprano—quizá más temprano que tarde— la probidad intelectual y moral de cada quien tendrá que decidirse o por la letra

exánime de instituciones que van perdiendo fecundidad por falta de vigencia histórica, o por el viejo y entrañable espíritu a que aludían las palabras justicia, libertad, democracia. Si somos capaces de decidirnos por la segunda solución, nuestra mentalidad y nuestros hábitos tendrán que abandonar toda rutina y hacerse renovadores.

Y así, renovador y valiente, con una imaginación intrépida para encararse a los grandes problemas de los Estados Unidos—que son los de nuestro tiempo—, es como percibe a Wallace el sector más atento y patriota de México y de Latinoamérica. Ello independientemente de que los carteles radicados en Nueva York, con sus recursos cuantiosos perviertan, adormezcan y envilezcan la conciencia de algunos latinoamericanos a través de la prensa que compran en nuestras patrias, ocultando con habilidad el papel de natural y decidido aliado nuestro que Wallace y su ideario representan, pues el ocultamiento de tan promisorio mensaje en favor de nuestros pueblos no podrá prolongarse durante mucho tiempo, pese a la odiosa *tiranía del marbete* que suele designar al fundador del Tercer Partido como un comunista feroz, o pese a la presencia grotesca de *sociedades de enemigos de Wallace* que los descastados han venido fundando con diligente solicitud.

Y no importa que Wallace pierda la elección. El mismo no está seguro de su triunfo. Pero una cosa sí tendrá enorme trascendencia: cada voto que Wallace obtenga a su favor será la prueba contundente de una inatajable evolución del espíritu público y del fracaso de un sistema publicitario que se encuentra confabulado para engañar al hombre común y distraerlo de sus verdaderos intereses. De ese complot cotidiano en contra de los intereses populares habrán de sustraerse en noviembre próximo ocho millones de hombres comunes; y quizá en noviembre de 1952 la gran mayoría de ellos.

**P**ARA muchos de los hombres que moramos al sur de los Estados Unidos Wallace se ha convertido en el símbolo de la reconciliación sentimental entre México y Norteamérica. Lo propio puede afirmarse del resto de los latinoamericanos. Y es que los agravios cometidos hace un siglo a México y la constante aplicación de la doctrina del *Destino Manifiesto* en todos nuestros países, no pueden ni podrán ser borrados de la conciencia de los mexicanos con una corona de flores depositada teatralmente en la tumba de nuestros héroes, ni merced a la jergonza sonora que solemos oír en los actos de la diplomacia oficial. Para que renazca y crezca la mutua simpatía entre nuestros pueblos

es menester que obtengamos, fuera de toda falsificación, el entierro absoluto de la tendencia norteamericana de inhibir nuestro legítimo desarrollo y nuestra prosperidad siempre aplazada.

El mexicano lleva muchos años de albergar en su corazón un resentimiento hacia el norteamericano en su conjunto; un resentimiento parejo alberga el resto de los latinoamericanos. Ello puede no ser justificado pero sí perfectamente explicable. Empero un sector—el que posee mayor información—sabe distinguir qué grupos de Norteamérica actúan como enemigos implacables de México y de Hispanoamérica y cuáles no. Y reconoce que no es ciertamente el pueblo de los Estados Unidos nuestro persecutor, sino los monopolios; que además de tener una fuerza económica ilimitada, rigen la política exterior de los Estados Unidos en detrimento de los países débiles de todo el orbe. Y saben, igualmente, que los grupos monopolistas son incluso enemigos de sus propios conciudadanos. (No se dice *compatriotas*, porque la noción y la emoción de patria son ajenas al estilo de vida de los que integran los monopolios).

Esta patente verdad, conforme el tiempo transcurre, la va percibiendo con mayor claridad el hombre común y corriente de los Estados Unidos. Ello lo hará sentirse más cerca de nosotros que en el pasado y borrará en él toda huella de rivalidad.

Pero no bastará esta saludable tendencia para obtener la reconciliación sincera y la amistad activa entre unos y otros. Para que se extinga radicalmente la animosidad innegable que existe en el latinoamericano hacia el norteamericano—animosidad que se da en nuestra conciencia como una forma primaria del instinto de conservación nacional—, es indispensable acabar con el imperialismo ejercido tenazmente por los grupos que Wallace combate. Esta exigencia no constituye después de todo una utopía. Una rivalidad semejante existió entre yanquis y confederados y, gracias al carácter y clarividencia de Lincoln prevaleció el espíritu de unidad y antiesclavista sobre el de secesión y feudal.

**W**ALLACE se ha convertido en nuestro más auténtico aliado. Cuando desde Latinoamérica contemplamos el desarrollo de la campaña electoral emprendida por el Tercer Partido y leemos los discursos pronunciados por su candidato a la Presidencia, una honda simpatía suscitan en el corazón de los patriotas iberoamericanos, simpatía que no se halla exenta de un sentimiento de culpa y de vergüenza. ¿Pues no

resulta culpable y vergonzoso que mientras Wallace lucha nuestras luchas y pelea nuestras peleas dentro de la Metrópoli y en el mismo núcleo del imperialismo, aquí, en las colonias y en las semicolonias, desde nuestro creciente sometimiento, adoptemos gestecillos de escepticismo elegante justificadores de nuestra marginalidad o adoptemos actitudes fatalistas y derrotistas basadas en un supuesto realismo, o bien que, pasándonos de hábiles, demos pasos de abierta cooperación precisamente con aquellas fuerzas que garantizan la continuidad de nuestra dependencia?

El partido Progresista de los Estados Unidos postula en el programa recientemente aprobado en su asamblea constitutiva estos dos puntos básicos en favor de América Latina: renuncia a la alianza militar concertada por nosotros en Río de Janeiro y asistencia económica a nuestros pueblos sin exigirnos condiciones vejatorias. ¿No es, pues, lamentable que en Latinoamérica haya habido nutridos aplausos a una alianza militar que nos resta autonomía, y no es igualmente vergonzoso que hayamos presenciado numerosas muestras de aprobación entre nosotros a un plan de rehabilitación económica de Europa, que va en detrimento de nuestras más justas demandas?

En un discurso pronunciado por Henry A. Wallace ante doce mil ciudadanos norteamericanos de origen mexicanos—víctimas desvalidos de la bárbara persecución racial que caracteriza a los Estados del Sur—aludió en esta forma a la política de *Buena Vecindad*: "La política del buen vecino iniciada por Roosevelt fué sincera. Todos los que trabajamos por ella lo hacíamos con convicción y honradez. América Latina sabía que nos proponíamos trabajar en contra del imperialismo yanqui; sabía que deseábamos desarrollar una era de buen entendimiento y de cooperación. En varias visitas a México y demás países del Sur, vi de cerca la necesidad de esta política. Vi la pobreza extrema de esos pueblos; observé la falta de oportunidades educativas; la tristeza de esas muchedumbres, y comprendí la grandeza de las mentes de América Latina que luchan por la industrialización de sus naciones y por la obtención de una posición ventajosa e independiente en el consorcio mundial de pueblos libres.

"La política del Buen Vecino ha tenido una muerte trágica. La combinación demócratarrepublicana que nos gobierna la ha asesinado en Bogotá a través del militar que allí envió... Yo soy campesino. Nací y me crié en el campo. Serví como Secretario de Agricultura. Y por esto precisamente sé que ningún pueblo puede llegar a ser fuerte y poderoso si depende solamente de la agricultura. Pueblos así

tienen que ser víctimas fáciles del imperialismo. . . Los mexicanoamericanos tienen otra vez oportunidad de usar su voto para su bienestar. Vosotros habéis trabajado y procreado una familia aquí. Este país es tan vuestro como de los demás. . .”.

Este mensaje de Wallace, empero, es execrado por todos aquellos mexicanos y latinoamericanos cuyo patriotismo se halla languideciente.

*José E. ITURRIAGA.*

## RETORNO AL FUTURO

**H**E AQUÍ el libro de un poeta, lo que no quiere decir que sea sólo un libro entusiasta, hijo de un impulso emotivo. Su autor, el poeta y ensayista guatemalteco Luis Cardoza y Aragón, lo ha escrito con la bella esperanza de cooperar a la comprensión del gran pueblo ruso, que soporta sobre sus espaldas una montaña de elogios y de censuras, igualmente irreflexivos. Es, según el autor, y según se puede ver a lo largo de sus páginas, un testimonio directo, al parecer el primero en español, que intenta dar una imagen de la Unión Soviética en los primeros meses de la postguerra. Es, también, una sincera contribución a la paz.

Es producto de una permanencia de medio año en la URSS y de treinta años de lecturas. Del invierno del 45 al verano del 46 estubo Luis Cardoza y Aragón en Moscú, con breves salidas al campo y a pueblos y ciudades próximos. El volumen de su información nos indica que trabajó incesantemente, que ni un solo minuto fué pospuesto el deseo de ver y entender todos los pormenores de la vida rusa de estos últimos años.

No es el libro de un sectario. No es un libro incondicional, partidarista. Es, sí, el de un hombre que desea acertar, que brega por no perderse en la montaña de elogios y de censuras que se han levantado en torno al hecho ruso; pero que fatalmente, orillan a esta certeza: la URSS es el país más interesante de nuestro tiempo, con todo y sus defectos, con todo y sus limitaciones transitorias. No es Cardoza y Aragón un fanático; no cree que la URSS tenga siempre la razón y menos cree en su infalibilidad, con lo cual queda dicho que por igual desafía a amigos y a enemigos. Por lo demás, a Rusia no se la puede juzgar sin tomar posición: lo mismo el que elogia como el que denigra, queda en el acto clasificado. ¿Y el que lucha por ser imparcial, por decir de buena fe lo que cree y entiende del estudio de la realidad? Se dirá de él que quiere, a un tiempo, servir a Dios y al diablo. No importa, Cardoza y Aragón quiso correr este riesgo. Alternan en su libro las afirmaciones y las negaciones rotundas, como es natural que suceda, de acuerdo con un aforismo de Oscar Wilde. La URSS, independientemente de nuestra actitud personal, está cambiando el rumbo de la

historia. Está transformando a su pueblo a una velocidad sin paralelo. Ha establecido nuevo equilibrio mundial.

El interés de este libro, que es, pudiera decirse, tanto sobre la crisis contemporánea como sobre la URSS, reside, pues, en que su autor está muy lejos de ser marxista y en que jamás ha sido miembro de partido alguno. Reside en que es el libro de un hombre que percibe con nitidez la crisis contemporánea. Su punto de vista es el de un auténtico liberal de nuestra época. En efecto, en *La Nube y el Reloj* (1940), y otros libros suyos, su posición al juzgar problemas del arte y su función social, la volvemos a encontrar invariable, exactamente la misma en las páginas aquí dedicadas a la cultura soviética. Una cosa hay que ponderar en *Retorno al futuro*, y es su esfuerzo por mantenerse equidistante de un elogio desmedido y de una diatriba. Usando de la razón como del arma más eficaz para frenar las emociones, su libro siempre trata de ser objetivo, alimentándose de los datos de la realidad; sus afirmaciones son profundas lo mismo que sus negaciones escuetas. A veces su prosa adquiere un temblor hijo de su alta calidad de poeta, y de su posición de hombre que no renuncia a conmovirse de los dolores del hombre, de irritarse contra las injusticias que con él se cometen. Es, además, un libro valiente y honrado; escribirlo y publicarlo es una prueba de esta afirmación. Y con ello tenemos la figura cabal de este escritor. Porque no importa tanto la inteligencia de un hombre, sino el uso que hace de ella. No importa tanto lo que sabe, sino lo que espera, que es como decir lo que ignora. Lo que sabe, lo que cree, lo que ama, lo que odia, todo se ha sumado aquí para darnos una impresión directa, objetiva, de la Unión Soviética de nuestros días.

Naturalmente que es muy difícil conseguir con sólo decirlo, con sólo ser lúcido, con sólo ser imparcial, echar por tierra con un libro las mil leyendas que corren sobre la URSS, lo mismo las que la niegan que las que la afirman. Pero este libro quiere ayudar a que sea mejor comprendida, como uno de los medios de asegurar la paz, cuya carencia a todos perjudica.

Nuestra juventud fué rusófila. Los que tenemos cuarenta años nos hicimos al golpe de las lecturas rusas, aun los que después negaron su Revolución. Siempre que titubeó nuestra voluntad, siempre que la fe en el hombre flaqueó, siempre que se quiso afirmar al pueblo, al sentido heroico de la vida, en los rusos encontramos la levadura con que amasamos el pan que alimentó nuestros ideales. Los rusos mataron a muchos jóvenes mexicanos; Leónidas Andreiew mató a Germán de

Campo, y estuvo a punto de matarnos a todos, cuando guiados por nuestras lecturas, seguimos a un hombre que parecía encarnar nuestras esperanzas de redención... Conocedor de todos los grandes poetas, novelistas y escritores rusos, como es corriente que ocurra en los hombres de nuestra edad, de acuerdo con lo dicho, Luis Cardoza y Aragón quiso releerlos. Para intuir algo del mañana, volvió a Dostoiewski, a Tolstoy, que son las dos caras de una medalla; a Gorki, que si no tiene el genio de esos dos gigantes, sí participa de su descarnada sinceridad, de su ternura y su rabia y su constante, renovada, cotidiana lealtad al gran abuelo: el pueblo ruso. En sus dones proféticos, Cardoza ha ido a buscar la raíz y la flor y el fruto de la realidad rusa. En las grandes páginas rusas, las de ahora y las del ayer remoto, encontró los apoyos para afirmar que el pueblo de hoy, tras un gran salto en su desarrollo histórico, conserva su fisonomía eterna, aquella que lo presenta en toda su conmovedora capacidad de lágrimas, sacrificios y trabajos, condiciones que se suman para reafirmar la esperanza en su triunfo final.

Estima el autor que la URSS vive actualmente su etapa socialista y que su transformación hacia la plenitud del comunismo se encuentra retardada en parte, por el cerco capitalista. Reconoce que hay muchas cosas por hacer, pese a las que se llevan hechas.

Su memoria, esa memoria que registra en los poetas los hechos que algún significado tienen en la vida emocional, es un poderoso aliado que permite relacionar hechos ajenos en la memoria común. Ciertas alusiones a México, a Guatemala, ciertos retornos a su niñez, son fragmentos de una delicada ternura. Así ocurre cuando cuenta que oyendo el vals de Juventino Rosas, *Sobre las Olas*, afirmó su estirpe mexicana. Un ruso le respondió que su abuelo lo tocaba en el acordeón. Cardoza vuelve a su Guatemala natal, y dice que el suyo también lo tocaba en acordeón, de notas líquidas y lentas.

El libro no está contra ningún pueblo, que por el hecho de serlo, tiene que ser en algo semejante al pueblo ruso. Suele estar contra algunos gobiernos que suelen gobernar a espaldas de los intereses de las mayorías nacionales. En lo que respecta a los Estados Unidos, el otro polo de la cultura de nuestros días, Cardoza y Aragón hace años se manifiesta como un admirador. En ninguna parte dice que Rusia sea un paraíso, tampoco dice que sea un infierno. Lo que dice reiteradas veces es que es un mundo nuevo, en movimiento, con todos los fenómenos que caracterizan a un mundo; que camina inexorablemente contra terremotos y cataclismos y catástrofes; pero que también sabe de horas de dichas y alegrías; que sobre su cielo, entre los grandes

nubarrones, es dulce ver florecer las estrellas. No hay aspecto esencial que no abarque *Retorno al futuro*: el pasado, el presente, el futuro con todo lo que suelen arrastrar. Sale uno de su lectura afirmado, poniendo luz en lo que, hasta en nosotros que nos empeñamos en no caer en las trampas de la prensa, había conseguido poner sombras la propaganda interesada. Se destruyen mil leyendas que por caer en cabezas predisuestas a la admiración o predisuestas a la antipatía, crecen desmesuradamente hasta el grado de llegar a la situación de que no se sepa bien a bien, cuál es el tamaño de la verdad y el tamaño de la mentira.

Si quisiéramos recordar una divisa clásica, podríamos decir: "He aquí, lector, un libro de buena fe".

*Andrés HENFSTROSA.*

## RECUERDO DE RAMÓN IGLESIA

UNA carta que cruzó anoche el Atlántico me ha traído esta noticia lacónica: "Ramón Iglesia ha muerto de un accidente en Estados Unidos". Ninguna explicación de lo ocurrido. El mensaje penetra en el espíritu como una realidad ineludible y escueta. Con la imaginación me uno al cortejo que habrá conducido el cuerpo del amigo a su sepultura. Acaso fué un entierro frío, parco en gente, de un hombre que rebosaba animación y compañerismo.

Lo conocí hace años en aquel Madrid que renovaba sus establecimientos culturales a raíz de la instauración de la República. Era un bibliotecario consciente de la responsabilidad de su oficio. Tan pronto aparecía en la mesa del despacho para activar el engranaje moroso de la burocracia de los libros como llevaba de la mano a los amigos hasta el recinto todavía secreto de los catálogos indispensables. Por las tardes se entregaba a la penosa tarea de leer los manuscritos y las pruebas de la edición crítica de la Historia de Bernal Díaz que preparaba el Centro de Estudios Históricos, a iniciativa y con ayuda del entonces Embajador de México en España, Genaro Estrada.

Esta vida de biblioteca y de erudición no agotaba la energía de Iglesia. Se interesaba vivamente por la literatura; viajaba; estudiaba con gusto los idiomas extranjeros; impartía cursos; cultivaba la conversación con sus amigos.

Un día trocó la bata de bibliotecario por el uniforme del soldado. La guerra civil española le iba a proporcionar una experiencia "de campo", como se dice en las escuelas, que no olvidaría jamás. Siempre había admirado a soldados como Cortés y Bernal Díaz que supieron manejar la pluma. En sentido contrario, el que había comenzado por las letras llegaba finalmente a las armas, logrando así un desarrollo más pleno de las facultades que podían llevarlo a comprender la historia que estudiaba. Años después se extasiaba ante un desfile mexicano en el que tomaba parte un equipo mecanizado de último modelo. Recuerdo también que lamentaba no haber podido narrar con la frescura de un cronista primitivo el drama de la guerra española, lo cual atribuía a la complicación del ejército moderno. En cambio, ganó de esa experiencia el rechazo franco de la división entre

historia interna y externa de uso en los manuales científicos. ¡Hombre, llamar externa a la guerra que pasamos!, comentaba con viveza.

El destierro lo lleva a México y realiza así, a empujones de la mala fortuna, otro de sus anhelos. La Nueva España de los manuscritos y de las ediciones se convierte en el México de la geografía y del espíritu, al que iba a entregarse plenamente como los primeros españoles que tanto había estudiado. No llega con arrogancia ni con otros prejuicios que los de su simpatía. Se siente en todo momento más español que nunca; pero no de los de alma cerrada o provinciana, sino de los que saben mantenerla abierta y generosa. Experimenta, reacciona, se alarma, comprende. Y sobre todo agradece de corazón la mano abierta que le tiende ese hombre bondadoso que en la hora del exodo calmó tantas ansiedades: Alfonso Reyes.

A la par de la incorporación a su nuevo país vendría la tarea de educación, de escritura histórica y de traducciones.

Iglesia enseña con buen éxito a los alumnos del Colegio de México. Los trata fraternalmente y les transmite con generosidad la cultura histórica que ellos anhelan. Conoce la dignidad del hombre de estudio que por entregarse plenamente a su función puede aspirar a convertirse en maestro. La luz de su inteligencia aguda y fina se prodiga bajo formas literarias depuradas y amenas. No en vano siente la atracción y tiene el conocimiento de las lenguas principales de Occidente. Traduce para el Fondo de Cultura Económica muchas obras que sus inquietudes y sus necesidades le van señalando.

En las ediciones del Colegio de México reúne sus trabajos históricos y da a conocer las últimas conclusiones a que llega en su meditación de la misión del historiador. ¿Es acaso Iglesia un metodólogo? Creo que a él mismo no le hubiera gustado esta clasificación. Le preocupa indudablemente el problema de la manera de escribir la historia, y quiere superar las enseñanzas de la escuela objetiva. A este esfuerzo dedica sus energías mejores, sus atisbos finos, sus sarcasmos. Pero no se plantea filosóficamente el problema de la historiografía ni ofrece una solución orgánica. En el fondo me parece que no creía en la existencia de ésta y que se contentaba con entregar algunas sugerencias que concordaban con sus gustos personales. Nunca pensó en algún título como "Metodología de la Historia" o "Filosofía de la Historiografía". Porque le arredaban y porque no necesitaba de tanto aparato científico para expresar claramente lo que creía acerca de la historia.

Más bien le gustaba sorprender la vitalidad de los personajes y de las escenas del pasado al correr de la vida propia. Y jugaba a la

baraja con estos atisbos o los unía a la manera de los "trailers" o cortes de las películas para lograr alguna secuencia. Era un cazador ágil de situaciones únicas. Buscaba el sabor de la vida en la historia y el goce estético que ella proporciona. Prefería un espectáculo divertido a las ideas de proceso o de cuadro institucional, que le aburrían. Abstraía al hombre de sus vínculos económicos y sociales para gozarlo mejor como artifice de la historia.

Creo que como buen espíritu hispánico había convertido su vitalismo en medida final y en fuente verdadera de su posición metodológica.

De algunas tendencias y resultados de su obra hemos podido dis-sentir cuando el diálogo con el amigo era posible. Otras veces lo hemos visto acertar a fondo. Nunca felizmente las cuestiones profesionales llegaron a enturbiar una amistad que venía de lejos y que probó ser más fuerte que cualquier discrepancia metodológica o temperamental. Acaso nos unía en último término la convicción de que por muchos caminos se puede ir a Roma.

Iglesia vivió la desazón y la pobreza del hombre de letras hispánico. Siendo su alma tan española sufrió el complejo de la tierra nórdica. Acaso por añoranza del paisaje galaico, de praderas mojadas y cielos nublados, huyó de las mesetas de sol para gozar del ambiente más pálido y de la limpieza y el orden de Suecia. Más tarde emigraría de México a los Estados Unidos por anhelo de comodidades y por inquietud viajera también. Parecía haber logrado la felicidad media del profesor de literatura en un pueblo universitario del estado de Wisconsin. Mas sólo era para caer, víctima de no sé qué accidente, sobre la tierra prometida.

Vida corta y trágica, atraída a semejanza de la de los conquistadores por dorados engañosos; pero animada y plena, como él la había querido.

*Silvio Zavala.*

París, 12 de mayo de 1948.

# *Aventura del Pensamiento*



## EL OBSTACULO EPISTEMOLOGICO EN EL PENSAMIENTO POLITICO

Por *Juan CUATRECASAS*

### *DIFICULTADES SUBJETIVISTAS*

**N**ADA tan difícil y osado como el intento de escudriñar el futuro inmediato de nuestro mundo, a través de alguna visión analítica que no se subordine a ciertos prejuicios. Porque quizás ninguna etapa de la moderna civilización ha resultado tan caótica como la presente, en la cual caben todas las conjeturas, todos los escepticismos y todas las esperanzas. Para tal intento de interpretación ecléctica es necesario reforzar nuestra posición mental cargándola de una máxima dosis de auténtico espíritu científico, de auténtico anhelo de verdad y de progreso.

El moderno espíritu científico caracteriza la última fase de la mentalidad crítica del hombre. En los últimos cuarenta años, han aparecido tales reconfiguraciones de nuestras fundamentales formas de pensar que ellas solas constituyen una revolución, cuyos bordes vendrían indicados desde la relatividad einsteniana hasta las realizaciones de la física atómica. Y mientras esta evolución pensante se cristaliza irradiando misteriosos horizontes que debieran llenar de optimismo al espíritu humano, asistimos al espectáculo triste de una confusión general en el desconcierto de las fuerzas psíquicas que actúan en las esferas culturales de nuestro mundo. Hace mucha falta reflexionar sobre el peso muerto de la historia, sobre el peso muerto de un pasado que inmoviliza nuestras ideas; hace falta reaccionar contra el hombre viejo que perdura dentro de cada hombre nuevo.

Lo más dificultoso del hombre actual que asiste como espectador al caos en que se debate el panorama político

del mundo, es la conservación de su espíritu crítico, de su libertad de enjuiciamiento. Si valora por un igual el gran cúmulo de fenómenos desalentadores y no se adhiere a ninguna fórmula partidista, cae en la sistemática incredulidad, en un escepticismo que se compagina muy poco con la fe en un mejor porvenir. Pero si aplicamos a la crítica serena de dichos fenómenos el mismo método del pensamiento científico, podremos ver que la sólida fe en los progresos de la actividad humana resurge precisamente de la capacidad de superación de los obstáculos mediante sucesivos proyectos o hipótesis de trabajo.

Por ello (aunque esto parecerá una herejía a muchos maestros de la sociología), la captación de ciertas realidades y orientaciones se da con mayor frecuencia en los políticos poco versados en disciplinas históricas que en los eruditos y sistemáticos de la historiografía. Por eso afirma Gastón Bachelard que el epistemólogo difiere del historiador en que subraya, entre todos los conocimientos de una época, las ideas fecundas. Y añade que "un método tal de crítica exige una actitud expectante, *casi tan prudente frente a lo conocido como a lo desconocido*, siempre en guardia contra los conocimientos familiares y sin mucho respeto por las verdades de escuela". Es decir, siempre cauteloso ante la aceptación ciega de las *verdades* más comúnmente admitidas, tanto sobre lo nuevo como sobre lo viejo.

Claro está que este criterio está siempre sujeto a grandes variaciones subjetivas. Pero los esfuerzos realizados en cualquier sentido que se inspire en tales fundamentos tendrán un significado efectivo, superior a las miopes concepciones del dogmático. Y así al aplicarnos a meditar sobre los problemas de la grave crisis mundial podremos liberarnos de un pesimismo que invade a tantos espíritus cultivados. Afirmer que el hombre no puede salir de unos moldes prefijados por la tradición, la geografía o la religión, en cuanto a su evolución social, es desconocer la biología humana. Nuestro progreso no estriba en el desarrollo de aquellos órganos que sirvieron de medios mecánicos a nuestros antepasados, ni tampoco en el vano empeño de la deshumanización.

La sociabilidad humana surge de raíces afectivas (instintivas) muy profundas, demasiado maltratadas por la historia. Comienza a llegar la hora de proclamar su derecho a ser respetadas. Parece que en nuestros días la auténtica fuerza de la sociabilidad va sublimándose para alcanzar nuevas formas psicológicas de vida colectiva internacional, aunque embrionarias. Mas ello sería el primer paso hacia una fase pacifista de la gran familia humana. La atención de las gentes se halla acaparada por los actos de violencia o por la enorme ola de propaganda regresiva realizada por la supervivencia de todo lo viejo. Al lado de esto hay un visible esfuerzo de muchos otros hombres para establecer las bases de una reorganización mundial sobre postulados democráticos. Y ello ha coincidido con un despertar de la conciencia social del hombre anónimo, del llamado hombre libre.

Lo interesante de este momento es precisamente el hecho de que aquellos que disponen de las grandes fuerzas mundiales proclaman todos la bandera de la democracia para prestigiar y justificar sus intenciones, no siempre ajustadas a sus palabras. Y también es interesante reconocer que los plasmadores de los nuevos moldes internacionales han buscado la forma de condicionar su funcionamiento a un mecanismo que las subordine a la inteligencia y no a la fuerza. Y eso es perfectamente posible. Otras cosas más difíciles ha hecho el hombre. Lo grave es que aquí la dificultad reside en el mismo hombre, en los restos del hombre estúpido y primitivo. Todo se reduce a un proceso educativo. La liberación del lastre ancestral de la ignorancia y de la superstición permitirá establecer una debida jerarquización de valores.

Al hablar de concepción científica de la vida política, nos referimos a todo lo contrario del dogmatismo. La evidencia del relativismo doctrinal y psicológico tiende a evitar no sólo la creencia en el valor absoluto de un sistema filosófico sino la acción violenta impulsada por dicho sistema. Es la actitud escéptica, consciente, analítica del político la que se reclama; es la misma actitud positivista y metodológica que exige toda disciplina científica; la cual no excluye el entusiasmo, sino que lo limita para ponerlo al servicio de un ideal limitado, relativo. Aunque parezca

paradojal, la modestia es para la inteligencia la más poderosa de sus fuerzas. Los ideales relativos (sujetos a control y revisión), los ensayos aún atrevidos pero con adecuada conciencia de su limitada esfera de acción, son los que abren las puertas de los más grandes horizontes.

La democracia, expresión de aquella realización científica de la política, no pretende substituir ningún ideal absoluto por otro absoluto conceptuado mejor; no consiste en substituir una política pasional por otra idealista o utopista. Consiste precisamente en devolver a la práctica política aquella modestia propia de toda humana conciencia y en colocar a los problemas colectivos (que a todos nos afectan) en el mismo plano de examen y de resolución que cualquier otro fenómeno natural. Consiste en la capacidad de examinarlos serena y analíticamente, rechazando aquellos valores que la inteligencia y la ética universal consideren falsos. Consiste en dejar que sean sometidos todos estos valores al tamiz de una crítica evolutiva y amplia para dejar que las soluciones prácticas de nuestros problemas colectivos surjan depurados de toda malignidad, egoísmo y parcialidad.

#### *POLIMORFISMO INTERPRETATIVO DE LA ACTUAL CONFUSION*

SE ha despertado un interés universal por la solución de los problemas políticos internacionales. Y esta preocupación, que abarca a todos los estratos sociales, se traduce por diversas manifestaciones: bien por un simple deseo de tranquilidad y de paz, y por un sentimiento antibélico parecido al de los clásicos pacifistas; o bien por una preocupación ideológica que culmina en una más amplia conciencia democrática o en una comprensión más profunda del significado de la libertad política. Así puede reafirmar Mirkine Guetzévitch que la paz es un resultado social del progreso democrático, añadiendo además que "sin democracia no hay paz; sin democracia no hay organización internacional, y solamente la democratización de la vida interna de los pueblos libres puede conducir a la humanidad a la organización internacional".

Al propio tiempo la angustia universal del mundo privado de libertad y torturado por la injusta brutalidad de la guerra totalitaria ha despertado en los hombres libres una peculiar sed de justicia cósmica; diríase que se trata de una sensación específica de ansiedad jurídica, que rebasa el marco y el contenido clásico de las teorías especializadas así como afecta con mayor intensidad a los "analfabetos del derecho". Pero no hay duda que ello ha estimulado y promovido un enorme progreso de la ciencia jurídica, de un modo análogo a como las epidemias y los dolores intensos de la humanidad han estimulado el progreso médico. Y así lo reconoce el jurista colombiano Guillermo Arévalo Amador en un interesante trabajo (La unidad del orden jurídico, 1946) sobre el derecho supra-estatal, cuando escribe: "Meditando sobre la evolución que, en la época en que nos ha correspondido vivir, han sufrido las más tradicionales instituciones, podemos afirmar sin reticencias que en el siglo xx, a lo largo de cuyo acontecer histórico se ha balanceado a los ojos de la humanidad expectante, en peligroso equilibrio, la tradición cultural del mundo, la ciencia jurídica ha alcanzado un adelanto extraordinario, pese a los evidentes retrocesos a que fué sometida por las prácticas que impusieron los regímenes totalitarios". Es decir, que los mismos especialistas del derecho aceptan el impulso que éste ha recibido de la evolución bélica y post-bélica actual, forjando nuevas concepciones doctrinales que tienen el carácter de una inesperada revolución. El citado autor añade: "En el marco de este desenvolvimiento, hallándose en el mayor lugar de peligro, el derecho logró, en un esfuerzo de superación sobre la anarquía y el desconcierto de las guerras, un grado tal de desarrollo y perfeccionamiento, ante el cual cabe meditar si el progreso es un producto del caos".

El progreso no es precisamente un producto del caos; pero sí de la aventura que deja a las fuerzas biológicas en plena libertad de acción frente al cosmos. Surge de un caminar hacia lo desconocido, aún desorganizando lo que deja atrás. Es siempre difícil de comprender porque no puede ser preestablecido. He aquí por qué la transformación jurídica que se está realizando en el mundo resulta

difícil de reconocer, aun a los mismos que son los propios instrumentos vitales de dicha revolución.

Los problemas que comienzan a ser objeto de examen concienzudo de las modernas ciencias sociales, estaban abandonados disgregadamente a los más distantes campos de las actividades humanas: la economía, o sea el estudio de las relaciones entre el hombre y el medio alimenticio; la medicina social o sea el arte de preservar la salud y de mejorar la vida orgánica; la política, o sea el arte de regular las condiciones del poder social, que mediatiza la estructura de las colectividades humanas. Y aisladamente, cada una de estas actividades, falsamente hipertrofiada, invadía la esfera de todas las otras manifestaciones de la vida individual y colectiva, según la época y el lugar, dando ocasión a las más peregrinas deformaciones de la vida social. Deformaciones artificialmente surgidas de la inepticia, de la ignorancia o de la rutina y cuya evidente injusticia constituye el baldón de la siempre quejumbrosa historia de los pueblos.

El problema más trascendente y grave es el político. G. Gordon Catlin establece una distinción fundamental entre la *teoría política* y el *pensamiento político*. Y en efecto, las *teorías políticas* más caprichosas y deshumanizadas han prosperado a espaldas de lo que puede llamarse pensamiento político, cuya raíz se halla en el sentimiento popular, en el sentido común, en el derecho natural y en la conciencia social del hombre sencillo. La aplicación de muchas "teorías políticas" se ha hecho a espaldas de todo esto, en contra de todo esto; o a lo más, engañando a todos estos sentimientos. A ello contribuían dos fenómenos principales: la sensación de superioridad y del derecho de mando por parte de ciertas minorías tradicionalmente habituadas a la hegemonía; y la ignorancia política o la despreocupación y la sensación de impotencia política por parte de la mayoría de la población, en la que debía incluirse la intelectualidad. Y la consagración de esta diferenciación fenoménica en la sociedad forma parte de la estabilización monárquica de la misma.

El progreso de nuestra civilización se ha fraguado en su mayor parte a espaldas del poder político y casi contra las resistencias del mismo a toda innovación. Así se han

ido aceptando y generalizando hechos e ideas surgidos del desarrollo positivo de la ciencia. Así se ha ido creando una desarmonía social, por inconexión entre el progreso científico, aplicado aisladamente a los problemas sociales, y el atrasado sistema de asignación del poder político, que debería ser el núcleo realizador surgido de la armónica concurrencia de los demás factores interindividuales en lugar de ser el árbitro de los mismos por hechos preestablecidos.

El adelanto técnico de nuestra civilización y los medios de información mundiales han hecho imposible la indiferencia así como la inconsciente servidumbre política de muchos seres humanos. Ello hace que la preocupación política ha pasado a ser el principal motivo del interés social de las generaciones de nuestros días. Hay una evidente distancia entre la indiferencia con que la mayoría de las gentes asistieron a la creación y al fracaso de la Liga ginebrina y el acalorado espíritu crítico y vigilante con que todo el mundo ha seguido los primeros pasos del nuevo Organismo mundial. La conciencia política de todos los pueblos es ya una realidad. Ningún hombre puede eludir su pensamiento político, porque aquella teoría de la tranquilidad y la serenidad apolíticas ha sido destruida por la ruidosa y lacerante avalancha de los acontecimientos públicos, que comienzan por rozamientos económicos o técnicos y acaban en revoluciones y guerras.

Escribe G. Catlin que "la ciencia política está todavía en su fase embrionaria, porque su desarrollo ha sido demasiado peligroso para los poderes existentes y porque la indolencia humana prefiere el pensamiento rutinario y retórico al pensamiento técnico que proporciona, no *belles-lettres*, sino poderío y dominio". Y añade que la sociología comienza a perfeccionar actualmente una técnica objetivista. Este hecho no gusta a muchos que afirman la imposibilidad de alcanzar el juicio objetivo en materia social ni tampoco a quienes no aceptan la conveniencia de tal objetividad, por razones inconfesables, por torpe fanatismo o por un ciego interés particularísimo.

Por todo ello el problema político como expresión de la voluntad colectiva de poder se encuentra en un momento de agudísima crisis. El mito de la institución

monárquica y sacerdotal que recibía por derecho divino la fuerza cohesiva que era la base de la autoridad, se ha derrumbado. Por un lado, el despertar de la iniciativa, la crítica y la cultura popular ha hecho perder la pasividad política y la servidumbre social a una gran parte de los pobladores de la tierra que permanecían en el marasmo social. Por otra parte, la proteiforme actividad de la ciencia y el arte alcanzó en nuestro siglo una repercusión y una supremacía social sobre la momificada fuerza cohesiva del poder político tradicional, creando un difícil y peligroso antagonismo. Y por último, la vertiginosidad de la marcha histórica condicionada por los adelantos de la técnica física y biológica, acelera la visión de los contrastes y está modelando casi espontáneamente la revolución política de nuestra época. Es inútil decir que esta revolución ha de acabar con los restos de las tradiciones sacerdotales y piramidales.

Los que atribuyen a O. Spengler calidad de profeta se basan en que previó el crecimiento de las ideas totalitarias de nuestro tiempo. Dice Hans W. Weigert que Spengler supo traducir las ideas de Platón sobre la relación entre tiranía y democracia al lenguaje del siglo xx. "Del regazo de la democracia surgen nuevas fuerzas, líderes de partido, dictadores y sus secuaces. La dictadura del dinero ha empleado la democracia como arma política. A fines de la primera guerra mundial, Spengler vió la ruina de la época del poder-dinero. La escena estaba preparada para la batalla final entre las fuerzas dirigentes de la plutocracia financiera (con la democracia como su expresión política) y la voluntad de orden, puramente política, de los dictadores". (Geopolítica, pág. 45).

He citado este párrafo de H. Weigert porque repite simplemente los lugares comunes que hoy proclaman todos los enemigos de la democracia y los incrédulos del progreso humano. La idea de que *la dictadura del dinero ha empleado la democracia como arma política* es indistintamente utilizado por los marxistas ortodoxos y por los autoritarios partidarios de los sistemas políticos totémicos. Lo que debiéramos decir es que la democracia en vías de evolución (imperfecta como toda evolución estructural perfectible y viva), sufre los efectos de la corrupción mo-

netaria. Como sufre también los efectos de otras fuerzas individualistas que la perturban hasta que la organización mejorada lo impide. La llamada "dictadura del dinero" ha podido surgir en una sociedad liberal por la descentralización de poderes; y ha surgido como fenómeno de corrupción por falta de madurez individual y social. La democracia misma encuentra los mecanismos de defensa contra la corrupción capitalista: la reglamentación económica y la cultura ética popular que conduce a la incorruptibilidad de los individuos. Ello exige tiempo y ejercitación de la responsabilidad personal y pública. Por otra parte, la idea simplista de una batalla entre la plutocracia financiera y la voluntad de poder de los dictadores no es aceptable hoy día como una explicación ni siquiera esquemática de los complejos fenómenos de la convulsión que agita al mundo. Hay muchos más factores en juego. El progreso humano en la esfera social es actualmente un proceso biológico en el cual la inteligencia juega ya un papel digno de ser valorado; en el cual la inducción humana le comunica dirección específica.

Nadie puede negar la influencia del clima y el valor modelador de la geografía en la vida de los pueblos. Pero ni el determinismo geográfico proclamado por Ratzel ni el fatalismo de Spengler ni el destino geográfico en el sentido de Weigert pueden tomarse en un sentido absoluto, como fuerzas exclusivas que retienen al hombre. "El destino conduce al que quiere y arrastra al que no quiere. Si contemplamos estas fuerzas oscuras del destino que surgen de las entrañas de la tierra, vemos el credo último de la geopolítica de una época desilusionada". Esto dice Weigert ignorando el esfuerzo de la inteligencia para elevarse más allá de los vínculos geográficos. La dificultad reside en hallar el camino progresivo hacia la cúspide que descansa sobre aquellas mismas bases geopolíticas, adaptándolas y sublimándolas.

La misma técnica creada por el hombre ha modificado notablemente el significado de la geografía política en forma imprevista de hace cuatro lustros. Esta misma técnica ha declarado la falsedad de la tesis spengleriana del pacifismo. Y el empujamiento de la tierra hace hoy de la geografía un juguete de la física. La geopolítica es

función de las variaciones temporarias de la instrumentación acústica, de la psicología social, de la pedagogía general, del ritmo vital de la humanidad que se ha hecho mucho más acelerado que el ritmo histórico de la geología. Todo ello hace muy deleznable las hipótesis basadas en las limitaciones geográficas del progreso o en las constantes geográficas de la política. También la pequeñez actual del planeta ha convertido a la física en un juguete de la mente humana.

EN EL CAMINO DE UNA "EXPERIENCIA  
CONTRADICTORIA"

SE ha reiterado que la guerra mundial recién terminada era la lucha de la democracia contra el totalitarismo. Ya muchos no lo creen y es posible que algunos de sus protagonistas tampoco lo quisieran. Mas dice el proverbio que por la boca muere el pez. Aquellas bellas palabras que llenaron al mundo de esperanzas, no serán palabras vanas aunque lo quisieran ser. La fe que engendraron en las conciencias sanas y todavía doloridas; esta fe es una fuerza difícil de anular y de burlar. El nuevo estilo del mundo político está ya trazado de acuerdo a tales esbozos imperfectos, pero irreversibles. Los escamoteadores de la democracia tienen que cantar loas a la misma democracia. Y el juego ha enrolado a los jugadores de la diplomacia, buenos y malos, en una misma vorágine, a la que les está siendo muy difícil sustraerse.

Este gran paso se ha realizado a través de una transmutación de valores del mecanismo político del lenguaje. Esto representa algo más hondo que un simple hecho de forma. Generalmente los discursos de los diplomáticos nada tenían que ver con los verdaderos sentimientos de los pueblos. La diplomacia era el arte de disfrazar con ideas incomprensibles o con palabras altisonantes, los verdaderos móviles interesados de la conducta política internacional. Por esto pudo decir H. W. Weigert que "cuanto más obscuro el significado, más aguda arma es la palabra; porque las palabras, como las ideas, son armas".

Si en efecto esta *arma de dos filos* era manejada por el lado obscuro donde se encubría y doraba la píldora

de la política de fuerza, alguna vez el filo cortante de dicha arma habría de servir para rasgar el velo que impedía la visión del auténtico horizonte del mundo. Los demagogos supieron manejar muy bien el arma de la palabra obscura y mágica. Y este fenómeno fué también esgrimido por los enemigos de la democracia, echándolo en la cuenta de sus defectos. Poco a poco, vamos viendo que tales defectos provienen de una insuficiente madurez social, o sea de una falta de democracia. La actual evolución cultural del mundo hace ya cada vez más difícil el obscurantismo oratorio.

Así en las modernas asambleas mundiales, quedan generalmente al descubierto las posiciones equívocas de los que quisieran encubrir con vana oratoria su déficit de claridad democrática. El valor persuasivo no estaba en razón directa de la fuerza material ni del mítico obscurantismo, sino que lo está en función de la claridad, de la comprensión de la justicia y de la objetiva contemplación de unas realidades humanas. Y así vemos numerosos fenómenos paradójales que confirman nuestro aserto. Así en Bogotá el canciller Marshall tuvo que retirarse avergonzado ante la superioridad persuasiva de quienes había creído subordinados. Así la Cámara de diputados de la R. Argentina ha aprobado la creación de la convención de UNESCO; así el problema de Palestina se va solucionando entre contradictorias acometidas. Así vemos evolucionar hacia el federalismo democrático a los más conspicuos líderes del imperialismo británico.

Este optimismo subjetivo no es empírico ni obsesivo. Es inducido de lo que podría llamar examen psico-analítico del proceso político. Se deriva también del concepto general sobre toda experiencia científica.

El índice de la vitalidad intelectual lo constituye la capacidad de lucha contra el prejuicio, lo cual es a su vez el mejor acicate del progreso intelectual. Escribe Gastón Bachelard: "se ha dicho frecuentemente que una hipótesis científica que no levante ninguna contradicción no está lejos de ser una hipótesis inútil. Lo mismo, una experiencia que no rectifica ningún error, que es meramente verdadera, que no provoca debates ¿para qué sirve? Una experiencia científica es, pues, una experiencia que contradice

a la experiencia común". He ahí una manera de comprender cómo los *errores rectificadas* o la actitud de expectación activa son más fecundos que la postura de conformación a las viejas experiencias, las cuales adoptan un carácter tautológico.

Si aplicamos tales conceptos al examen comparativo de la Sociedad de Naciones de Ginebra y la ONU actual veremos que las separa una enorme distancia. La Sociedad ginebrina murió fácilmente sin dejar apenas más rastro que un recuerdo. Fué un ensayo oficialmente fracasado, y su muerte sirvió para encender las sátiras de los incrédulos y los lamentos de los idealistas, en medio de la indiferencia del mundo. Era una experiencia que no contradecía en nada la doctrina política usual de los estados, y por eso podría casi calificarse de hipótesis inútil. En cambio la ONU con su imperfección hija de la insuficiencia de su estructura para llegar a transformar radicalmente la vida internacional, representa una experiencia que *contradice* las normas hasta ahora aceptadas y todavía vigentes. Es una experiencia que crea conflictos, que siembra contradicciones. Ahí tenemos el problema de la soberanía nacional tan dogmáticamente invocado por quienes no han comprendido (o no quieren comprender) el nuevo sentido de la Carta internacional. Este problema crea incompatibilidades que tienden a obstaculizar el funcionalismo de la ONU. Y de ahí surge ya una inmediata necesidad de revisar las ideas de soberanía. Dentro de la órbita compleja del organismo internacional pugnan contrapuestas doctrinas por anularse las viejas a las nuevas. Mas la experiencia está en marcha, es una "verdad compuesta" hecha con hipótesis de trabajo yuxtapuestas, y con hechos casi incoherentes.

Los escépticos argüirán que no se vive de hipótesis y que las realidades actuales no son ciertamente halagüeñas. Pero cabe considerar que lo que hoy llamamos *realidades* desgraciadas no son hechos consumados sino precisamente todo lo contrario: amenazas de nuevas guerras; retrasos excesivos en la resolución de evidentes problemas que debieran ya estar definidos justamente, impedimentos a nuevas reformas de avance social y político. Pero todo esto no es más que un signo de lucha, de inestabilidad; de nin-

gún modo es una vuelta hacia atrás como muchos creen. En medio de todo este enredado tejido de fuerzas, las progresivas siguen dando fe de vida aunque sólo obtengan triunfos parciales o a veces invisibles. Las fuerzas sutiles de la cultura científica se abren paso sin ruido pero con seguridad en medio del desorden político.

La misma organización de las Naciones Unidas concebida como una atrevida e imposible realización, subsiste a pesar de su aparente fracaso inmediato. Sus propios enemigos encubiertos la deben aceptar como el único camino actual hacia un mejor futuro. Es la más crítica y solemne oportunidad que se ofrece a la humanidad en este sentido. Algunos quieren prescindir de ella y les parece mejor volver a las guerras nacionalistas y al armamentismo. Mas no se atreven a romper con el abstracto instrumento de la cacareada justicia internacional.

La obra más ardua de esta enorme revolución universal es la de alcanzar el derrumbamiento de los tradicionales mitos que han servido de base a la estabilidad de los arcaicos poderes sociales, y que el progreso intelectual ha ido desplazando de la mayoría de las mentes. El derrumbe de tales mitos sociales (teocracia; derecho divino de los reyes; nacionalismo) provoca la irritación de dos clases de gentes; los que creen buenamente en ellos y por lo tanto temen que el mundo va a caer en el caos filosófico-político y a hundirse en el error, y aquellos otros que ven la dificultad de substituir los valores que se derrumban por otros nuevos valores filosóficos y éticos de mayor solidez. Así el nacionalismo se ha convertido en un reducto reaccionario, mientras sus defensores practican una especie de solidaridad internacionalista que constituye el definitivo fracaso de su doctrina.

#### ECLECTICISMO Y SEUDO-REALISMO

**L**AS citadas resistencias que se apoyan sobre residuos de fuerzas todavía poderosas, crean un escepticismo en todo el orbe. Escepticismo que en el terreno cultural se nutre también del falso espíritu pragmático de los "historicistas". Algunos de los que abordan de una manera "ecléc-

tica" la filosofía de la historia, acaban intoxicándose por el criterio de la dominancia histórica de la inercia. Es evidente que la historia constituye el crisol de los sistemas políticos y que la realidad nos lo exhibe como hechos consumados; mas esta realidad colectiva no puede ser la base crítica de dichos sistemas ni el punto de mira central en el juicio de los fenómenos colectivos. Tiene un inmenso valor documental, informativo, comparativo. Raymond Aron (en su "Introducción a la filosofía de la historia", 1946) plantea esta cuestión en los términos siguientes: "La ciencia histórica no sugiere en absoluto que lo que fué deba seguir siendo, ni que lo que dura valga más que lo que pasa, ni siquiera que lo que se encuentra en el pasado por todas partes haya de encontrarse siempre en el porvenir. Con semejantes razonamientos se hubiera podido demostrar durante largo tiempo la fatalidad de la esclavitud". Es evidente que el historiador intenta penetrar el sentido de los acontecimientos pasados estableciendo principios de la evolución humana elaborados sobre los hechos más salientes y según criterios más o menos fragmentarios o amplios. Pero abundan quienes pretenden sacar de la historia lecciones de objetividad conformista aplicada a la política.

A esto se refiere R. Aron, llamándolos pseudo-realistas, cuando les censura "su desprecio a los idealistas, sin ver que someten el porvenir a un pasado menos concebido que reconstruido, sombra de su escepticismo, imagen de su propia resignación". Estos *pseudo-realistas* son quienes en realidad niegan el valor práctico del progreso social del hombre, porque desconocen la importancia de la aplicación de la inteligencia a la solución de los problemas históricos. Se parte de una base equívoca: la de que en la historia el hombre como ente juega un papel pasivo. Sin embargo, las fuerzas humanas que juegan en ella han sido fuerzas irracionales primarias, casi siempre inconscientes históricamente.

¿Por qué no aceptar la posibilidad de que algún día estas fuerzas sean movidas inteligentemente? Es decir, inspiradas en un adecuado sentido social, colectivo y no en ambiciones de casta o de raza? El historiador tiende a ver en su panorama una auténtica expresión de la natu-

raleza humana, no deformada por el tiempo; pero no cuenta con que dicha expresión, en cuanto a su cuadro social o colectivo, puede ser una fase de generaciones múltiples o de deformaciones estructurales surgidas en el libre curso de la vida de los pueblos. Y el criterio para un análisis más certero lo pueden dar la psicología y la antropología.

Hay una historia que intoxica y que se bebe en los libros: glorificación de los héroes militares; habituación fría de los hechos más monstruosos que se justifican por haberse producido siempre o perpetuado tradicionalmente; hipervaloración de personajes empotrados por el azar en el teatro de la historia y cuya significación es nula, cuando no negativa; la ignorancia o desplazamiento de aquellos verdaderos factores del progreso cultural de la humanidad. Estos son proporcionados por la técnica científica y por desgracia, son considerados accesorios en el desarrollo de la civilización. Y hay otra historia que se aprende en la vida dura de las realidades y en la valoración psicológica de los fenómenos sociales. Sería como la proyección en un plano del turbulento río humano que fluye a través del tiempo.

A este respecto escribe Raymond Aron: "Es vano preguntarse si la historia tiene un fin, puesto que ya no se cree en una Providencia. Pero de ello no se sigue que la idea hegeliana, sustituto divino del poder, esté condenada al mismo tiempo que la finalidad teológica. Pues la Razón, cuya Astucia pone al descubierto el filósofo, se confunde quizá con la racionalidad immanente al caos histórico". El sentido de caos corresponde precisamente a una reconsideración sucesiva de las tendencias políticas, o sea una perpetua desintegración y pseudo-reintegración de los elementos sociológicos múltiples y variados.

La contemplación y la acción han estado hasta ahora casi siempre disociadas. Es decir, la sociología filosófica y la política apenas han tenido contacto. Cuando el sociólogo ha querido substituir al político, su impotencia ha sido absoluta. Y esto es el gran argumento de aquellos que desprecian y hasta ironizan los esfuerzos de los espíritus avanzados que aspiran a integrar una verdadera ciencia política. Es decir una coherente relación entre la

filosofía social y la acción política, una constructiva realización de la evolución histórica dirigida inteligentemente. Y digo inteligentemente en vez de racionalmente, para no caer en la confusión de limitar al plano ideativo las proyecciones políticas.

Tal error ha sido causa del injusto descrédito en que han caído el racionalismo y el materialismo histórico puro. Los instintos humanos han de desempeñar un papel indiscutible en el propio progreso social. La sublimación de los instintos es un proceso esencialmente humano. Una de las grandes fuerzas impulsoras de la justicia social ha sido siempre la sumación irracional de ciertos sentimientos irreflexivos, subconscientes.

#### LA REALIDAD CENESTESICA COMO NUCLEO PSICO-REACTIVO

Nos hallamos frente al mismo problema que hace unos siglos había planteado Francis Bacon con la elegancia de sus aforismos: "Los ídolos y nociones falsas que ahora se tienen apropiado el entendimiento humano y en él han echado hondas raíces, no sólo se han apoderado de la mente de los hombres a tal punto que en ellas a duras penas puede entrar la verdad, sino que además, aun después de entrada, volverán a estorbarnos el paso y a molestarnos en la restauración de las ciencias; a menos que los hombres, avisados del peligro, se fortifiquen a sí mismos cuanto puedan contra sus embestidas". Claro está que el problema colectivo es algo más complejo y amplio que el puramente individual; pero en esencia es el mismo proceso psicológico de lucha por la renovación.

Raymond Aron califica de ilusiones a las concepciones de los científicos y de los racionalistas. A unos porque "imaginan una ciencia (de la sociedad o de la moral) capaz de suministrar un fundamento a un arte racional". Y a los otros porque "admiten sin reserva que la razón práctica determina lo mismo que el ideal de la conducta individual el de la vida colectiva". Y olvida que lo único que es capaz de suministrar un fundamento aceptable y no peligroso para el desarrollo de la cultura humana es la

ciencia. No en forma de esquema utópico como quieren achacarle quienes no interpretan el significado del *cientismo*, sino en forma de metodología científica, de orientación precisa que desglose los errores y los obstáculos mediante un análisis sin prejuicios. Es el espíritu científico lo que puede salvar la actual crisis histórica.

En cuanto a la crítica que Aron, como tantos otros, hace del racionalismo, es injusta, porque si bien los procesos colectivos son de una distinta complejidad que los individuales, la razón puede enfocarlos con la misma eficiencia y capacidad. Ya he dicho, sin embargo que el racionalismo puro no puede actualmente ser la base de una contemplación científica de los hechos psicológicos, sean individuales o colectivos, dada la conocida participación de los fenómenos subconscientes e irracionales en ellos.

La complejidad del problema no ha de ser obstáculo para encaminarse hacia una solución. Aunque parezca paradójico, quizás estemos muy cerca del comienzo de esta solución precisamente por atravesar un período angustioso que reclama la activa participación de todas las gentes sensibles. Mi optimismo se basa principalmente en la sana actitud mental de la juventud estudiosa. Es necesario estimular a la juventud al análisis sereno y profundo de los problemas sociales, por escabrosos que sean. Pero las trágicas circunstancias del presente ya llevan inexorablemente al espíritu de la juventud a preocuparse de sus destinos.

Por encima de cada vocación profesional está la preocupación primordial por el sentido evolutivo de la cultura humana, que va llegando a un inesperado grado de desarrollo según un ritmo muy acelerado. Hoy los especialistas exclusivistas están en crisis. Incluso en el orden técnico nos encontramos con insospechadas imbricaciones de utilidades. Pero en el orden moral y en el tranquilo devenir del trabajo individual, el ciudadano de hoy se halla sumergido en un forzoso paréntesis, desde donde percibe una realidad trágica, que es para unos sueño y para otros despertar; mas para todos sacudimiento de las raíces sociales y mentales de nuestra vida.

La convulsión material y moral del planeta terráqueo es de tal complejidad que nadie puede desdeñar la aportación de un pequeño esfuerzo a su estudio. Entre el *mundo*

*de ayer* que añoraba Stephan Zweig y el *mundo de mañana* que se está pariendo entre griterios, gemidos, fantasmas, realidades semiutópicas y burlerías que nos ocultan la enigmática esperanza del amanecer, se cierne nuestra noche de turbulencia donde la desorientación y la criminalidad amenazan la supervivencia de la civilización alcanzada tan imperfecta como dificultosamente.

La protección de la salud física y mental de la especie humana es ya un problema que debe preocupar a todo ser inteligente. La salud física y mental de la humanidad está lesionada y definitivamente amenazada por el terror y la inseguridad. La lucha contra las enfermedades infecciosas resulta un problema sencillo en comparación con la ingente lucha que se nos avecina contra las neurosis y la atrofia intelectual provocada por el terror. La desorbitada amplitud de esta batalla sanitaria es reconocida incluso por patólogos ultra-académicos como lo era Leopoldo Lichtwitz: "Cuando la megalomanía y las ideas de persecución constituyen una importante parte de la mentalidad de una nación, el *emocionalismo* se impone y motiva una rápida declinación de la salud del individuo y de la comunidad en conjunto".

Muy difícil resulta formarnos un concepto de la sinuosa realidad dibujada por la crisis histórica que atravesamos. Crisis gravísima y más universal que ninguna otra. Por más que algunos se empeñan en creer que es un espejismo imaginativo, la conciencia de la mayor parte de los hombres siente el escalofrío angustioso ante el insondable despeñadero que por una y otra orilla nos ofrece esa inmensa hendidura que separa a la humanidad en dos humanidades, que divide a los hombres en dos zonas mentales alejadísimas. La humanidad se ha resquebrajado de madurez cerebral; y difícil será que toda ella se encamine hacia un futuro solidario que el proceso de la cultura humana viene reclamando imperiosamente.

Los esquemas se quiebran ante los caóticos perfiles del espectáculo. Porque la propia visión de Max Scheler de la "rebelión de los instintos" frente a los valores espirituales de la cacareada civilización occidental, resulta tan desbordada, que son los más brutales instintos de crueldad quienes sirven a la causa de los ideales teísticos que llevaron

a una represión instintiva de alta tensión histórica. El papel de la represión instintiva lo he examinado hace unos años bajo un aspecto puramente psicográfico, aceptando que el mundo moderno necesita una revalorización pedagógica como única base de un equilibrio humano. Como base del neohumanismo biológico que caracteriza al hombre futuro, frente al racionalismo puro o al deformado hombre teórico de la metafísica teísta, que fué el hombre del pasado. Sólo en el terreno de la nueva antropología filosófica podemos deslindar tales especies mentales.

Los perfiles sociales de la individualidad humana se hacen sumamente borrosos. La concepción evolutiva de la persona en su acepción política también se debate entre realidades vivas y sistematizaciones teóricas, más o menos superpuestas o en sucesión tumultuosa. Del hombre metafísico al positivista que viera Augusto Comte hay todavía una distancia insalvable. Pero al persistir la lucha encarnizada entre ambos, las deformaciones y variantes mentales crean un panorama antropológico confuso y complejo. Roosevelt ha intentado cristalizar la moderna visión del hombre demócrata, mientras Julián Huxley expone la evolución que se está realizando desde el *hombre económico* al *hombre social*. Es éste uno de los aspectos más significativos y menos aceptados de la realidad presente.

Estamos frente a una enorme lucha para liberar al hombre de toda esclavitud. De la esclavitud económica y de la esclavitud política. Y al despertar de este sueño, los hombres reclaman ante todo libertad, vida, expansión. Pero los medios todavía fracasan; y la tragedia de la humanidad es la de un pesimismo y de una impotencia consciente que invade de desesperación a las mentes demasiado impacientes.

La principal causa del desaliento es la visible capacidad de contagio de los mismos males que hay que extirpar. En la lucha de la violencia contra la libertad y la justicia, ¿cómo se puede llegar al equilibrio de la misma justicia y libertad? ¿Cómo evitar que una nueva violencia sustituya a la odiada opresión?

El fenómeno de la intoxicación por la técnica está debilitando el progreso del hombre. ¿Cómo luchar contra la fuerza si no es mediante la violencia? Y después del

triumfo ¿quién convence al que maneja la violencia de que el poder no es infalible y que el reconstruir no es igual que la destrucción? Por esto M. Vitier (Cuadernos Americanos, 1945) ha podido decir que "no existe victoria sobre millones de cadáveres. Estamos presenciando todavía la derrota del Hombre". En efecto, la victoria mecánica de unos hombres sobre otros aunque representan la legión de los mejores, no es nada en sí misma. Lo que importa es la reconstrucción de la sociedad. La fuerza nada tiene que ver con la libertad. Más bien son antagónicas. Y la militarización del mundo, que ha desatado el instinto de la violencia, ¿habrá dejado a bastantes mentes sanas, no contaminadas del nefasto mito del poder material? Mas este interrogante lo resolverá el futuro con la desaparición inevitable de los ejércitos y con el dilema atómico de vivir libremente o morir. La pedagogía científica es el único camino para la organización democrática.

Es necesario desprenderse del lastre de las viejas palabras, de los anacrónicos conceptos, y de las deslumbrantes panaceas de última hora para recobrar una nueva visión del destino certero de la inteligencia humana. La crisis actual habrá producido en los espíritus, unos efectos que años atrás pedía Unamuno bajo el nombre de *metarritmis*: una transmutación de estructura. Algo así como el de una recristalización de una sal previamente disuelta para purificarla. Juventud política de nuestro mundo quiere decir renovación espiritual y técnica. Quiere decir optimismo y fe inconmensurable en la fuerza constructiva del nuevo hombre socializado, de una nueva fraternidad humana.

Todo el camino recorrido por el hombre en su progreso auténtico está condicionado por la conducta sincera y desinteresada: a esto llamamos espíritu científico. Y la política mundial está entrando todavía en esta fase científica. Lleva el lastre pesado de los prejuicios primitivos. Y para soltarlos necesita una metodología política nueva, inusitada, aunque fácil y prístina. Para superar el período precientífico de la sociología política se necesita un esfuerzo intelectual previo a la objetiva planeación de los trascendentales propósitos de una nueva organización mundial.

Las bases proclamadas para estabilizar el reinado de la paz, la libertad y la dignidad individuales, son la simple consagración de una indestructible realidad moral, empotrada en el alma de millones de hombres. Es una realidad subjetiva, cenestésica, acompañada de una aspiración hacia la objetivación externa. La enorme distancia que todavía se cierne entre ambas latitudes de esta misma magnitud vital (la íntima subjetiva y la externa objetiva) nutre la angustia corrosiva del espíritu de muchos pueblos.

#### PERSPECTIVAS RELATIVISTAS

EN un interesante ensayo de Rosario Rexach intitulado "El proceso hacia la autonomía de la razón" se destaca el análisis histórico del mismo fenómeno, que ha tenido momentos de plenitud eufórica y momentos de depresión, pero que a pesar de tales vaivenes señala una irreversible transición del hombre antiguo al hombre moderno. "Y así se explica —dice— que el siglo XVIII se caracterice por un descenso y casi absoluto descrédito del principio de autoridad, por un descreimiento en materia de religión, por pérdida de la fe en la revelación, por cierto *extremismo racionalista*, por una actitud soberbia y altiva en los hombres, y por ser, consecuentemente, un siglo en que germinarán las grandes rebeliones y revoluciones". El subrayado del "extremismo racionalista" es nuestro por coincidir con la idea que acabamos de exponer de la aparente caída actual del racionalismo. Porque en los inevitables vaivenes históricos, estas modernas revoluciones ligadas al proceso racionalista cada vez más consolidado y cada vez más evolucionado, han desatado la resurrección de los misticismos antiguos, la estéril propaganda del principio de autoridad y de fe, lo cual caracteriza al movimiento político más ruidoso del momento actual. Pero no era precisamente a este fenómeno al que me refería cuando señalaba la evolución del concepto de racionalismo; de aquel racionalismo que ha dejado de ser "extremista" para hacerse humanista.

R. Rexach señala que hoy le ocurre al hombre un poco lo que al aprendiz de brujo, por haber descubierto

fuerzas que escapan a su control. Mas no es sólo este problema de controlar las fuerzas físicas el que debe preocuparnos; sino la dificultad del control sobre las fuerzas atávicas del hombre, sobre las fuerzas irracionales proyectadas en forma de fe; una lucha no terminada entre "las puras fuerzas que emergen de la razón" y aquellas fuerzas míticas de la sinrazón. Y precisamente los progresos de la psicología moderna permiten substituir la noción de lucha entre ambas fuerzas por la de integración, toda vez que las barreras que separan lo racional de lo irracional han sido abatidas por la psicología de profundidad. He ahí una nueva esperanza, una nueva manera científica de abordar el grave problema de la racionalización de fuerzas sociales. Es la obra que urgentemente necesita el desconcertado mundo actual.

Un importante aspecto central de esta labor ha sido abordado sutilmente por la UNESCO al convocar un grupo representativo de ocho sabios (psicólogos y sociólogos) para redactar un "proyecto de análisis de los estados de tirantez" destinado a dilucidar de modo científico los orígenes de los conflictos internacionales. Sería el primer ensayo práctico de "psicoanálisis político internacional" que dejaría al desnudo todas las falsas ideas y las falsas actitudes para racionalizar y actualizar las complejas resultantes psicológicas de las luchas políticas mundiales. Esta labor, realizada en París en julio del presente año, ha sido presidida por el psicólogo americano Hadley Cantril, y representa sin duda un paso de trascendencia en la psicología social.

Pero volvamos al examen de los hechos planteados. Coinciden partidarios de los criterios más diversos en que los políticos obedecen a sus pasiones, sean personales, de clase o de estado. El problema está pues en controlar externamente estos móviles hasta convertirlos en accesibles a una nueva psicología de superación. He ahí la tesis sustentada por Frans Alexander quien basa en el conocimiento de la psicología de profundidad su optimismo en el problema de una evolución democrática de la humanidad. Es verdad que los individuos que han movido pasionalmente la historia han llevado a las colectividades hacia donde no hubiesen querido ni sospechado; esta verdad de la in-

consciencia con que se labra la historia es también aceptada generalmente, y no hace más que confirmar la citada interpretación de Alexander.

Muchas veces no es la inconsciencia sino una excesiva finalidad preestablecida la que realizan ciertos movimientos históricos; una excesiva conciencia de lo que quieren y deben imponer a los otros. No sólo es la pasión egoísta lo que ha movido las fuerzas dominantes en la política sino también la pasión ideológica, mística o metafísica, que ha creado formas artificiales de vida colectiva. La morbosidad e inestabilidad de tales formas depende del grado de inhumanismo, de insensibilidad o de rigidez (crueldad) que las caracteriza. La creencia absoluta en la universalidad e infabilidad de un sistema social es lo que ha movido a muchos ejecutores de la política a consolidar mediante la violencia sus doctrinas. De ahí que algunos creen que una sociología científica o un sociologismo convertido en acción política, caería en los mismos defectos. Pero ello no es así.

La auténtica condición del progreso científico es la eliminación de toda noción absoluta e indiscutible para basar nuestra mentalidad en el relativismo de toda idea. A ello favorece mucho la situación actual del mundo, especialmente la facilidad de comunicaciones en el espacio y en el tiempo. El aislamiento era una condición fundamental para alimentar una creencia absoluta. Pero el conocimiento de las ideas y de las costumbres de otros hombres y de otros pueblos prepara a todos ellos para una comprensión relativista de los problemas políticos.

No es difícil, pues, que en las condiciones actuales del mundo se desarrolle con facilidad una mentalidad democrática la cual no significa un fin utópico sino tan sólo el camino para encontrar los ideales futuros; y la base para conducir después la obra realizadora dentro del marco de los universales principios de la conciencia humana; susceptibles de rectificaciones y revalorizaciones de acuerdo con la evolución cultural e intelectual de la humanidad.

Pero esta lógica y sana actitud del "político" frente a la realidad social, no place ni a los aventureros del poder, modernos aficionados de las "revoluciones de gangsters" (Ayala); ni a los antiguos usufructuarios del mismo por

egoísmo de casta; ni a los místicos sociales que comulgan con una panacea salvadora y la quieren imponer al mundo. Por ello es preciso ante todo el desplazamiento histórico de tales grupos de seres, que se presentan no sólo a través de sus agonizantes fuerzas morales, sino a través de confusas formas criptogenéticas que son procesos de racionalización fácilmente desenmascarados. Una vez disipada esta dificultad, la organización democrática de la sociedad humana podría desenvolverse progresivamente y con variables proyecciones según la vitalidad de los pueblos, según sus capacidades y su propia psicología.

## IMAGEN DE MARTIN FIERRO\*

Por Ezequiel MARTINEZ ESTRADA

LA complejidad del carácter de Martín Fierro resulta de que poseemos de él dos imágenes a veces contradictorias y otras coincidentes: aquella que formamos mentalmente por lo que nos confiesa de sí, de sus sentimientos, y aquella otra que presenciamos en los actos que él mismo narra como si volviera a realizarlos. Tal es la circunstancia que ha hecho que sobre este personaje se emitan juicios dispares, siempre con alguna razón satisfactoria. Pero inmediatamente que separamos la imagen sentimental que nos da el cantor cuando alude a su vida y padecimientos de la que nos exhibe en la ilustración dramática de su historia, distinguimos lo que pertenece al destino y la índole del hombre de lo que le acontece por las vicisitudes de su existencia en un mundo hostil e inclemente.

La imagen moral de Martín Fierro nos pone en su favor, y en seguida sentimos que, efectivamente, es un hombre de bien, con nobles prendas humanas que ha deteriorado el clima en que vive. Lo fundamental —lo cierto— es lo que en sus endechas nos confiesa de sí; lo ilustrativo y accesorio, aquello que nos refiere y que forma el texto narrativo, histórico, impersonal en cierto modo. Pues la biografía que le ha tocado vivir justificadamente la pone él bajo el signo de un destino que le es extraño.

Si lo fundamental fuese el azar que lo empuja a una vida arisca y montaraz, podríamos suponer que miente cuando se sincera; pero eso no es lo verídico. El Poema todo está detrás del texto literal, y lo lírico, que es lo psicológico, prevalece con tal empuje de veracidad y nobleza

---

\* Del libro *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, próximo a aparecer en la Colección "Tierra Firme", de Fondo de Cultura Económica.

que lo vemos actuar como fuera de su carácter, arrancado de sí y puesto en un papel obligatorio, tal como la vida verdadera juega con nosotros obligándonos a vivir una biografía que hasta cierto punto no nos pertenece. Es también el caso simbólico de Fausto, para terminar de pronto y convincentemente con toda disquisición a este respecto. Martín Fierro no puede ser condenado sino mediante la absolución del mundo infernal en que vive; pero si ese mundo merece recibir el castigo de su efectiva responsabilidad, la figura de Martín Fierro atraviesa indemne su dura prueba. Esta es la imagen que el autor tuvo de su héroe, y no podremos comprender nunca su pasión y el énfasis redentor que puso en él, sino entendiendo que la historia de hechos no penetra en el alma del actor para malearla y sí más bien para ennoblecerla con ese signo fatídico del sacrificio como víctima expiatoria de una injusticia de dimensión social.

Sería inconducente presentar la imagen confusa y contradictoria que resulta de la lectura sin discrimen, cuando se superponen su persona moral y su biografía. Además, esa imagen tendría que obedecer al juicio que en nuestra conciencia formularíamos, y siempre se hallaría que el texto nos contradice, pues no se trata de un tipo que como símbolo acumule determinados defectos o virtudes, sino de un ser real, complejo, integrado por notas discordantes y cuya unidad no resulta de ninguna unilateralidad, como en el santo o en el héroe clásico, sino precisamente de un conjunto de atributos inconciliables para la psicología de manual, pero cierta en una psicología profunda y positiva.

La imagen auténtica se nos transmite vivencialmente por los Preludios y las digresiones sentimentales; y una vez que damos fe a sus palabras, escuchándolas como una confesión, turbada a veces por rubores y escrúpulos que le llevan a buscar en el comentario risueño un desahogo a la opresión de la verdad, podemos escucharle el relato de los episodios que cree esenciales sin que ellos nos desvíen de un fallo inapelablemente absolutorio. Por eso extraña tanto, y disgusta de modo tan vivo, que a su regreso se engañe y nos engañe excogitando penosa y dolosamente atenuantes a sus actos, que le habíamos perdonado de una vez y para

siempre tal como los cometi6, porque le eran extra6os. Esta actitud, que en el Autor obedece, seg6n mi juicio, a las influencias nocivas de la cr6tica y del comentario del ambiente social m6s que a su personal convicci6n, merece examinarse por separado; pues la psicolog6a de Mart6n Fierro se quiebra ah6, y por primera vez tenemos la sospecha de que no es hombre veraz, y se nos empa6a su imagen doliente con un alegato de leguleyo que nos dirige como si fu6ramos miembros del tribunal que pudo a 6l encarcelarlo, por falta de sentido de la justicia, como le ocurri6 al Hijo Mayor.

IMAGEN MORAL DE MART6N FIERRO SEG6N  
SU CONFESI6N

MART6N FIERRO invoca su calidad de cantor con diversa intenci6n. Significa a veces una vocaci6n que orienta su vida; otras, un don que exhibe con altivez, y entonces forma parte de su car6cter altanero, ya que el concepto de su propio valer no se basa en otra cualidad sobresaliente que esa; en fin, define tanto su persona viviente como su personalidad literaria, y por momentos se confunde con el Poema mismo. Siempre sirve, sin embargo, la exhibici6n de esas dotes para enaltecerse tambi6n como hombre, pues sus palabras tienen un 6nfasis de arrogancia, en cuanto que proclaman, m6s que un don nativo, una superioridad sobre el com6n de los mortales privados de 6l. Parafraseando versos que se atribuyeron a Santos Vega ("cantando me he de morir, cantando me he de ir al cielo"), anuncia: *Cantando me he de morir, Cantando me han de enterrar; Y cantando he de llegar Al pi6 del Eterno Padre— Dende el vientre de mi madre Vine a este mundo a cantar* (31-6); . . . *Y poni6ndome a cantar Cantando me han de encontrar Aunque la tierra se abra* (41-3); *Yo no soy cantor letrao, Mas si me pongo a cantar No tengo cu6ndo acabar Y me envejezco cantando; Las coplas me van brotando Como agua de manantial. Con la guitarra en la mano Ni las moscas se me arriman, Naidas me pone el pi6 encima* (49-57). . .

Su orgullo, pues, no se funda en las excelencias del canto, sino en que su canto es una manifestaci6n l6rica

de su coraje, de su altivez y de su firmeza. Son cualidades personales más que artísticas. En ningún momento separa una de otra cualidad, antes bien, declara no ser un cantor culto, sin que esa circunstancia negativa amengüe sus méritos. Pues sus méritos están en él, y el canto es una habilidad semejante a la que pudiera ser, por ejemplo, el manejo del cuchillo o del lazo. Con la diferencia de que no es una habilidad adquirida, sino innata, más poderosa y duradera que él, pues además de formar parte de su alma forma parte de sus necesidades físicas, y ni le cansa ni está sujeta a la contingencia de morir.

La misma calidad sirve a Cruz para exponer esa virtud como un accesorio de su persona, en instancia ornamental. Con ella agrega a su persona un *plus* que es también innato y dominante, pero en grado de sumando de su persona, como era común al tipo tradicional del gaucho. En Martín Fierro no le agrega nada sino que lo determina, lo configura. Y la fusión de ese don, que es equivalente al de su fuerza física o al de su capacidad de hallar consuelo en sí mismo contra las adversidades, tiene su magnífica realización al final de la Ida en un gesto que expone el Narrador. Es una vida que concluye, un impulso que comunica al lector la magnitud de la renuncia a todos los bienes, ya que la guitarra es un emblema de su íntima vida, y decidirse a no cantar más es algo más grave que la angustia de la muerte. Es este hecho, más que el de partir al desierto dando su último adiós a cuanto ha querido, lo que hiere a quien ha comprendido a fondo qué significaba el canto para él: . . . *Y de un golpe al instrumento Lo hizo astillas contra el suelo.— «Ruego, dijo, la guitarra, Pa no volverla a templar; Ninguno la ha de tocar, Por seguro tenganlô; Pues naides ha de cantar Cuando este gaucho cantô»* (2273-80). Independientemente de la significación literaria con que Martín Fierro transfiere al Narrador su conciencia de la obra cumplida, del Poema realizado, en todo sentido ese gesto de autodestrucción es un final al que no agrega nada la partida ulterior al Desierto. El Poema acaba ahí. Tan cierto es esto que la continuación, la marcha con todo su patetismo de acción, que la palabra sostiene pero no subraya, es mejor un fragmento que tiende hacia la Vuelta, un comienzo de otra historia

más que un fin. El fin lógico, tajante, está antes; y si el Poema hubiese sido cercenado en el verso 2280 nadie hubiera pensado en una segunda parte, aun entendiendo que Martín Fierro y Cruz se internaran en la tierra del Indio. Por no haber respetado Hernández el final verdadero de su obra, por haber cedido a la tentación de agregarle otro epílogo patético, que en nada aumentaba realmente la emoción ya comunicada, y por alguna explicación también sobreañadida, el Poema tuvo que ser continuado, aunque como castigo el Martín Fierro que regresa es la sombra del que se va.

La nueva presentación del protagonista vuelve a presentárnoslo como cantor. Esto, más que la historia que ha de referir, es lo que enlaza íntimamente ambas partes. Pero algo ha cambiado también de esa virtud nativa, y la fama que ha logrado como autor de su vida más que como expositor lo hace que amplíe su personalidad asumiendo la responsabilidad de su renombre como antes la de sus hechos. Conserva, sí, la altivez antigua, pero no le nace ya de las entrañas, de lo que es por un destino tan poderoso como el de su existencia, sino por los méritos probados ante el juicio del público. De todos modos, es muy interesante cómo logra Hernández mantener subsistente aquella personalidad altanera que no tenía más que su persona para mantenerse erguida, con ésta que se respalda ya en su reputación, ya en la conciencia de que ha realizado una obra poética de primera calidad. No examino aquí sino este aspecto esencial de la calidad humana, de carácter, del Cantor, pues su derivación a la crítica literaria corresponde a otros análisis. Relacionada con él es, sin embargo, la advertencia preliminar de que... *empezaré por pedir No duden de cuanto digo, Pues debe creerse al testigo Sinó pagan por mentir* (II, 33-6), que simultáneamente se relaciona con uno de los repetidos objetivos del Autor en los Prólogos. Pero sí la inmediata entrada en el tono lírico de la Primera Parte con la invocación, esta vez al alma de un sabio y no a los santos, y a la Virgen y al Señor en una tesitura de piedad verdadera que difiere del dejo paródico de la Ida. Dice: *Gracias le doy a la Virgen, Gracias le doy al Señor, Porque entre tanto rigor, Y habiendo perdido tanto, No perdí mi amor al canto Ni mi voz como*

*cantor* (II, 37-42). Apenas un hilo delgado une lo sentimental en esta parte con lo sentimental de la *Ida*, que era predominante: *Brotan quejas de mi pecho, Brota un lamento sentido; Y es tanto lo que he sufrido Y males de tal tamaño, Que reto a todos los años A que traigan el olvido* (II, 103-8). Lo demás del Preludio de la *Vuelta* tiene atinencia con *Martín Fierro* en condición de Personaje del Poema: *Pero yo canto opinando, Que es mi modo de cantar* (II, 65-6); *Yo sé el corazón que tiene El que con gusto me escucha* (71-2); *He conocido, aunque tarde, Sin haberme arrepentido, Que es pecado cometido El decir ciertas verdades* (81-4); *Pero voy por mi camino Y nada me ladiará; He de decir la verdad* (85-7); *Yo no he de aflojar manija Mientras que la voz no pierda* (117-8); *Yo digo cuanto conviene, Y el que en tal güeya se planta Debe cantar cuando canta Con toda la voz que tiene* (129-32), y *Tengo que decirles tanto Que les mando que me escuchen* (155-6).

El *Cantor* de la *Vuelta* atemperó sus bríos y una mayor responsabilidad pesa sobre él, pues ya no es el cantor que hacía gala de sus dotes naturales en las pulperías y que gozaba en su propio canto o se consolaba en él, sino que su palabra tiene la autoridad de la franqueza y la veracidad. Al final del Poema, cuando ha de responder al desafío del *Moreno*, explicará como un matiz desvanecido de su antigua vocación sus canciones de antaño. Pero ¿qué es lo que ha de recordar ahora que necesita actualizarlo todo, ponerse en guardia para preguntar y responder, en el albur de las cuestiones que hay que debatir? Acaso sea su habilidad no ejercitada en tanto tiempo, pues de súbito se coloca en el tema y en la situación que el *Moreno* le crea. Se trata de doce versos hábilmente combinados en un resumen de su pasado, su nombradía y su don no amenguado a pesar de los años y las penas: *Cuando mozo fui cantor Es una cosa muy dicha Mas la suerte se encapricha Y me persigue constante De ese tiempo en adelante Canté mis propias desdichas. Y aquellos años dichosos Trataré de recordar Veré si puedo olvidar Tan desgraciada mudanza Y quien se tenga confianza Tiem- ple y vamos a cantar* (II, 3941-52).

La última prueba de sus dones de cantor es ésta, en la Payada con el Moreno, que no puede dejar ninguna duda, al entendido en ese arte complicado, de que en efecto eran de la más alta calidad. Y así una virtud nativa en él pasa a la acción; es demostrada en los hechos, cobra el relieve de un episodio de su vida igual, absolutamente igual a lo que las peleas fueron como episodios de su biografía. Hasta ese momento el cantor y el hombre eran dos entidades separadas, aunque una animase y estimulase a la otra; ahora cantor y hombre, pensamiento y acción, habilidad de poetizar y de luchar son una misma cosa. La Payada debe ser vista, por lo tanto, como la realización culminante del Poema en la plenitud de la personalidad del Protagonista, en el único momento de su vida en que lo somete a una prueba decisiva y lo saca victorioso de ella.

Además, es fácilmente visible cuál sea la función estimulante que el canto tiene para Martín Fierro y cómo su personalidad está constituida sobre ese patrón. Pudo serlo sobre el coraje esencialmente, y tendríamos entonces a un gaucho malo —Juan Moreira—, o sobre su pericia de peón de estancia, y su historia habría sido una masa informe y anodina de hechos sin fisonomía propia. Por mucho que alardea Martín Fierro de que conoce los trabajos del campo, la idea que de sí nos da es muy pobre, y hasta es discutible que sea efectivamente un hombre trabajador, según se deduce de las palabras con que persuade a Cruz de abandonar la Frontera. Aquel otro aspecto de su persona, la de hombre bravo que provoca la pelea y nunca la rehuye tampoco, está dentro de su sino: son circunstancias eventuales las que le exigen la prueba. Y esas pruebas que cumple holgadamente hasta en las situaciones más increíbles tienen un justificativo en su carácter indómito y altanero, y ambas cualidades de su carácter dimanar de su conciencia del propio valer que le da su excelencia en el canto.

Este aspecto de la psicología de Martín Fierro contrasta fuertemente con el que resulta de sus sentimientos afectuosos, que comprenden en un amplio círculo el amor a la mujer y los hijos, el encariñamiento con su pago, la melancolía de los bienes perdidos y remotos, la tristeza profunda y verdadera que sabe animar en sí y soportar sus

impulsos humanitarios y su sentido de la amistad. Hay en la Primera Parte numerosos pasajes en que Martín Fierro aparece, por propia confesión, superando lo que corrobora con los hechos que relata, como hombre desligado de aquellos sentimientos, con un instinto y una necesidad de estar libre y solo que muy difícilmente pueden conciliarse ni avenirse siquiera con el hombre de hogar y de paz. Sólo en una interpretación más amplia y comprensiva del corazón humano quedan inscritas esas declaraciones dentro de aquel círculo, y se las puede considerar —en determinados casos— como reacciones de un hombre herido y maltratado que extrae de sí fuerzas para sobreponerse y aun para anular los efectos deprimentes que pudieran postrar su espíritu. De cualquier manera, sin que sea éste el momento de analizar las probables incongruencias de la composición, de los labios de Martín Fierro recibimos su imagen de gaucho para quien la sociedad es una capitulación de su índole. El cuadro de tal psicología contiene los siguientes elementos: *Mas ande otro criollo pasa Martín Fierro ha de pasar, Nada lo hace recular Ni las fantasmas lo espantan; Y dende que todos cantan Yo también quiero cantar* (25-30); *Yo soy toro en mi rodeo Y torazo en rodeo ageno; Siempre me tuve por güeno, Y si me quieren probar Salgan otros a cantar Y veremos quién es menos* (61-6); *No me hago al lao de la güeya Aunque vengan degollando; Con los blandos yo soy blando Y soy duro con los duros, Y ninguno, en un apuro, Me ha visto andar tutubiando. En el peligro ¡qué Cristos! El corazón se me ensancha, Pues toda la tierra es cancha, Y de esto naides se asombre; El que se tiene por hombre Donde quiera hace pata ancha. Soy gaucho, y entiendanlo Como mi lengua lo explica: Para mí la tierra es cbica Y pudiera ser mayor; Ni la víbora me pica Ni quema mi frente el sol* (67-84); *Para mí el campo son flores Dende que libre me veo Donde me lleva el deseo Allí mis pasos dirijo Y hasta en las sombras, de fijo, Que adonde quiera rumbeo. Entro y salgo del peligro Sin que me espante el estrago; No aflojo al primer amago Ni jamás fui gaucho lerdo; Soy pa rumbiar como el cerdo Y pronto cai a mi pago* (991-1002); *Nunca fui gaucho dormido, Siempre pronto, siempre listo Yo soy un hombre, ¡qué Cristo! Que*

*nada me ba acobardao, Y siempre salí parao En los tran-  
ces que me he visto (967-72); A naides le debo nada, Ni  
pido cuartel ni doy; Y ninguno dende boy Ha de llevarme  
en la armada. Yo he sido manso primero Y seré gaucho  
matrero En mi triste circunstancia, Aunque es mi mal  
tan profundo, Nací y me he criaó en estancia, Pero ya  
conozco el mundo (1095-104); Desaceré la madeja Aun-  
que me cueste la vida (1109-10); Pero yo ando como el  
tigre Que le roban los cachorros (1115-6); Vamos, suerte,  
vamos juntos, Dende que juntos nacimos Y ya que jun-  
tos vivimos Sin podernos dividir... Yo abriré con mi  
cuchillo El camino pa seguir (1385-90); Yo quise hacerles  
saber Que allí se hallaba un varón (1517-8); «No me  
vengan, contesté, con relación de dijuntos; Esos son otros  
asuntos; Vean si me pueden llevar, Que yo no me he de  
entregar, Aunque vengan todos juntos» (1531-6); «Yo  
me voy, le dije, amigo, Donde la suerte me lleve, Y si es  
que alguno se atreve A ponerse en mi camino, Yo se-  
guiré mi destino, Que el hombre hace lo que debe. Soy  
un gaucho desgraciado, No tengo dónde ampararme...  
Pero ni aun esto me aflige, Porque yo sé manejarme»  
(1669-80). No disminuye su coraje el hecho de que, aco-  
sado por numerosos agentes de policía, sienta lo recio del  
peligro y acuda a un socorro sobrenatural, cuyo sentido  
religioso aquí no tiene lógico ajuste: *Por suerte en aquel  
momento Venía coloriendo el alba, Y yo digo: «Si me  
salva La Virgen en este apuro, En adelante le juro Ser más  
gueno que una malba». Pegué un brinco y entre todos  
Sin miedo me entreveré (1585-92).**

Muy dentro de la idiosincrasia del paisano, esos ras-  
gos son genéricos más que personales, y Martín Fierro los  
enuncia en nombre de todos en una actitud que extraña  
porque son formas de ser que nadie declara con tal des-  
enfado sino en trances categóricos, y entonces con pocas  
palabras. El conjunto de ese cuadro responde a una mo-  
dalidad psicológica común, y es natural que el Autor necesi-  
tara en alguna forma, y en la más económica y natural,  
presentar al hombre en la fase genuina, en donde se des-  
prenden sus acciones que sólo corroboran ese modo de ser.  
Si sus acciones pueden juzgarse comunes dentro de un orbe  
de acontecimientos característicos, su personalidad es un

común denominador del gaicho de aquella época y de aquellos lugares. La congruencia es cabal, y las referencias a su propia vida que da el Protagonista confirman su tipo psicológico. Este retrato de sí es lo que más contrasta con el resto de sus *facies* y de su comportamiento, pero no es el momento de averiguar cómo se compagina, según se dijo ya, ese instinto de la libertad a toda costa con su domesticidad hogareña, que le lleva a esta añoranza: *Sosiego vivía en mi rancho Como el pájaro en su nido Allí mis hijos queridos Iban creciendo a mi lao. . .* (295-8), pues la imagen que teníamos desde el comienzo de su canto era otra. En el comienzo nos dijo: *Nací como nace el peje En el fondo de la mar; Naidas me puede quitar Aquello que Dios me dió Lo que al mundo truge yo Del mundo lo he de llevar. Mi gloria es vivir tan libre Como el pájaro del Cielo; No hago nido en este suelo Ande hay tanto que sufrir; Y naidas me ha de seguir Cuando yo remuento el vuelo. Yo no tengo en el amor Quien me venga con querellas; Como esas aves tan bellas Que saltan de rama en rama Yo hago en el trébol mi cama Y me cubren las estrellas* (85-102); *Dende chiquito gané La vida con mi trabajo, Y aunque siempre estuve abajo Y no sé lo que es subir* (973-6). . . — Esta última confidencia sirve en el Poema como vínculo que suelda varias *facies antitéticas* del hombre, y es de verdad el punto de intersección de una psicología áspera y hostil y de otra mansa y servicial. Con estas suturas, que al lector distraído pueden pasar inadvertidas, como relajamientos momentáneos en la tensión del Poema, el Autor teje el tránsito de un aspecto a otro, de una a otra escena que, tomadas por separado o sin ese sutil ligamen, podrían aparecer contradictorios. Tampoco hay contradicción, una vez entendida a fondo la compleja y sencilla alma del héroe, en sus actitudes y estados de ánimo de aparente flojedad. Lo que entendemos nosotros por “guapeza” en el paisano sería muy arduo de explicar. El hombre bravo de nuestros campos, como yo he alcanzado a conocerlo, en muy poco se diferenciaba en su aspecto y en su conducto del más vulgar de los campesinos. Lo rodeaba una fama bien obtenida y solamente el ojo sagaz —casi siempre del congénere— advertía que había que medir las palabras y ser prudente. En *Don Se-*

*gundo Sombra*, Güiraldes ha puesto un hombre de su temple, y Hudson tiene en *Allá lejos y hace mucho tiempo* la figura del payador Basilio Barboza, que para el lector ingenuo no se define entre el cobarde que no tiene otras armas que su reputación de corajudo y el hombre realmente peligroso que suele huir de reyertas inútiles. A este mismo tipo pertenece Martín Fierro, y el episodio en que se nos muestra en su ley y en su fibra es el del canto VIII, donde es provocado por el Compadre. Pero en toda la obra se encuentran esos rasgos equívocos distinguibles sólo para el buen catador de hombría. Al ser arreados a la frontera, dice: *Yo no quise disparar Soy manso y no había porque Muy tranquilo me quedé Y así me dejé agarrar* (315-8). Es la misma actitud que observa en el boliche, a la llegada impetuosa del Compadre. *Y yo sin decirle nada Me quedé en el mostrador* (1271-2). El Compadre era un atropellador, pero no un hombre bravo; lo demuestra en seguida con su temeridad de insultar con palabras abundantes a Martín Fierro, que le contesta a la invitación: "Beba cuñado" con una réplica que es la respuesta consagrada para esa clase de intencionada ofensa. Eso es contestar con tanta economía que sólo emplea la respuesta consiguiente; con pocas frases el Autor nos da la sensación inequívoca de que era poco rival para Martín Fierro. Asimismo, al sentir que lo acomete la partida, comenta: *Mas no quise disparar, Que eso es de gaucho morao* (1491-2), y *Quietito los aguardé* (1510). Es un modo de ser más que de reaccionar. Lo encontramos antes, el día de pago en el Fortin, cuando el Mayor ha concluido su incompleta tarea: *Yo me le empecé a atracar, Y como con poca gana Le dije: «tal vez mañana Acabarán de Pagar»* (741-4).

La arrogancia que resalta por las palabras de Martín Fierro son explicaciones indispensables del Autor, que no se encontrarán en los hechos siempre recordados en lo sucinto, y donde Martín Fierro procede con arreglo a su incuestionable valor. No es un desmentido a él aquella invocación a la Virgen en el peligro, ni el miedo que siente al encontrarse en la Frontera con el Hijo del Cacique: *Siempre he sido medio guapo, Pero en aquella ocasión Me hacía buya el corazón Como la garganta al sapo* (591-4), o

en la escena análoga con el Indio que maltrataba a la Cautiva. El miedo no es la negación del coraje—un buen ejemplo hay en Aquiles—, sino la medida humana del peligro por la cual el héroe comienza venciendo a sí mismo en su ordinaria condición de mortal. Ese coraje suelto, con abundancia de recursos y de seguridad en las propias fuerzas, está rápidamente pintado en la pelea con el Negro: *Me birbió la sangre en las venas Y me le afirmé al moreno, Dándole de punta y bacba Pa dejar un diablo menos* (1227-30).

Otro pasaje sin subrayar por el Autor que contribuye a robustecer la imagen del hombre independiente y, por los compromisos que tal actitud aparejaba, de audacia, es la forma lacónica como Martín Fierro nos dice que no le interesaba la política ni se avenía a someterse a las imposiciones del caudillo oficialista, que Picardía dirá con mayor rotundidad, pero que en su laconismo basta para dar impresión de que era hombre firme: *A mí el Juez me tomó entre ojos En la última votación* (343-4), y: *Que sean malas o sean güenas Las listas, siempre me escondo Yo soy un gaucho redondo Y esas cosas no me llenan* (351-4). Pero no es cosa de ostentar su oposición, como tampoco de hacer alarde de guapeza. No está en la índole de Martín Fierro, como no lo está en la del verdadero hombre bravo: *En medio de mi inorancia Conozco que nada valgo—Soy la liebre o soy el galgo Asigún los tiempos andan* (979-82); avenimiento a lo inevitable que Cruz ha de repetir en un tono de insolente cinismo. Martín Fierro se aviene a las dificultades que no puede vencer, y nunca el paisano ha entendido que hubiera cobardía en la cordura. Así en el Fortín, en situación que habría sido absurdo más que temerario enfrentar: *Pero qué iba a hacerles yo, Charavón en el desierto; Más bien me daba por muerto Pa no verme más fundido Y me les bacía el dormido, Aunque soy medio desperto* (793-8).

Pero tampoco hemos de olvidar que se revela entero quien es en su vida de matrero, que es la que pone a prueba su temple de bravo, todo ya determinado por la ruina de su hogar y la pérdida de su familia que lo coloca en la situación del tigre a quien roban los cachorros, pues es entonces cuando dice: *¡Yo juré en esa ocasión Ser más*

*malo que una fiera!* (1013-4). No se trata, pues, de un coraje que se proyecta por una necesidad agresiva del hombre de temperamento combatiente, sino de un despertar en él de una fuerza dormida a la que ha de darle desahogo. La valentía de Martín Fierro estaba en él latente y ahora que desborda de sí, que asume la magnitud de una venganza informe, comprendemos que no estaba en su juego ni en su ley, sino que entera se descarga liberándose de él mismo. No es una condición negativa que sea grande porque ha devorado todo otro sentimiento de ternura y de piedad. Es en su interior un demonio extraño, el golpe en respuesta al golpe, ciego e injusto, como fué ciego e injusto el que recibió. Su venganza o su acometividad se hospeda en él y lo arrastra en lo externo, de él para afuera; pues en su interior, en lo más recóndito, la personalidad positiva de Martín Fierro permanece incontaminada. Puede decir al comienzo: *Ninguno me hable de penas, Porque yo penando vivo* (115-6), y pasar por ese puente a la serie de los sentimientos generosos que también le pertenecen, y que ha de brillar con luz más pura en su vida de matrero, en su insondable soledad. Reserva de sí que él mismo explica, en algún momento, no de modo por completo convincente, pero sí ajustada a su psicología: *Y sepan cuantos escuchan De mis penas el relato Que nunca peleó ni mato Sino por necesidad; Y que a tanta alversidad sólo me arrojó el mal trato. Y atiendan la relación Que hace un gaucho perseguido, Que padre y marido ha sido Empeñoso y diligente, Y sin embargo la gente Lo tiene por un bandido* (103-14). Idea central que, ocurridos todos los hechos que ensangrientan sus manos, ha de repetir con suma cautela, a Cruz: «*Antes de cair al servicio, Tenía familia y hacienda; Cuando volví, ni la prenda Me la habían dejado ya Dios sabe en lo que vendrá A parar esta contienda*» (1681-6), palabras en las que no encontramos sino el esquema, despojado el relato de todo lo que no le pertenecía sino que formaba parte de lo que él denominó con sumo acierto "su destino". Esta forma sucinta de presentación a Cruz no contiene sino esas líneas esquemáticas de su biografía antes minuciosamente silabeada en los episodios más dramáticos; pero nada le falta, nada se

ha falseado; lo demás forma parte de la historia de los otros y del país.

La referencia al juego con un caballo de carrera *Con él gané en Ayacucho Más plata que agua bendita* (363-4), y su afición a la bebida en las reuniones donde cantaba, o al encontrarse con amigos, no bastan para que le atribuyamos uno ni otro vicio; como tampoco bastan sus referencias al trabajo para que creamos que sea un hombre trabajador. No estaba en la modalidad del gaucho. Se queja de que en el Fortín lo obligaran a trabajar sin que le pagaran por ello; la enumeración de las faenas que sabe cumplir corresponden al trabajo ocasional de la tierra o a la caza. Pero ha sido criado en estancia y es muy posible que su reticencia al enumerar aquellas habilidades se deba a que en general nadie consideraba honroso el trabajo sedentario. En la Segunda Parte encontramos una declaración ingenua: *Me he decidido a venir A ver si puedo vivir Y me dejan trabajar. Sé dirigir la mansera Y también echar un pial Sé correr en un rodeo Trabajar en un corral Me sé sentar en un pértigo Lo mismo que en un bagual* (II, 136-44)... Al decidirse a marchar al Desierto, uno de los alicientes que invoca es que allá no hará nada y que la holganza es la ley del indio. Parecería que la vagancia fuera un hábito en él y que conoce todos los recursos de agenciarse el alimento con destreza de cazador errante: *Quiero salir de este infierno Ya no soy pichón muy tierno Y sé manejar la lanza* (2186-8)... *Y ha de ser gaucho el ñandú Que se escape de mis bolas. Tampoco a la sé le temo, Yo la aguanto muy contento* (2225-8).

No es este modo de vivir el que, ni en casos extremos, habría aceptado un hombre laborioso, porque el tono que emplea en su diálogo con Cruz está lejos de presentar como un mal aquellas privaciones. Más que una dura vida nueva que han de aceptar en una opción preferible a la vida de mataderos, se la describe como provista de atractivos para el hombre que ama la libertad. No deja de mencionar la posible compañía de alguna mujer que los consuele, y esto en efecto atempera, por cualquier compensación, la pérdida de su propia mujer. Hay siempre, en estas declaraciones, un fondo de amargura y un sentido de lo inevitable, que ha justificado ya sus actos de violencia y

que puede cubrir con un perdón sin límites cualquier desvío; pero más bien resulta de nuestra comprensión de las causas determinantes que de los motivos que él alega. Son fuertes, sin embargo, sus sentimientos de hogar. Luchan en él esos sentimientos con su instinto de la personal independencia, y tal es la lucha que en su alma libran alternativamente triunfantes unos y otro. No se esfuerza por recuperar a su mujer y a sus hijos, sino que se lanza a la vida del albur, y es como una liberación que siente en lo más secreto de su ser; pero muchísimas veces ha de doblarse en su soledad ante el recuerdo de lo que ha perdido. Sus impresiones ante la tapera son limpias y espontáneas: *Puedo asegurar que el llanto Como una mujer largué* (1017-8); *¡Tal vez no te vuelva a ver, Prenda de mi corazón!* (1063-4), y perduran a lo largo de los dos años de vida montaraz que después lleva. Es esa desolación la que lo impulsa al crimen: *Y medio desesperao A ver la milonga fui* (1141-2); *Que alegre al verme entre ellos* [los amigos] *Esa noche me apedé. Como nunca, en la ocasión, Por peliar me dió la tranca* (1145-8)... Esa vida de matrero no tiene el mismo sentido que la vida de prófugos que vislumbra al partir para el Desierto; está poblada de remembranzas, es una situación de tigre al que le han robado los cachorros. *Con las tristezas de su alma Al pajonal enderiese* (1407-8); *Así es que al venir la noche Iva a buscar mi guarida Pues ande el tigre se anida También el hombre lo pasa Y no quería que en las casas Me rodara la partida, Pues aun cuando vengan ellos Cumpliendo con sus deberes, Yo tengo otros pareceres, Y en esa conducta vivo Que no debe un gaucho alivo Peliar entre las mujeres* (1415-26); *Me encontraba, como digo, En aquella soledá Entre tanta escuridá, Echando al viento mis quejas* (1469-72)...

La vida en el Desierto reproduce las vicisitudes de la Campaña. Comenta Martín Fierro a su regreso: *Es triste dejar sus pagos Y largarse a tierra ajena Llevándose la alma llena De tormentos y dolores* (II, 169-72); *¡Irse a cruzar el desierto Lo mismo que un foragido, Dejando aquí en el olvido, Como dejamos nosotros, Su mujer en brazos de otro Y sus hijitos perdidos!* (175-80); *¡Al verse en tal desventura Y tan lejos de los suyos, Se tira uno entre los*

*jujos A llorar con amargura! En la orilla de un arroyo Solitario lo pasaba; En mil cosas cavilaba, Y a una gúelta repentina Se me hacía ver a mi china O escuchar que me llamaba* (183-92); *Mientras sin ningún albagó Pasa uno basta sin comer Por pensar en su mujer, En sus hijos y en su pago* (195-8).

La muerte de Cruz acrecienta las tristezas de Martín Fierro, que pierde con él, más que un compañero, el último resto de sociedad para sumergirse en su total aislamiento del mundo. Su sensibilidad está fresca, porque ha vivido sin aclimatarse a la vida del salvaje, y Cruz había reunido en sí la suma de los bienes ausentes. Acaso parezcan excesivas sus demostraciones de pesar, y lo serían si Cruz no fuera más que el amigo y el compañero; pero era también el último sobreviviente de su pasado, el que lo mantenía vivo en el seno de la soledad: *Fuimos a esconder allí Nuestra pobre situación, Aliviando con la unión Aquel duro cautiverio Tristes como un cementerio Al toque de la oración* (II, 415-20). Los dos años de separación que les imponen los "infieltes" fortifican esa amistad al reencontrarse, y la muerte de Cruz alcanza un grado de resumen de su propia suerte, de modo que no podemos suponer que Martín Fierro exagera su dolor. Es más grande que cuando la pérdida de su hogar, mujer, hijos y hacienda, porque en ese momento aquellas desgracias recobran su sentido verdadero por la presencia de la muerte: *El recuerdo me atormenta, Se renueva mi pesar* (II, 895-6)...; *Todos pueden figurarse Cuánto tuve que sufrir; Yo no hacía sino gemir, Y aumentaba mi aflicción No saber una oración Pa ayudarlo a bien morir* (901-6); *Lo apretaba contra el pecho Dominao por el dolor* (919-20); *De rodillas a su lado Yo lo encomendé a Jesús Faltó a mis ojos la luz Tuve un terrible desmayo Cai como herido del rayo Cuando lo vi muerto a Cruz* (925-30); *Y yo, con mis propias manos, Yo mesmo lo sepulté A Dios por su alma rogué, De dolor el pecho lleno Y humedeció aquel terreno El llanto que redamé* (937-42).

La soledad es total ahora; en esa tumba yacen todos los despojos de su pasado y de sí mismo: *Andaba de toldo en toldo Y todo me fastidiaba El pesar me dominaba, Y entregao al sentimiento Se me hacía cada momento Oír*

*a Cruz que me llamaba (949-54); En mi triste desventura No encontraba otro consuelo Que ir a tirarme en el suelo Al lao de su sepultura. Allí pasaba las horas Sin haber naides conmigo Teniendo a Dios por testigo Y mis pensamientos fijos En mi mujer y mis hijos, En mi pago y en mi amigo (957-66).*

A esa descripción de su estado de ánimo sigue el oír los gritos de la Cautiva, y es inevitable suponer que aquella voz angustiada llega a él de otras tierras. Es su propia resurrección. La escena posee suficiente grandeza para no admitir que el lamento de la infeliz mujer ejerza sobre él un ensalmo, como si oyera un lenguaje casi olvidado, la reaparición del mundo perdido. El Autor nos comunica esa compleja sensación con pocas palabras; porque es la Cautiva la que liberta a Martín Fierro de su infierno; le trae de lo lejos la voz de otra vida. Su decisión de afrontar el peligro para salvarla contiene una inmanente nobleza que no se disminuye por el hecho de suponer que Martín Fierro se recupera por ella a sí mismo. La gran altura en que estos sentimientos nacen y luego, a través de la Vuelta, se tienden sobre el plano de su recuperación, no amengua su heroísmo porque digamos que Martín Fierro se salva por ella. Por esta mujer, efectivamente, él se restituye a su ser más que a su tierra. Todo en ese episodio está elaborado con suma delicadeza para completar la impresión de que se funden en la voz doliente un conjunto de voces, y que renacen en Martín Fierro sentimientos aletargados, pues es la primera vez en que la piedad pura hará de ese "cuchillero individual", como muy bien dice Borges, un paladín de la más alta clase: *Quise curiosiar los llantos Que llegaban hasta mí; Al punto me dirigí Al lugar de ande venían ¡Me horroriza todavía El cuadro que descubrí!* (II, 997-1002); *Conoci que era cristiana, Y esto me dió mayor pena (1007-8); Al mirarla de aquel modo Ni un instante tutubí (1121-2); Yo no se lo que pasó En mi pecho en ese instante (1135-6)...* Y esta ingenua confesión de que algo no razonable lo llevaba, por un instinto humanitario superior, que acaso le fuera hasta entonces desconocido, a afrontar el peligro de morir por ella: *Aunque yo iba de curioso Y no por buscar contienda (1147-8).*

Ya de regreso, en la pulpería, al cantar el encuentro con los Hijos, ha de referirse a la muerte de su mujer, en un tono atemperado de sufrimiento que él cree que debe acentuar con alguna frase retórica, porque no brota en su alma con la pujanza de otras desdichas. Nos explica: *Les juro que de esa pérdida Jamás he de hallar consuelo; Muchas lágrimas me cuesta Dende que supe el suceso. Mas dejemos cosas tristes Aunque alegrías no tengo* (II, 1687-92)...

Y es la última línea con que completa la imagen de sí mismo que nos trasmite confidencialmente. Así Martín Fierro existe como un ente moral, y los accidentes de su biografía no pueden desfigurar ese rostro en que, enmarañándose con las facciones agrestes, brilla la luz de la bondad ingénita. La otra imagen —complementaria, al fin— surge de su biografía; pero ése es el rostro que ha endurecido el sol, la intemperie y los ásperos vientos de la pampa.

#### IMAGEN BIOGRAFICA DE MARTIN FIERRO SEGUN SU RELATO

Lo que cuenta de sí Martín Fierro es una historia común, que puede pertenecer a cualquier gaucho de su época. En archivos policiales, sea el propio o el ajeno, ese retrato es fiel, personal, plural y suyo. Un brusco cambio divide su existencia en dos secciones: en una, su vida de huérfano trabajando en las estancias, su familia, su hogar y su pequeña hacienda; en otra, el servicio en la Frontera, las penurias allí sufridas, la fuga, la sorpresa de haberlo perdido todo y la decidida vida de matrero. En fin, la variante de esa vida de prófugo, en el Desierto. El corte vertical en su biografía es el arreo por orden del Juez de paz, que responde a una inquina de cariz político. Padece, combate y recupera la libertad desertando, cuando ya es tarde. El mismo lo dice: *Después que uno está perdido No lo salvan ni los santos* (287-8). Y todo lo que sigue a esa certeza de que su destino ha decidido ya por él es el cumplimiento de esa fuerza de perdición que será ilustrada con episodios dramáticos que se enhebran por su propia

necesidad serial: la provocación al Negro, que es su crimen injustísimo; la pelea con el Compadre; su defensa al no consentir en que lo apresen; la pelea con el Indio por la Cautiva. Hechos sangrientos, que nos prueban su habilidad de cuchillero. Y la vida del perseguido, semejante a la de las fieras, las vicisitudes de una segunda fase de esa misma vida en los toldos. Es el retrato del gaucho más que el propio. Este aspecto biográfico de la personalidad de Martín Fierro carece de relieves y rasgos que lo diferencien de los demás; sus relieves y rasgos contribuyen a desvanecer su imagen en una imagen genérica. Cruz es él mismo, con variantes episódicas; sus Hijos y Picardía muestran otras facetas de ese ser multitudinal. Todas esas vidas juntas no son más que una vida: la multiplican en episodios y circunstancias sin enriquecerla. Hernández ha comprendido que la vida de los gauchos era una monótona repetición de sus desdichas: el telar es, en fin, un artefacto mecánico. No se ha interesado en buscar lo original, lo distintivo, lo individual, sino al contrario. En este aspecto es donde resulta evidente que ha observado una clase social entera para darnos su imagen, y esa imagen es fiel a un tipo humano, a una sociedad, a una época. No puede resultar reconocible un Martín Fierro reconstruido según esos elementos biográficos: reconstruiremos la imagen del original, la de un tipo histórico más que biográfico, biográfico más que único. Aunque la técnica de pelear, su fuerza física, sean rasgos que sobresalen en el personaje, son también comunes. No nos ha dado el Autor ningún detalle de su fisonomía, estatura ni vestimenta. Nos despista con los andrajos, pues hemos de representarnos a Martín Fierro hasta despojado de prendas que pudieran darle individualidad. Vestiría como todos, pero la miseria y el género de vida que lleva han hecho también de su atavío un despojo semejante a la tapera, con más de la naturaleza que de la industria. Cualquiera cara, cualquier traje que imaginemos para él serán arbitrarios. Atribuirle propiedad a su biografía, suponerla perteneciente a un solo hombre, es desfigurar el intento del Autor y la verdad que surge del texto. Por fuera, corporalmente, Martín Fierro es un fantasma; solamente tiene un alma suya y lo que sentimos que vive todavía no es la es-

cena en que por un instante apareció para desvanecerse en seguida, sino esa imagen de todos que resulta de las cosas y de los hechos. La personalidad material de Martín Fierro no surge de sí; le es impuesta desde fuera por las fuerzas innumerables e indiscernibles del mundo en que vive. El es una imagen de ese mundo que se forma con los perfiles en que esas fuerzas innumerables e indiscernibles confinan con una realidad humana y personal. Martín Fierro tiene el rostro, la talla, las características físicas, somáticas, de esa matriz que se llama la pampa, la soledad, la pobreza, la injusticia. Es un elemento para reconstituir un ambiente, porque ese ambiente se ha hecho persona en él y puede cambiar constantemente de aspecto pero no de sustancia. Martín Fierro es lo invariante, lo permanente de un sino regional, estructural, social. No solamente vive todavía —ya irreconocible por los datos de su exterior—, sino que vivirá mientras esa matriz siga gestando hijos con todas las sustancias de su ser. Y esa matriz no produce tipos vernáculos, que existan solamente en la llanura; en cualquier parte del mundo donde las condiciones de vida sean semejantes, ese mismo ser que llamamos Martín Fierro reaparecerá. De ahí que sea comprendido, familiarmente reconocido por cuantos llevan en su existencia la impronta de esa matriz. Porque es también una matriz humana, y entonces no de la pampa sino de lo pampeano, doquier existan sus elementos plásticos, estructurales, esenciales. La persona de Martín Fierro está en su símbolo; como necesitaba tener una biografía se le dió una cualquiera que correspondía mejor a la historia que a un hombre. Una biografía de este tipo se llama destino, y Martín Fierro sabía distinguir netamente lo que le pertenecía —lo que cantando confesaba como perteneciente a su alma— de lo que pertenecía a los demás —los hechos, el trance, la situación— y que denominaba destino. *Vamos, suerte, vamos juntos, Dende que juntos nacimos, Y ya que juntos vivimos Sin poderlos dividir* (1385-8), que es lo más cierto. Esa suerte era su doble, su imagen falaz; la auténtica y verídica ha de sentir el lector que surge como de su crisálida; pero falaz en el sentido de lo biográfico, facial, somático. Pues en el sentido verdadero de la obra, lo fatídico, lo que está en Mar-

tín Fierro como en muchos otros, lo que en él encarna desgraciadamente como hubiera podido encarnar en los demás —para eso están los otros personajes de la obra—, eso es lo cierto.

En su VI artículo sobre el *Martín Fierro* P. Subieta emitió este juicio verdaderamente sagaz:

Martín Fierro no es un hombre, es una clase, una raza, casi un pueblo; es una época de nuestra vida, es la encarnación de nuestras costumbres, instituciones, creencias, vicios y virtudes, es el gaucho luchando contra las capas superiores de la sociedad que lo oprimen; es la protesta contra la injusticia; es el reto satírico contra los que pretenden legislar y gobernar sin conocer las necesidades del pueblo; es el cuadro vivo, palpitante, natural, estereotípico, de la vida de la campaña, desde los suburbios de una gran capital hasta las tolderías del salvaje. Todos los hechos de la vida se encadenan, todas las esferas de acción son círculos que parten de un centro y se extienden hasta lo infinito.

Exacto. Esto de singular que encontramos en el Martín Fierro, y que lo diferencia de todos los demás poemas gauchescos, no es lo biográfico y singular, sino lo común, verdadero, natural. Los otros poemas tendían a diseñar al individuo, y a cada uno de ellos dentro de la obra, con rasgos inconfundibles. Necesitaban por eso, además de un nombre y apellido, un rostro, un modo de reaccionar, una psicología cada cual para sí; y eso los hizo efímeros, superficiales; mientras que Martín Fierro, siendo mucho menos él que ellos los otros, se eterniza y con el tiempo se agranda y se hace verdadero. Rodolfo Senet, en *La psicología gauchesca en el "Martín Fierro"* retorna a la cabal apreciación del "héroe", al preguntarse:

Hernández ¿ha agrupado en sujetos imaginarios psicologías afines para crear sus personajes tipos?; es decir ¿ha fundado en individuos creados por su fantasía los caracteres de muchos, o ha partido de un personaje real para completarlo con los atributos de sus afines?; en otros términos: ¿parte de la pluralidad real para llegar a la singularidad imaginaria, o convierte a individuos reales en personajes imaginarios completándolos con los atributos de sus congéneres?

Tiscornia, en su *Discurso* acepta esa personalidad simbólica de Martín Fierro cuando asevera:

Extraído de la realidad, el poeta lo ha acendrado para la vida del arte, acudiendo al procedimiento que junta lo particular en lo universal y produce una hermosura ideal. Por eso Martín Fierro es el gaucho perfecto, en categoría de héroe.

Conclusión anfibológica, porque no puede confundirse al tipo con el héroe, ya que esta palabra y este concepto hacen del símbolo un emblema que se aplica a una intencionalidad enaltecedora, a un paradigma despojado de sus elementos negativos. Y Martín Fierro, como símbolo, es negativo de todo emblema paradigmático. Esta idea corresponde a su mitificación, y después de habersele reconocido que representa una verdad humana y social, se le quiere convertir en dechado de cualidades personales, en héroe, que en el lenguaje de ideas de Tiscornia significa "modelo" y no resumen étnico.

En la carta de Juan M<sup>e</sup> Torres al Autor (Montevideo, 18 de febrero de 1874) se sustenta el mismo punto de vista de la impersonalidad del personaje, con un atisbo de lo que en este ensayo denominamos los "dobles". "Cruz le cuenta su historia —dice Torres—, que es la misma de Fierro y de todos los gauchos. . ."

#### MARTIN FIERRO EN LA IDA Y EN LA VUELTA

**P**UEDE señalarse el momento en que Martín Fierro cambia de personalidad; el momento en que deja de ser lo que era y se modifica en otro hombre. Es el encuentro con Cruz. Se opera en él un cambio que no se podría definir como renovación, ni como salvación. Pero Martín Fierro dejar de ser quien fué hasta ese momento: gaucho en empresa de lucha, de insurrección, de atropello. Su última aventura es la pelea con la policía, y aun este episodio se transforma en dos episodios. Cruz viene a quitarle la gloria de consumir por sí solo la hazaña de vencer a una partida. La aparición súbita, a su lado, de su aparcerero, no solamente le roba esa gloria, sino que lo desarma para

siempre. Ha sido derrotado por él. Ni el tono de su voz, ni las campañas, ni los proyectos serán de entonces en adelante los mismos. Es como si Martín Fierro hubiera sido muerto por Cruz. Lo que se le ocurre proponerle, tampoco por propia iniciativa, sino parafraseando la invitación de un desconocido que es ya su amigo inevitable, es huir a los toldos, renunciar definitivamente a su vida, a su pasado, a su mundo.

En toda la *Ida*, hasta ese encuentro, predomina en Martín Fierro la altivez, y las desgracias sólo han conseguido exaltar en él su orgullo y su coraje. No está abatido, sino que desafía, dispuesto al combate y cuidándose prudentemente de caer en ninguna celada. Pero la celada al fin se la tiende el destino, y son muchas cosas juntas, pero también una idea, lo que suscita en Martín Fierro el cambio de su personalidad. Las quejas de su infortunio tienen en la *Primera Parte* un tono viril, desembocan en la acción, no en el renunciamiento. Pero en la *Segunda Parte* esas quejas son las de un hombre vencido. Su sensibilidad lo entenece, lo ablanda, y cuantas veces echa al pasado la vista es para caer postrado por el agobio de su situación actual. Los recuerdos se agudizan y la muerte de Cruz convierte a Martín Fierro en su propio espectro. No piensa ya en rebelarse, sino en entregarse. Vuelve a sus pagos a ver si puede vivir y lo dejan trabajar. Su personalidad se ha disipado desde el momento de oír a Cruz su relato. Ese relato es de su "doble". Cruz le ha quitado lo más importante de su biografía, le ha quitado su vida. Para responderle (*Canto XIII*) no tiene otras ideas que las que le transmite Cruz. Desde entonces no actúa sino que ambula. Al regreso vuelve a tomar su antiguo tono altivo, pero es porque está orgulloso de su fama. Ya es un libro popular más que un hombre. Y se limita a narrar, como un cronista, lo que vió en el *Desierto*. Nada vemos que haga. Es un ser pasivo. Encuentra a sus hijos, los escucha; el *Moreno* lo desafía y elude la pelea; lleva a sus hijos y a *Picardía* al borde de un arroyo para separarse de ellos, cambiando su nombre todos. El nombre nuevo que puede adoptar él es Martín Fierro. Ninguna de las advertencias que hace en el *Preludio*, de que ha de decir cosas que conmoverán, se cumple. Todo lo olvida

escuchando a los otros. Cuenta su pelea con el Indio y ese es el único momento, en cinco años de destierro, en que recupera su brío, su empaque, su valor. La llegada con la Cautiva es póstuma. Hasta incurre en una bajeza inconcebible en él, al intentar justificarse de sus crímenes antiguos. Ahora siente que ha procedido mal y está arrepentido, pero la necesidad de cohonestar sus hechos lo llevan al filo del cinismo: *Que ya naides se acordaba De la muerte del moreno Aunque si yo lo maté Mucha culpa tuvo el negro. Estube un poco imprudente Puede ser, yo lo confieso, Pero él me precipitó Porque me cortó primero Y amás me cortó en la cara, Que es un asunto muy serio. Me asguró el mesmo amigo Que ya no había ni el recuerdo De aquel que en la pulpería Lo dejé mostrando el sebo. El de engreido me buscó, Yo ninguna culpa tengo; El mesmo vino a peliarme, Y tal vez me hubiera muerto Si le tengo más confianza O soy un poco más lerdo Fué suya toda la culpa Porque ocasionó el suceso. Que ya no hablaban tampoco, Me lo dijo muy de cierto, De cuando con la partida Llegué a tener el encuentro. Esa vez me defendí Como estaba en mi derecho, Porque fueron a prenderme De noche y en campo abierto Se me acercaron con armas, Y sin darme voz de preso Me amenazaron a gritos De un modo que daba miedo Que iban a arreglar mis cuentas, Tratándome de matrero, Y no era el gefe el que hablaba, Sinó un cualquiera de entre ellos. Y ese, me parece a mí, No es modo de hacer arreglos, Ni con el que es inocente, Ni con el culpable menos (II, 1597-638).*

Todo este pasaje de leguleyo ignaro tiene en el Manuscrito numerosas enmiendas, correcciones, frustradas escapatorias que revelan que tampoco el Autor atinaba con la defensa judicial de su reo. Pero si es el mismo Martín Fierro el que ha de presentar su alegato de absolución, apela a infantiles y taimados subterfugios. No es ésta la instancia ni el fuero en que lo habíamos absuelto. Pero no es Martín Fierro quien habla excusándose, sino Hernández; y no se dirige al lector que conocía la Ida, sino a sus amigos los jueces y los políticos, que sin duda le habrían reprochado los excesos de su héroe. Ha escuchado esas voces demoníacas, él ha cobrado sentido jurídico del

Poema y pretende purgar a su héroe de sus delitos, olvidando que esos delitos ya habían recaído sobre los jueces. Martín Fierro es puesto ante los paisanos de la pulpería como ante un tribunal al que procura embaucar con sofismas. No era el lenguaje de los gauchos. De la esterilidad del esfuerzo del Autor para encontrar razones válidas debió colegir que la defensa era absurda; pero insistió impulsado por escrúpulos extraños a su misión de artista; y así el texto impreso nos da una imagen moral de Martín Fierro mucho más baja que como habría quedado de olvidar que tales crímenes existieron. Pues los agrava por la mentira, en una declaración sumaria tal como la habría expuesto Cruz de ser apresado en lugar de él.

Lo que quiere el Autor es presentarnos "otro" Martín Fierro y no puede. El mismo personaje rechaza el cambio de su psicología y no se levanta más del peso de su falacia. Esta imagen de Martín Fierro no tiene semejanza sino con el que aconseja a sus hijos. Corresponde a una nueva concepción del personaje. En ningún momento del Poema el alma desciende tan por debajo de sí como en ese romance. En la Primera Parte Martín Fierro cuenta sus crímenes con natural franqueza, porque están en el destino de todo gaucho y no son actos de su voluntad sino que acontecen mediante él. Este Narrador que intenta expurgar a su Héroe no es el de la Ida. Quien ha cambiado es Hernández, y ha cambiado por influencias extrañas, por esa presión imperceptible que todo lo deforma en el alma de nuestros grandes hombres. El paisano, el viejo lector de la Ida, no el político que ha de leer la Vuelta, consideró aquellos crímenes, aquellas "desgracias", dentro del complejo de la desdicha bajo cuyo signo estaba la existencia del Protagonista.

Más que el Personaje, lo que cambia es la Obra entera. En la Vuelta hay otra visión de las cosas, otra posición del Autor frente al mundo y otro sentido para su obra. Algunos de los rasgos característicos pasan de Martín Fierro a otros personajes: el Hijo Segundo y Picardía en lo biográfico, el Hijo Mayor en lo psíquico. Ellos recogen lo humorístico y lo trágico. Pero este examen corresponde al análisis de ambas Partes del Poema y a su comparación. Esa doble concepción de la obra trae como conse-

cuencia esa doble personalidad de Martín Fierro, que no se cambia en otro sino que se deforma en sí mismo. Este de la Vuelta no es un Cantor, sino un Narrador; y por Narrador entendemos siempre al Autor. En la Primera Parte Hernández era Martín Fierro, en la Segunda, Martín Fierro es Hernández.

Todavía tenemos otra tercera imagen de Martín Fierro, fuera del Poema. Es una composición, un romance, dedicado a una dama en que Martín Fierro aparece como mandadero del Autor, llevándole un mensaje amoroso. Dícele Martín Fierro:

Aquí estoy, señora mía,  
aquí vengo a su servicio,  
no tengo ningún oficio,  
soy pobre como una rata,  
me suele faltar la plata  
pero no me faltan vicios.

Tengo encargo de decirle  
de parte de mi patrón  
que me tire en un rincón  
y me coman las ucuchas,  
pues mis desgracias son muchas  
y es poca su compasión.

No sorprende la inconstancia  
ni el desdén en la mujer,  
pues en no saber querer  
cifran toda su virtud;  
son para una ingrátú  
como mandadas hacer.

Cuentan que de una costilla  
Dios las fabricó en un rato;  
mas si me dan el barato

yo les voy hacer saber,  
de lo que hizo a la mujer  
fué de la cola de un gato.

Y me encarga que le diga  
que me guarde por aquí;  
no me haga correr a mí  
la misma suerte que el otro  
que estima a este pobre gaucho  
que dentró al Parnaso en potro.

Y estas mesmitas palabras  
me ha dicho que le repita:  
yo soy un gaucho mulita  
más redonto que una jota  
y el pecho se me derrota  
viendo una niña bonita.

Y en voluntá de servirla  
no hay naides que me aventaje;  
muchos recuerdos le traje,  
y aquí estoy a su mandao,  
y mi patrón se ha quedao  
con envidia de mi viaje.

Misión impropia de Martín Fierro que hubiera podido cumplir Cruz. Ni como ocurrencia concebimos que Hernández haya podido parodiar así al Personaje. Pero existe aún otra composición en que emplea a su Héroe en el mismo papel de recadero, si bien se refiere ahora al

libro mismo, en una confusión de persona y de obra que otras veces cometió en el texto mismo del Poema. Son "Versos enviados a una amiga remitiéndole un libro":

Allá va otro "Martín Fierro",	pues los afectos de su alma
allá va otro pobre gaucho,	yo solo puedo explicarlos.
presa siempre de infortunios,	Yo sé que si en su guitarra
no extrañará viajar tanto.	hiriendo la cuerda ufano
Mandé gustoso el primero,	os hubiera dicho "adiós"
por supuesto, con encargo	no habrías dejado llevarlo;
de darte, si lo dejaban	que en sentidas vibraciones
mil recuerdos... y un abrazo.	sentidas trovas lanzando
Pero sé que el infeliz,	el triste "adiós" de sus quejas
victima siempre de su hado,	sería para vos amargo.
ni pudo el abrazo darte	Mas su negra desventura
ni paró mucho en sus manos.	lo persigue sin descanso,
Yo sé que el pobre Martín	y obra fué de sus desdichas
tendrá pena de dejaros,	el regalar mi regalo.

Etcétera. Dejando a un lado la confusión de personas del singular y del plural, este otro romance contiene algunos conceptos despectivos para su héroe, o por lo menos no coincide con los que figuran en sus Prólogos. Podríamos sospechar que para el Autor el Martín Fierro oficial y público investía un papel distinto al que le asignaba en la intimidad; como si el primero respondiera a un plan y el segundo, despojado de toda investidura, se redujera a su diminuta estatura verdadera de pobre jornalero. Pero esta imagen tan extrañamente concebida por el Autor no forma parte de la personalidad de Martín Fierro, sino de los designios de aquél. Y es muy posible que, en familia, Martín Fierro fuera para Hernández lo que podía ser el gaucho para el patrón; en cambio, en su obra se proyecta a lo alto y a lo lejos libre de toda tutela y de toda sumisión. Esta es la imagen que nos interesa: la nuestra, y no la del Autor.

## MORALIDAD Y MORAL

Por *Joaquín ALVAREZ PASTOR*

**E**N el inmenso ámbito de la cultura humana se destaca, con caracteres propios e inconfundibles, cierta forma especial de ella que llamamos moralidad o realidad moral. Es indudable que semejante realidad existe, está presente y patente a nuestros ojos, rodeándonos por decirlo así en todo tiempo y lugar. Es un hecho cierto que vivimos en un mundo moral, como vivimos en un mundo físico. Ambos se hallan frente a nosotros con sus ingentes dimensiones, como obstáculos que nos cierran el paso y como líneas o perfiles que limitan nuestro horizonte. No podemos prescindir de ellos ni destruirlos. Cuando más, llegamos a modificarlos en proporciones tan mínimas que apenas alteran su existencia. En cambio, ellos actúan sobre el hombre decisivamente. Del mismo modo que ejercemos una acción mayor o menor sobre la realidad física y ésta, a su vez, reobra sobre nosotros, influímos en la realidad moral y somos influidos por ella.

Evidentemente, el mundo físico es distinto del mundo de la moralidad: el primero constituye el reino de la naturaleza; el segundo pertenece a la región del espíritu; aquél es algo dado, éste es creación del hombre. El hombre crea la moralidad y también el arte, la ciencia, la técnica, la religión, las costumbres, el lenguaje, etc. formando con tales productos del espíritu la esfera de la cultura. El hombre vive dentro de una cultura y en acción recíproca con ella, como vive en un mundo natural y en interacción con él.

Cultura y naturaleza determinan lo que el individuo hace y no hace, condicionan su conducta, y su vida se explica, al menos en parte, por la presión que sobre él ejerce una y otra realidad. Pero que el mundo de la cultura y el de la naturaleza tengan estructuras diferentes no

significa en modo alguno que uno sea real y el otro no. Los dos son reales, si admitimos que la realidad abarca tanto lo que existe en el espacio como cuanto existe en el tiempo.

La realidad moral, que según acabamos de ver constituye un sector de la esfera espiritual y que nos circunda desde el nacer hasta el morir, no es labor individual sino social. Todas las personas contribuyen a su formación por el mero hecho de ser miembros de la sociedad. Es obra de múltiples generaciones que se suceden en el proceso histórico. La moralidad es un producto social, pues sin la convivencia humana ni aquella ni las restantes formas de la cultura serían posibles. En cierto sentido, la moralidad consiste en una práctica social, en lo que el hombre hace o deja de hacer con sus semejantes cuando estas acciones u omisiones se consideran desde el punto de vista del bien o del mal.

La consideración del hacer del hombre y de lo hecho por él desde el punto de vista de lo bueno y lo malo limita la esfera de la moralidad y la separa de otras esferas de la realidad espiritual. Cada una de esas regiones particulares se constituye gracias al punto de vista que adoptemos. Así, la esfera estética se forma por la consideración de la actividad humana desde el vértice de lo bello o lo feo, y de igual manera la esfera intelectual está presidida por lo verdadero o lo falso, etc. Pero lo que entendemos por bueno y malo (lo mismo puede decirse de lo bello y feo, de lo verdadero y falso, etc.), no permanece invariable a través del tiempo. Nuestra concepción del bien y del mal cambia en el curso de la historia y, por consiguiente, las fronteras de la realidad moral varían asimismo y unas veces abarcan cierto panorama y otras veces, otro. El contenido de la moralidad no es igual en los diversos pueblos y dentro de un mismo grupo social no es idéntico en épocas diferentes. Las concepciones morales se transforman con el progreso del espíritu humano que poco a poco va adquiriendo una nueva visión de la realidad moral y la juzga de distinta manera.

Para el hombre de las primeras civilizaciones, bueno y malo significaban lo lícito y lo ilícito, lo permitido y lo prohibido por los dioses. Posteriormente, por ejemplo en la Grecia antigua, aquellos conceptos equivalían a lo acos-

tumbrado y lo insólito, a lo que se ajustaba a la tradición y a lo que le separaba de ella, y por eso el término ético, como adjetivo, significó en su origen lo concerniente a las costumbres.

La existencia de la realidad moral y de su continuo cambio, sometido al perpetuo fluir de todas las cosas ya afirmado por el viejo Heráclito, existencia y cambio tan evidentes que parece trivial destacarlos, resultan destruidos y negados si los hechos se interpretan de distinta manera, si en lugar de aceptar la realidad de la experiencia se admite la realidad de la razón, dicho sea *grosso modo*. La substitución de una realidad por otra fué obra de los griegos cuando, después de reflexionar sobre la existencia y la no existencia o más exactamente sobre el ser y el no ser llegaron a conclusiones contrarias absolutamente a las opiniones que hasta entonces prevalecían. Y al aplicar su doctrina del ser a la realidad moral se verificó el más importante acontecimiento de la historia espiritual de Occidente cuyo proceso vamos brevemente a describir.

La concepción de lo bueno como lo acostumbrado, por una parte, y de lo malo como lo insólito, por otra, arraigada entre otras mentes en la de los antiguos griegos, fué válida mientras se conservó el prestigio de la tradición. Pero cuando los sofistas pusieron en tela de juicio ese prestigio, en nombre de la razón, semejante criterio no pudo mantenerse por más tiempo. Entonces se produjo un cambio fundamental en la dirección del pensamiento, cambio que puede resumirse así: el pensar en vez de dirigirse a los objetos, a las cosas se proyectó sobre el conocimiento de esas cosas u objetos; en lugar de investigar lo que las cosas mismas son, observándolas y analizándolas, se quiso saber lo que pensamos acerca de las cosas, volviéndose de espaldas a éstas. De tal modo, el pensamiento se apartó de los hechos para ocuparse únicamente de las ideas, se desvió de la realidad y se concentró en los conceptos.

Sabemos que fué Sócrates, el iniciador de este giro trascendental del pensamiento y justamente la vuelta tuvo lugar ante la realidad moral. Sócrates fué el primero que reflexionó, profunda y casi constantemente, no sobre la moralidad considerada como un hecho históricosocial que incluía los conceptos morales, sino sólo acerca de la idea

de ella que tenían sus contemporáneos. El método socrático es bien conocido. Comenzaba averiguando lo que aquellos pensaban sobre ciertas formas particulares de la moralidad o la virtud. Preguntaba Sócrates a sus numerosos interlocutores de todas las clases sociales en qué consistía la justicia, el valor, la prudencia, la piedad para llegar dialécticamente en primer término a la definición, a la esencia de cada una de tales virtudes y luego al concepto de la virtud en general. Mediante este procedimiento, Sócrates mostraba la obscuridad y confusión de los conceptos morales de sus conciudadanos y los substituía por conceptos claros y distintos, es decir, Sócrates substituyó los conceptos vulgares por otros científicos en virtud de ser los primeros falsos y verdaderos los segundos.

Pero aún hace mucho más. Partiendo del pensamiento de Parménides de Elea según el cual existe un mundo aparente y otro mundo real y aceptando además con aquel filósofo que el mundo real es un producto del pensar, aplica esta teoría a la esfera ética y saca la consecuencia que el verdadero mundo moral también es creación de la razón. Sócrates acomete la formidable empresa de construir con la razón sola dicho mundo moral, de poblarlo con auténticos seres morales y de ponerlo en movimiento. A semejanza de como opera en la esfera matemática, la razón proporciona un saber sobre cierto objeto que ella misma ha creado. Así, por un genial juego de manos, Sócrates crea a la vez la ciencia moral y la moral misma. Forma, pues, la ciencia moral un conjunto de ideas claras referidas a tal objeto y la moral se constituye como una esfera ideal sin contacto con la experiencia. A la luz de la razón, Sócrates descubre que la moralidad es mera apariencia, algo que no es; en cambio la moral es la realidad, algo que es. Y como el ser, según la doctrina eleática, es uno, eterno e inmutable, necesariamente habrá que admitir que el verdadero mundo moral o sea la moral será asimismo una, inmutable y eterna, esto es única, idéntica y válida para todos los hombres y todos los tiempos.

Basado en semejante paradoja que, como hemos dicho procede de Parménides, coloca Sócrates a la razón en el trono del reino moral con la misión de gobernarlo. La razón, como Dios, crea el mundo moral y lo rige. La ra-

zón es la máquina que lo mueve. Observemos, de pasada, que la razón posee idénticos atributos que más tarde la filosofía cristiana, heredera en este respecto de la griega, otorgará a la divinidad. Con Sócrates surge el mito de la razón concebida como motor y freno, como fuerza que empuja al hombre hacia el bien y lo detiene ante el mal. Concebida más como freno que como motor, pues, a pesar de todo no puede negarse que en el individuo actúan otros poderes que no es fácil reducir.

Según esta moral, la razón obliga al hombre a reprimir sus pasiones, a contener sus impulsos, en una palabra, a anular su parte irracional justamente por ser irracional, por no subordinarse a la razón. En nombre de ella se le exige tamaño sacrificio aunque así resulte mutilado, dejando de ser íntegramente hombre para convertirse en un ente racional. Sin embargo, los hombres concretos y reales, los hombres de carne y hueso, continuarán haciendo su vida moral con arreglo a sus erróneos principios éticos; pero Sócrates, imperturbable, seguirá afirmando que esa vida que los hombres hacen y esos pensamientos que la dirigen son falsos y deben ser reemplazados por otros verdaderos. De este modo puede explicarse el nacimiento de la moral y su separación de las costumbres.

Contra la idea socrática de la moral, concebida como objeto ideal y, por lo tanto, independiente del tiempo y del espacio, concepción que ha permanecido inalterable a través de los siglos y que ha llegado hasta nuestros días, cabe preguntar por qué, cuando los principios morales son falsos *no debe* ajustarse a ellos la conducta y *si debe* cuando son verdaderos. La falsedad de un juicio es una objeción lógica contra ese juicio pero no es una objeción vital, no es un obstáculo que necesariamente haya de paralizar la acción. Pueden los juicios morales adolecer de falsedad radical y, sin embargo, ser útiles para la acción, ser útiles para la vida. Desde este punto de vista, lo importante no es la verdad o falsedad de los juicios sino que sean instrumentos válidos para esa acción o esa vida.

Así se invierte la jerarquía que Sócrates estableció de una vez para siempre. No es la razón el señor y la vida su escudero, es éste el que manda y aquél el que obedece. Cuando Sócrates preguntaba a sus discípulos qué es la jus-

ticia y le contestaban que consistía en hacer bien a los amigos y mal a los enemigos enunciaban un juicio todo lo falso que se quiera pero que les servía de norma para ganar batallas y ciudades. Mas si después de demostrar que tal juicio era insostenible se les inculcaba a fuerza de argumentos que la justicia consiste en realizar el bien "sin mirar a quién", se les proveía de una norma que no les servía para nada por la sencilla razón de que no la practicaban. No basta que las normas sean verdaderas para que se cumplan, es preciso que se quieran cumplir y no es únicamente la razón quien suscita el querer o lo produce.

Supuesto el dominio de la razón sobre la conducta, el individuo se encuentra presa del deber. El deber no es otra cosa que la sumisión de los actos humanos a la ley que la razón dicta, o dicho de manera gráfica, es el nombre que recibe la domesticación de la voluntad bajo el látigo de la razón. Se obra por deber cuando se respeta la ley, cuando ésta y sólo ésta determina la acción. Unas veces la ley es impuesta por la razón humana y otras por la razón divina. De cualquier modo, sea sobre base racionalista o metafísica, el papel que el deber juega en la moral es esencial. Es una pieza maestra de la construcción. Todas las morales imponen normas obligatorias y, en último término, quedan reducidas a un sistema de deberes. De ahí que la ciencia de la moral tenga por objeto no lo que es sino lo que debe ser. A la ciencia de la moral no le interesa lo que los hombres hacen sino lo que deben hacer. Su gran misión es establecer criterios rigurosos para saber si los individuos proceden bien o mal. En cambio, la ciencia de la moralidad se preocupa de todo lo contrario: es lo que los hombres hacen y no lo que deben hacer lo que le interesa.

En la moralidad, el deber ocupa un lugar secundario; es sólo una parte y no toda ella. La observación de la realidad moral nos muestra, en efecto, que el hombre, en ciertas ocasiones, pocas generalmente, obra por deber, pero la mayor parte de las veces no lo toma para nada en cuenta. En el mayor número de casos obra movido por tendencias, sentimientos, emociones, pasiones, creencias, prejuicios, etc., es decir, por el poderoso complejo de estí-

mulos subconscientes que operan en secreto, libres del control de la razón o el deber. La importancia de tales factores subconscientes no puede ser pasada por alto por la ciencia de la moralidad si queremos tener una visión justa y no deformada de la realidad moral.

Puesto que el primer paso que ha de dar la ciencia de la moralidad consiste en describir ésta tal como es, ha de poner de manifiesto la significación y el valor que conferimos a los hechos o fenómenos morales o sea de qué manera los comprendemos y hasta qué punto los estimamos.

Ahora bien, el fenómeno moral presenta dos aspectos; por un lado es un querer, una energía que nos impele a hacer algo con el fin de modificar la realidad. El querer es un ímpetu que nos mueve a ejecutar actos encaminados a conseguir que lo que no es sea. El fenómeno moral consiste, por lo pronto, en una energía subjetiva, en algo que emana del sujeto, en un querer. La primera condición del acto moral es, pues, ser querido por quien lo realiza. Pero por otra parte tiene otra cara que no mira hacia el sujeto sino fuera de él, una cara objetiva. En efecto, si analizamos un acto voluntario notaremos que la decisión de modificar la realidad a que el acto se dirige ha sido tomada porque tal modificación la consideramos la mejor entre varias otras. Cuando, por ejemplo, nos preguntamos: ¿qué hacer; ¿socorro o no socorro a esta necesidad?, y nos decidimos por prestarle auxilio, hemos tomado semejante resolución en virtud de que la consideramos la mejor, la más buena. Nuestra acción se determina, por consiguiente, por algo ajeno a nosotros, a saber: por lo que juzgamos mejor en cada circunstancia lo que implica dos cosas: una idea del bien y una ordenación de los bienes en virtud de la cual preferimos el más bueno al menos bueno.

De tal modo se concibe en términos generales el fenómeno moral, pero los pilares en que se apoya semejante concepción tienen en la esfera moral distinto sentido que en el mundo de la moralidad. En aquella, las significaciones del querer y de lo bueno así como la jerarquía de los bienes son muy distintos que en éste. Para la moral, acto querido es únicamente el querido conscientemente, es decir, aquel en que nos proponemos claramente un fin y ponemos en movimiento cierta actividad encaminada a con-

seguir su realización. Según la moral, un acto es querido sólo cuando sabemos lo que hacemos y para qué lo hacemos. Este querer consciente es designado con el nombre de voluntad y por eso la moral proclama que únicamente la voluntad puede ser buena o mala. Pero en la moralidad los hechos se presentan de otra manera: en la moralidad no se reduce el querer al querer consciente. El conocimiento de lo subconsciente nos ha revelado que en multitud de casos no nos damos cuenta de nuestro querer auténtico, no percibimos que por debajo del querer consciente se agita otro querer inconsciente que nos empuja a la acción aún en contra de nuestra voluntad. Creemos querer una cosa y realmente queremos otra.

Nuestra voluntad se halla así en conflicto con nuestro auténtico querer, o dicho de otro modo, nuestros propósitos se enfrentan a nuestros impulsos y en esta pugna unas veces resulta vencido el querer y otras veces resulta vencida la voluntad. Creemos querer ciertos ideales morales que verdaderamente no queremos y, en cambio, otras formas de conducta que no creemos querer las queremos. De este modo se crea una moral falsa, convencional, no estimada ni sinceramente practicada, o no practicada en modo alguno, junto a otra moralidad verdadera, auténtica que realmente practicamos, una moralidad vigente y otra moral en desuso. Por eso vemos constantemente que determinadas normas son cumplidas y otras no, que existen preceptos éticos que encarnan en la realidad y otros que están ausentes de ella, en una palabra, una moral ideal y otra moralidad real. En cualquier momento de la historia encontramos esta dualidad más o menos latente y cuando se agudiza el antagonismo entre ambos factores surgen las crisis en las valoraciones morales. Tal es la razón de que actualmente, en el período crítico que atravesamos, semejante dualismo sea el gran problema de la filosofía moral moderna.

Tampoco la significación de los términos bueno y malo es idéntica en el área de la moralidad y en campo de la moral. Bueno para la moralidad no es nada fijo, nada constante. Ni es nada que pueda abstraerse de las circunstancias en que los actos se producen. Bueno y malo son algo condicionado histórica y socialmente, son conceptos

que surgen en una sociedad y un tiempo determinados —y valen para tal tiempo y tal sociedad. Lo que la moralidad entiende por bien y mal emerge de la sociedad en que aquella se realiza y corresponde a un período de su evolución. Cada época histórica posee su concepción del bien y del mal y cada grupo social tiene la suya. De aquí que no exista estrictamente una moralidad en general sino más bien moralidades concretas, tantas como grupos sociales y ciclos históricos puedan ser claramente diferenciados.

En la realidad moral contemporánea correspondiente a la sociedad occidental, por ejemplo, bueno no significa simplemente el objeto ideal forjado por la razón sino lo útil, lo que satisface nuestros deseos o necesidades, en suma, lo que sirve para la vida, sin que esto quiera decir que haya desaparecido en absoluto la concepción racionalista de lo bueno y lo malo válida en otras épocas. Hasta tal punto se halla arraigada en nuestras mentes la idea de la utilidad como equivalente a lo bueno que corrientemente se extiende de las acciones a los objetos, y se habla todos los días de objetos buenos y malos según sean útiles o inútiles, lo que no admite ni puede admitir la moral. Para ésta sólo pueden ser buenas o malas las acciones pero no las cosas. De donde resulta que, así entendido, el mundo de la moralidad es más amplio que el de la moral, puesto que comprende tanto las cosas como las acciones.

Lo mismo sucede en lo que respecta a la ordenación de los bienes, a la preferencia de los más altos a los más bajos. La ordenación de los valores establecida por la moral no concuerda con la que rige la realidad moral. Según aquélla, por ejemplo, entre los valores más altos figura el altruismo o amor a los demás y entre los más bajos se cuenta el egoísmo o amor de sí mismo. Pues bien, en la realidad moral suele invertirse la escala y se prefiere, como es sabido, el segundo al primero. También en la jerarquía de los valores propia de la moralidad la preferencia se produce en una sociedad y época determinadas y quedaría deformada al separarla de tales circunstancias, por lo que cabe aplicarle las consideraciones que acabamos de hacer acerca del bien y del mal.

Resumiendo cuanto brevemente queda expuesto se sacan las siguientes conclusiones: 1a., la moral constituye

un mundo ideal construido y regido por la razón y poblado de cosas que deben ser; por el contrario, la moralidad es un mundo real, producto de la vida y pleno de cosas que son; 2a., la moral es objeto de una ciencia de carácter filosófico; la moralidad es el punto de partida de otra ciencia de carácter positivo, o dicho en otros términos, la ciencia moral no se ocupa de los fenómenos morales sino de la esencia de la moral y de las normas que se derivan de dicha esencia; en cambio, la ciencia de la moralidad estudia tales fenómenos. intenta descubrirlos y describirlos, precisando su significación, investigando sus causas y fijando su valor.

**E**L interés que suscitan hoy en día las cuestiones referentes a la moralidad revela la importancia que le concedemos, importancia bien comprensible porque la realidad moral constituye parte integrante de nuestra vida individual y colectiva. El conocimiento de las experiencias éticas propias de una sociedad y una época determinadas tiene de esta suerte el carácter práctico que ahora buscamos en el saber. A la inversa, el conocimiento de la moral, por su naturaleza teórica, por ser inadaptable a las diversas circunstancias de lugar y tiempo en que se verifica el proceso histórico, en una palabra, por estar desconectado de la vida que realmente hacemos carece actualmente de interés general.

Las investigaciones éticas deberían, pues, aplicarse, para estar en consonancia con el espíritu de nuestra época y por otras muchas razones, al estudio de la realidad moral, de las experiencias morales de la vida cotidiana y dejar un poco de lado las especulaciones generales, puramente teóricas, acerca de la esencia y origen de la moral que han prevalecido hasta ahora.

Ni la moral considerada como ciencia normativa ni mucho menos concebida como ciencia teórica satisfacen las exigencias prácticas del espíritu moderno ni llegan a resultados útiles. Sólo una ciencia que se funde en la moralidad, analizándola y discriminándola, y se adentre en ella hasta encontrar los principios y normas auténticos que

la rigen puede tener validez en el momento presente, orientado cada vez más hacia lo concreto.

Los progresos realizados por la psicología y la sociología permiten iniciar la construcción de una ciencia de la moralidad emancipada de la metafísica. A medida que aquellas dos ciencias se separan de la filosofía y se constituyen en ciencias independientes, la ética va hallándose en situación de seguir el mismo camino. Las investigaciones sociológicas y psicológicas afirman cada día con mayor seguridad la determinación de los procesos psíquicos y sociales, descubren con creciente precisión la conexión causal de los fenómenos sociales, por un lado, y de los psíquicos, por otro, así como el enlace necesario entre los primeros y los segundos. Esto asegura el carácter científico positivo de dichas ciencias y contribuye al nacimiento de una ciencia de la moralidad investida del mismo carácter.

Si lo que el hombre hace y deja de hacer depende de lo que él sea psíquicamente y del medio social en que se encuentra y si la moralidad consiste justamente en ese hacer y dejar de hacer cosas en la vida cuando se consideran desde el punto de vista del bien y del mal, resulta evidente tanto la dependencia de la moralidad respecto de los hechos psíquicos y sociales como que a un conocimiento mayor de éstos corresponde un superior saber de aquélla. Así, las tres ciencias, al ayudarse mutuamente, marcharán a la par y podrán alcanzar el rigor que poseen actualmente las ciencias de la naturaleza.

## HISTORIA INSTITUCIONAL DE ARGENTINA \*

**E**L distinguido ex-Profesor de Derecho Constitucional y Derecho Político de las Universidades de La Plata y Buenos Aires, Dr. Carlos Sánchez Viamonte, nos presenta en este libro un esquema de la génesis de la estructura constitucional de la República Argentina, conteniéndose en él, aparte del desentrañamiento del sentido histórico de los acontecimientos que constituyen la historia de este país, una serie de interpretaciones que brindan al lector cuidadosas orientaciones, que le dan una perspectiva válida que le permite incluso entender el actual panorama argentino.

El Dr. Sánchez Viamonte explica que tradicionalmente se suele dar el nombre de historia constitucional de un país, a la mera narración cronológica de los hechos políticos más salientes de ella y cómo en esta forma se tiende a convertir la historia constitucional en historia general, en un afán de estudiar los factores que confluyen en la motivación del acontecer estrictamente político. El autor reconoce que por los objetivos de su libro tal pretensión desborda su marco. En esta obra no se trata más que de señalar la línea fundamental de la trayectoria institucional argentina o dicho en términos del autor, de abarcar el proceso histórico en su continuidad institucional desde el Cabildo abierto de 1810 hasta su última reforma constitucional.

En la primera parte se explica el desarrollo institucional de la República Argentina que: "En vez de elaborarse en un largo proceso de sedimentación, en que la costumbre adquiere inevitable gesto de mecanicidad, constituye algo así como una creación espiritual, deliberada y voluntaria de un grupo humano que se extiende a sí mismo su partida de nacimiento, y formula su programa de existencia en un lenguaje elástico y comprensivo". La plasticidad histórica que resulta de la acción de dirigentes animados de un sano dogmatismo intelectual que luchan por armonizar las realidades autóctonas con su ideario, está vista en este libro como un proceso dialéctico realizado en torno a los términos revolución y contrarrevolución.

\* CARLOS SANCHEZ VIAMONTE: *Historia Institucional de Argentina*. Tierra Firme. Fondo de Cultura Económica.

Sánchez Viamonte señala que es a la figura histórica de Esteban Echeverría a quien corresponde el mérito de haber concebido la historia argentina como un proceso dialéctico regido por el espíritu de la Revolución de Mayo, de modo que todo lo que a esa historia informa se puede valorar en función de la Revolución, ya sea que contribuya al desarrollo o ampliación congruente de sus directrices, o que sea por el contrario, antitética a sus principios.

En esta primera parte, Sánchez Viamonte plantea las grandes líneas de toda la polémica histórica argentina, revolución y contrarrevolución, a través de los hombres que la realizan. De un lado Mariano Moreno, Bernardino Rivadavia, Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi, Domingo Faustino Sarmiento y Bartolomé Mitre, cada uno de ellos llenando etapas de integración nacional. De otro lado Juan Manuel de Rosas y el espíritu rosista.

En este sucinto esquema que contiene en valiosa síntesis todo el sentido de la historia argentina y de su panorama actual, destaca dentro de su brevedad el análisis que se hace del pensamiento de Esteban Echeverría con su gran sentido profético en materia social y las anotaciones sobre el gran espíritu ordenador de Juan Bautista Alberdi, profundamente jurídico.

Para el observador cuidadoso del proceso de integración de la República Argentina destaca de este sentido histórico, cómo los hombres que con su dogmatismo intelectual han moldeado el país no se concretaron simplemente a importar doctrinas y teorías, sino que dirigían la mirada a Europa ávidos de encontrar un instrumental teórico adecuado para explicar y dominar las realidades de su patria. Particularmente se puede encontrar ello en el sentido pragmático de Juan Bautista Alberdi que lo mismo elabora el programa de la Facultad de Derecho de Buenos Aires que da las bases de toda la constitución social, económica y política de la República Argentina.

Se ha dicho que en cierta forma la obra de Alberdi plasmada en la Constitución Argentina de 1853 concordada por la Convención Nacional en septiembre de 1860, vino a estructurar jurídicamente el funcionamiento económico de la República Argentina sobre la base de la existencia de una oligarquía de tipo esencialmente agrícola-ganadero. Ello visto desde una perspectiva amplia no es de extrañar y es en todo caso, producto de un sentido pragmático que los constructores de países tienen forzosamente que poseer.

Posteriormente el autor analiza el carácter y significado de los Cíbulos Abiertos y la trascendencia y repercusiones del de 22 de mayo,

las fuentes en que este último se inspira, y de un estudio sobre su integración deduce su carácter histórico.

Particularmente valioso resulta el estudio que se hace del sentido revolucionario de carácter americano que informara al movimiento de Mayo precisándose la doctrina que lo conduce y los actos directamente emanados de dicha doctrina. Los ajustes y acomodados que en ese período se presentan, son vistos en un afán no de describir sino de extraer el contenido objetivo de tales acontecimientos, muchos de ellos obedeciendo dentro de su contradicción a la realización de un proceso de integración.

La parte novena de este libro está dedicada al análisis de la crisis federal y en ello se puede encontrar la explicación de las modalidades peculiares que el federalismo argentino reviste, mismas que nos atrevemos a pensar le dan un contorno específico, aun cuando encontramos su fuente inicial en el federalismo norteamericano. La transcripción del pacto federal de 1831 resulta especialmente útil para captar estas modalidades del federalismo argentino, que en el curso de desarrollo de ese país han tendido a delinearse con mayor vigor y precisión.

Más adelante el Dr. Sánchez Viamonte hace un estudio de la crisis argentina de 1824 a 1829 y posteriormente explica los instrumentos jurídicos de que se valió Juan Manuel de Rosas para su dictadura, las facultades extraordinarias de que hizo uso y la suma de poder público de que fué investido.

El acuerdo de San Nicolás y la reunión del Congreso Federal constituyente de Santa Fe, son estudiados aun cuando esquemáticamente, lo suficiente para que el lector comprenda su significado en el desarrollo institucional de la República Argentina y en la última parte de este libro se hace un análisis de las crisis políticas institucionales sufridas por este país especialmente las que el autor considera de más trascendencia o sea las revoluciones de 1890, la de 1930 y la de 1943 de las cuales en unas cuantas páginas se da un juicio perfectamente válido para una cabal comprensión de los problemas argentinos y de su sentido histórico.

Es un libro breve que dentro de sus líneas esquemáticas tiene una visión amplia y general de la historia constitucional argentina y por tanto de indudable utilidad para quien quiera acercarse a ella con ánimo de enterarse o bien como base para ulteriores estudios.

Sánchez Viamonte es por lo demás un investigador que en su disciplina —Derecho Público— se mantiene apartado de las doctrinas jurídico-formales, practicando por el contrario una concepción que se

preocupa esencialmente por el estudio del contenido del fenómeno jurídico. De esta posición proviene, a más de una noción profunda de los problemas sociales, que su trayectoria de investigador coincide con su participación en los acontecimientos más relevantes de su patria. Ha tomado parte en algún constituyente provincial argentino, habiendo desempeñado un brillante papel en esa ocasión; sus habeas corpus en defensa de perseguidos políticos son modelo en su género y mientras no abandonó su cátedra en la Universidad de la Plata—lo cual hizo como protesta ante su intervención por el Gobierno Argentino—brindó enseñanzas profundas y llenas de vida. Sus libros tienen un sabor que sólo puede dar el escribirlos entre la cátedra y el mitin. Actualmente prepara un Derecho Constitucional que seguramente tendrá una positiva relevancia y vendrá a satisfacer una necesidad presente en un país que, como la Argentina, cuenta con una tradición de constitucionalistas que la sola mención de Alberdi y Joaquín V. González, revela.

*Jesús REYES HEROLES.*

# *Presencia del Pasado*



## FORTALEZAS MEXICANAS

Por Pedro ARMILLAS

1

LA técnica de la fortificación alcanzó su expresión más perfecta, en la América precolombina, en las formidables fortalezas del Perú, cuando a partir de la época de Tiahuanaco y especialmente después, con la Confederación Chimú y bajo los Inca, el espíritu de agresión y conquista determinaba la política de esos imperios expansionistas.

Semejante espíritu bélico llevó en los últimos siglos de la historia precortesiana de México y Guatemala a un notable desarrollo de aquel tipo de construcciones, aunque sin haberse llegado a aplicar en ellas algunos de los refinamientos técnicos conocidos en el Area Andina, tal como las famosas murallas en *diente de sierra* del fuerte Sacsahuamán o las bastiones flanqueantes de Paramonga.

Ciudades amuralladas, poblaciones asentadas en fortalezas naturales fácilmente defendibles, sistemas defensivos y fuertes aislados abundaban en México en 1519. Los conquistadores españoles hubieron de enfrentarse a algunos de ellos y nos han legado buenas descripciones; vívidos relatos acerca de otros se conservaban en la tradición indígena y fueron recogidos por los historiadores del siglo XVI; de otros nos queda sólo el testimonio arqueológico, las ruinas de su pasada grandeza.

Para entender el papel que esas fortificaciones representaron en el drama de la historia pre-hispánica de México y Guatemala es necesario ver primero un breve resumen de esa historia, tal como —parcialmente y con remiendos— es posible reconstruirla hoy día.

El centro y sur de México, Guatemala, el oeste de Honduras y de El Salvador participaban de una misma

civilización en la época del descubrimiento.<sup>1</sup> Las culturas de los diferentes grupos étnicos dentro de esa zona tenían un contenido o substancia común, aunque no todas participasen de él en el mismo grado. Constituían lo que los etnólogos llaman un área cultural y para designarla brevemente, puesto que ningún nombre correspondiente a divisiones naturales o políticas puede aplicarse al conjunto, hase acuñado el nombre de *Mesoamérica*.

La arqueología ha puesto en claro que por muchos siglos antes de la llegada de los hombres blancos y barbados esas regiones tuvieron una historia cultural común. Las diferentes partes de Mesoamérica están ligadas en una tradición cultural cuyos orígenes se remontan a algunos siglos antes de Cristo, porque ya en los primeros de nuestra era los elementos culturales que le son propios aparecen bien integrados en un todo, con carácter y estilo propios.

En esa tradición cultural es posible, por ahora, distinguir tres etapas bien definidas, que designaré con los nombres de Arcaica, Clásica e Histórica.

En la etapa *Arcaica* (se le ha llamado también *Periodo Formativo* y *Culturas Medias*) ya estaba definido el tipo y forma de adaptación subsistencial al medio ambiente, o sea de explotación de sus recursos, y desarrollada la tecnología básica mesoamericana con las técnicas de cultivo, alfarería y tejido, trabajo de piedra tallada y pulimentada, tipos de utillaje, etc. que perduró, con relativamente pocas adiciones y modificaciones, hasta la introducción de las técnicas del Viejo Mundo traídas por los españoles. Pero la estructura socio-económica parece haber sido mucho más simple que en las etapas siguientes; la población exclusivamente rural, sin concentraciones urbanas; todavía no se desarrollaban el simbolismo religioso, el complicado ceremonial, la arquitectura monumental en

<sup>1</sup> Podemos delimitar esa área —grosso modo— al norte por una línea trazada desde Tampico (en la desembocadura del Río Pánuco, costa del Golfo de México) a Querétaro, en el centro, y de Querétaro al noroeste hasta Culiacán, en Sinaloa. Al sur el límite corre de la desembocadura del Motagua en el Caribe hasta la del Lempa en el Pacífico. Más allá del Lempa algunos pueblos de tipo cultural semejante llegaban hasta Nicoya, en Costa Rica.

piedra, que caracterizan a la etapa Clásica. Estilísticamente, también en contraste con las etapas siguientes, había una marcada uniformidad de extremo a extremo de Mesoamérica.

La etapa *Clásica*<sup>2</sup> fué una época de derroche de energías al servicio de los dioses y de los muertos. El desarrollo del simbolismo hierático y el ritual religioso, el número e importancia de los templos—que se convierten en el núcleo de aglomeraciones urbanas como Teotihuacán o de centros ceremoniales que sin duda centralizaban el poder político a la vez que el religioso—la profusión y fastuosidad de las representaciones en pintura y escultura de los dioses y de sus representantes terrenales, manifiestan sin duda un régimen teocrático, en que la clase sacerdotal monopolizaba, además del poder religioso, el económico y político.

Analizar las posibles causas de surgimiento y colapso de esta sociedad estratificada con sanción divina nos llevaría lejos de nuestro tema,<sup>3</sup> lo que aquí es conducente a él es que durante la etapa teocrática las relaciones interregionales fueron sin duda predominantemente pacíficas. Las energías colectivas se dedicaron a la erección de gigantescos templos, palacios y necrópolis y no de fortificaciones. Las metrópolis clásicas se asentaban en lugares abiertos, sin protección natural y sin murallas ni ciudadelas. Cuando ocupaban una posición naturalmente fuerte, como Monte Albán, en Oaxaca, intensivas excavaciones no han rendido el menor indicio de que el lugar fuera escogido con propósitos militares ni de que haya sido utilizado como fortaleza.

Pero en el seno de esa sociedad pacífica se manifiestan finalmente fuerzas desintegradoras y una subversión de los valores ideales de la sociedad. Pinturas murales recién

<sup>2</sup> Corresponden a ella lo que se ha llamado en el área maya *Periodo de las Series Iniciales* o *Viejo Imperio*; en el centro de México *Época Teotihuacana* (durante bastante tiempo indebidamente denominada *Tolteca*, hasta que, hace pocos años, se puso en claro que los toltecas históricos son posteriores a la ruina de Teotihuacán).

<sup>3</sup> Un ensayo sobre este punto puede verse en: ARMILLAS "A sequence of Cultural Development in Meso-America" *American Antiquity*, Vol. xni, núm. 4, part 2, 1948.

temente descubiertas en Bonampak, en la selva de Chiapas, muestran —en una de las escenas, todavía no publicada— un tremendo cuadro de batalla en que todos los elementos del complejo bélico que caracteriza a la etapa Histórica (insignias militares, sacrificio de prisioneros, cabezas-trofeo) vense integrados. Cesó el comercio inter-regional. Teotihuacán y otras metrópolis clásicas fueron violentamente destruidas, otras abandonadas. Nuevos valores y nuevas fuerzas sociales caracterizaron desde entonces a la sociedad mesoamericana.

En el centro de México corresponden probablemente a la transición de una época a otra los fosos de Xochicalco, todavía un centro ceremonial de importancia primaria-mente religiosa pero ya fortificado. Aun durante algún tiempo después del general colapso de la sociedad clásica Tula parece haber estado, según las fuentes tradicionales, más bien bajo régimen teocrático que militarista, a juzgar por la historia de Ce Acatl Topiltzin Quetzalcoatl, rey-sacerdote. Pero esta sobrevivencia o rebrote de un patrón anterior se vió turbada por el crecimiento en pública importancia de la casta militar, como se ve por la designación de un bárbaro huasteco, que llegó a yerno del rey de Tula, como general de los ejércitos toltecas y por los guerreros prominentemente retratados en Tula y en la época "tolteca" de Chichén. En tiempos posteriores las funciones militares del rey sobrepasaron en importancia a las religiosas.

En la actualidad es todavía prematuro afirmar en qué región de Mesoamérica se precipitó el cambio; es lamentable pero lógico que la época de transición sea una de las peor conocidas, haciendo imposible por ahora la reconstrucción de los acontecimientos y el análisis de las causas de la transformación. Generalmente se ha atribuído a diferencias psicológicas étnicas —las gentes del centro de México, aguerridas y predatorias, contra los pacíficos y refinados pueblos mayas— la introducción del complejo bélico en el sur de Mesoamérica, pero eso no elimina el problema porque durante la época clásica el centro de México parece haber sido tan pacífico como el área maya. Puede ser que un cambio en las condiciones socio-económicas se produjera primero en el centro de

México, surgiendo allí el espíritu de agresión y conquista que transformó la sociedad mesoamericana, pero todavía falta averiguar las causas internas de la crisis.

En la etapa *Histórica* que perduró hasta la conquista española y sobre la cual tenemos información de carácter histórico —tradiciones, documentos escritos— además de la arqueológica, aunque la religión seguía siendo una fuerza efectiva de control social el dominio político había pasado de la clase sacerdotal a la militar. Los cambios religiosos correspondientes se reflejan en la nueva importancia de los dioses de la guerra, que se colocaron en lugar de honor al lado de los viejos dioses de la agricultura; la importancia monstruosa que alcanzó el sacrificio humano, con ofrenda al sol de los corazones de las víctimas; en el simbolismo religioso, la relegación a lugar secundario del viejo dragón de los dioses de las aguas y de la vegetación, sustituido por el águila solar de los dioses de la guerra.

Existía la propiedad privada de la tierra —exclusivamente para los nobles, los plebeyos conservaban propiedad comunal— que se acrecentaba con cuantiosas donaciones al repartir, a los nobles, la de los vencidos y una poderosa clase mercantil, que estaba adquiriendo grandes riquezas y era factor importante en la política expansionista.

Guarniciones y colonias militares en las marcas fronterizas aseguraban el dominio de regiones recién conquistadas.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Corresponden a la etapa Histórica los periodos *Tolteca*, *Chichimeca* y *Azteca*, en el centro de México. La expansión *Mixteca* en Oaxaca. Los periodos denominados por Thompson (ver "A Trial Survey of the Southern Maya Area" *American Antiquity*, Vol. ix, núm. 1, 1943; "A Survey of the Northern Maya Area", *American Antiquity*, Vol. xi, núm. 1, 1945) *Mexicano* y *de Absorción* en el área maya (el período *Mexicano* en Yucatán era conocido antes como *Nuevo Imperio Maya*).

La etapa *Arcaica* terminó en el centro de México y en el núcleo del área maya hacia 200-300 d. C., pero parece haber perdurado hasta mucho más tarde en regiones marginales, especialmente el occidente de México donde la aplicabilidad del esquema histórico que aquí presento no está todavía muy clara. La etapa *Clásica* perdura en las zonas anteriormente indicadas de 300 a 900 d. C., aproximadamente. La etapa *Histórica* de esta fecha hasta la conquista española.

Es en esa época, y como resultado de esas condiciones, cuando se desarrolla el uso de fortificaciones, las ciudades en lugares abiertos se protegen con murallas o palenques y fosos, otras se asientan en lugares naturalmente inexpugnables, se construyen extensos sistemas de fortificaciones fronterizas y ciudadelas para albergar a las guarniciones de los sitios estratégicos.

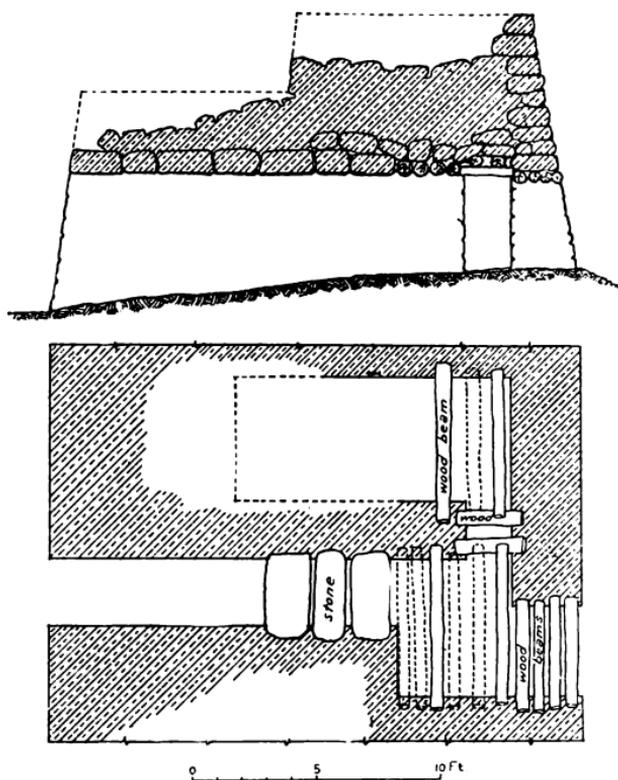
Son esas las fortalezas de las que vamos a ocuparnos.

## 2

EL período Histórico en el área maya septentrional, es decir la península de Yucatán, comienza con la llegada a Chichén, muy probablemente en 987, de los mexicanizados Itzá, identificables quizá con Chontal de Tabasco que habían asimilado influencias culturales del centro de México. Tras poco más de dos siglos de predominio de Chichén la supremacía pasó a Mayapán, sede de otro señorío Itzá, ciudad que se mantuvo en posición prominente hasta la mitad del siglo xv; su poder acabó hacia 1460 como resultado de una conspiración organizada y dirigida por la poderosa familia de los Xiu, rivales de la dinastía Cocom que regía en Mayapán.

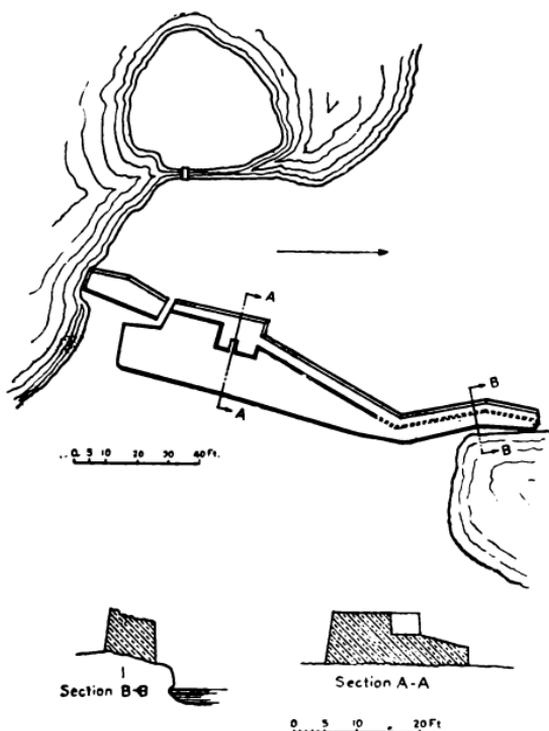
Durante la época de su predominio la ciudad de Mayapán estaba rodeada de una muralla de casi nueve kilómetros de circuito; en la parte interior había escaleras para subir al parapeto. Dentro del área circundada por esa muralla había según una relación más de 60,000 viviendas y un recinto interior amurallado de seis o setecientos metros de circuito, dentro de este recinto interior estaban los templos y los palacios de los señores. La muralla interior tenía sólo dos estrechas puertas y la exterior nueve, de uno a dos metros de anchura. Los muros de ambos recintos eran de piedra seca, y por lo menos el exterior, sin labrar. Investigaciones modernas en el lugar han confirmado las referencias antiguas.

A la misma época pertenece la muralla de Tulum, un sitio a orillas del Caribe en el Territorio de Quintana Roo. El muro de Tulum, como el de Mayapán, es de piedra seca sin labrar; de una longitud total de cerca de ocho-



Perfil y planta de un portillo en la muralla de Tulum, según Lothrop.

cientos metros, rodea a la ciudad por tres lados y el cuarto está formado por la acantilada costa—13 a 14 m. de altura—del Caribe. Un muro de cuatrocientos metros de largo arranca del ángulo suroeste del principal y corre diagonalmente hacia el acantilado. La muralla principal tiene cinco portillos—pasadizos techados—y como en Mayapán escaleras en diversos lugares dan acceso al parapeto por la parte interior.



Planta y perfiles de la muralla de Xelhá, según Lothrop.

En la costa al norte de Tulum, cerca de las ruinas de Xelhá, hay una pequeña península fortificada mediante una muralla, comparable en estructura a la de Tulum, que cierra el estrecho istmo que la une a la costa. Tiene esta muralla poco más de cincuenta metros de largo, hay un solo portillo —acodado, para mejor protección— y un saliente en la cortina que permite flanquear parte de ella.

Champotón, en Campeche, estaba también cercado de un muro de piedra seca y fosos en la época del descubrimiento. En las Relaciones del siglo XVI se mencionan

albarradas de piedra seca hechas para defensa en varios lugares. En Aké se han encontrado fosos y restos de muro, en Chacchob una muralla y también en Ichpaatún, en el sureste de Quintana Roo.

La muralla de Mayapán tenía tres a cuatro metros de anchura en la base y cosa de dos de altura. La principal de Tulum siete, en promedio, de anchura y tres a cinco de altura; el otro muro de Tulum cuatro y dos respectivamente. El ancho de la de Xelhá varía entre tres y ocho metros, el alto es cerca de tres. Mayor altura tiene la de Chacchob, que se alza en algunas partes a seis metros.<sup>5</sup>

También palenques, barreras de postes amarrados entre sí con bejucos, abundaban en el tiempo de la conquista española, el vocablo maya para designarlos es *tulumché*. La palizada o *tulumché* del pueblo de Campeche tenía la altura de un hombre. Los caminos de acceso a los pueblos se defendían, donde estaban los montes tan cerrados que impedían el rodeo, con esas palizadas, construidas en semicírculo, con las concavidad hacia el enemigo, y disimuladas con ramas para que no se vieran, detrás de las cuales aguardaban al enemigo en silencio y en estando dentro del semicírculo tirábanle de todas partes.

Un ejemplo notable de la complejidad que podía alcanzar este tipo de defensas era, en el sur de la península, Cehaché, el pueblo de los venados sagrados que bajo el nombre—traducido al mexicano por sus tropas auxiliares—de Mazatlan figura en la relación del viaje de Cortés a Las Hibueras. Los caminos estaban cortados por hoyos con estacas aguzadas en el fondo y disimulados con ramas, el pueblo sobre un alto peñón protegido de una parte por una gran laguna, de otra por arroyo que entra en la laguna, con sólo una entrada llana y todo alrededor cercado de un hondo foso; los cristianos entraron "por una puente bien

<sup>5</sup> THOMPSON, 1945, pp. 12-13, 19. TOZZER "Landa's Relación de las cosas de Yucatán", p. 24. LOTHROP "Tulum: An Archaeological Study of the East Coast of Yucatan", pp. 68 ss., 134. OVIEDO (FERNÁNDEZ DE) "Historia general y natural de las Indias", t. III, p. 244. Relaciones de Yucatán (siglo XVI) en "Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de ultramar", 2a. ser., t. XI, p. 138; t. XIII, p. 48. ROYS, "The Indian Background of Colonial Yucatan", pp. 17, 68.

estrecha". Tras el foso una palizada de hasta la altura del pecho, más atrás otra de gruesos tablones "de hasta dos estados de alto", es decir cerca de tres metros y medio, con troneras en toda ella y a trechos torreones que la sobrepujaban de otro estado y medio —es decir de una altura total de unos seis metros— también provistos de troneras "todo por tan buena orden y concierto que no podía ser mejor, digo, para propósito de las armas con que ellos pelean", dice Cortés con su ponderado juicio.

Los fosos y palenques quizá son más antiguos en Yucatán que las murallas de piedra, pues Becan, una ruina en el sureste de Campeche que pertenece según parece al período clásico, está rodeada por un foso de 1730 metros de circuito, anchura de tres a veinticinco y profundidad de dos a cuatro, cortado por siete pasadizos de tres a cuatro y medio metros de ancho que dan acceso al recinto. Aunque no hay informes sobre ello me parece probable que su valor defensivo estuviera completado con una palizada semejante a las conocidas del período histórico.<sup>6</sup>

También en Tabasco (Río de Grijalva) hubieron de expugnar los españoles un pueblo cercado de postes.<sup>7</sup>

En el área maya meridional (las tierras altas de Guatemala) los sitios que se sabe haber sido ocupados durante los períodos *Mexicano* y *de Absorción* fueron indudablemente elegidos con fines defensivos. Generalmente están situados en mesetas o filos rodeados en dos o tres lados por profundas barrancas, o en lo alto de cerros escarpados. Así están Zaculeu, donde se defendieron tan bien los Mam que los españoles sólo les rindieron por hambre; Rabinal, en la Baja Verapaz; Utatlán, capital de los Quiché; Iximché, de los Cakchiquel.

En asientos semejantes se encuentran las ruinas de Chutix-Tiox y de Río Blanco, en el valle del Río Negro al este de Huehuetenango.<sup>8</sup> Hay que notar que el vocablo

<sup>6</sup> LOTHROP, p. 65; ROYS, p. 68; OVIEDO, I, 513, III, 243, 247; Relaciones de Yucatán, XI, 43, 138; CORTÉS, 5a. Carta de Relación; BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, "Historia verdadera de la conquista de la Nueva España", cap. CLXXVII; RUPPERT and DENISON, "Archaeological Reconnaissance in Campeche, Quintana Roo and Peten", pp. 54-55, lám. 68.

<sup>7</sup> BERNAL DÍAZ, cap. XXXI.

<sup>8</sup> THOMPSON, 1943, pp. 124 y siguientes.

*tenanco* significa en lengua náhuatl lugar amurallado, convertido en tenango se encuentra en otros toponímicos guatemaltecos: Quetzaltenango, Chimaltenango, Chichicastenango, Momostenango, Jacaltenango.

## 3

LA llegada de Cortés muchas de las poblaciones del Totonacapan, en el actual Estado de Veracruz, estaban asentadas en puntos fuertes. En su 2a. carta de Relación al describir la provincia de Cempoala y toda la sierra comarcana dice que había en ella hasta cincuenta villas y fortalezas y describe Xicochimalco —hoy Xico, al pie del Cofre de Perote— como “una villa muy fuerte y puesta en recio lugar, porque está en una ladera de una sierra muy agra y para la entrada no hay sino un paso de escalera, que es imposible pasar sino gente de pie y aun con harta dificultad si los naturales quieren defender el paso”, pero las aldeas de los campesinos estaban en el llano. En asiento semejante estaban según Bernal Díaz los pueblos de Quiahuiztlán y Tizapantzinco. Tuzapan y Metlaltoyuca, en el noroeste de la región, y las ruinas conocidas con el nombre de Rincón de Moctezuma en la costa, están en mesas y las entradas cerradas con murallas. Huauchinango, en la Sierra de Puebla, estaba rodeado de una palizada. Clavijero (siglo XVIII) menciona una fortaleza antigua, rodeada de altos muros de piedra en Huatusco, al pie del Pico de Orizaba.<sup>9</sup>

La casa del señor y las de los principales, hasta cinco o seis mil vecinos, de Iztacamaxtitlan —que los españoles llamaron Castilblanco— se asentaban en lo alto de un cerro cercado de muro, barbacana y cavas “como la mejor fortaleza que hay en la mitad de España”. A la salida del valle de Iztacamaxtitlan hallaron los castellanos “una gran cerca de piedra seca, tan alta como estado y medio —es decir dos metros y medio— que atravesaba todo el valle

<sup>9</sup> KRICKBERG, “Los Totonaca”, cap. II-2; CORTÉS, 2a. Carta de Relación; BERNAL DÍAZ, caps. XL, LI; “Colección de documentos inéditos del Archivo de Indias”, t. IX, p. 120; CLAVIJERO, “Historia antigua de México y de su conquista”, edic. México, 1883, t. I, p. 251.

de la una sierra a la otra, y tan ancha como veinte pies, y por toda ella un pretil de pie y medio de ancho, para pelear desde encima, y no más de una entrada tan ancha como diez pasos, y en esta entrada doblaba la una cerca sobre la otra. . . de manera que la entrada fuese a vueltas y no a derechas". Preguntados los indios por la razón de aquellas defensas respondieron que por ser fronterizos de Tlaxcala y ser ellos vasallos de Moctezuma. Alrededor del territorio tlaxcalteca, bloqueado por la Triple Alianza (Tenochtitlan, Tezcoco y Tlacopan), había de una y otra parte de la frontera fortificaciones semejantes. Los tlaxcaltecas aliados de los españoles les señalaron los linderos de Tlaxcala, cuando regresaban a ella después de la Noche Triste y Otumba, por unas "como cercas y mamparos de tiempos viejos" que encontraron antes de llegar a Gualipar (?), en el noroeste del territorio.

En las lomas de la frontera suroeste de aquella república, dominando los llanos de la enemiga Cholula, se ven aún los restos de notables fortificaciones, grandes fosos excavados en la toba, llamada en México tepetate, alrededor del cerro Cacaxtla y en la loma del Milagro, al oriente de aquél. El cerro Cacaxtla está protegido por barrancos en dos lados, es una buena posición defensiva natural situada entre los valles de los ríos Atoyac y Zahuapan, caminos naturales de invasión de Tlaxcala para atacantes procedentes del suroeste y del sur. Un foso excavado en la roca lo rodea por el norte y noroeste, cinco más —paralelos entre sí— se escalonan en profundidad, en la ladera sur que mira hacia el valle de Cholula, desde lo alto del cerro hasta el llano a distancias que varían entre cien y doscientos cincuenta metros uno de otro. Su profundidad actual pasa a veces, a pesar de la tierra que cubre su fondo, de seis metros y su anchura varía entre un mínimo de nueve y un máximo de veinticuatro, siendo lo general de doce a catorce. Los fosos, los barrancos y los muros, que según Muñoz Camargo abrigaban a los defensores de los fosos, convierten Cacaxtla en una gran fortaleza. Parece ser que el origen de esa fortificación se remonta a los años, turbulentos en el centro de México, del siglo XII, en las luchas de los Olmeca-Xicalanca contra los advenedizos

Chichimeca, pero todavía en 1519 esos cerros servían de apoyo a los defensores de la república tlaxcalteca.<sup>10</sup>

## 4

UNA de las ciudades amuralladas más importantes del centro de México fué Cuauhquechollan (hoy Huaquechula) situada en el rico valle de Atlixco, famoso por sus regadíos, y sobre la ruta del valle de Morelos al de Puebla que era también utilizada para dirigirse a este último desde el de México rodeando el Popocatepetl por el sur. La muralla de Cuauhquechollan era de cal y canto, tenía más de seis metros y medio de altura ("cuatro estados"), parapeto en lo alto y cuatro entradas a vueltas y revueltas, encabalgando el un lienzo sobre el otro. Más abajo en el mismo valle Itzocan (hoy Izúcar de Matamoros), notada por las buenas acequias que tenía muy bien sacadas y concertadas para el riego de las sementeras, protegida por un cerro y por la barranca del río, que es muy alta, tenía sobre la barranca hecho un pretil alrededor de toda la ciudad, para su defensa, del alto de un estado.

En Molcaxac, al sur de Tepeaca, subsiste, o subsistía en tiempos de Clavijero, una fortaleza antigua fabricada sobre la cima de un monte, circundada de cuatro muros escalonados desde el pie del cerro hasta la cumbre; Molcaxac domina una vía natural de acceso al valle de Puebla desde la Mixteca. Tenango, en el valle de Toluca, estaba en tiempos prehispánicos situado sobre el cerro y protegido por una muralla, como su nombre indica y se ve en el mapa del pueblo que acompaña a la Relación de 1582. En la misma región hay otro cerro fortificado en Acatzingo, al sur de Tenancingo, según me informó el Sr. Barlow.

En el valle de México el *tecpan* de Tezcoco, el núcleo de la ciudad en donde estaban las casas reales, estaba pro-

<sup>10</sup> CORTÉS, 2a. Carta; BERNAL DÍAZ, caps. LXII, CXXVIII; MUÑOZ CAMARGO, "Historia de Tlaxcala", pp. 20-22, 49 y siguientes, 117; ARMILLAS "Los Olmeca-Xicalanca y los sitios arqueológicos del suroeste de Tlaxcala" *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. VIII, México, 1946.

tegado por la parte del poniente —es decir del lado del lago— y del norte por una muralla de piedra de cerca de ocho metros y medio de altura (“cinco estados”), el tercio inferior en talud a manera de estribo, los dos superiores a plomo; por los otros dos lados la pared era de adobes sobre cimientos de argamasa, de cinco metros de altura y de un metro y tres cuartos de espesor. Están todavía en pie —por desgracia espantosamente *restauradas*— una parte de las murallas del vecino Huexotla, que confirman la descripción que nos ha quedado de las de Tezcoco.

Tenochtitlan, la metrópoli mexica, en 1519 cabeza de la Triple Alianza (con Tezcoco y Tlacopan) y centro del imperio, estaba protegida por su posición en medio del lago; bien conocida es la importancia que los puentes de las calzadas que la unían a las orillas tuvieron en los episodios que culminaron en su conquista. Pero antes de la fundación de Tenochtitlan los mexica, establecidos en Chapultepec, rodearon el cerro de líneas sucesivas de albarradas de piedra. Defensas de tipo en los cerros eran muy usadas, en el “Lienzo de Tlaxcala” se ven pintadas muchas en puntos del occidente y noroeste de México.

La construcción de albarradas y otras obras de fortificación ligera (barreras de espinos, hoyos con estacas aguzadas en el fondo y cubiertos con ramas y tierra como trampas en los caminos) era cosa frecuente, a juzgar por diversos relatos. También se improvisaron torres de observación; en la guerra contra Coyoacán en tiempos de Itzcoatl los mexica, temiendo alguna celada, construyeron en un momento un andamio alto para que su general Tla-cael pudiese dominar el campo.

Anteriores en tiempo a todas las otras fortificaciones conocidas del centro de México, incluso a las del cerro Cacaxtla con las cuales tienen sin embargo afinidad, son sin duda los fosos que por varios lados protegen el cerro de Xochicalco —sobre el cual se asienta el imponente conjunto de templos y palacios apenas excavado pero justamente célebre por la belleza de su templo de la serpiente emplumada— que ya de por sí es una posición muy fuerte y su vecino el de Coatzin o La Bodega, que parece haber sido su ciudadela. Los fosos, excavados en la peña viva, son comparables a los de Cacaxtla. No hay noticia de por

quién y contra quién fueron hechos y la cronología de Xochicalco todavía no ha sido definitivamente aclarada pero por consideraciones arquitectónicas y escultóricas parece posible colocar a Xochicalco, en el tiempo, entre Teotihuacán y Tula y no me extrañaría que esa fortaleza haya tenido que ver con el papel importante que el valle de Morelos parece haber tenido en los orígenes de Tula, en la época de transición de la etapa Clásica a la Histórica.<sup>11</sup>

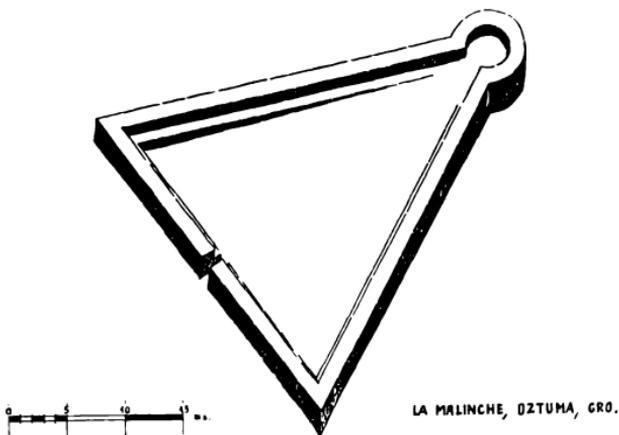
## 5

**D**URANTE los dos últimos siglos antes de la llegada de los españoles, simultáneamente con el desarrollo del poder mexicano que a partir de 1430, organizado en forma de una confederación de Tenochtitlan, Tezcoco y Tlacopan, se extendió por el este y el sur de México, se consolidaba y extendía en Michoacán, en el occidente, el poder tarasco, que se mantuvo con éxito contra la agresión mexicana hasta la conquista española y fué capaz de devolver con fortuna golpe por golpe.

Los tarascos mantenían una línea de fuertes y guarniciones contra los nómadas chichimecas en el norte de su territorio y contra los mexicanos en el este. Esa línea pasaba por Yuririapúndaro, Acámbaro, Maravatío, Tximaroa, Zitácuaro, Cutzamala, Chapultepec (junto a Tlalchapa, Estado de Guerrero) y Ajuchitlán. La línea mexicana enfrente de aquélla se extendía desde Ixtlahuaca, en el valle del Lerma, por Villa Victoria, Temascaltepec, Tlatlaya y Oztuma hasta Tetela del Río, sobre el Balsas. En el sector meridional de ese frente los tarascos estaban a la ofensiva en 1519, atacando la formidable línea fortificada cuyo fuerte principal y puesto de mando estaba en Oztuma, en el norte del actual Estado de Guerrero.

Los mexicanos habían penetrado en esa región, territorio Chontal, rico en cacao, algodón y sal, desde mil cuatrocientos cuarenta y tantos, al principio del reinado del

<sup>11</sup> CORTÉS, 2a. Carta; CLAVIJERO, t. I, p. 251; PASO Y TRONCOSO, "Papeles de Nueva España", t. VII; IXTLILXÓCHITL, "Obras Históricas", t. II, p. 175; DURÁN, "Historia de las Indias de Nueva España", t. I, pp. 27, 91, 111; "Códice Ramírez", p. 25.



primer Moteczuma. Esa primera entrada parece ser fué hecha bajo el mando de Netzahualcoyotl de Tezcoco, ciudad que entonces tenía la supremacía en la Confederación. El dominio mexicano no se estableció todavía muy firmemente porque en tiempos de Axayacatl (1469-1481) los Confederados después de la conquista del territorio Matlatzinca en el valle de Toluca, llevaron guerra nuevamente a la región Chontal. Por fin, en tiempos de Ahuizotl (1486-1502) los mexicanos hubieron de afirmar su dominio arrasando los principales pueblos chontales—Teloloapan, Oztuma y Alahuiztlan—situando guarniciones en los puntos estratégicos y repoblando los lugares devastados con colonos de otras partes del imperio (hacia 1487).

Para oponerse al ataque mexicano los chontales de Teloloapan cerraron los caminos con piedras, troncos, ramas, magueyes secos, espinos y hoyos. Pero no les valió contra los mexica y sus aliados y la sangre corrió en arroyos por Teloloapan. El pueblo de Oztuma estaba situado en la cumbre de un alto cerro, cercado con dos murallas de piedra y sus fosos de trecho a trecho, pero tampoco pudo resistir el empuje mexicano, fué destruído y la misma suerte corrió Alahuiztlan.

Para defender contra los tarascos la nueva frontera los mexicanos construyeron una línea de fuertes, desde



SECCIONES TRANSVERSALES DE LOS  
PARAPETOS

OZTUMA, GRU.

Alahuiztlan en el norte hasta el Río de las Balsas al sur. El puesto de mando de esa línea fortificada se estableció en el nuevo fuerte de Oztuma, situado sobre un cerro escarpado a unos cinco kilómetros al noroeste del asiento del Oztuma chontal.

Está el fuerte en cuestión situado sobre un cerro inaccesible por lo más de su contorno. La única entrada que tiene está cortada por fosos que miden hasta ocho metros de anchura por cuatro y medio de profundidad, con sólo un pasadizo de noventa centímetros de ancho y defendidos desde el interior por parapetos de piedra seca, provistos de escalón o rebellín para pelear a cubierto desde él; un camino de ronda, protegido también por parapetos de piedra, rodea el mogote del cerro. La entrada mencionada está protegida en su otro extremo por el cerro ahora llamado de la Malinche, sobre el cual se conserva todavía en bastante buen estado un fortín de planta triangular rodeado a distancia por otro parapeto semejante a los descritos y cuya entrada era también a torcidas, no a derechas, montando un lienzo sobre el otro como en las entradas mencionadas por Cortés en Iztacamaztitlan y Cuauhquechollan. Y líneas paralelas de muros con rebellín se escalonan en profundidad protegiendo los accesos al fuerte hasta unos seis kilómetros hacia el frente.

Otro fuerte en un cerro redondo, rodeado por tres cerca paralelas y sus fosos, protegía las salinas en Iztapa,

cerca de Alahuiztlan, a unos veinte kilómetros al norte de Oztuma y a cuarenta al sur. en la cumbre del cerro del Cantón, que domina el curso del Río de las Balsas junto a Tetela, hay ruinas de un fortín que debe haber sido —pero sobre él no conozco datos históricos— el extremo sur de la línea.

A pesar de la fortaleza de ese sistema defensivo los tarascos habían expugnado las defensas avanzadas y asediaban el fuerte principal cuando llegaron los españoles.<sup>12</sup>

## 6

EN el occidente de Mesoamérica, lo que ahora son los Estados de Jalisco, Nayarit y Sinaloa, están pintados en el Lienzo de Tlaxcala, en la parte que corresponde a las conquistas de Nuño de Guzmán, cerros fortificados con albarradas de piedra, representada en la convencional manera indígena. En varios casos son dos las albarradas, paralelas. Defensas semejantes están pintadas en el mismo lienzo en los cuadros que representan la conquista de Pánuco y la de Guatemala.

Curiosamente, es en el occidente donde volvemos a encontrarnos con palizadas, de las cuales no conozco menciones en el centro de México pero que vimos eran comunes en Yucatán y en la vertiente del Golfo. En Piaztla, en el sur de Sinaloa, las casas principales, incluyendo por supuesto la del cacique, estaban rodeadas por un palenque alto. El pueblo de Ciguini, en el norte, cerca de Sonora, estaba cercado por una fuerte palizada con torreones donde tenían de ordinario centinelas.

En el noroeste, en los bordes del área de pueblos civilizados, es famosa pero mal conocida la fronteriza fortaleza de La Quemada, que ocupa una fuerte posición

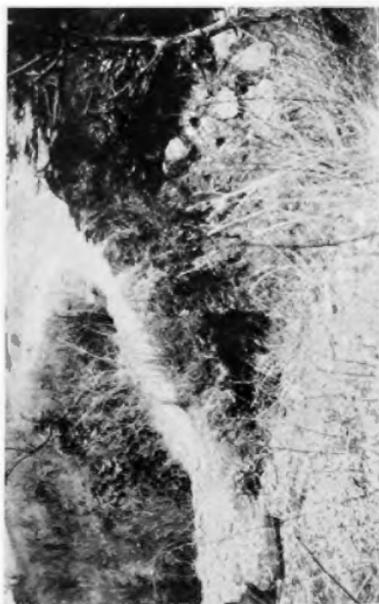
<sup>12</sup> BRAND, "An Historical Sketch of Anthropology and Geography in the Tarascan Region", *New Mexico Anthropologist*, Vols. VI-VII, núm. 2, pp. 41-42; DURÁN, caps. XLIV, XLV; TEZOZÓMOC, "Crónica Mexicana", caps. LXXI-LXXIV; PINTO, Relación de 1579 en "Papeles de Nueva España", t. VI; ARMILLAS, "Oztuma, Gro., fortaleza de los mexicanos en la frontera de Michoacán", *Rev. Mex. Est. Antr.*, t. VI, núm. 3.



Tulum. La costa acantilada del Caribe que protege al recinto amurallado de Tulum por el Oriente.



El fuerte del Cantón (no lo alto del cerro indicado por la flecha), extremo de la línea fortificada de Oztuma dominando el valle del Río de las Balsas (a la izquierda).



Paradizo en uno de los fosos del cerro de Oztuma.



Vista aérea del cerro fortificado de Xochicalco. En primer término la ciudadela rodeada de fosos.



Vista aérea de la fortaleza de la Quemada, Zacatecas.



Murallas de la Quemada.



Dos aspectos de la fortaleza de Mitla. Nótese los muros paralelos.

natural protegida por imponentes bastiones de piedra seca.<sup>13</sup>

## 7

EN la Mixteca Alta, en Oaxaca, un antiguo mapa (1579) del pueblo de Texupa pinta una fortaleza indígena formada por tres cercas de piedra escalonadas alrededor de un cerro cónico. En Nexapa, en territorio zapoteca, la Relación de 1579 describe fuertes antiguos en peñoles, con albarradas de piedra seca; a cuatro leguas de la villa había dos de esos peñoles juntos y del uno al otro un puente levadizo, de madera, "era gran fortaleza y cosa inexpugnable y Francisco Maldonado los puso por blasón de sus armas". En las cercanías de Mitla había cuatro de esos fuertes, uno de ellos, al poniente del pueblo, es bien conocido con el nombre de "la fortaleza".

Pero la mejor descripción de antiguas fortificaciones y el más vívido relato de las técnicas de asalto y defensa de plazas fuertes se refiere a Tututepec y Quetzaltepec, en la Mixteca Baja, en la costa del Pacífico. Fué la guerra en tiempos del segundo Moteczuma, pocos años antes de la llegada de los españoles, y su motivo o pretexto la queja de los lapidarios de Tenochtitlan, Tlaltelolco y de las demás provincias del imperio mexicano, porque la arena apropiada para labrar las piedras y el esmeril para bruñirlas, que traían de aquella región, les eran suministrados con dificultad y a altos precios. Se entablaron negociaciones que fueron rotas por los de Tututepec y Quetzaltepec por el expeditivo medio de dar muerte a los mensajeros de Moteczuma, cosa a todas luces incorrecta pero lo mejor que podían hacer dada la moralidad de los tenochcas en sus tratos con los señorios que pensaban someter. Inmediatamente se pusieron a la obra de fortificarse, para aguantar la esperada embestida de los mexicanos. Cerraron los caminos con maderos y piedras y espinos —pero dejan-

<sup>13</sup> "Primera relación anónima de la jornada de Nuño de Guzmán" en GARCÍA ICAZBALCETA, "Colección de documentos inéditos para la historia de México", t. II p. 290; OBREGÓN, "Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España", (1584), p. 77.

do en ellos pasos secretos para transitar ellos mismos— y en Tututepec construyeron cinco cercas de piedra y tierra apisonada y de maderos gruesos y fagina. La que cercaba el pueblo era de seis brazas de alto y de cuatro de ancho, las demás altas de cuatro y cinco brazas y toda la fortificación estaba protegida por un río grande (el Río Verde). En lo alto de los muros previnieron mucha cantidad de piedra arrojadiza. Trabajaron en esas obras más de veinte mil indios sujetos de los dos pueblos.

Llegados los ejércitos confederados (mexica, tezcocanos, tepanecas, chalcas, tlalhuicas) delante de Tututepec, conducidos personalmente por Moteczuma, pasaron por sorpresa el río —que iba crecido y furioso, en lo cual confiaron los defensores— durante la noche, en balsas de cañas y por puentes improvisados tejidos de raíces y bejucos a manera de red, y dieron sobre los muros; abrieron en el primero muchas brechas, pusieron fuego al segundo “que tenía en lo alto mucho caserío” e irrumpieron finalmente en la ciudad que fué tratada a sangre y fuego.

Terminado el saqueo marcharon los vencedores sobre Quetzaltepec, que estaba protegida por cinco o seis murallas de piedra asentada en barro, de tres, de cuatro y hasta de seis brazas de alto y de cuatro a seis de ancho; tenían esas murallas escaleras de piedra por la parte interior para subir al parapeto y preparada mucha piedra arrojadiza encima de ellas, como en Tututepec. Prepararon los mexicanos para el asalto muchas escalas y palancas de palo para deshacer los muros, pero los de Quetzaltepec escarmentados por la sorpresa que sufrieron sus vecinos estaban bien alerta e hicieron salir a una parte de sus tropas a pelear en campo abierto cubriendo a las murallas y apoyadas desde ellas. Por dos días obligaron a los asaltantes a retirarse sin haber podido llegar al primer muro, pero al tercero consiguieron al fin los Confederados llegar a él y lo asaltaron subiendo por las escalas que llevaban dispuestas y haciendo cavas en los cimientos para pasar al otro lado. En la segunda muralla resistieron los defensores otros tres días, pero finalmente fueron también arrojados de ella y de las sucesivas. Cuando los mexicanos llegaron a poner fuego al templo rindiéronse los sitiados, siendo aceptada

la rendición por el victorioso Moteczuma quien magnánimamente ordenó detener el saqueo.<sup>14</sup>

## 8

**E**STE ensayo no agota el tema de las fortificaciones mesoamericanas. Seguramente pueden conseguirse sobre ellas muchos más datos, históricos y arqueológicos, que los que aquí he presentado.

Hemos visto diferentes tipos de fortificación: palenques, población en puntos fuertes, ciudades amuralladas, sistemas de fortificaciones fronterizas, defensas de albarradas en cerros aislados. Un problema pendiente es precisar las diferencias regionales y el origen y orden de aparición en Mesoamérica de los diferentes tipos.

Llamando la atención de los investigadores sobre el problema, este escrito habrá alcanzado su objetivo.

---

<sup>14</sup> Relaciones de Texupa, Nexapa y Mitla, (1579-1580), "Papeles de Nueva España", t. IV; DURÁN, cap. LVI; TEZOZÓMOC, caps. XC, XCI.

## LAS ETAPAS INICIALES DE LA LEGISLACION SOBRE INDIOS

Por Luis AZNAR

### 1. *Los primeros contactos entre europeos y americanos.*

DE vuelta de su famoso viaje trasatlántico, Colón dió noticias bastante precisas de las gentes que poblaban las islas que acababa de descubrir: "La gente de esta isla —dice en la carta que escribió a Luis de Santángel el 15 de febrero de 1493, a la vista de las Azores— y de todas las otras que he fallado y he habido noticia andan desnudos, hombres y mugeres, así como sus madres los paren, aunque algunas mugeres se cobijan un solo lugar con una foja de yerba ó una cosa de algodón que para ello hacen ellos: non porque non sea gente bien dispuesta y de fermosa estatura, salvo que son muy temerosos á maravilla. Non tienen otras armas salvo las armas de las cañas cuando están con la simiente, á la cual ponen al cabo un palillo agudo, y non osan usar de aquéllas: que muchas veces me acaeció enviar á tierra dos ó tres hombres á alguna villa para haber fabla, y salir a ellos dellos sin número, y después que los veían llegar fuian a non aguardar padre á hijo . . . Verdad es que después que se aseguran y pierden este miedo ellos son tanto sin engaño y tan liberales de lo que tienen, que non lo creerán sino el que lo viese. Ellos, de cosa que tengan, pidiéndosela jamás dicen de nó; antes convidan a la persona con ello, y muestran tanto amor, que darían los corazones, y quier sea cosa de valor, quier sea de poco precio, luego, por cualquier cosa, de cualquier manera que sea que se les dé, por ello son contentos. Yo defendí que non se les diese cosas tan ceviles como pedazos de escudillas rotas é pedazos de vidrio roto. . ." <sup>1</sup> A pe-

<sup>1</sup> *Carta del Almirante Cristóbal Colón escrita al Escribano de Ración de los señores Reyes Católicos.* Esta carta, el único documento

sar de tan asombrosa simplicidad, Colón consideró a los indios aptos para comprender los principios de la fe católica.

Junto a estas notas concretas apunta la preocupación por lo fabuloso: "En estas islas, fasta aquí no he hallado hombres mostrudos, como muchos pensaban; mas antes es toda gente de muy lindo acatamiento, ni son negros como en Guinea. . . salvo los de una isla ques aquí en la segunda cala, entrada de las Indias, ques poblada de una gente que tienen en todas las islas por muy feroces, los cuales comen carne viva. Estos tienen muchas canoas, con las cuales corren todas las islas de India y roban y matan cuanto pueden. Ellos non son mas disformes que los otros, salvo que tienen costumbre de traer los cabellos largos como mugeres, y usan arcos y flechas de las mismas armas de cañas, con un palillo al cabo por defecto de fierro, que non tienen. Son feroces entre estos otros pueblos, que son en demasiado grado cobardes; mas yo no los tengo en nada mas que á los otros. Estos son aquellos que trocaban las mugeres de matrimonio, ques la primera isla partiendo de España para las Indias que se falla, en la cual non hay hombre ninguno. Ellas non usan ejercicio femeníl, salvo arcos y flechas como los sobredichos de cañas, y se arman y cobijan con láminas de alambre, de que tienen mucho. Otra isla me aseguran mayor que la *Española* en que las personas non tienen ningun cabello". También le hablaron a Colón de dos provincias, "una de las cuales llaman *Cibau*, adonde nace la gente con cola".<sup>2</sup>

colombino de los relacionados con el primer viaje que no ha sido cuestionado, fué impresa por primera vez en 1493 y reproducida numerosas veces. Utilizo el texto incorporado por Fernández de Navarrete a su *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo xv*. Madrid, 1825-37; t. I, pp. 314-21. En el *Diario de a bordo* puede verse la descripción de los indios que va encontrando Colón en las islas que descubre en el primer viaje, coincidente en lo sustancial con la que transcribo aquí. La carta escrita por Colón a Rafael Sánchez es una simple rapsodia de la dirigida a Santángel.

<sup>2</sup> En la citada carta a Santángel. La reiterada alusión a hombres disformes y mujeres guerreras no es casual. Como todos los hombres de su tiempo, doctos o no, Colón creía en la existencia de seres monstruosos y de costumbres extrañas. Estas fábulas, de origen oriental princi-

Con tan sumarias noticias y a la vista de los indios que llevó Colón a España para certificar su descubrimiento,<sup>3</sup> procedieron los Reyes Católicos a dictar disposiciones con respecto a sus nuevos dominios. La primera que se refiere a los indios encabeza las instrucciones que se dieron a Colón para su segundo viaje, y en ella revelaron los monarcas castellanos el deseo de incorporar los indios al seno de la iglesia: "... sus Altezas deseando que nuestra Santa Fe Católica sea aumentada é acrescentada, mandan é encargan al dicho Almirante, Visorey, é Gobernador, que por todas las vias é maneras que pudiere procure é trabaje atraer á los moradores de las dichas islas é tierra-firme, á que se conviertan á nuestra Santa Fe Católica; y para ayuda á ello sus Altezas envían allá al docto P. Fr. Buil, juntamente con otros Religiosos quel dicho Almirante

palmente, fueron recogidas por Herodoto y estabilizadas por Plinio el joven y Pomponio Mela a principios de nuestra era. Esta literatura delirante se agravó en la Edad Media con los mitos y leyendas del Antiguo Testamento y con las noticias que Marco Polo dió en su celeberrimo relato sobre los países del lejano Oriente. Todo esto originó el disparatado y obsesionante *Libro de las Maravillas* del fingido viajero Juan de Mandeville, verdadero arsenal de fábulas y extravagancias, a cuya lectura era aficionado Colón, según lo atestigua el cronista Bernáldez que lo trató personalmente.

Durante los siglos XVI y XVII, y a pesar de las notables observaciones de los viajeros y naturalistas españoles, aún se admitía que América producía gigantes y pigmeos, hombres con cola o pies de avestruz y amazonas. Estas ideas disparatadas influyeron, como veremos, en el planteamiento del problema de la humanidad integral de los indios y deben tenerse presentes al juzgar las disposiciones tomadas en los primeros años de la colonización española.

<sup>3</sup> "Seys indios llegaron con el primero almirante á la córte á Barcelona, quando he dicho; y ellos de su propia voluntad ó consejados, pidieron el baptismo, é los Catholicos Reyes por su clemencia se lo mandaron dar; é juntamente con sus Alteças, el serenissimo príncipe don Juan, su primogénito y heredero, fueron los padrinos. Y á un indio que era el mas principal dellos, llamaron don Fernando de Aragon, el qual era natural desta isla Española é pariente del rey o caçique Goacanagari. E á otro llamaron don Juan de Castilla, é á los de demas se les dieron otros nombres, como ellos los pidieron, ó sus padrinos acordaron que se les diesse, conforme á la Iglesia Cathólica". GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra-firme del mar Océano*. Primera parte, lib. II, cap. VII. Edición de la Real Academia de la Historia,

consigo ha de llevar, los cuales por mano é industria de los indios que acá vinieron, procure que sean bien informados de las cosas de nuestra Santa Fe, . . . é haga el dicho Almirante que todos los que en ella van é los que mas fueren de aquí adelante, traten muy bien é amorosamente á los dichos indios, sin que les fagan enojo alguno, procurando que tengan los unos con los otros mucha conversacion é familiaridad, haciéndose las mejores obras que ser pueda; é asimismo, el dicho Almirante les dé algunas dádivas graciosamente de las cosas de mercaderias de sus Altezas que lleva para el resgate; é los honre mucho: é si caso fuere que alguna ó algunas personas trataren mal á los dichos indios en cualquier manera que sea, el dicho Almirante lo castigue mucho por virtud de los poderes de sus Altezas que para ello lleva. . . ”<sup>4</sup>

Estos conceptos tutelares se incorporaron, a modo de lema o declaración de propósitos, al conjunto de instrucciones que se dieron a los primeros gobernantes de Indias. Con motivo de su tercer viaje, se le recomendó a Colón en primer término, “que como seáis en las dichas islas, Dios queriendo, procureis con toda diligencia de animar é

<sup>4</sup> *Instrucción del Rey é de la Reina nuestros Señores para D. Cristóbal Colón. . . para la forma que se ha de tener en este viage que agora hace por mandado de sus Altezas, así en su partida é del armada que lleva, como en su camino, y después que alla sea llegado. . .* En la “Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo xv”, II, 77-83; también en la “Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía”, xxx, 145; y extractada en la “Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de ultramar. Segunda serie publicada por la Real Academia de la Historia”, t. 5, pp. xv-xvii.

Hago notar que, en adelante, abreviaré el título de estas tres difundidas colecciones en la siguiente forma: La primera, conocida por el nombre de su recopilador y comentarista Fernández de Navarrete, será citada como *Colección de los viajes*. . . La segunda, distinguida generalmente por el nombre del principal de sus colectores, Torres de Mendoza, será citada como *Colección de América y Oceanía*. La tercera, designada por segunda serie o Colección de la Academia, será citada como *Colección de Ultramar*. Recojo así las sugerencias que hace al respecto D. Rafael Altamira en su *Técnica de investigación en la historia del derecho indiano*.

atraer á los naturales de las dichas Indias á toda paz é quietud, é que nos hayan de servir é estar so nuestro Señorío é sujeción benignamente, é, principalmente que se conviertan a nuestra Sancta Fe Católica, y que a ellos, y á los que han de ir a estar en las dichas Indias sean administrados los Sanctos Sacramentos por los Religiosos é Clérigos que allá están é fueren; por manera, que Dios Nuestro Señor sea servido, y sus conciencias se aseguren”.<sup>5</sup>

En parecidos términos se recomendó el buen tratamiento de los indios y su conversión al cristianismo, a Ovando en septiembre de 1501 y en marzo de 1503, y a Diego Colón en mayo de 1509.

La consagración de esta doctrina tutelar se debe a la reina Isabel, que incorporó a su testamento una cláusula que se ha hecho histórica: “por quanto al tienpo que nos fueron concedidas por la Santa Sede Apostólica las yslandias y tierra firme del mar oceano descubiertas y por descubrir, nuestra principal intención fue al tiempo que lo suplicamos al Papa sexto Alejandro de buena memoria que nos hizo la dicha concesion de procurar ynducir y traer los pueblos dellas y los convertir á nuestra santa fé católica. . . por ende suplico al Rey mi Señor muy afectuosamente y encargo y mando a la dicha Princesa mi hija y al dicho Príncipe su marido que así lo hagan y cunplan y que esto sea su principal fin, y que en ello pongan mucha diligencia y no consientan ni den lugar que los indios vecinos y moradores de las dichas yndias y tierra firme ganadas y por ganar reciban agravio alguno en sus personas ni bienes, mas manden que sean bien y justamente tratados, y si algun agravio an recebido lo remedien y provean por manera que no escedan cosa alguna lo que por las letras apostólicas de la dicha concesión nos es injungido y mandado”.<sup>6</sup>

<sup>5</sup> *Instrucción de los Señores Reyes Católicos al Almirante para la población de las islas y tierra-firme descubiertas y por descubrir en las Indias*. Burgos, 23 de abril de 1497. En la *Colección de los viajes*. . . , II, 204-7. También la transcribe, con algunas variantes, LAS CASAS en su *Historia de las Indias*, lib. 1, cap. cxxvi, dándole por fecha el 21 de julio de 1497.

<sup>6</sup> Reproducida muchas veces. La tomo de la *Colección de Ultramar*, v, 92-93.

A pesar de su tono sentimental y generalizador, estas disposiciones de los monarcas castellanos tuvieron mucha importancia como punto de arranque para fijar la condición jurídica de los indios. El criterio de la época respecto to al tratamiento de las razas consideradas inferiores, estaba determinado por el uso que hacían los portugueses de los negros africanos. En el curso del siglo xv, los lusitanos habían establecido un tráfico regular de esclavos entre Guinea y Lisboa, y el ejemplo estaba demasiado patente para que no tentara a los españoles, que lo aplicaron en la conquista de Canarias. Sin embargo, el clima espiritual de la corte de los Reyes Católicos, condensación de siglos de lucha por una idea religiosa, estimó la conquista de las Indias como una empresa civilizadora, como una extensión de los dominios de la cristiandad y no como una empresa factorial al estilo de las que explotaban en el Mediterráneo oriental, a fines de la Edad Media, venecianos, genoveses y catalanes. Por esta causa, y a pesar de los extravíos a que llegaron los españoles en su trato con los indios, siempre fueron considerados éstos, en la ley, como seres con todas las potestades inherentes a la condición humana.

## 2. *Disposiciones tomadas durante el gobierno de Colón.*

EL contacto entre los europeos y los indígenas antillanos fué tan imprevisto que no hubo posibilidad de atemperarlo. Pasada la sorpresa inicial, en que los indios miraban a los blancos como a seres bajados del cielo y los indígenas eran considerados con benévola curiosidad, los españoles debieron rendirse a sus instintos, a sus necesidades y a sus prevenciones. El abuso, en sus formas más groseras e inhumanas, fué la norma en el trato de los blancos hacia los naturales: despojo de éstos, violación de sus mujeres, atropellos y matanzas sin objeto. La actitud, moralmente injustificable, tiene su explicación biológica. Se trata del desborde instintivo, fatal, de las razas técnicamente evolucionadas, al entrar en contacto con pueblos en estado de naturaleza.

Los indígenas reaccionaron de inmediato y, no obstante las bondadosas disposiciones de los reyes, las relacio-

nes de hecho entre blancos e indios se plantearon en un terreno de violencia irrefrenable, que hizo prácticamente imposible la aplicación de métodos de asimilación pacífica y de tributación regular.

El segundo viaje de Colón marchitó muchas ilusiones y desvaneció no pocas fantasías. Los españoles no encontraron las cantidades de oro y de especiería que prometiera el Almirante a la vuelta de su primer viaje y, en cambio, comprobaron *de visu* la ferocidad y repugnantes costumbres de los caribes. El médico de la expedición relata en estos términos el encuentro con estos indios:<sup>7</sup> "Esta gente saltea en las otras islas, que tren las mugeres que pueden haber, en especial mozas y hermosas, las cuales tienen para su servicio é para tener por mancebas, é tren tantas que en 50 casas ellos no parecieron, y de las cautivas se vinieron mas de 20 mozas. Dicen también estas mugeres que estos usan de una crueldad que parece cosa increíble: que los hijos que en ellas han se los comen, que solamente crian los que han en sus mugeres naturales. Los hombres que pueden haber, los que son vivos llévanse los á sus casas para hacer carnicería dellos, y los que han muerto, luego se los comen. Dicen que la carne del hom-

<sup>7</sup> Carta del Dr. Chanca, físico de la expedición, al Cabildo de Sevilla. En la *Colección de los viajes*. . . , 1, 347-72. El capítulo cxxx de la *Historia de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel*, escrita por Andrés Bernaldez, es una mera transcripción de la citada carta.

Sorprende el realismo de los datos recogidos por el doctor Chanca en 1493 sobre los caribes, confirmados después numerosas veces. Hans Staden, aventurero alemán que naufragó en la costa brasileña, fué capturado por una tribu de canibales y las observaciones que recogió durante su cautiverio, expuestas en un curioso opúsculo impreso en 1556, corroboran totalmente aquellas primeras noticias.

Véase como se reflejaron en los círculos cortesanos las impresiones de los descubridores ante los caribes: "Y no dudes que hay lestrigones o polifemos alimentados con carne humana. Escucha, y ten cuidado no sea que de horror se te pongan los pelos de punta. Cuando se sale de las Afortunadas (que algunos quieren llamar Canarias) para la Española, pues con este nombre llaman á la Isla en que han fijado asiento, si se dirige la proa un poco al Mediodía, se da en las islas innumerables de hombres feroces que llaman canibales o caribes, los cuales, aunque desnudos, son guerreros bravos. Se valen de arcos y principalmente de la clava. Tienen faluchos de una pieza, muy capaces, que

bre es tan buena que no hay tal cosa en el mundo; y bien parece, porque los huesos que en estas casas hallamos todo lo que se puede roer todo lo tenían róido, que no habia en ellos sino lo que por su mucha dureza no se podía comer. Allí se halló en una casa cociendo en una olla un pescuezo de un hombre. Los mochachos que cativan córtanlos el miembro, é sirvense de ellos fasta que son hombres, y despues, cuando quieren facer fiesta, mátanlos é cómenselos, porque dicen que la carne de los mochachos é de las mugeres no es buena para comer”.

Por horror al género de subsistencia de los naturales de las pequeñas Antillas o por remediar el fracaso económico de la expedición, el descubridor concibió la idea de utilizar a dichos naturales como mercancía humana. Ya en las cartas a Santángel y a Sánchez, ofrecía Colón “tantos esclavos para el servicio de la marina, cuantos quisieran exigir sus Magestades”; pero ahora propone el envío regular de cargamentos de caribes esclavos, argumentando que en la península aprenderían mejor la lengua castellana, harían mayores progresos en su conversión y perderían sus feroces hábitos. “Direis a sus Altezas—expresa textualmente el memorial que para los reyes dió a Antonio

llaman canoas, con las cuales pasan en tropel a las islas vecinas de hombres pacíficos.

“Embisten los pagos de los habitantes, y a los hombres que cogen se los comen crudos. Castran á los niños, como nosotros a los pollos; cuando han crecido y engordado, los degüellan y comen. Prueba de ello tuvieron los nuestros en que, arrimando las naves, aterrorizados los caníbales por la mole nunca vista de ellas, abandonaron sus casas y huyeron á las montañas y bosques espesos. Entrados los nuestros en las casas de los caníbales, que las tienen redondas, construidas con maderos de pie, encontraron piernas salas de hombres, como nosotros solemos hacer con las de cerdo; y la cabeza de un hombre recién matado, llena aún de sangre, y pedazos del mismo joven en ollas para cocerlos junto con carne de patos y papagayos, y otros puestos al fuego en los asadores.

“En una nave cogieron á la reina de los caníbales acompañada de su hijo y de otros seis hombres, que volvía de cazar. De los habitantes no pudieron coger a ninguno. Sin embargo, treinta de ambos sexos de los que guardaban en los establos cual terneras que se han de comer, huyeron acudiendo a los nuestros: los habían cogido de las islas vecinas”. Carta de Pedro Mártir de Angleria a su amigo Pomponio Leto, escrita desde Alcalá de Henares a 5 de diciembre de 1494.

de Torres, a 30 de enero de 1494— que el provecho de las almas de los dichos caníbales, y aún destes de acá, ha traído el pensamiento que cuantos mas allá se llevasen sería mejor; y en ello podrían sus Altezas ser servidos desta manera: que visto cuanto son acá menester los ganados y bestias de trabajo para el sostenimiento de la gente que acá ha de estar y bien de todas estas islas, sus Altezas podrán dar licencia é permiso a un número de carabelas suficiente que venga acá cada año, y trayan de los dichos ganados y otros mantenimientos y cosas para poblar el campo y aprovechar la tierra, y esto en precios razonables á sus costas de los que las trugieren, las cuales cosas se les podrían pagar en esclavos de estos caníbales, gente tan fiera y dispuesta y bien proporcionada y de muy buen entendimiento, los cuales, quitados de aquella inhumanidad, creemos que serán mejores que otros ningunos esclavos; la cual luego perderán que sean fuera de su tierra, y de estos podrán haber muchos con las fustas de remos que acá se entiende hacer. . .”<sup>8</sup>

El propósito del descubridor no quedó en proyecto. En marzo de 1494 llegaron a España, para certificar las

Traducida al castellano por J. Torres Asensio en *Fuentes históricas sobre Colón y América*, t. 1, pp. 29-30.

Mártir de Anglería, humanista italiano radicado en España desde 1487, fué hombre de confianza de los Reyes Católicos: contino, “maestro de los caballeros de la Corte en artes liberales”, capellán, embajador y protonotario del Consejo Real, aún alcanzó a ser nombrado cronista por Carlos V. Sus dotes literarias y su posición en la corte le permitieron conocer los entretelones de la conquista y organización de los nuevos dominios castellanos, durante el primer cuarto de siglo posterior al descubrimiento. Mártir de Anglería escribía a medida que se producían los sucesos y sobre la base de los relatos orales o de los informes escritos de los propios navegantes y conquistadores. Fué un verdadero *reporter* y su testimonio es particularmente valioso para nuestro asunto, porque refleja con espontánea fidelidad las reacciones de la corte frente a los sucesos americanos, y nos muestra el conjunto de noticias y de preocupaciones con que operaron los funcionarios españoles en la primera etapa de su dominación en América.

<sup>8</sup> *Memorial que para los Reyes Católicos dió el Almirante Don Cristóbal Colón en la ciudad Isabela, a 30 de enero de 1494, a Antonio de Torres, sobre el suceso del segundo viage á las Indias*. En la *Colección de viajes*. . ., 1, pp. 225 y ss. También en la *Colección de América y Occania*, xxxvi, pp. 34 y ss.

afirmaciones del memorial, algunos caribes, sobre cuyo destino nada proveyeron los reyes a la espera de mayores informes de Colón. Al año siguiente volvió el mencionado Torres a la península conduciendo un cargamento de 500 esclavos indios, de los que Ojeda y otros capitanes habían apresado en tierras del cacique Caonabó. De inmediato mandaron los reyes que se vendieran en Andalucía, pero indecisos sobre la legalidad de la esclavitud, ordenaron cuatro días después a Fonseca que retuviese el producto de las ventas "porque Nos querriamos informarnos de letrados, Teólogos é Canonistas si con buena conciencia se puede vender estos por solo vos ó no; y esto no se puede facer fasta que veamos las cartas que el Almirante nos escriba para saber la causa por que los envia acá por cativos. . ." <sup>9</sup>

Los informes de Colón debieron desvanecer los escrúpulos legales de los reyes, pues los indios fueron vendidos y, según afirma Bernáldez, "aprovecharon muy mal, que murieron to-los los mas, que no les probó la tierra". Los juristas, teólogos y canonistas no se expidieron con la celeridad deseada, pues el 2 de junio de 1495 los reyes comunicaban a Fonseca que los letrados aun no habían decidido nada respecto al punto consultado, y el 13 de enero de 1496 ordenaron a dicho funcionario que entregara 50 indios al capitán de la Real Armada, Juan Lescano, "para servicio de las galeras que mandaba, bajo la condición de que si los indios eran declarados libres, pues que todavía nada se ha decidido sobre este punto, devolviese los que de ellos tuviera vivos; pero si eran declarados esclavos, los retuviese a cuenta de los sueldos que se le debían". <sup>10</sup>

<sup>9</sup> *Cédula advirtiendo al obispo de Badajoz Fonseca que los indios que venían en las carabelas, se vendan en Andalucía*, etc. Madrid, 12 de abril de 1495. En la *Colección de los viajes*. . . , II, 189 y en la *Colección de América y Oceanía*, xxx, 331.

*Carta mandando al obispo de Badajoz afianzar el producto de la venta de los indios que envió el Almirante, hasta consultar y estar seguros de si podrán o no venderlos*. Madrid, 16 de abril de 1495. En las dos colecciones citadas antes, II, 195 y xxxviii, 342, respectivamente.

<sup>10</sup> JOSÉ ANTONIO SACO: *Historia de la esclavitud de los indios en el Nuevo Mundo*. Habana, 1932; I, 104. No cita la procedencia de la real orden, pero debe haberla sacado de la Colección Muñoz, de la que este autor hace constante uso.

En marzo de 1496 pasó Colón a España para justificar su conducta y sus procedimientos, censurados por casi todos los pobladores y en particular por los oficiales reales. Delegó el gobierno en su hermano Bartolomé, a quien invistió de amplias atribuciones. Celoso defensor de los intereses y privilegios del descubridor, Bartolomé Colón se propuso levantar el prestigio de la empresa familiar, aplicando con rigor las disposiciones del Almirante en punto a tributos y cautiverios. Esto provocó el alzamiento casi general de los indios y la muerte de algunos españoles. Por incitación del Almirante, los reyes ordenaron a Bartolomé Colón que remitiera a España los indios culpables de tales muertes, llegando en 1497 una partida de 300 cautivos. El cargamento se repitió ese mismo año con indios apresados en la Vega Real, pagándose los fletes con 200 esclavos que fueron entregados, en tal concepto, a los maestros de las naos.

No se tienen noticias concretas de la resolución tomada por los letrados a quienes los Reyes Católicos consultaron el asunto de la esclavitud de los indios, pero si nos atenemos a los hechos, debemos suponer que aprobaron la esclavitud de los indios por causa de justa guerra, según la doctrina que por entonces prevalecía. Así Colón, vuelto a Santo Domingo en agosto de 1498, propuso dos arbitrios para sufragar los gastos de la colonia: el tráfico de esclavos y la explotación del palo brasil. "De acá se pueden, con el nombre de la Santísima Trinidad, enviar todos los esclavos que se pudiesen vender, y brasil, de los cuales, si la información que yo tengo es cierta, me dicen que se podrán vender 4.000, y que a poco valer, valdrán 20 cuentos, y 4.000 quintales de brasil, que pueden valer otro tanto, y el gasto puede ser aquí seis cuentos; así, a primera haz, buenos serían 40 cuentos, si esto saliese así. Y cierto la razón que dan a ello parece auténtica, porque en Castilla y Portugal, y Aragón, y Italia, y Sicilia, y las islas de Portugal, y Aragón, y las Canarias, gastan muchos esclavos, y creo que de Guinea ya no vengan tantos; y que viniesen, uno éstos vale por tres. . .

"... acá no falta para haber la renta que encima dije, y yo creo que presta será la gente de la mar cebados en ello, que agora los Maestres y marineros van todos ricos

y con intención de volver luego y llevar los esclavos a 1.500 maravedís la pieza, y darles de comer, y la paga sea de los mismos, de los primeros dineros que dellos salieren; y bien que mueran agora, así no será siempre desta manera, que así hacían los negros y los canarios a la primera, y aun aventajen éstos, que uno que escape no lo venderá su dueño por dinero que le den. . .”<sup>11</sup>

Como se ve, en las postrimerías de su gobierno, reafirmó Colón sus ideas respecto a la esclavitud de los indios, criterio que mantuvo hasta su muerte, del mismo modo que no abandonó su creencia de haber tocado tierras orientales: dos notas que nos muestran la mentalidad estrictamente medieval del descubridor.

El estado de convulsión en que se encontró la colonia indujo al Almirante a contemporizar con los sublevados, a despecho de sus intereses y en desmedro de su autoridad. Disimuló los abusos que habían cometido los pobladores en su ausencia y procuró atraerse a los descontentos con dádivas y concesiones, naturalmente en perjuicio de los indígenas. Con motivo de partir hacia España una numerosa delegación de pobladores que iban a exponer sus quejas a los reyes, Colón los obsequió con esclavos indios, a la vez que les permitió llevar a sus concubinas. Las Casas calcula que se cargaron, en total, 300 piezas.

Esta liberalidad del descubridor para con los particulares, arrogándose atribuciones que pertenecían exclusivamente a la corona, desagradó a la reina Isabel, quien al tener noticia de los hechos referidos negó públicamente a Colón el derecho de disponer de sus vasallos.<sup>12</sup> A fines de 1499, se mandó pregonar en Sevilla y Granada que los que tuviesen indios dados por el Almirante los volviesen a las Indias en los primeros navíos o los entregaran a las autoridades, bajo pena de la vida. De los 300 que, según cálculo de Las Casas, vinieron en la ocasión de referencia, sólo pudieron recogerse 21, que se depositaron en manos de Pedro de Torres, funcionario de la real casa.

<sup>11</sup> BARTOLOMÉ DE LAS CASAS: *Historia de las Indias*, libro I, cap. CLI.

<sup>12</sup> *Ibid.*, cap. CLXXVII.

Una cédula de 20 de junio de 1500 dió fin a este negocio y a los planes del Almirante para implantar el tráfico regular de esclavos. Por ella ordenaron los reyes poner en libertad a los indios que Torres tenía en "secuestración y depósito" y la entrega de los mismos a Bobadilla, que se preparaba para ir a la Española.<sup>13</sup>

Al mismo tiempo que promovía el tráfico de esclavos, Colón imponía a los indios de la Española un rudimentario sistema de tributos. En marzo de 1495 reunió el Almirante todos los hombres de guerra que había en la Isabel y, ayudado por el cacique Guacanagari realizó un paseo militar por la Vega Real, donde desbarató y sojuzgó a una multitud de indios. "Desta manera (como el Almirante mismo escribió a los Reyes), allanada la gente de la isla, la cual dice que era sin número, con fuerza y con maña, hobo la obediencia de todos los pueblos en nombre de sus Altezas y como su Visorrey, e obligación de cómo pagarían tributo cada rey o cacique, en la tierra que poseía, de lo que en ella había; y se cogió el dicho tributo hasta el año de 1496".<sup>14</sup>

Cada indio mayor de 14 años que habitara en regiones donde había minas, especialmente en el Cibao y en la Vega Real, pagaría cada tres meses una cantidad de oro equivalente al contenido de "un cascabel de los de Flandes", cuyo valor se calculaba en tres o cuatro pesos. Los que vivieran en regiones agrícolas tributarían, en cambio, una arroba de algodón por persona. Para controlar el pago de los tributos, los indios debían llevar pendiente del cuello un disco de latón o de plomo con una señal particular, "porque se cognosciese quién la había pagado y quién no; por manera que el que no la trajese había de ser castigado. . ." El sistema y la contraseña fueron aprobados por los reyes en la duodécima de las instrucciones dadas a Colón para el tercer viaje.

<sup>13</sup> *Cédula mandando que los Indios que se trajeron de las islas y se vendieron por mandado del Almirante, se pongan en libertad y se restituyan a los países de su naturaleza.* Colección de viajes, II, 274-5. También en *Colección de América*, t. 38, 439.

<sup>14</sup> BARTOLOMÉ DE LAS CASAS: *Historia de las Indias*; libro I, cap. cv.

Pronto se advirtió la imposibilidad de satisfacer tales exigencias: ni había oro suficiente ni poseían los indios la técnica y las herramientas apropiadas para beneficiarlo. Colón debió reducir el tributo a la mitad y ni aun así logró su recaudación regular.<sup>15</sup>

### 3. *La factoría se convierte en colonia.*

NI los rudimentarios lavaderos de oro ni el tráfico de esclavos ni la capitación de que se acaba de hablar, proporcionaron recursos suficientes para equilibrar los gastos de las tres expediciones realizadas por Colón en el siglo xv y pagar los salarios de los primeros pobladores. Cundió el malestar en la Española y el descrédito en las esferas cortesanas. De uno y otro sector partieron ataques contra el gobierno del Almirante que determinaron la transformación del régimen político, jurídico y económico de los establecimientos antillanos.

Los pobladores, sujetos a una remuneración fija, casi nunca percibida, buscaron resarcirse y medrar con la explotación por cuenta propia de los recursos naturales. Estas pretensiones atentaban contra los privilegios feudales que gozaba Colón en virtud de las capitulaciones firmadas en Santa Fe el 17 de abril de 1492, y dieron lugar, como veremos, a una transformación radical.

<sup>15</sup> Confirma todas estas circunstancias Mártir de Anglería: "[los indios] prometieron todos que cada uno, desde los catorce hasta los setenta, darían al Almirante el tributo que quisiera de los productos de su región, y que observarían lo que él les mandara. Hizose pacto de que los habitantes de los montes cibanos enviarían a la ciudad cada tres meses, que ellos por la luna llaman lunas, cierta medida llena de oro que les fué señalada; que los que habitan las provincias donde se crían naturalmente aromas o algodón, tributarían por cabezas cierta cantidad.

"... la mayor parte de los régulos con sus súbditos, entre aquellas estrecheces de la necesidad, presentaron parte del tributo prometido, pidiendo humildes al Almirante que se apiadara de su miseria y condonara hasta que la isla volviera a su estado primitivo, que entonces lo que faltara se reintegraría en un doble.

"De los del Cibao pocos guardaron los pactos, pues padecían más hambre que los demás". *Décadas del Nuevo Mundo*; déc. 1a. lib. IV, cap. III de la versión española de Torres Asensio.

Los reyes por su parte, desfavorablemente impresionados por el giro de los negocios indianos y ante el evidente fracaso de Colón como funcionario, fueron recuperando paulatinamente la plenitud de su jurisdicción, irreflexivamente expuesta en las mencionadas capitulaciones. En 1495 nombraron un veedor (Aguado) para investigar las denuncias formuladas por Bernal Díaz de Pisa y por el padre Buil; en 1499 designaron un juez pesquisidor (Bobadilla) para entender en la sublevación de Roldán, ampliándosele luego las atribuciones a lo gubernativo; en 1501 nombraron a Ovando gobernador y justicia mayor de todas las Indias, quedando Colón eliminado definitivamente de las funciones administrativas y judiciales que desempeñaba. De este modo, lo que se inició como una empresa de carácter feudal, resultó a comienzos del siglo XVI un sistema orgánico de gobierno, prototipo de los que establecieron los países colonizadores en el curso de las dos primeras centurias de la Edad Moderna.

Examinemos esta transformación en sus rasgos más significativos.

El 29 de mayo de 1493, mientras se aceleraban los preparativos para el segundo viaje, Colón recibió minuciosas instrucciones acerca de lo que debía hacerse en las tierras recientemente descubiertas. Estas instrucciones deben ser consideradas como el primer estatuto indiano. Luego de establecer el espíritu civilizador que animaba a la empresa, al preconizar la conversión de los indios, asienta la preeminencia del fuero real;<sup>16</sup> crea una especie de consejo para los asuntos indianos formado por Colón, Fonseca y Soria; inviste al Almirante con la máxima representación y con una autoridad discrecional en las islas por él descubiertas y determina el régimen econó-

<sup>16</sup> "12. Item: Que cualquier Justicia que se hobiere de hacer diga el pregón: Esta es la justicia que manda hacer el Rey é la Reina nuestros Señores.

"13. Item: Que todas las provisiones, é mandamientos, patentes que el dicho Almirante, Visorey, é Gobernador hobiere de dar, vayan escritas por D. Fernando é Doña Isabel, Rey é Reina etc., é firmadas del dicho D. Cristóbal Colón, como Visorey. . ."

Los funcionarios debían ser propuestos en terna por Colón y designados por los reyes.

mico de los establecimientos a fundarse. Esta última cuestión es de sumo interés para nosotros.

Los componentes de la segunda expedición colombina eran funcionarios, artesanos y trabajadores a sueldo de la corona. "7º Otrosí: sus Altezas mandan que ninguna, ni algunas personas de los que fueren en la dicha armada de cualquier estado o condición que sean non lleven ni puedan llevar en la dicha armada, ni en otros navíos, mercaderías algunas para facer rescate alguno, porque ninguno lo ha de hacer, salvo para sus Altezas, como adelante será contenido. 9º Item: Que cualquier rescate que se ficiere lo haga el Almirante ó la persona que por sí nombrare, y el Tesorero de sus Altezas que allá ha de estar, é no otra persona alguna, é que lo faga en presencia del dicho Teniente, de los dichos Contadores ó ante el Oficial que para ello él pusiere, por que les faga cargo dello, é lo asiente en el libro que ha de tener de los dichos rescates. . ." <sup>17</sup>

En las disposiciones tomadas con motivo del tercer viaje de Colón se establece expresamente la condición de asalariados que tenían los pobladores de la Española. El 23 de abril de 1497 los reyes facultaron a Colón para tomar a sueldo "fasta el número de trescientos treinta personas para que esten en las Indias, de los oficios é formas siguientes: cuarenta escuderos, cien peones de guerra é de trabajo, treinta marineros, treinta grumetes, veinte lavadores de oro, cincuenta labradores, diez hortelanos, veinte oficiales de todos oficios, treinta mugeres, que son las dichas trescientas é treinta personas; las cuales fagais pagar a sueldo, según se contiene en la instrucción que cerca de ello mandamos dar. . ." <sup>18</sup> Esta instrucción, dada el mismo día que la anterior, establece que a las personas contratadas para ir a las Indias se les pagará el sueldo corriente en

<sup>17</sup> *Instrucción del Rey é de la Reina nuestros Señores para D. Cristóbal Colón. . . para la forma que se ha de tener en este viage que agora hace por mandado de sus Altezas, así en su partida é del armada que lleva, como en su camino, y despues que allí sea llegado. . . En la Colección de los viajes. . . t. II, pp. 77-83.*

<sup>18</sup> *Cédula dando facultad al Almirante para tomar á sueldo hasta trescienta y treinta personas de varios oficios que se bayan de establecer en Indias.* En la Colección citada, t. II, pp. 203-4. A continuación de esta Cédula se transcribe la *Instrucción de los Señores Reyes Cató-*

Castilla, dándoseles, además, para su mantenimiento, una fanega de trigo por mes y doce maravedís por día a cada una. Los sueldos fijados eran los siguientes: a los escuderos, marineros, lavadores de oro y oficiales, treinta maravedís por día a cada uno; a los grumetes y peones veinte maravedís por día; a los labradores y hortelanos, seis mil maravedís por año a cada uno; a las mujeres sólo se les daba la manutención.

Los establecimientos fundados por Colón en la Española presentaban los rasgos típicos de una factoría. La iniciativa y la propiedad privada estaban excluidas y hasta la manutención de los empleados corría por cuenta de la corona, según acaba de verse. "La mayor parte de los colonos, en lugar de dedicarse al cultivo de la tierra estableciendo plantaciones, vivían aparentemente de las limosnas reales que siempre resultaban insuficientes con las provisiones enviadas de España, o esperaban que los aborígenes los mantuvieran con sus propios y escasos recursos"<sup>19</sup>.

Esta situación ambigua, en cierto modo deprimente y sin perspectivas, duró hasta mediados de 1497 en que los reyes, accediendo a las súplicas de los residentes en la Española y a las de quienes deseaban radicarse allí, expidieron una carta-patente autorizando el reparto de tierras en propiedad. El documento es categórico y hasta contundente, pues no sólo concede el derecho de propiedad sin restricciones, sino que establece severas penas para quien lo contradiga, personalizándose con Colón seguramente como el más interesado en que no se realizaran las intenciones de los reyes.

La parte dispositiva del documento faculta al Almirante para que en cualquier término de la Española "podades dar é repartir, é dedes é repartades á las tales

*licos para la población de las islas y tierra-firme descubiertas y por descubrir en las Indias*, que también contiene la disposición transcrita.

<sup>19</sup> CLARENCE HENRY HARING: *El origen del gobierno real en las Indias españolas*. En el "Boletín del Instituto de investigaciones históricas", núm. 24 (abril-junio de 1925); tomo III, p. 301. El mismo autor señala más adelante esta circunstancia corroborante: "Parece ser que los trabajos agrícolas se realizaban, al principio, por el sistema de sociedad".

personas, é á cada uno de los que agora viven é moran en la dicha isla, é á los que de aquí adelante fueren á vivir é morar en ella, las tierras é montes é aguas que vos viéredes que á cada uno dellos se debe dar é repartir, segund quien fuere é lo que nos hobiere servido, é la condición é calidad de su persona é vivir, limitando e amojonando á cada uno lo que así le diéredes é repartiéredes, para que aquello haya é tenga é posea por suyo é como suyo, é lo use é plante é labre é se aproveche dello, con facultad de lo vender é dar é donar é trocar é cambiar, é enajenar é empeñar, é facer dello é en ello todo lo que quisiere é por bien tuviere, como de cosa suya propia habida de husto é derecho título, obligándose las tales personas de tener é mantener vecindad con su casa poblada en la dicha isla desde el día que les diéredes é entregáredes las tales tierras é haciendas, é que harán en las dichas islas casas, é plantarán las dichas viñas é huertas en la manera é cantidad que á vos bien visto fuere, con tanto que en las tales tierras é montes, é aguas que así diéredes e repartiéredes, las tales personas non puedan tener ni tengan jurisdicción alguna civil ni criminal, ni cosa acotada ni dehesa, ni término redondo mas de aquello que tuvieren cercado de una tapia de alto . . .”<sup>20</sup> Así nació la propiedad privada en Indias y se inició el reparto de tierras que, junto con el reparto de indios, constituyó los cimientos económicos de la sociedad hispano-colonial.

Al mismo tiempo que los reyes estabilizaban la colonia entregando sus recursos naturales a la iniciativa particular, los pobladores llegaban a los mismos resultados por las vías de hecho. En 1498, un grupo de setenta personas, capitaneado por el alcalde mayor Francisco Roldán, se alzó contra Bartolomé Colón que ejercía el gobierno por delegación de su hermano, entonces en España. Los rebeldes se apoderaron de todas las armas y bastimentos que pudieron hallar en la Isabela y se internaron en la isla, proclamando la supresión de los tributos impuestos a los indios

<sup>20</sup> *Carta Patente, por la cual Sus Altezas dan licencia al Almirante Don Cristóbal Colón para el repartimiento de las tierras de los que están é fueren á las Indias con las condiciones que se expresan. En la Colección de los viajes. . .*, t. II, pp. 239-4. También en la *Colección de América y Oceanía*, t. XXXVI, p. 174.

por Colón y acusando a su hermano Bartolomé de "hombre duro, áspero y cruel, y que con él no podía alguno medrar".

Roldán y sus secuaces mantuvieron su actitud con tenacidad y creciente éxito, hasta que Colón les otorgó formalmente (agosto de 1499) seguridades y concesiones, entre las que se destaca como la principal y causa del alzamiento, el derecho de vecindad y el reparto de tierras en propiedad, como pago de los sueldos que se les adeudaban.

La providencia real y, sobre todo, la resuelta actitud de los pobladores, determinaron el cese del monopolio económico ejercido por los Colón y la aparición de una sociedad con plena capacidad jurídica.

4. "Nuestros buenos súbditos e vasallos".

EL nombramiento de gobernador y justicia mayor recaído en don Francisco de Bobadilla el 21 de mayo de 1499, anuló los excesivos privilegios inicialmente concedidos a Colón y restableció la plenitud de la jurisdicción real en Indias. Pero Bobadilla no resultó el hombre que se necesitaba en aquellas circunstancias y el gobierno de la colonia fué confiado a fray Nicolás de Ovando, comendador de Lares de la orden de Alcántara, persona de reconocida energía y de la absoluta confianza de los reyes. El título de gobernador y justicia mayor le fué extendido en Granada el 3 de septiembre de 1501, acelerándose los preparativos de la numerosa expedición que condujo a Santo Domingo. Seis años gobernó Ovando las Indias, durante los cuales se organizaron los diversos ramos de la administración, se adelantaron los descubrimientos y se aseguraron las tierras ganadas durante quince años de actividad exploradora.

Las instrucciones dadas a Ovando con motivo de su nombramiento constituyen un verdadero código administrativo.<sup>21</sup> Sus primeras disposiciones se refieren a la con-

<sup>21</sup> *Instrucion al Comendador de Láres Fray Niculas Dovando de la Orden de Alcántara sobre lo que habia de facer en las Islas e Tierra-firme del Mar Océano, como Gobernador dellas.* Granada, 16 de septiembre de 1501. En la *Colección de América*, xxxi, 13-25. El título de gobernador para Ovando puede verse en la *Colección de viajes*, II, 284-86.

servación y aumento de la fe, mandando que los servicios religiosos se realizaran con regularidad y decencia, que se estimulara la conversión de los indios al catolicismo y se impidiera la entrada a las Antillas de moros, judíos, herejes, reconciliados y conversos.

La situación de los indios y pobladores blancos está minuciosamente reglamentada. De los primeros nos ocuparemos en particular. En cuanto a los blancos, se les obligaba a residir en los pueblos, para lo cual debían fundarse los que fuesen necesarios y en los sitios y con la traza que exigieran las circunstancias. No habría gente a sueldo de la corona, fuera de los oficiales que iban con Ovando y de los que en adelante se nombraran, debiéndose liquidar los sueldos que se adeudaren del tiempo del gobierno de Colón. Se prohibía en absoluto la entrada de extranjeros y se autorizaba al gobernador a expulsar de la isla y a impedir la entrada en ella de las personas que se hubieran señalado por su carácter turbulento; alusión a los partidarios de Roldán y a los emisarios que en su nombre fueron a España.

A la Real Hacienda se le dedica particular atención, según el espíritu de la época. Indios y blancos debían pagar diezmos, primicias, tributos y derechos, de acuerdo con arancel que formarían Ovando y el contador real de la Española, en consulta y acuerdo. La corona percibiría la mitad del oro que recogiesen los particulares y éstos debían beneficiarlo y fundirlo bajo la vigilancia de las autoridades y en hornos fiscales. El palo brasil—monopolio de la corona—debía ser cortado con método para evitar la destrucción de las plantas. Los ganados de propiedad real que Bobadilla había entregado a particulares en pago de sueldos devengados, debían ser recuperados. No se podía ir a descubrir ni rescatar sin expresa licencia de los reyes.

En materia de gobierno se otorgaban a Ovando plenas atribuciones y jurisdicción sobre todos los funcionarios residentes en la colonia: nombraba alcaldes, guardas de las fortalezas, y cualquier otros oficiales necesarios, pudiendo removerlos a voluntad si no cumplían satisfactoriamente sus oficios. Le debían obediencia todos los residentes y tenía amplias atribuciones para asegurar el orden,

la concordia y la justicia entre ellos. Debía tomar residencia a Bobadilla, práctica que desde entonces quedó incorporada al derecho administrativo indiano.

Por primera vez la situación legal de los indios es contemplada integralmente en estas instrucciones. No se trata ya de recomendaciones generales sobre su buen tratamiento y conversión ni de providencias respecto a situaciones de hecho. Ahora se intenta colocar al indio americano, racional y coherentemente, en la trama de la legislación general. No sólo se dispone, pues, que sean informados en las cosas de la fe para acelerar su conversión al cristianismo, y que se los trate con toda consideración y justicia, sino que se los declara reiteradamente "nuestros buenos súbditos e vasallos", equiparándoseles a los vecinos de los reinos y señoríos españoles. Esta igualdad jurídica impuso a los naturales la obligación de una tributación regular, autorizándose en cambio el matrimonio legal de los españoles con las indias. La instrucción séptima es muy ilustrativa respecto a las obligaciones tributarias emergentes de su condición de vasallos: "Item, porque Nuestra merced e voluntad es que los yndios Nos paguen Nuestros tributos e derechos que Nos han de pagar como Nos lo pagan nuestros súbditos vecinos de Nuestros Reynos e Señoríos; pero porque la forma como acá se pagan e cobran a ellos sygund la calidad de la Tierra; hablareis de Nuestra parte a los caciques e con las otras personas prencipales, e los yndios que vieredes son menester, e de su voluntad concordareis con ellos lo que Nos ayan de pagar cada uno, cada año, de tributos; e dichos de manera, quellos conozcan que non se les face ynxusticia". Los caciques, pues, son reconocidos como jefes naturales y en calidad de tales deben denunciar a las autoridades españolas cualquier violencia que se hiciere a sus subordinados.

A falta de trabajadores blancos para el laboreo de las minas y para obras de utilidad pública, los reyes recurrieron al servicio obligatorio de los indios, a quienes se podía compeler a "que trabaxen en las cosas de Nuestro servicio, pagando a cada uno el salario que xustamente vos pareciere que debieren de aber". De acuerdo con esta cláusula, el trabajo obligatorio de los naturales sólo podía exigirse en provecho de la corona y no de los particulares.

Por último, y con el pretexto de conservar la armonía entre indios y cristianos, se prohibía terminantemente vender armas ofensivas o defensivas a los primeros, debiendo recogerse las que se hallaren en su poder. En esta providencia debemos ver una medida de extrema precaución, tendiente a reducir a la impotencia bélica a la raza sometida.<sup>22</sup>

Ovando llegó a Santo Domingo el 15 de diciembre de 1502 al frente de una expedición compuesta de más de 2,500 personas, las más "nobles, caballeros y principales",<sup>23</sup> iniciándose entonces el funcionamiento regular de la administración y hasta la vida social de la colonia.

De acuerdo con la *Instrucción* de 1501, el gobernador debía informar extensamente a los reyes sobre lo que convenía prever para el mejor gobierno de las islas. Así lo hizo Ovando, y aunque muchos documentos se perdieron en el impresionante naufragio ocurrido a principios de julio de 1502, al emprender la flota su regreso a España, llegó a poder de los reyes el parecer de Ovando sobre la conveniencia de reunir a los indios en poblaciones estables, bajo el control de funcionarios españoles. A raíz de este parecer se despachó la *Instrucción para el Gobernador e oficiales, sobre el gobierno de las Indias*,<sup>24</sup> firmada por la reina en Alcalá de Henares el 20 de marzo y por el rey en Zaragoza el 29 de marzo de 1503. En ella se tratan dos cuestiones capitales: la formación y regimiento de pueblos de indios y el establecimiento de una Casa de Contratación en la ciudad de Santo Domingo.

<sup>22</sup> Sobre esto se expidió una cédula especial, fechada el mismo día que la *Instrucción*, en la que se manda "que nengun cristhiano venda nin dé nin trueque armas ofensivas nin defensivas a los dichos yndios nin algunos dellos; e a los dichos yndios que non sean osados de las tocar, so pena que qualquiera que lo contrario fiziere, por la primera vez pague diez mil maravedís. . . por la segunda vez pierda la mitad de sus bienes. . . e por la tercera vez, pierda todos sus bienes. . . e el cuerpo sea a la Nuestra merced. . ." *Colección de América*, xxxi, 44.

<sup>23</sup> El padre Las Casas, que vino en esta expedición, da cuenta de algunos personajes en el libro II, cap. 30. de su *Historia de las Indias*. Además vinieron doce frailes de San Francisco y un obispo, fray Alonso de Espinal.

<sup>24</sup> *Colección de América y Oceanía*. . . , xxxi, 156-74.

La *Instrucción* manda, en primer término, que se levanten pueblos en sitios convenientes, en los cuales vivirían los indios "sygund e como están las personas que viven en estos Nuestros Reynos". Cada indio tendría su casa propia y separada donde moraría con su mujer e hijos, debiéndoseles "señalar cerca de las dichas sus casas, eredades en que labren e siembren, e que puedan criar e thener sus ganados, sin quel uno entre nin thome lo del otro, e cada uno conozca lo ques suyo..." Al frente de cada pueblo habría una persona de confianza designada por el gobernador, con obligación de tener en paz a los indios y evitar que los cristianos les tomaran sus mujeres, hijos y bienes y "se sirvan dellos como fasta aquí lo an fecho, salvo que viendo los dichos yndios por su propia voluntad e pagandoles los xornaes que xusto fueren..." Este encargado debía cuidar también de que los indios no trocaran sus heredades por cosas de poco valor.

En cada pueblo habría una iglesia servida por un capellán que, además de atender los servicios religiosos, debía instruir a los indios en los rudimentos de la fe y enseñar a los niños a leer, escribir, santiguarse y rezar. Llevaría por escrito la lista de los vecinos del pueblo, a quienes induciría a bautizarse y a cumplir con los deberes religiosos, procurando que sus caciques no los desviarán ni los coaccionaran.

Los indios debían casarse con sus mujeres ante la iglesia, procurándose, además "que algunos cristhianos se casen con algunas mugeres yndias, e las mujeres cristhianas con algunos yndios, porque los unos e los otros se comuniquen e enseñen, para ser doctrinados en las cosas de Nuestra Fée Cathólica". Capellán y encargado debían procurar que los indios anduvieran vestidos como personas razonables, que abandonasen sus costumbres salvajes, fiestas y supersticiones y que no se bañaran con la frecuencia con que lo hacían "porque somos ynformados que a ellos les face mucho dapño". También debían explicarles sus obligaciones fiscales, de modo que pagasen el diezmo y los tributos sin resistencia.

La Instrucción de 1503 es el primer intento orgánico de incorporar la población indígena a la civilización europea. Sus disposiciones respecto a los indios están infor-

madas por dos principios rectores: 1o., hacer que los naturales adquirieran el modo de vivir, las costumbres y las ideas de los europeos, particularmente en cuanto a la religión y a la propiedad individual; 2o., fomentar la fusión de las razas sobre un pie de igualdad jurídica.

No necesito adelantar aquí las vicisitudes, limitaciones y fraudes que experimentaron estos principios al ser llevados a la práctica; pero es incuestionable que, desvirtuados y todo, fueron el punto de referencia obligado para fijar la condición legal de los indios. En las instrucciones que venimos comentando está esbozada la legislación de fondo respecto a los indios y el germen de las instituciones que pretendieron proteger y regular la vida indígena.

Así, el reconocimiento del indio como súbdito y vasallo le concedió, por un lado, los derechos civiles fundamentales—derecho de propiedad, capacidad de adquirir, enajenar y legar, potestad familiar—y le acarreó, por el otro, obligaciones religiosas y tributarias. La formación de pueblos estables de indios, controlados por un funcionario civil y otro eclesiástico, constituye el antecedente más remoto, tanto de las misiones sostenidas por los órdenes religiosos, como de las reducciones y corregimientos. Finalmente, en las disposiciones sobre la obligatoriedad del trabajo de los indios debemos ver el origen del servicio personal en sus variados aspectos. Lo que vino después de las instrucciones a Ovando no fué sino la aplicación y ajuste de las providencias contenidas en ellas, a las nuevas realidades étnicas y sociales que la conquista iba revelando.

No pudieron realizarse en toda su integridad las intenciones de los reyes, pero no por eso fueron desechadas. Cuando en octubre de 1508 se nombró a Diego Colón gobernador de las Indias en iguales condiciones que a Ovando, se le dieron instrucciones semejantes a las de éste. El cotejo de unas y otras permite afirmar que, en lo referente al tratamiento de los indios, las dadas a Colón no son más que la reiteración de las impartidas a Ovando, aumentadas con algunas disposiciones relativas a los repartimientos que se habían generalizado en los primeros años del siglo xvi.

## LA INFANCIA MAGICA Y REAL DE SARMIENTO Y JOSE MARTI

Por Fryda SCHULTZ DE MANTOVANI

### I. *Dos fisonomías de América*

Dos hombres hay que se levantan evocados por la naturaleza de sus pueblos: el paisaje les fijó el contorno, la tierra con sus antepasados invisibles los sintió de pie, y ellos alzaron su voz que era de primogénitos de la América. Aquel de fino rostro, pálida la piel sobre el hueso de los pómulos y la frente, el pelo con algo de hojas de palma en las costas del Caribe, puro cuencas los ojos en los que se marca una mirada nostálgica, como de alguien que mucho ha visto en vida corta, o “cual las cubas de madera noble, la madre del dolor guarda en sus huesos”, es José Martí, el que creyó que los héroes abonan en cuerpo y alma la tierra de sus hijos. Tuvo la palabra suelta y tocada de gracia, y con ese talismán, que era reliquia viva de su espíritu, Martí echó a andar su país cubano por la historia de América que ya se estaba cansando de que hubiera en su “familia de pueblos” una isla inerte, a su pesar, en el manotón petrificado de la colonia española.

El otro es Sarmiento, el que tiene “una ruda fealdad, como la carne del pobre” —Lugones lo dice—; el beduino de nuestras pampas, como él ve al rastreador o al gaucho de las carretas, con esa impronta que los Albarracines dejaron en su tez morena, hecho a otear el desierto de la patria y a plantarle encima oasis de hombres justos y de niños rumorosos. Sarmiento, el cuyano, traía el viento de los Andes, que también es familiar a la pampa, por la que se extiende adivinándola, y llegó con sus bocanadas al litoral de frutos agridulces, babélico, lenguaraz y peligroso. Un país que madura, se vuelve sensual en sus puer-

tos, como en sus labios el hombre. Pero en Sarmiento viven los peñascos andinos, arriscados e independientes, y el poder mágico de lo desconocido, que es la llanura, en la que "cuanto más hunde los ojos en aquel horizonte incierto, vaporoso, indefinido, más se le aleja, más lo fascina, lo confunde y lo sume en la contemplación y la duda" (*Facundo*). En el rostro de Sarmiento está la geografía moral de su tierra, hosca y audaz en la mirada, que ve a lo lejos, como quien se prepara a echar el lazo a la tormenta de guampas traidoras; la boca grande, apretada por el dominio de sí, que es buen jinete de los sentidos el alma jugándose a cada corcovo, y "las apariencias petulantés", como dirá él rebajándole el tono a su altivez, a su mueca de solitario despectivo, de higuera que regala sombra y frutos en el hogar paterno a despecho de los que quieren desconocer la fuerza de su tronco y talar la ternura de su follaje.

De este hombre de máscara montuosa salen voces claras, bien distintas, como las que se precisan para bautizar lo que pesa y crece sobre la tierra, que él la ve desde su estatura erguida y puede nombrar lo que existe, invocar lo que sueña, conjurar los fantasmas que se lo pisotean para que se sientan descubiertos e insultados, sabe reír y mofarse, apasionado y terrible, pero también la impotencia le revienta lágrimas cuando la imagen abolida del hijo se le aparece en su alejado destino para decirle, impertinente y dulce: "¡No llore! Un viejo como usted. . ." (*Vida de Dominguito*).

A estos dos hombres —tan distintos en la existencia, sólo semejantes en el noble poderío del espíritu— vamos a verlos a la luz de su propia infancia, la que vivieron, feliz o dolorosa, y la que guardaron, insubmersible en el tiempo, magia que poseen los creadores, los verdaderamente viriles que se siembran a sí mismos para echar espigas de ideas y de pueblos. Gabriela Mistral, explicándose a Martí, dijo que para ella "el hombre completo sería aquel que a los veinticinco años conserva listaduras infantiles en la emotividad y por ella en la costumbre, y que no ha desprendido al niño que fué, porque sabe que hay alguna monstruosidad en ser redondamente adulto" (*La lengua de Martí*).

II. *José Martí y su infancia*

Es José Martí el niño criollo y pobre que en sus pocos años advierte por primera vez lo que es vasallaje en el negro esclavo, castigado como la mula por un amo brutal, y ve que hay otra cosa, que se llama ser libre, no tener miedo a compadecer y a decir la verdad. Y es el hombre Martí, el amigo de *La Edad de Oro*, el padrazo que quería ser como el río Nilo cargado de hijos, el que dice a los niños con aquella voz venida de su infancia: "Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria". Estas son las primeras letras del espíritu, el abecedario que no se aprende en las escuelas. Y con un editor generoso comienza en Nueva York, en 1889, la publicación de su periódico infantil. A Manuel Mercado, su amigo mexicano, en la carta con la que le envía los primeros ejemplares de *La Edad de Oro* le dice cuáles son sus propósitos: "...llenar nuestras tierras de hombres originales, criados para ser felices en la tierra en que viven, y vivir conforme a ella, sin divorciarse de ella, ni vivir infecundamente en ella, como ciudadanos retóricos, o extranjeros desdeñosos nacidos por castigo en esta otra parte del mundo. El abono se puede traer de otras partes; pero el cultivo se ha de hacer conforme al suelo". Y añade todavía esta suprema razón: "A nuestros niños los hemos de criar para hombres de su tiempo, y hombres de América. Si no hubiera tenido a mis ojos esta dignidad, yo no habría entrado en esta empresa".

Martí es el libertador de su pueblo, pero sabe que los pueblos no se libertan con una espada ni con una ley gratuita. Preciso es comenzar por libertar al hombre, despertándolo de la apatía miserable en que lo sumen, más que el poder tirano, el egoísmo, la comodidad ramplona, el interés pequeño del negocio de compraventa o la minúscula vanidad de ser obsequiado por el mandón que lo desprecia. A tales actitudes ni siquiera se les puede dar el nombre de cobardía. "Hay hombres que son peores que las bestias —enseña Martí— porque las bestias necesitan ser libres para vivir dichosas", y cuenta a los niños el caso del elefante, que no quiere tener hijos cuando vive preso, o la llama del Perú, que se echa en la tierra y se

muere cuando el indio le habla con enojo o le pone más carga que la que puede soportar. "El hombre debe ser, por lo menos, tan decoroso como el elefante y como la llama".

### III. "La Edad de Oro"

LA elocuencia de Martí, "áspera, capitosa, relampagueadora"—tal como se la admira Sarmiento—en *La Edad de Oro* se vuelve pura expresividad infantil: busca los períodos cortos, la repetición unida por esas interminables "y" con que se enlazan las acciones en los cuentos y forman la médula esencial de su dramatismo; elige las palabras sencillas y humildes, como las que su madre emplea para escribirle cartas. Gran acierto es éste de contar como si estuviera inventando situaciones o viéndolas en el aire, en un desfile apremiante de sustantivos y verbos que casi no dan respiro al buen contador, arrebataado, como el oyente, en un tapiz de maravilla del que es forzoso no dejar caer en olvido ni siquiera una palabra. El lenguaje de Martí para dirigirse a los niños no es extraño al de esa Leonor Pérez, su madre, que adivina que tiene un hijo héroe y acaso morirá mártir, pero no quiere darse por vencida de su ilusión de normalidad; esa normalidad en la que los demás hombres viven largo tiempo y sin sufrir. Es curioso, pero las madres conservan, como los niños después de haber perdido su creencia en los Reyes Magos, el germen pequeñito de una ilusión con la que se mienten vivir en paz mientras fingen aceptar la realidad. El tono de doña Leonor, en todas sus cartas, es como para tranquilizar a un niño que no quiere dormir, y con la esperanza de soplarle sus propias creencias apaciguadoras, enhebra personajes familiares, caricias y moralejas: "Tu padre fuertecito por ahora más que yo, tus hermanas te mandan un abrazo hasta que te escriban y yo un fuerte regaño para que no estés tan caviloso que este mundo no lo arregla nadie, y es preciso tomar las cosas con resignación, que la vida es harto corta y es doloroso pasarla tan triste; ánimo pues y un abrazo de tu madre".

Martí toma de ella ese lenguaje directo, dejando de lado la moraleja maternal que corta las alas, y sabe cómo hacer para que lo entiendan los niños, para llegarles, no despojado de la suntuosidad crepitante sino confundido en cuerpo y alma con su riqueza natural, como los reyes indios, que eran hermosos por el sol más que por la pedrería. Ni siquiera parece costarle mucho desnudar su lenguaje. Ya le ha llegado, junto con el primer número de *La Edad de Oro*, la satisfacción de vencer “esa excusable malignidad del hombre”—como dice este perdonador— que quería verlo por debajo de sí al emprender una tentativa infantil, y la sorpresa de aquellos que han visto “que se puede publicar un periódico de niños sin caer de la majestad a que ha de procurar alzarse todo hombre”.

En *La Edad de Oro* la primera lección es la de los *Tres héroes*, los que lucharon por que la América fuese libre: Bolívar, Hidalgo y San Martín, los padres que dejaron una “familia de pueblos”. Pero no es la suya historia escrita sino contada, como vivida, sentimentalmente. “Sentidor”—dirá de él Unamuno— sentidor tanto o más que pensador”. Es que para Martí su América no es documento frío sino inspiración de vida; él la siente palpitante entera, patria total que le cabe en las venas, misteriosa como la vida misma de la que tiene el tiempo contado. Para él ya es hora, dirá pocos días antes de su sacrificio en Dos Ríos; pero la América no tiene término. El se siente un leño más para encender la infinita llamarada. Para eso se le ha encarnado una voz insobornable; que nunca es hojarasca retórica ni follaje que se agita en huracanes sin sentido. Por eso interrumpe la publicación de *La Edad de Oro*, a los cuatro números. La razón es que el editor, por buena fe o intuición comercial, quiere que Martí hable del “temor de Dios” y que sea el nombre de Dios el que allí se repita como tintineo en letras visibles en vez del espíritu evangélico que de veras flota sobre esas páginas.

El gran escritor que hay en Martí está sostenido, adherido al hombre y su palabra no es nunca vestidura lujosa sino piel verdadera, imposible de quitar sin desolladura. Admira la obra intensa que dejó escrita, al punto que parece milagro el tiempo que en vida tan breve rindió

tanto fruto. Se nos aclara la cosa si pensamos que la literatura no era en él sólo un producto de su inteligencia ni de su imaginación enriquecida de cultura, sino legítimo fervor de alma, que todo tiene que decirlo porque vive en todo, y así le sale lo que escribe, temblando de humanidad, como criatura que padece y goza. Más de cuatro mil páginas en papel de seda, en dos gruesos tomos de homenaje publicados por la Editorial Lex de La Habana, 1946, constituyen la obra escrita y viviente de José Martí. Abarcan casi todos los géneros en prosa y poesía, sin contar más que un reducido número de cartas, esas en las que está el Martí entrañable. Aun en sus últimos días de 1895, en la campaña que emprende para rescatar su patria cubana, él se da tiempo, entre marchas agotadoras, viajes, entrevistas y preliminares de la acción, para llevar unos apuntes en los que anota ocurrencias, rasgos de gente humilde o describe escenas de una naturaleza que lo embriaga. Y esas páginas prodigiosas de sonriente pulcritud no están hechas para ninguna publicación, ni siquiera para cumplir un deber, si no es aquel íntimo de volcar su recuerdo de hombre en dos criaturas lejanas y queridas, Carmen y María Mantilla. Es el suyo un diario de viaje que tiene candidez poética, a veces parecida al desafío irresponsable con que puede jugar un niño a cazar mariposas en el umbral de la muerte.

En esos mismos días escribe la última carta a su madre, aquella con la que pretende acallar sus reproches de amor: "¿Y por qué nací de usted con una vida que ama el sacrificio?"

En el lejano contacto de su infancia con la realidad del amo y del esclavo se fija el germen de lo que habría de ser en Martí una obsesión noble:

Otros de lirio y sangre se alimenten:  
¡Yo no, yo no! Los lóbregos espacios  
Rasgué desde mi infancia con los tristes  
Penetradores ojos. . .

*Canto de Otoño. VERSOS LIBRES.*

Acaso, al volverse conciencia la obsesión, termina la edad del niño que pasea junto al arroyo y finca su alegría en un hermoso gallo al que su padre puede arregar la

cresta. Pero para su alma no termina la edad generosa, aquella de la infancia, que no entiende de intereses de hombre porque a sus ojos brilla más lo invisible. Y en ese sentido mágico del mundo radica el nervio de la visión infantil. Todo lo que para el hombre sirve, al niño le es indiferente: lo inútil se le vuelve precioso y lo escondido le atrae como un misterio que rota a su potencialidad de pequeño dios en acecho. ¡Cómo no había de imantarlo esa oculta fiebre por la que veía sufrir y castigar! Para él es más bella la espalda lustrosa de un negro que el látigo que lo desnuda de harapos. Y su lengua se hace por eso más limpia y fragante cada vez que habla de un negro en la batalla o lo ve erguido sobre su caballo, vengador apocalíptico, junto a los hermanos blancos que como él luchan por una redención que los iguale. Al negro, Martí le llama, padre, caballero y señor.

Con aquellos ojos puros de la infancia, que la madurez no percude en Martí, contempla el mundo y los hombres como si no quisiera darse por enterado de esta o cual otra mancha que llevan fisonomía y nombre. El maldice del odio en particular, y ya se ve cómo no combate más que por grandes sentimientos. Sólo que los sentimientos se vuelven ideas fijas, a fuerza de subir su tinta desde el corazón a la cabeza. Por eso un poema de sus *Versos Libres* lleva el extraño título de *Odio al Mar*, al elemental gigante cantado por poetas, venerado y temido:

... si hallo un infame al paso mío,  
 Dígolo en lengua clara: ahí va un infame,  
 Y no, como hace el mar, escondo el pecho.  
 Ni mi sagrado verso nimio guardo  
 Para tejer rosarios a las damas  
 Y máscaras de honor a los ladrones.  
 Odio al mar, que sin cólera soporta  
 Sobre su lomo complaciente, el buque  
 Que entre música y flor trae a un tirano.

#### IV. El "Ismaelillo" mágico y el real

POR esa misma raíz de infancia que consiste en ver lo oculto, sintiéndolo latir, reflejando en él sus voces des-  
 oídas, Martí se rodea de símbolos con los que desdeña lo

que no es más que apariencia. Pero los suyos no son símbolos literarios con los que guste paladear su imaginación. Hondo sentido tienen, y él los descubre y los nombra, porque le siguen los pasos. Hay un niño en su vida, su hijo, que también es José. Pero al que él llamará Ismael, como al hijo de la esclava Agar que echaron al desierto. Y Martí, que lo ama "sobre todas las cosas de la tierra y del cielo", lo invoca con ese nombre escogido entre los tristes, para "que no sufra lo que yo he sufrido", dice; en su espíritu el nombre es talismán, que protege al rechazar el daño. Además, Ismael significa "el fuerte contra el destino", y eso es el hijo de esclava, el despojado, verdadero rey entre los hombres.

Los quince poemas que forman el *Ismaelillo*, su libro, no guardan otra intención que la que pueda llevar una caricia. Son riachuelos, como Martí los llama, pero drenan una ternura que lo ahoga en la ausencia. "Si alguien te dice que estas páginas se parecen a otras páginas, diles que te amo demasiado para profanarte así"; declara en su dedicatoria el orgulloso y abatido padre de manos vacías, el desventurado de amor, que siempre tuvo que vivir en el destierro. No son poemas que pueda entender el niño, ese José-Ismael que jugaría con las palabras sin hallarles sentido, tal como él lo pinta sentado en el lomo de un incunable, echando a volar las hojas amarillas de pensamiento y versos, fabricándose un carcaj o esgrimiendo aquella pluma nacida "para marcar frentes infames".

¡Oh, Jacob, mariposa,  
Ismaelillo, árabe!  
¿Qué ha de haber que me guste  
como mirarle  
de entre polvo de libros  
surgir radiante,  
y, en vez de acero, verle  
de pluma armarse,  
y buscar en mis brazos  
tregua al combate?

¡Vaso puro de nácar:  
dame a que harte

esta sed de pureza:  
los labios cánsame!

.....  
¡Hete aquí, hueso pálido,  
vivo y durable!  
¡Hijo soy de mi hijo,  
él me rehace!

No pretende enseñarle nada, como no sea a despreciar al rey amarillo que tiende su dominación de impureza sobre los hombres. Que no es el poema una enseñanza: las palabras de Martí se parecen más al efluvio con que la sibila sugestionaría a los mortales, soplando sobre su cabeza. Estos versos tan diáfanos, que para su madre estaban en prosa porque los veía reales, son de una milagrosa especie no intentada sin rebajarse por ningún otro poeta. Tienen algo de ilógico, como las canciones de cuna, que son diálogos del alma desdoblada: un solo personaje que habla y se contesta en enloquecido rito. La oración es semejante a esas canciones de madre; pero el creyente nunca se embriaga ni pierde el tino, porque el amor religioso es respeto y anulación de sí. Los poemas de *Ismaelillo* tienen algo de plegaria y de canción de cuna deshabitada, y son delirantes como la ternura, misteriosos como si conjurasen con extraño mandato que pierde la hilación a fuerza de tener sentido.

Algunos años más tarde reaparece en los *Versos Sencillos* el tema del hijo, pero al mismo tiempo es reaparición nunca olvidada de ese sentimiento de tiranía y libertad, eje de la vida en este gran purificador. No hay un hecho real que forme la médula de esos versos; no es más que el símbolo de su obsesión lo que le hace decir:

Por la tumba del cortijo  
donde está el padre enterrado,  
pasa el hijo, de soldado  
del invasor: pasa el hijo.  
El padre, un bravo en la guerra,  
envuelto en su pabellón  
álzase: y de un bofetón  
lo tiende, muerto, por tierra.

El rayo reluce: zumba  
 el viento por el cortijo:  
 el padre recoge al hijo,  
 y se lo lleva a la tumba.

## XXVIII. VERSOS SENCILLOS.

Es que él es ese vengador supremo, el *sentidor*, como lo llama Unamuno, capaz de luchar no sólo con lengua de ángel sino con brazo de exterminio.

V. *El niño que ve lo invisible*

LA infancia es un misterioso estado de virginidad por el que el alma vive no en contacto sino en comunión con el mundo. Las cosas del mundo, fuera de su existencia natural—que el niño casi no toma en cuenta—viven real y efectivamente en su alma. ¿O es que el niño vive en ellas? Lo cierto es que todo tiene distinto aspecto y funciones para esta alma no usada por el interés o la mezquindad. El niño siempre es un Robinson que bautiza al mundo, y aun es mejor que el literario, porque si aquél descubrió la utilidad de las cosas para su existencia éste descubre que sólo él es útil para dar existencia a las cosas. Por eso es el niño una potencialidad creadora, un empuje que hace germinar la vida a su alrededor. Con el aliento de su alma da vida a las cosas, que sin él quedarían inertes, mera naturaleza reducida a tamaño natural. Y no es con la imaginación con la que realiza este milagro. Mucho más compleja es esta fuerza creadora de la infancia, que duda de sus ilusiones y avanza más allá de sus dudas y de sus propias creencias. No es un iluminado ni tampoco un ser de fe. Ni inventa ni recibe dogmas. El niño es anárquico, pero congruente. Recibe la vida que le va llegando, pero no es tan poroso que se deje ablandar y amoldar por ella, por lo menos sustancialmente. La infancia preside la vida adulta y reaparece en los mejores hombres, cristalina y sin gusto a tierra, como el agua de las capas profundas.

Algo de ese estado puro —que siempre marca huella en la memoria de los pueblos— quedaría en ese Martí dul-

ce y violento, negado por torpes enconos y domador o encantador de hombres que se le apegaban, como aquel David de las Islas Turcas, marino de pies roídos, que en la fuga medrosa de los otros —cuando la expedición de Cabo Haitiano— le pone su chaquetón de almohada “y era la goleta él solo”, y se echa de bruces contra la vela en el momento de separarse. Este es el Martí que vemos a la luz insumergible de su infancia. Porque conserva, y le resplandecen, los ojos de niño para ver lo invisible, lo que más vale y nunca se muestra como medalla en el pecho de los hombres. Es el Martí sin más odio que al odio, el que quiere que las palabras sean “montes de sentido”, el que sólo le parecen definitivas “las conquistas de la mansedumbre”, el que cree que el decoro es el que da “esplendor a los rostros más oscuros”. Y en la última jornada de esa batalla por la dignidad de los suyos, que él emprende para la independencia de Cuba, cuando va a tocar el nudo de lo misterioso que sus manos infantiles señalaron para alumbrar su propia vigilia sin descanso, podrá decir, el lúcido, el insumiso, que al fin siente en sí algo puro y leve, “algo como la paz de un niño”.

Es que ese tremendo borboteador de símbolos tiene la palabra que guía y la palabra que responde, hecha una misma con su vida, que él no es nunca el comediante adulto sino el ser de infancia creadora. Despierta a lo inanimado para encender, con la mágica comunión de su alma, una sola pureza: la libertad, que los que son menos que hombres quieren sofocar en el hombre.

#### VI. *Aventura de tiempos homéricos*

NUESTRO Sarmiento no tiene edad, como la pampa. El mismo parece una fábula o una aventura de tiempos homéricos. Y se pone a contarnos su genealogía con la lengua del Génesis, como quien apisona y nivela para levantar andamios. El tono tiene algo de las pláticas de aquel José Castro, clérigo que adoctrinara a Paula Albarra-cín y demás madres sanjuaninas a fines del XVIII y comienzos del siguiente. El cura que predicaba con sus santos laicos bajo la sotana, su Rousseau y su Feijóo tan

conocidos como el Evangelio, y salpimentaba sus sermones con chistes y críticas alegres para sofrenar en seguida la risa con una advertencia moral que ponía repentinamente serias a las almas. Sarmiento tiene la salud jocunda, como los pastores criados a la inclemencia, y sus desplantes poderosos no son sino exceso de vida que se le suelta en ansias de atleta civilizador sobre la nada hostil. El no es atacado—dice confidencialmente a Bienvenida Sarmiento—sino “de cuando en cuando por los diarios que me tienen *¡a la muerte!* única enfermedad grave que sufro”. Pero no se deja abatir, y como los gauchos que describe en su *Facundo*, se enfrenta a todos los tigres con la palabra a guisa de facón y el poncho en el otro puño, para metérselos por la boca, no sin antes lanzárlas en el tumulto de la pelea un montón de esos epítetos de buena prosapia—española arcaica o montonera, lo mismo da—con los que marca las caras dejando a salvo a los ascendientes. Porque él venera hasta a los padres de Facundo. Y cuando quiere pintar a Quiroga con tintas que lleven a la execración no encuentra mejor manera que dejarlo como mal hijo, que abofetea a sus padres y les quema el techo de la habitación mientras duermen, aunque repetirle le da tristeza y asco. Se resiste a creer en la aberración, tortura de todo pecho honrado.

El estilo de Sarmiento es viril, como no lo es porque no tienen ninguno “esos señoritos que se pasan la vida piropeándose los unos a los otros”—y es Unamuno el que así lo ve, añadiendo: “. . . Sarmiento le tuvo porque no se preocupó de tenerlo, ni fué un orfebre, sino un recio forjador que batió el hierro en caliente, sobre un yunque levantado en medio del campo, al aire abierto, y no en torre de marfil” (*Contra esto y aquello*). Hay un ímpetu que mueve ese estilo, una pujanza que no admite cercos ni soporta riendas. Sarmiento está todo vivo, exuberante de salud pura en cuerpo y alma. Y porque se siente vivir, sabe que lleva en su salud salvaje todos esos atributos de barbarie cuyos pecados anatematiza porque conoce tan bien. Sorbe con deleite ese viento que se encabrita en las almas de la pampa, porque lo sabe elemental, como el soplo que guiaba a los patriarcas en el desierto. El, que quiere la civilización a toda costa y se tajea las

manos por conseguirla, se conmueve en 1838, en la Sierra de San Luis, contemplando el cuadro homérico de la plegería de un patrón campesino, a la puesta del sol, coreada por mocetones de labranza, entre balidos de ovejas y caballos que piafan en el palenque: "...creía estar en los tiempos de Abraham —dice—, en su presencia, en la de Dios y de la naturaleza que lo revela. La voz de aquel hombre candoroso e inocente me hacía vibrar todas las fibras y me penetraba hasta la médula de los huesos". (*Facundo*).

Este grande hombre tiene el instinto de lo sobrenatural. Olfatea lo invisible, como aquel José Martí obsesionado del decoro que dijo cierta vez "es mi hostia el alma humana", porque la quería limpia de esclavitud, tan pura y libre como el Creador la puso en el hombre. Para conseguirlo predica y muere el cubano, y Sarmiento empeña su larga vida de misionero de la libertad en tierra de infieles, conversos y herejes hasta nuestros días. Pero también lo siguieron y lo siguen creyentes que son, hasta hoy, los esforzados en este rudo trabajo del espíritu contra la incuria desdeñosa que quiere volver a la siesta colonial y a la barbarie que nos pisa los talones.

En el cubano el sentimiento del decoro es la libertad, que Sarmiento expresa en sus dos temas fundamentales: destruir caudillos en la guerra o en las ideas y promover la educación del pueblo. A nuestra América le irrumpen a menudo esas excrescencias de mala autoridad, antiguos ieques de feudo o caudillos de horda ensalzados por el humo fácil de la ignorancia y la complicidad de tahures en acecho. Sarmiento conoce el remedio heroico, que es amputarlos de raíz; aunque los caudillos americanos son como la cabeza de las Gorgonas, a las que les crecían nuevas serpientes con cada tajo que les daban. Por eso es necesario a la vez, y con mayor intensidad, educar al pueblo, medida sanitaria que evitará esos crecimientos degenerados. ¡De dónde sabe tanto este cubano que tuvo que informarse a la desamparada luz de una vela, en la trastienda de un comercio, sorbiendo las noticias del mundo en el aire aldeano de su provincia o de la boca de sus contados mentores de adolescencia, en la mina chilena o en el peregrinaje audaz del que está siempre solo, rumiando

sus obsesiones? El no tiene descanso ni sabría qué hacer con el ocio, del que también abomina, como de un enervamiento tirano que se parece y conduce a la muerte. Paula Albarracín, su madre, de la que le viene esta comezón sabrosa de actividad, tampoco se sabía estar mano sobre mano, ni siquiera en la vejez de sus años inquietos. Pero lo que él sabe no son tanto letras, ni “tecniquerías” ni “voluptuosidades acústicas”—como gusta decir Unamuno, que se siente prójimo de nuestro Sarmiento—. Su sabiduría indomesticable es la que le viene de adentro; lo demás son noticias, para que no le quede *el mundo a oscuras*. Vemos a Sarmiento arremeter contra todo lo recibido, así sea el lenguaje, porque él no admite formas estancadas que lo envuelvan como a criatura fajada, y para las Provincias Unidas quiere un verbo autónomo, que reconozca progenitores, pero que no le sea mordaza la tradición y que no se desvanezca en lo mefítico en vez de respirar un aire libre: “. . . Y bien, ¿a cuál de estas dos épocas quieren nuestros puristas pertenecer en la forma de sus escritos? ¿A la aristocrática, eh? Pero mal que les pese no lo han de catar; porque he aquí que nos presentamos nosotros y, arrojando al público una improvisación sin arte, sin reglas, hija sola de profundas convicciones, logramos llamar la atención de algunos, y sentándonos en la prensa periódica estamos diariamente degradando el idioma, introduciendo galicismos; pero al mismo tiempo ocupándonos de los intereses del público, dirigiéndole la palabra, aclarando sus cuestiones, excitándolo al progreso. Y cuando los inteligentes pregunten quién es el que así viola todas las reglas y se presenta tan *sans façon* ante un público ilustrado, le dirán que es un advenedizo, salido de la oscuridad de una provincia, un verdadero *quidam*, que no ha obtenido los honores del colegio ni ha saludado la gramática. Pero esto no vale nada. *A cada uno según sus obras*, ésta es la ley que rige en la república de las letras y la sociedad democrática”. (*Primera Polémica Literaria: Segunda contestación a un quidam. Mercurio* del 22 de mayo de 1842).

El es el combatiente sano, que estalla de risa cuando los demás se enojan, y adrede pone el ceño adusto para

que se vea que está resuelto a seguir adelante. Pero le hierve la risa, que no es de colérico sino de emotivo que se excita en la lucha.

VII. *Sarmiento y el pozo de luciérnagas*

**P**ARECE imposible hablar de la infancia de este hombre al que nunca se le ve la edad, como a la montaña. Y sin embargo se le siente en lo hondo una cosa pura, algo como el rumor de esas vertientes escondidas entre la breña y que la luz revela, enternecida, porque es cosa de maravilla un pequeño hilo de agua que sale de la piedra remota.

En sus cartas de Nueva York a Buenos Aires, Sarmiento habla de un pozo de luciérnagas que le ha quedado en ese subsuelo de infancia que es su intimidad madura: "Yo he visto cuando niño, un pozo de donde millares de luciérnagas acudían y descendían a la prima noche. Era en el campo, en un gran paseo a caballo y alguien me llevaba por delante. Sacando la cuenta mi madre, de la época en que mi padre tuvo una chacra de trigo y hubo en efecto un gran paseo, llegando la comitiva a esa hora, se averiguó que el niño había por la primera vez, a la edad de dos años y medio, visto las luciérnagas, aunque el pozo fuese una ilusión o un error del recuerdo". (*Páginas confidenciales* de Sarmiento. Prólogo de Alberto Palcos).

Esas luciérnagas se le aparecen, fantásticas otra vez, del pozo de su infancia cuando contempla la fiesta de luces de Chicago, la *Sangerfest* de los alemanes cantores en el Nuevo Mundo. En los Estados Unidos Sarmiento se embriaga de actividad, de iluminación, de bulliciosa vida, como los niños que todo lo quieren ver y palpar, y subir a las mil ruedas volantes y oír al que predica y al que canta. En Boston, durante la semana en que se reúnen las sociedades filantrópicas y religiosas, asiste sin pestañear a seis sermones por la tarde y otros seis por la noche, en un solo día, porque él todo lo quiere saber, en todo quiere estar, con ese derroche de cordial interés que le rebasa por todo aquello que agita y mueve a los

hombres en una colmena. El es un curioso diplomático, intempestivo en el protocolo, que muda su despacho de Washington —donde se juega al tresillo— a Nueva York, donde la vida es más intensa por el trabajo, y recorre los demás Estados de la Unión, estudia sus instituciones y se entremezcla con el pueblo. Cree así cumplir mejor sus deberes de representante de la pampa, donde todo hay que fundarlo; y es preciso conocer, tomar, amoldar, crear las cosas para ganarle el tirón al instituto cerril del coloniaje, que venía detrás de él—como dice a María Mann— “cerrando colegios y escuelas, suspendiendo diarios de educación, y borrando mis huellas en Chile, Buenos Aires, San Juan! Ahora la he emprendido con toda la América”, añade. Y está bien ese verbo en boca del gran emprendedor, que siente que su existencia estará siempre llena de trabajos de Hércules.

#### VIII. *Los muchachos bravíos*

LA infancia que queremos ver en Sarmiento no es una abstracción, como la que acaso puede caracterizar a los hombres que nacen en tierras más serenas, donde el paisaje se mide y pesa con la mirada. Esas estampas coloridas, de niños rubios y finos, caben bien en las páginas de un cuento de Perrault. Allí los lobos son crueles, como las madrastras, pero todos hablan en forma de discreto galante, como conviene a esa naturaleza de bosques comedidos y colinas del siglo XVIII, barrida y perfumada a la francesa. La infancia graciosa tiene mucho de su paisaje. Las cabezas se despeinan, como los árboles, pero todo dentro de una armonía natural y apacible, como la brisa y los ademanes.

Otros son los niños que aparecen en este suelo impensado de montañas, ríos y llanuras. Se detiene la mano, encogida, al querer llevar una caricia a estas cabezas infantiles, hirsutas como su contorno, y cree uno hallarse ante aquel *Piojito*, camarada de Sarmiento en sus *Recuerdos de Provincia*, capaz de lanzarnos al ojo una pedrada por toda respuesta. Estos son muchachones bravíos, que se ofenden con la dulzura, pues en ellos está el germen

revuelto de aquellos paisanos de la provincia de Buenos Aires que llamaban "cajetiya" al hijo de la ciudad—tal como se los describe en *Facundo*—pero que saben imponerse silencio cuando ese "cajetiya" es Esteban Echeverría, un poeta. Y esta es la infancia que aparece en Sarmiento, de varonía inocente, pura exhibición de fuerza para espantar debilidades ajenas, la cara movable, entre el mentón que desafía, el ceño que acomete y la boca burlona, listo el puñetazo que en una lengua sin merengues se llama trompada. "En el año, pues, del Señor no sé cuántos, que los niños no saben nunca el año en que viven—nos dice este montaraz que en todos sus escritos evita las palabras tiernas para que no se le afemine la boca—hicimos tres o cuatro jornadas más o menos lucidas, con más o menos pedradas y palos dados y recibidos, terminando un domingo en deshacer un ejército y tomar prisioneros generales, tambores y chusma, que paseamos insolentemente por algunas calles de la ciudad". Y a continuación nos cuenta las andanzas de Piojito, Barrilito, Velita, Chuña, Guacho, y Capotito, héroes todos de esa infancia montonera en la que campea, no sin derrotas gloriosas, el obedecido general en Jefe, que es este cuyano, primero en las letras y en las armas, que se pavonea con sus talentos tanto como con su fuerza física. Es de darle crédito al hombre, que ya de niño se jactaba de no merecer fama de embustero, esa "innata y adorable disposición" que distinguía a sus manes familiares—que son los nuestros—. El se combate esa mala yerba del embuste, signo de debilidad infantil en quien lo emplea, persistente en aquellos que se alzan sobre la fantasía a veces embrionaria de nuestros pueblos, permeable a todos los embelecos que les prometen paraísos de cartón pintado y lluvias de chafalonía. Sarmiento sabe el modo de aventar la mentira, que es educar al pueblo, extirpándole esas candideces retardadas, y hacerlo de veras fuerte, válido por sí mismo, sin más caudillo que su propia decisión de vivir libre y en paz.

Pero si tiene el instinto de lo invisible—como los campesinos que reconocían al poeta—es porque, a la vez, no se le enturbian los ojos con lo aparente. Para aguzar la visión no hay como ejercitarla sin miedos, descubriendo

las formas, con lo que se consigue dibujar el contorno que nunca está vacío. Ese "haber aprendido a mirar con atención", en lo que Goethe hacía consistir el mejor de sus poderes, también se da en Sarmiento que, desde niño, sin arte ni maestros de dibujo, copiaba la cara de San Jerónimo para reproducirla después de distintas maneras, en todas las edades y sexos, incansable de particularidades que le revelasen el misterio del hombre en todo lo que constituye su vida. Pero el verdadero aprendizaje no es de dibujante, ni siquiera de gran escritor, que lo fué tanto: el suyo es aprendizaje humano, para el que ya traía una potencialidad de esas que exigen vivirse en todo lo extenso y profundo que una existencia proporcione.

IX. *La fiebre del genio. Vida de Dominguito*

PARA su gloria —y nuestro menguado agradecimiento, que no sin enrojecernos podemos recordar que le debemos a este furioso de limpieza lo mejor, que estamos olvidando— Sarmiento tuvo en su infancia quien "abrigara de la fiebre del genio a aquel hijo precoz", como decía Martí del padre de Heredia. Por lo menos José Clemente Sarmiento, el ignorante, el padre enardecido de patria, lo agujoneó sin descanso en su afán de lectura, "y si no pudo darme educación por su pobreza —como agradece el reconocido— dióme en cambio por aquella solicitud paterna, el instrumento poderoso con que yo por mi propio esfuerzo suplí a todo, llenando el más constante, el más ferviente de sus votos".

La infancia real de Sarmiento es como la que se da en nuestro suelo, hermosa y salvaje, que no se puede acariciar sin riesgo de espinarse las manos. Por eso se nos aclara la visión para contemplarla, y a los ojos encomendamos una ternura que sepa salvar la corteza arisca sin ofenderla. De ahí que es mejor aprender a ver, antes que a palpar o a azotar a estos niños terribles. A ellos les queda, cuando maduran, un sabor de infancia que les sube a los labios, y que se muerden para no dejarlo escapar. Se les contiene, pecho adentro, y bien saben los viriles, con ese aire de gravedad ceñuda —tan parecido al de los

niños malhumorados— que van despertando a su paso sentimientos dulces, que ellos a sí mismos se niegan con rigor. Así se cumple en Sarmiento, a quien las mujeres “cobijaron bajo el ala de madres” o “ayudaron a vivir en los largos años de prueba”. Destino de estos rechazadores de la ternura es que la ternura los siga, dondequiera que vayan, y los acose, humilde y poderosa ella también, feliz de verse reflejada en lo más oculto, aunque se le rían en la cara.

Y sucede que la infancia se hace mágica en estos hombres. Se les vuelve una obsesión, evocada a perpetuidad. Viven por dentro el niño que se retacearon. Y lo buscan sin descanso, para despejarle el camino, como lo hace Sarmiento que “sentó a la mesa universal a su país, y lo puso a jugar con modelos de escuelas, de máquinas norteamericanas, de ferrocarriles”, tal como se lo reconoce Martí; o se contempla en ese Dominguito niño, adolescente y héroe, en el que quiere verse, embellecido como la mañana después del huracán.

La *Vida de Dominguito* es el libro de la otra infancia de Sarmiento, la que vive mágicamente, así como *Recuerdos de Provincia* es el de la realidad evocada. No se sabe cuál es más suya: ninguna parece criatura literaria, las dos están vivas y confundidas en un milagro de unidad que no realizó otra sangre que la del alma. No es un viejo el que goza con las travesuras del niño que finge ser marinerito inglés con las dos únicas palabras que ha podido pescar: “yes, sir”; ni el que se deleita con las primeras letras escritas con carbón en un libro en blanco, donde está aquella venganza infantil de un agravio recibido. A Sarmiento se le adivina el gozo sin malicia, la carcajada cuando escribe: “Dominguito vino de la calle enfurecido y tomando su librito de lecciones hizo en él la caricatura de Delfina —una niña de su edad— con patas de langosta, alas de murciélago, cuernos de cabra y otros signos agravantes de fealdad. La figura se parece tanto a Delfina como a una rana, pero él evitó todo error posible, poniéndole su nombre en todas sus letras y como con una corona de calificativos femeniles que si no prueban que el objeto de su rencor es una mujer perdida, prueban que

los niños oyen en la cocina todas las palabras injuriosas que la lengua contiene y otras más como *chiquisa* que se han inventado ex-profeso, como si escasearan". Sarmiento no es el abuelo que se embelesa o se enfada con la inocencia, ni el adulto que hace disquisiciones de moral. Sus argumentos en estos casos tienen más de disculpa en la que late la risa que de severa observación de dómine. El es el niño que revive contando, y se da tanta parte en las picardías como en las aventuras gloriosas. Veámoslo, si no, cuando incita a Dominguito, de seis años, para que vaya y vote en unas elecciones chilenas de renovación del Congreso, en 1851, y repite el diálogo entre el votante y el presidente de mesa. La frescura de lo absurdo, contado seriamente, se llama nada menos que juego. Impetu de juego, que es como un remesón de las entrañas viriles. O veámoslo también cuando describe, con el aliento en suspenso, la primera gran emoción del niño cabalgando en su mampato: "Levantó ambos brazos al aire, con las manecillas vueltas hacia afuera para indicar a padre y madre que estaban a ambos lados que se alejasen, que no lo tocasen, para tener la dicha, la gloria de tenerse él solo en el caballo, a quien impulsó a andar más bien con la voluntad; y siguiendo al caballo, y teniéndoselo de la rienda, dió la procesión vuelta al patio en cuadro, él en la misma postura de los brazos fijos, con la mirada hacia adelante, con la sonrisa de beatitud que los escultores griegos ponían en sus estatuas de divinidades, inefable, inmóvil, religiosa, revelando el arrobamiento del alma, mezcla de placer y de veneración". Aquí está toda la infancia contenida de este grande hombre rudo que poseyó una vida total en la que nada le fué ahorrado. Tuvo su niñez en represa, como sólo les es dado a los que son verdaderamente creadores, fundadores de ideas y de pueblos, para que ella, su niñez, les aflore con ese tremendo empuje de pureza, parecido al diluvio que él reclamaba de Dios nada más que por dos horas. "Me arrepiento de haber criado" —diría Dios, según Sarmiento— "... a los go-dos y a sus hijos. . ."

X. *Magia y realidad*

**P**ERO lo que tiene más indudable raíz de infancia en nuestro desafiante cuyano es que nada le parece imposible. Su misma intrepidez, tomada muchas veces por vanidad, jactancia y otros nombres feos, no es nada más que un signo viril de su alma, en el que está lo más puro y perfecto que es la infancia. Y a nadie disminuye el que se la descubran, ya que sin ella nadie puede tener auténtica calidad de hombre.

Sarmiento veía oasis en el desierto, ciudades populosas de la pampa, "con una verdad de ilusión tal" —como él dice de George Sand y de su libro *L'histoire de ma vie*— que nadie puede frecuentarlo "sin sentir que esa es la propia historia de su alma, esas fueron las dulces ilusiones de sus primeros años, atravesando arroyos imaginarios, viendo mundos extraños en el mundo real de la vida; vida ordinaria para los adultos, pero no para los niños, para quienes sólo es poesía, ficción, encanto". Y añade en esa misma página, con su noticia sobre Renán en un artículo de filosofía griega, estas palabras que son reveladoras del origen de aquellos cuentos que fecundaron la imaginación de los pueblos tanto como reveladoras de la estructura de su propio ser, en el que se da una mágica confluencia de lo maravilloso y lo real: "Todo era portento: la vida, la muerte, el rayo, la luz, el cielo. Lo único que les había sido difícil era saber qué cosa era natural".

Sarmiento y Martí son estos hombres cuya fisonomía se dibuja con los elementos de su pueblo. Sin parecerse, sus rasgos tienen no sé qué belleza común que les da el furioso amor y el esperanzado destierro. La América que habla español— se ve en ellos, como que por magia le han salido para hacer patente su realidad en el mundo. Mueven una lengua aprendida y entre sí dicen cosas similares, como libertad, decoro, educación, no más caudillos; pero el acento les es propio, aunque nace de un parentesco de tierra y alma nueva.

Sólo quien sienta a su infancia, como un mandato de pureza ardorosa, podrá unir su voz a la de estos arrebatados de lo invisible que gozaron arrancando disfraces. La verdad debe estar desnuda en América.

## MACHU PICCHU

**P**ARA los que anhelamos profundizar en el conocimiento de los orígenes de nuestra América, tiene una atracción extraordinaria recorrer el Perú y llegar hasta aquellas regiones en donde se encuentran algunos de los vestigios más remotos de la cultura del hombre americano.

Conforme uno se interna por la región andina se experimenta un fuerte sentimiento telúrico y una profunda sensación de siglos, y se vuelve, puramente, fervorosamente a la naturaleza despojándose de todo aquello artificial que la civilización ha venido acumulando a nuestro alrededor.

Ante la grandiosidad de aquel escenario y en medio de él, completamente aisladas, como rara gema engastada en la roca viva de una de las montañas más altas, se encuentran las ruinas de Machu Picchu.

Para llegar a ellas tendrán que usarse los más variados medios de transporte; de Lima al Cusco en avión a 8,000 metros de altura sobre las nieves eternas de los Andes, para salvar los 1,180 kilómetros que median entre ambos puntos y cruzar en dos horas y media de vuelo aquella región en que la cordillera se hace más ancha. Impresionante cruce sobre esta bronca región de la tierra, de montañas desnudas, de profundos abismos y desfiladeros rocallosos de aristas vivas. En medio de ella se encuentra el Cusco, centro de la cultura incaica que en lengua quéchua quiere decir "Centro u ombligo del mundo". Para ir del aeropuerto a la ciudad hay que tomar un automóvil y de allí hasta la falda de la montaña en que se encuentran trepadas las ruinas de Machu Picchu es necesario recorrer aun 110 kilómetros en autovía, en tres horas aproximadamente.

Se cruza el Urubamba, río que serpentea angustiosamente entre las gigantescas montañas y que va a dejar sus aguas al Amazonas, casi de océano a océano, y por último, para escalar el "pico viejo" — que esto quiere decir Machu Picchu— hay que ascender todavía 800 metros en mula lo que significa una hora más de trabajo.

Al llegar por fin a este extraordinario lugar, la impresión que se tiene es de asombro; no se sabe qué admirar más, si el hacinamiento de ruinas portentosas que va uno recorriendo, o el conjunto fantás-

tico de las montañas que las rodean, y lo que más incita a investigar conforme se hace el recorrido es qué función desempeñaba cada una de aquellas construcciones y la época a que se remontan.

La bibliografía de la prehistoria del Perú es abundante, pero confusa e imprecisa, ya sea porque en sus orígenes se basa principalmente en leyendas traídas de boca en boca, hasta que las recogieron los primeros historiadores, ya por las grandes dificultades que el país presenta para su exploración y estudio, o bien porque las razas que habitaron toda esta vasta región andina que se extiende sobre el Perú, desde Bolivia hasta el Ecuador, carecían de escritura "y no tuvieron cómo conservar memoria de sus tiempos". Contaban solamente para conservar memoria y transmitirse las fechas de acontecimientos con sus primitivos "Quipus" ingenioso sistema de cuerdas de colores con nudos.

Aun los primeros historiadores europeos del siglo XVI, Garcilaso de la Vega (El Inca) y Pedro Sarmiento de Gamboa dicen, especialmente este último, "basarse en antiqüisimos autores", dan noticia de dichas leyendas y de lo que alcanzaron a ver después de la conquista, pero en lo que se refiere a la cronología arquitectónica, todo es especialmente impreciso.

Desde luego creo que puede decirse que el conjunto de construcciones de Machu Picchu hoy en ruinas, no formaban una ciudad, abierta, conocida por los hombres que pueden haber ambulado por los Andes, no fué seguramente una ciudad con acceso a quien quisiera, no. Tampoco es un santuario accesible a los habitantes de aquellos tiempos. Es, a mi modo de ver, una fortaleza o ciudadela, como hay otras diseminadas en las laderas de los Andes, en lugares casi inaccesibles y que fueron habitadas por pequeñas tribus probablemente las llamadas curacas, nombre genérico de los jefes o caciques de dichas agrupaciones de época muy remota que buscaban aislarse para librarse del ataque de los demás; grupos que vivían en la sierra y "construían fuertes en las cejas de los cerros y tenían riñas continuas".<sup>1</sup>

Suspendidas sobre el abismo, no se explicaría su ubicación sino así: como verdaderas guaridas semejantes a las del puma y el cóndor, en el lugar más escondido y en el pico más alto; extraño modo de vivir de estos pequeños grupos de guerreros que da una idea de la época a que se remontan y en la que fueron habitados estos escondites humanos a donde el hombre sólo convivía con el sol, las estrellas, las cimas de las montañas y los elementos de la naturaleza de los que eran sumisos adoradores.

<sup>1</sup> Historia del Perú de Wiese.

Fué sin duda la obsesión de hacerse invisibles lo que los obligó a vivir así, lográndolo, en un mimetismo primitivo, por medio del uso de la piedra del lugar y cubriéndose con la maleza. La topografía del lugar normó el acomodamiento de sus construcciones que materialmente se amontonan unas junto a otras dejando entre sí espacios como pasadizos escalonados —se han contado más de 6,000 escalones— que no tienen el aspecto de calles. Acomodamiento que no obedece a ejes astronómicos como sucede en nuestras ciudades arqueológicas de México, en lo que precisamente radica uno de sus mayores méritos.

En aquel agrupamiento —que no podría llamarse distribución— pueden sin embargo distinguirse y clasificarse las construcciones como sigue:

- I.—Construcciones para defensa, aprovechamiento y consolidación del terreno.
- II.—Habitaciones principales.
- III.—Habitaciones menores.
- IV.—Lugares públicos.
- V.—Construcciones religiosas y de guerra.

*I.—Construcciones de defensa, aprovechamiento y consolidación del terreno.*

A éstas pertenecen los muros de contención que limitaron el recinto o fortaleza y que sirvieron de defensa, estos muros, dada la topografía del lugar proporcionaban fajas de terreno en forma de angostas terrazas escalonadas en donde probablemente se hacían cultivos (yuca, camote o raíces alimenticias, cereales y frutas). Estas terrazas son muy numerosas y se colocaron donde la topografía del terreno lo exigía, pero principalmente en las partes más vulnerables del recinto que había que defender. Un estudio de su posición estratégica y de su intercomunicación será muy interesante pues revelará su carácter de fortaleza.

*II.—Habitaciones principales.*

Hay, casi en el centro del conjunto, habitaciones importantes que deben haber pertenecido al Jefe de la tribu y su familia. No tienen proporciones palaciegas pero sí una distribución importante consistente en: Una especie de vestíbulo de pequeñas proporciones que tiene perforaciones en las piedras en donde, se dice, amarraban a los pumas que cuidaban la entrada, varias salas y lugares que parecen ser las alcobas, nichos en los muros para colocar armas y útiles en general.

Tienen muros de piñón que acusan techos inclinados a dos aguas, probablemente de paja y puede apreciarse el sistema constructivo de tales techos por medio de unas piedras salientes en donde se ataban los morillos que formaban el techo. ¿Viviría allí alguno de los "ingas tiranos que tanto tiempo tuvieron opresos estos reinos del Pirú", de "la terrible y envejecida tiranía de los ingas"?<sup>2</sup>

### III.—*Habitaciones menores.*

Pertencientes a soldados o servidumbre con sus familias. Son pequeñas y de distribución muy simple con una o dos habitaciones y un pequeño espacio abierto a manera de patio en cuyo piso se ven canales labrados en la piedra y depósitos para agua, que indican un verdadero sistema de abastecimiento de las casas; tanto las casas como estos caños y depósitos siguen la topografía y se van escalonando una abajo de la otra. Son de puertas angostas y pequeñas ventanas y deben haber estado también, por la forma de sus muros, techadas con paja.

### IV.—*Lugares públicos.*

Existe un soberbio mirador limitado en tres de sus lados con muros de piedra, de los más finamente labrados, con una gran banca de piedra, casi un trono, que domina todo el paisaje y que parece ser el lugar de estar durante el día y en donde se siente concentrábase todo el poderío del Jefe. Cercano a él pero sin formar una composición, hay un espacio abierto que puede haber servido para reuniones.

### V.—*Construcciones religiosas y de guerra.*

Existen varios edificios cuyas formas evidentemente obedecieron a funciones bien definidas y de donde puede deducirse que la religión ocupaba una parte importante en la vida de aquellos hombres y que practicaban sacrificios.

El caracol es uno de ellos, es un "sacrificadero de sangre", está construido aprovechando en su parte baja o cripta, enormes rocas del lugar en donde se labraron nichos y mesas de sacrificios, lo que constituye propiamente el inmoladero, tiene cámara mortuoria y es una cripta en donde se depositaban las momias y los tesoros.

Probablemente sea éste uno de los primitivos lugares donde se practicaba la "Wilancha"<sup>3</sup> o sea un sacrificio de sangre dedicado a las

<sup>2</sup> De Pedro de Sarmiento.

<sup>3</sup> Antropología de Posnansky.



Machupicchu. Vista general.



Machupicchu. Intibuatana.

Al frente: dos  
vistas panorámicas  
de Machupicchu.







Machupicchu. Calle y escaleras conducentes al "caracol".



Machupicchu. El "caracol".

deidades benignas y malélicas, tiene un corral para las víctimas propiciatorias y en su parte alta lugar para el ceremonial, esta parte del edificio por su muro en semicírculo es la que le ha dado el nombre de caracol.

Es muy interesante el aspecto que presenta este edificio, su parte baja aprovechando lo que puso allí la naturaleza, y encima, lo ejecutado por la mano del hombre. Completan el conjunto otros anexos a este edificio. En un lugar cercano se encuentran lo que llaman casas de los sacerdotes, tienen proporciones importantes y eran una especie de conventos, así como las de las doncellas en donde permanecían encerradas ofrendando su vida al sol.

Más arriba existe un templo u oratorio con enorme altar de piedra y espacio descubierto frente a él para los oyentes, muros de grandes bloques de piedra con juntas casi invisibles. Coronando todo el conjunto de este hacinamiento de construcciones hoy en ruinas, existe, en la cúspide, en medio de una terraza, un extraño y primitivo monumento monolítico tallado en la roca, es el "intihuatana", lugar en que según la leyenda creían atar el sol a la tierra.

La presencia de la piedra está en todo, además de las grandes rocas del lugar y su interesante aprovechamiento. Todas las construcciones son de piedra, los pavimentos, los peldaños, los muros en cuyos aparejos se revelan las distintas épocas, unos de perfección incaica en cuyas juntas sin argamasa, no penetra el filo de un cuchillo y cuyos sillares se sostienen por gravedad; otros con aparejos más burdos de épocas posteriores que se encuentran encima de aquéllos.

La falta absoluta de ornamentación, de inscripciones o fechas envuelve en el misterio y en la lejanía de los siglos, la edad y la verdadera función de este portentoso conjunto que se llama Machu Picchu.

*Carlos OBREGON SANTACILIA.*

## IMAGEN DOCUMENTAL DE JOSÉ ENRIQUE RODÓ

A fines del año próximo pasado—para ser precisos el 19-XII-1947—se inauguró en el Teatro Solís de Montevideo la Exposición de 370 Originales y Documentos de José Enrique Rodó. Este acto fué organizado por la Comisión de Investigaciones Literarias bajo la presidencia honoraria de Roberto Ibáñez. La labor que esta Comisión venía desarrollando en la formación del Archivo Rodó—integrado, principalmente, por los manuscritos y documentos que legara doña Julia Rodó a la Biblioteca Nacional, en 1944—pudo apreciarse por la muestra calificada que constituyó la Exposición, en la que alternaban con los originales y los impresos, las galeradas, los cuadernos de apuntes, los diarios de viaje, la nutrida correspondencia, una escogida iconografía, certificados de estudios escolares, y hasta la cédula de identidad, que ofrece uno de los retratos más crueles e ingratos del estilista.

Para servir de compañero al espectador, Ibáñez preparó un volumen, *Imagen documental de Rodó*, que rápidamente excedió las proporciones iniciales de catálogo hasta alcanzar—y en ocasiones superar—las de una monografía. (Sus casi quinientas páginas no sólo comentan minuciosamente cada una de las 370 piezas escogidas. El volumen se abre con una teoría y ensayo de la investigación, que proporciona el fundamento teórico del Archivo; contiene, además, algunas glosas, verdaderos ensayos, sobre *Ariel*; sobre Rodó y Rubén Darío, sobre Rodó y Juan Ramón Jiménez, sobre americanismo y modernismo). Si el libro fué concebido, en un primer momento, como guía de la exposición—un respetuoso y servicial acompañante—, aquella acabó convirtiéndose en la mejor ilustración del libro. O sea: ambos se apoyaron y comentaron mutuamente.

La importancia de la Exposición Rodó, su novedad en América, el rigor con que fuera preparada, la natural repercusión que provocara, permiten replantear sobre bases más sólidas el alcance actual de la figura de Rodó y de su mensaje. En esta nota no se ha pretendido agotar tal tema; ni siquiera se ha pretendido aludirlo en su totalidad. Se ha tratado, en cambio, de recoger algunas importantes consecuen-

cias, examinándolas no sólo a la luz que proporcionan los documentos del Archivo, sino a la proyectada por aproximaciones anteriores.<sup>1</sup>

## I

**R**OBERTO IBÁÑEZ ha presentado la suma de su trabajo sobre Rodó bajo un doble título: *Imagen documental y Nueva Imagen de Rodó*. El primero corresponde al libro ya mencionado. El segundo a la conferencia con que se clausuró la Exposición. En un momento de la misma llegó a afirmar que los documentos y originales deparaban una imagen nueva de Rodó:

"Hasta hoy, muchos llegaron a suponerlo sereno por penuria de pasión, y muchos se empeñaron en imaginarlo feliz y tranquilo, sujeto sólo a las contrariedades que derivaban de los impactos corrientes en la vida pública o en la existencia íntima; y muchos lo imaginaron como un temperamento frío, dichosamente sustraído a las leyes de la común humanidad, viejo desde que nació: como Próspero, sabio y abstracto y movido únicamente por desinteresados entusiasmos en la prédica de una tarea y en el culto del arte. Y, sin embargo, había en Rodó, un hombre impresionable, sensible, apasionado como pocos; hasta desvalido, porque sumaba a la excesiva riqueza de la entraña, un orgullo irreductible que lo movía a sellar sus dolores sin compartirlos absolutamente con nadie. (...) Izábase, pues, esta nueva imagen: la de un Rodó atórmamentado, solo, agónico. Debía, en efecto, pensarse, por ejemplo, que durante doce años, de 1905 a 1916, en plena gloria, Rodó vivió como un galeote secreto, al remo de obligaciones que su pundonor era incapaz de regatear, en incomunicado martirio, consumiéndose otra vez en el periodismo y en la política, para redimir, eslabón a eslabón, su inmerecida cadena. Pudo, al fin, conquistar su libertad: sorbo de luz intensa y brevemente gustado en las calladas vísperas del último reposo". (V. "El País", 10-I-1948).

Y aunque Ibáñez nunca lo dijo así, es evidente que esta *nueva* imagen que el Archivo prestigia no significa *otra* imagen. Sino la

<sup>1</sup> Como el libro de Ibáñez aún no ha sido distribuido al escribir estas líneas —y aunque debido a la gentileza de su autor he podido leer las pruebas de imprenta— no me referiré en el curso de esta nota, sino a los textos ya publicados, o comunicados en conferencias, por Ibáñez. A saber: *Catálogo de la Exposición*, con prólogo y anotaciones de R. I. (Montevideo, 1947); *Sobre "Motivos de Proteo"* por R. I. (en *Anales del Ateneo*, Mont., junio de 1947); *Nueva Imagen de Rodó*, conferencia por R. I., y cuyo resumen, obra de Carlos A. Passos, fué publicado en el periódico montevideano "El País" (V. los números correspondientes a los días 8, 10 y 12 de enero de 1948); *Americanismo y modernismo* por R. I. (en *Cuadernos Americanos*, México, enero-febrero de 1948). También pueden verse dos artículos míos, publicados en el semanario montevideano *Marcha: Hacia un nuevo Rodó* (10/VIII/46) y *Exposición José Enrique Rodó* (19/XII 47).

misma, la antigua, pero más nítida, más cálida, más justa. Como sucede cuando el lente de la cámara cinematográfica salta hacia el fondo en procura de un objeto lejano, hasta entonces visible pero borroso, "fuera de foco", y le reintegra su plenitud, la precisión de sus contornos, su exacta fisonomía,—del mismo modo, la documentación reunida en el Archivo permite ese salto en profundidad, esa limpia delimitación de volúmenes y superficies. Y en este sentido, la nueva imagen de Rodó—el lector ya pudo sospecharlo—es su imagen documental. Todas las anteriores aproximaciones a Rodó—algunas bien intencionadas, otras eficaces, las más inútiles u ociosas—no habían alcanzado la fuente misma de cada problema. Quedaba siempre algo que ahondar, una hipótesis que verificar, un documento que descubrir, una controversia que zanjar. Y no se trataba de problemas insolubles o inagotables; se trataba de interpretaciones o discusiones que el examen de un manuscrito o de un testimonio adecuado resolvería. Pero eso era imposible; faltaban siempre el dato último o la prueba incuestionable. Ahora, ese dato, esa prueba, están ahí. Ellos autorizan esta imagen documental.

No faltan, sin embargo, las revelaciones. Y de muy diverso carácter. Ante todo se debe mencionar una que Ibáñez calificara certamente: la *actitud testamentaria de Rodó*. En unas palabras liminares al *Catálogo* de la Exposición escribe el citado crítico uruguayo:

"Los papeles del Maestro no sólo contribuyen a elucidar aspectos ignorados de su vida y su obra; no sólo nos acercan su alma y nos descubren sus imprevisibles aunque invisibles agonías; certifican, además, lo que tampoco soñara ninguno de sus biógrafos: la *actitud testamentaria* del gran escritor. No obstante el desapego que mostró a las confidencias inmediatas, cultivó, pecho adentro, el propósito de confesarse inacabablemente, consignando sus experiencias íntimas, reservando los manuscritos en que las explayara, entregándose, por encima de lo contemporáneo—que es aún lo doméstico—a la mirada de la historia".

Rodó—puede afirmarse sin hipérbole—había echado las bases del futuro Archivo. Esto es evidente para cualquiera que examine los varios registros minuciosos, llevados por el propio escritor, de la correspondencia que recibía, así como de los borradores de las cartas que enviaba, y la nómina de los libros con que obsequiaba a sus amistades, vigilante siempre de la proyección de su palabra por toda América y España. (Algunos documentos, centrados por Ibáñez en torno de *Ariel*, permiten observar el cuidado y desvelo con que Rodó indicaba

en las dedicatorias autógrafas la esencia de su pensamiento, el contenido y la orientación de su mensaje americano).

Ya en uno de los cuadernillos inéditos de los *Nuevos Motivos de Proteo* (obra que prepara Ibáñez con los manuscritos del Archivo) apuntaba Rodó:

"Todos debíamos escribir el diario íntimo de las cosas bellas y guardarlo diez o veinte años como un buen vino". (V. "Marcha", 16-VIII-946).

Los cuadernos de adolescencia, los diarios íntimos, los variados registros de su actividad, muestran que Rodó predicó con el ejemplo —aunque no sólo registró las cosas bellas.

Guiado por la segura mano del escritor, Roberto Ibáñez ha podido documentar muchos aspectos desconocidos u olvidados de la vida íntima de Rodó, desde su adolescencia ambiciosa y tímida, intensamente soñada, fermental, hasta la culminación gozosa y trágica en su viaje por Italia, cuando la sangre cobró su tributo. Testimonio de las inquietudes infantiles, de los proyectos adolescentes, figura en el Archivo el previsible cuaderno de versos, pulcramente copiados a dos tintas (azul, roja) con dibujos y viñetas. Es cierto que los versos —escritos por un niño, no por un poeta— son mediocres. Tan mediocres como los dibujos. Pero es cierto, también, que sirven para documentar su temprana ambición literaria y para despejar (además) la difundida creencia de que Rodó sólo versificó contadas veces.

Los mismos cuadernos conservan huellas de otras ambiciones: la pasión amorosa, la pasión política, la pasión intelectual. Conservan, intacto, un amor de adolescencia, suscitado por una rubia muchacha de ojos negros, la desconocida Luisa, a quien Rodó (o mejor: José Enrique) escribe algunas cartas. Esta, por ejemplo:

"Debo ante todo pedirle disculpa por la demora, —injustificada para Ud.—, con que contesto a las líneas por mí mil veces leídas y un millón besadas, con que usted ha querido proporcionarme uno de los momentos más llenos de puras emociones de mi vida. Luisa, qué necesita Ud. para creer en mi amor... (...) Mi inteligencia... desde hoy se consagrará a luchar con más fuerzas, con más arrojo que nunca, porque habrá para mí (*ilegible*) de sueño sobrehumano, el deseo de arrojar a sus pies las ofrendas que arrebate a la gloria. (...) ¡Es que yo le diría... teniéndola a mi lado, o de rodillas a sus pies, estrechando una de sus manos entre las mías, que la amo, que la adoro... poniendo mis labios sobre su frente pura!". (V. *Catálogo* citado).

Estas líneas no son mejores, quizá, que los versos o los dibujos, pero facilitan el acceso a una intimidad muy recatada por el hombre. También permiten observar cómo se enlazaban en el joven los sueños de amor con la ambición artística. Luisa —con quien Rodó no llegó a formalizar nada— no es la única mujer que poblara sus vigiliadas; se habla de otra, Marta. Y hasta se sospechan diversos episodios sentimentales. Todo lo cual coincide escasamente con la imagen de un tímido, casi misógino, que difundiera vastamente su un día compañero y biógrafo oficial, Víctor Pérez Petit. (V., especialmente, el capítulo IV de su biografía).

También se muestra temprana la pasión política en Rodó. Y anticipa su futura actividad pública, como periodista y diputado, y hasta documenta el nacimiento de una conciencia moral de proyecciones civiles, que es uno de los rasgos más característicos de la personalidad del escritor. Uno de los cuadernos conserva el borrador de una carta que a los quince años dirigiera Rodó al dictador Máximo Santos al día siguiente del atentado del teniente Gregorio Ortiz. En la carta estampa el joven su repudio formal del pistoletazo, pero, también, consigna su repudio al déspota, y le recuerda magistralmente que el arrepentimiento del malvado lleva en sí su propio castigo: no ser creído. Rodó no envió la carta; para sus quince años bastaba con haberla escrito.

Es imposible seguir paso a paso las revelaciones biográficas que facilita el Archivo. En muchos casos no se trata de un episodio totalmente desconocido o de un elemento inédito. Y entonces quizá sea demasiado fuerte hablar de revelaciones. Pero las precisiones de tiempo y lugar que aportan los documentos, el testimonio de las reacciones que despertaran en Rodó algunos momentos de su vida (en especial, las páginas que atestiguan sus experiencias del dolor y la angustia), la proyección de estas horas sobre su carrera o sobre su obra, constituyen, en realidad, una forma de la revelación ya que iluminan profunda y parejamente cada episodio en vez de ofrecer zonas de luz enmarcadas por conjeturas. (Un ejemplo: Pérez Petit hablaba ya de los usureros que explotaron la penuria económica de Rodó, arrojándolo en graves crisis nerviosas. Pero recién ahora se pueden conocer las anotaciones del diario íntimo del escritor, con páginas tan desgarradoras como aquella que escribió en la Biblioteca del Ateneo el 3-V-906). Y aunque Ibáñez no ha pretendido agotar el Archivo y en su *Imagen documental* no intenta la biografía crítica de Rodó, al ir examinando pacientemente los 370 documentos, seleccionados por su expresividad

entre un millar, evoca en sus etapas principales la trayectoria literaria y humana del escritor uruguayo.

Pero el Archivo aporta no sólo revelaciones sobre Rodó. Sus documentos permitirán a los investigadores futuros la reconstrucción de toda una época literaria: el tránsito de América de un siglo a otro. Buen anticipo es la tarea emprendida por Ibáñez al trazar, hasta en sus menores articulaciones, las alternativas en la amistad de Rubén Darío y Rodó o al reseñar el comercio epistolar de Rodó con Juan Ramón Jiménez y su única entrevista. Ya los lectores de *Cuadernos Americanos* conocen otra muestra de esta zona de la obra de Ibáñez: el ensayo sobre *Americanismo y modernismo*, publicado en el número de enero-febrero de 1948.

De no menor consecuencia para el conocimiento de Rodó es el trabajo iniciado por Ibáñez sobre la bibliografía del escritor. Al referirse en su conferencia a los *impresos* advirtió que

"esto obligaba a una amarga crítica, pues, acaso no había, en la historia de América, un ejemplo comparable al de Rodó en lo tocante al destino de una gran herencia literaria deplorablemente subvertida: en efecto, se creía estar leyendo a Rodó y sólo se leían sucedáneos impuros, se le atribuían títulos que no eran de él, se realizaba un trasiego increíble de pasajes enteros de un libro a otro libro; así, la inquisición del error no era fácil ni simpática, pero tenía como estímulo, en esta oportunidad, un deber de amor y de justicia: y era que debíamos una edición solvente de las Obras Completas de Rodó". (V. "El País", 8-I-948).

La constitución del Archivo facilita, sin duda, tal empresa, cuya urgencia no puede disimular que se trata de una tarea delicadísima, de lenta y minuciosa preparación. De las obras que circulan corrientemente como originales de Rodó sólo merecen este nombre las siguientes, publicadas por él, o con su anuencia:

*La Vida Nueva*. I. *El que vendrá*. *La novela nueva*. (1897); *Rubén Darío*. *La Vida Nueva*. II. (1899); *Ariel*. (1900); *Liberalismo y Jacobinismo*. (1906); *Motivos de Proteo*. (1909); *El Mirador de Próspero*. (1913); *Cinco Ensayos*. Montalvo, Ariel, Bolívar, Rubén Darío, Liberalismo y Jacobinismo. (1915). (V. *Catálogo*, Nos. 192-199. Excluyo los folletos que recogen páginas de obras mayores, así como las reediciones).

Los otros títulos que componen la bibliografía rodoniana—por ejemplo, *El Camino de Paros*, o el *Epistolario*—no son sino recopilaciones bien intencionadas, pero más o menos arbitrarias; perjudiciales, en última instancia, de la memoria del ensayista. Quizá el caso más

evidente de confusión antológica sea el de los *Últimos Motivos de Proteo* (1932), que presenta inextricablemente fundidos algunos ensayos, dándose el caso de páginas truncas cuya continuación fuera generosamente abandonada a otro estudio, éste si inconcluso; o en el caso, menos justificable aún, de capítulos ya recogidos por Rodó en el *Proteo* de 1909 que aquí son ofrecidos como inéditos. (Este azaroso florilegio no fué preparado por ningún editor comercial. Lo publicaron los hermanos del poeta, asistidos por el doctor Dardo Regules).

Mucho se ha escrito o conjeturado sobre las fuentes del pensamiento de Rodó, así como sobre su método de trabajo y sobre sus agonias estilísticas—lo que él llamaba, en fórmula tan característica: *La gesta de la forma*. (V. *El Mirador de Próspero*). Ahora es posible emprender científicamente esas diversas faenas críticas. Rodó acostumbraba consignar en cuadernos y libretas sus lecturas del mes, resumiendo o transcribiendo aquellas páginas más importantes para su obra futura, mientras ensayaba bajo distintos títulos, la coordinación de los distintos temas propuestos a su meditación. En una palabra: solía extraer de sus vastísimas lecturas todo lo que era susceptible de alimentar su pensamiento, que servía de excitante o catalizador, y si en definitiva el material primero se volvía irreconocible y la fuente aparecía desfigurada, eso no tenía importancia para Rodó. Porque él no leía y escribía con intenciones de erigir un centón de opiniones ajenas o un digesto o una enciclopedia. Lo que tomaba de otro autor era (a veces) la esencia misma de su pensamiento, pero, más a menudo, era el estímulo para una metáfora, o una anécdota que trascendería en parábola, o un giro expresivo. (En carta a Juan Francisco Piquet, ya en julio de 1905, escribía Rodó:

“Tengo cuadernos enteros (diez o doce) llenos de noticias y detalles biográficos, que he reunido, compulsado y organizado durante largos meses para obtener de ellos conclusiones relativas a diversos puntos de mi tesis”.

Bajo el título: *La gesta de Proteo*, se recogió parte del epistolario con J. F. Piquet en *El que vendrá*, publicado por la Editorial Cervantes en 1920).

Para poder manejar los cuadernos de trabajo, Rodó utilizaba signos convencionales que constituían un verdadero código. En su conferencia, Ibáñez ha contado cómo al estudiar esos cuadernos, advirtió que sus páginas

“aparecían como ilustradas con diversos signos trazados ya con lápiz azul, ya con lápiz rojo; algo expresaban, sin duda, tales

signos; y él pudo descubrir, al cabo de cierto tiempo, que Rodó había adoptado los mismos como manera de poder manejar, con alguna simplicidad, aquel caos de papeles (V. gr.; un signo le servía para distinguir todos aquellos pasajes que hubiera copiado en Paulhan; otro signo le permitía, en cambio, volver sobre sus distintas lecturas de Ribot; en son, pues, de consulta y para asesorarse, tornaba, guiado siempre por ese sistema, a temas y autores, tributarios, en cada caso, de su voluntad creadora); al par, Rodó se valía de nombres extraños para identificar esos cuadernos; los nombres, en apariencia, eran arbitrarios ("Cartelero", "Harmanniano", "Disciplinatio", "Azulejo", "Garibaldino", etc.), más respondían, ellos, al simple color de la pieza o al contenido (así, el cuaderno denominado "Cómico-Crítico" no era una colección de humoradas, sino que reunía los temas relacionados con la plasticidad del alma humana); componía, además, Rodó, temarios y esos temarios remitían a los cuadernos señalados con signos convencionales;..." (V. "El País", 8-I-948).

También ha emprendido Ibáñez el estudio estilístico de los manuscritos de Rodó —aunque esta tarea (de acuerdo a sus propias declaraciones) recién puede considerarse iniciada—. Una primera indagación estilística debió cumplirse al determinar el estado de cada manuscrito y proceder a su clasificación dentro del Archivo. (Así, por ejemplo, podía tratarse de un primer borrador, o de una copia para la imprenta, de una simple anotación o esbozo, o de una galerada con adiciones manuscritas). Un ejemplo de coordinación estilística se ha centrado en torno de algunas páginas de *Ariel*. Una de las vitrinas de la Exposición ofreció nueve documentos que pueden ilustrar la "gesta de la forma". Figuraron allí desde un plan primitivo para el discurso hasta las distintas etapas en el proceso de perfeccionamiento de una imagen: "... la sombra de un compás tendiéndose sobre la esterilidad de la arena". El libro de Ibáñez incluye otros ejemplos, uno de los cuales puede verse reproducido en el Catálogo ya citado. (Se trata de una lámina de un borrador primario de la conocida parábola "La pampa de granito", *Motivos de Proteo*, CLI. Ibáñez comenta así el manuscrito:

"Obsérvese, circunscribiendo el análisis a la primera frase, que el Maestro, al empezar la célebre parábola, puso: "Era una inmensa meseta"; testó, luego, tal vez por el redoble de asonancias (*inmensa* y *meseta*), y puso *llano*; volvió a testar, quizá porque la expresión no le pareció enérgica, dada la ambigüedad de la palabra (sustantivo y adjetivo, a la vez); por último, escribió *pampa*, donde la doble abertura de la *a*, sugiere la extensión al margen de la mayor intensidad comunicativa. Y la frase inicial resultó un yámbico, que tiene, además, fuerte acento en la sílaba cuarta").

Los documentos expuestos no sólo atestiguan los combates estilísticos en procura de una mayor perfección, de una forma más plena y significativa; documentan (a veces) la ingratitud del primer trazo, la inexpresividad del primer contacto con el papel. Rodó no escribía con facilidad. Además, no se permitía facilidades. Y sus primeras frases, las más antiguas, son como una red que echa al voleo sobre la página, para evitar que se escurran el pensamiento y la imagen, para poder fijarlos luego. Tarea que el escritor realiza con inagotable paciencia, reajustando cada nudo de la trama, cubriendo cada vacío o rotura de la red, hasta producir esa abrumadora —y superficial— impresión de igualdad, de soberbia monotonía. Sin consultar los manuscritos, atento sólo al ritmo que late en las páginas ya impresas, un lector puede intuir esas sucesivas labores del artista, ese itinerario del cazador. Descubrirá entonces la pasión encendida que informa casi toda la obra de este estilista. (Véase, como ejemplo, en una frase de *Motivos de Proteo*, la brusca inversión del ritmo que corresponde puntualmente al tránsito de la inmovilidad a la acción en el motivo que comenta, y que parece indicar al comienzo una elaboración majestuosa —la frase se recoge para el salto— trocada luego por una marcha más nerviosa, hasta afiebrada. Dicha frase ocurre en el capítulo XLI y dice:

“Raimundo Lulio, el “doctor iluminado”, que, después de desatar sobre su siglo, desde la soledad del monte Randa, inaudito torrente de ideas, que arrastran y consumen todo objeto de conocimiento, baja de allí y aparece como apóstol y héroe de una empresa sublime, corriendo desalado, delirante de amor, los ámbitos del Mundo, para predicar la gigantesca Cruzada, la redención del Oriente, y alcanzar al fin las palmas del martirio;...).

## II

NUNCA podrá encarecerse demasiado la oportunidad de esta imagen que facilitan doblemente el Archivo y la Exposición. Porque se ha llegado a leer poco a Rodó. Quiero decir: a leerlo mal, que es casi peor que no leerlo. No importa que su nombre sea de cita obligatoria al sur del Río Grande. No importa que en su patria se declamen y comenten sus páginas desde la escuela primaria, que sea una gloria oficial. Importa, en cambio, que en esa cita, en esa lectura, en esa gloria, participen, en mayor o menor grado, la imposición, la tibia deferencia, la haraganería, la incomprensión, el amor desorbitado y

—a veces— la resistencia enconada. Importa que, sólo en contadas excepciones, intervengan la lucidez, el estudio metódico, la penetración en profundidad.

No corresponde trazar aquí el curso de las reacciones que provocara la obra de Rodó en estos últimos cincuenta años, desde la publicación de sus primeros ejercicios críticos hasta la Exposición glorificadora. Otros lo han hecho y resultaría ocioso pretender introducir apenas algunos matices en la empresa.<sup>2</sup> Creo preferible escoger tres ejemplos aislados de interpretación actual de la obra de Rodó. En un caso se trata de cerrada oposición; en los otros dos, de enfoques incompletos o conjeturales.

No todas las objeciones que presenta Luis Alberto Sánchez en su *Balance y liquidación del 900* (Chile, 1941) carecen de tino o fundamento. Pero cualquier lector de Rodó advierte pronto que Sánchez apoya casi todo su ataque en una apresurada y poco abundante información, en una lectura distraída de las obras, en una memoria sobrecargada e infiel. Un solo ejemplo puede bastar. Al referirse a uno de los lemas de Rodó, insiste Sánchez en citarlo como "*Renovarse es vivir*".<sup>3</sup> Sin embargo, Rodó escribe bien visiblemente al inaugurar el primer capítulo de *Motivos de Proteo*: "*Reformarse es vivir*", lo que es otra cosa. Y no se trata de una cuestión de palabras. Rodó era sumamente cauteloso y si dijo *reformarse* y no *renovarse* fué intencionalmente. Este rehacer cuyo símbolo es Proteo, ese cambio incesante, no es una mera comezón de lo nuevo, la frivolidad de lo inédito, sino que es una transformación hacia adentro, la obra de un espíritu sobre sí mismo, intentando todas sus posibilidades—hasta las más escondidas e insospechadas—, infatigable en su anhelo de plenitud y perfección. Y la conquista (no sólo el descubrimiento) de la vocación, en la que Rodó centra gran parte de su libro, es precisamente la fijación de esa plenitud, lograda después de ardua busca. Así entendido, el lema de Rodó es infinitamente más hondo que la versión, contaminada de aristocrática frivolidad, que le hace patrocinar Sánchez.

2 En la revista uruguaya *Escritura*, Carlos Real de Azúa ha publicado un autorizado comentario de la Exposición: *Rodó en sus papeles*. (V. No. 3, marzo de 1948). Allí no sólo examina algunos de los elementos aportados por Ibáñez, sino que traza un cuadro de las distintas reacciones de la crítica frente a Rodó, desde el impulsivo aplauso de la primera hora hasta las negaciones de un Luis Alberto Sánchez o un Andrés Bowers Ezcurre. Aunque no comparta todos sus enfoques, el artículo de Real de Azúa me parece sumamente valioso.

3 En la segunda edición, corregida y aumentada, de su *Historia de la literatura americana* (Buenos Aires, 1944) repite Sánchez, casi en las mismas palabras, su errónea interpretación de este lema, y de Rodó en general.

Este ejemplo es revelador no sólo de la negligencia con que el crítico peruano escribió este capítulo en su libro, sino —principalmente— del desinterés con que resbaló sobre el verdadero pensamiento de Rodó. Todo el ensayo abunda en geniales simplificaciones, en repetidas infidelidades, en violencias de seguro efecto. En cuanto a las objeciones de carácter social y político que presenta Sánchez, ya en 1938 habían sido refutadas —con los textos de Rodó en la mano— por el crítico uruguayo José Pereira Rodríguez al reseñar otra empresa (anterior) de similar espíritu demoleedor. (V. *Escolios a una apasionada revisión de Rodó*, apartado de la Entrega IV Tomo III de los Anales de la Enseñanza Secundaria, Montevideo, 1938. Estos escolios contradicen afirmaciones del escritor peruano Andrés Townsend Ezcurra).

Pero no sólo sus opositores ofrecen una imagen retocada de Rodó. Muchos críticos neutrales, y hasta simpatizantes, comentan sus obras sin el debido rigor o plantean imperfectamente sus temas. Es ejemplar el caso de Medardo Vitier. En su monografía: *Del ensayo americano* (México, 1945) dedica un capítulo a Rodó. Resume allí muy superficialmente las obras capitales (*Ariel*, *Motivos de Proteo*); entre otras cosas, advierte:

“En *Ariel* no se examinan las realidades hispanoamericanas. Por haberse dirigido el autor a la juventud de América, se echa de menos ese examen en el sugestivo ensayo. Ideales del mundo clásico, adhesión a valores estéticos, preocupación por la vida superior, temor a la corriente utilitaria, cautela ante la democracia. . . De todo esto y de otras cosas habla Próspero a un auditorio imaginario, sin referencia concreta a los cuatro o cinco problemas que tiene por resolver en Hispanoamérica”.

Y luego agrega:

“Dada la resonancia que alcanzó *Ariel*, hubiera sido saludable un temprano llamamiento, en sus páginas, a dar solución a problemas inaplazables de raza, de tierra, de economía, de enseñanza”. (V. páginas 126 y 127 del libro citado).

Y esto no es completamente justo. Porque Rodó no quiso dar en discurso fórmulas para resolver esos urgentes problemas. Quiso, por el contrario, concentrar la atención de sus contemporáneos sobre otros problemas culturales, no menos urgentes pese a su intemporalidad. Esos problemas cuya depreciación u olvido era (y es) tan frecuente en nuestra América; esos problemas que la obra grande recogería: el descubrimiento y conquista de la vocación personal, el incesante perfeccionamiento de la propia espiritualidad, la concepción de una patria americana proyectada hacia el futuro, la conciencia profética del destino

de América y su inmensa responsabilidad. Para exaltar esos valores distrajo su atención de lo inmediato e inevitable, aunque no lo olvidó, como el mismo Vitier reconoce y declara.

Es en ese plano de realidad cultural, de tensión profética, que deben ser aprehendidas las fórmulas de Rodó. Pero no se quiso comprender esto en un primer momento y se exigió a sus obras soluciones instantáneas. Con su mensaje pasó lo que con el de Nietzsche al ser anexado por el nazismo, —aunque (es claro) en un sentido menos turbio y grotesco. Ya es hora de proceder a una lectura correcta.

No era necesario esperar la revelación de los documentos íntimos del Archivo para advertir en Rodó otra cosa que una figura petrificada. Y el lector atento de sus páginas, tan transparentes de la pasión o del dolor bajo el rígido y armonioso ropaje, podía escuchar el rumor de la sangre bajo el mármol. Como dijo tan certeramente Díez-Canedo de Racine, pudo haberse escrito de Rodó: era estatua viva. Y, sin embargo, no todos sus admiradores comparten esta evidencia. No hace mucho, Alejandro C. Arias trató de erigir una versión apolínea de Rodó, que lo descarnaba sin lograr perfeccionarlo. En la colección de ensayos publicada bajo el título de *Tiempo y palabra* (Montevideo, 1946) pretende Arias un nuevo enfoque de Rodó, un enfoque que ilumine su condición de hombre estético, de varón estético —según la clasificación divulgada por Spranger. Semejante concepción hace decir a Arias:

---

“La vida se le aparece (a Rodó) como un juego armonioso de imágenes. Tal vez Rodó no supo percibir cuánto hay de imperfecto, de agonístico, de caos mismo en la realidad, o, por lo menos no lo quiso ver o no lo quiso expresar”.

Y para completar más su pensamiento Arias opone Rodó a Nietzsche, este último como paladín de lo dionisiaco. Dice, entonces, el crítico uruguayo:

“Es indudable que la otra corriente agitada, trágica, de lo dionisiaco, parecería que no surge en Rodó, y lo digo con reserva, porque es indudable que en alguna parte, en algún modo, esa lucha dionisiaca, esa línea de conflictos, que no es la más advertible, se percibe a lo largo de su obra”.

(Se debe lamentar el estilo impreciso de este párrafo, en todo sentido tan importante. Los “es indudable” son incompatibles con el “parecería”, y el final no es mucho más firme).

En resumen, Arias presenta a Rodó como un temperamento estético que no supo advertir, o que rara vez advirtió, el lado agonístico

de la vida. Su curiosa interpretación le lleva a afirmar, con alguna exageración: "La vida misma de Rodó es una obra de arte".

Creo que Arias está más cerca de la verdad cuando sospecha que "en alguna parte, en algún modo, esa lucha dionisiaca, esa línea de conflictos, . . . se percibe a lo largo de su obra". Hay páginas de *Motivos de Proteo* que muestran a Rodó muy despierto a las realidades de este mundo caótico y contradictorio. Como, por ejemplo, cuando se refiere (en el capítulo XCVIII) a las almas

"que parecen sustraerse al imperio omnímodo del cambio y la evolución",

y afirma:

"Nuestra natural complejidad, que no consiente alma sin alguna lucha interior y alguna inconsecuencia, se opone a la realización perfecta de este tipo, más abstracto que humano".

Es una lástima que Arias no haya considerado estos o algunos otros textos que despejan la falsa imagen de un Rodó estatuario.

En ninguno de los ejemplos de interpretación actual de Rodó que se acaban de ver, puede señalarse una incompreensión deliberada. En Sánchez, los desaciertos críticos provienen de su propia idiosincrasia o de un radical e inevitable despego frente a la ideología rodoniana. En Vitier y en Arias se advierten enfoques simpáticos pero incorrectos. En los tres casos predomina la información incompleta, la lectura apresurada, la meditación no ahincada.

Estas distintas actitudes (así como otras más irresponsables) ya no son posibles. De golpe se han vuelto anacrónicas. La existencia del Archivo y la labor de investigación que iniciara Ibáñez, plantea el conocimiento y la lectura de Rodó sobre bases más sólidas, que no parece exagerado calificar de científicas. Ahora no será fácil improvisar sobre Rodó, ahora no se podrá intentar una visión novedosa pero arbitraria. Antes de publicar, se deberá agotar la documentación, se deberá madurar su lección.

Y no se crea que la obra está terminada y que nada nuevo queda por descubrir. En realidad, los trabajos de Ibáñez han inaugurado la investigación documentada, pero no han agotado el Archivo. Y toda su fecunda labor puede considerarse, legítimamente, como el anticipo de una exhaustiva y fehaciente imagen de Rodó.

Emir RODRIGUEZ MONEGAL.

# *Dimensión Imaginaria*



## DEL FONDO DE LA VIDA

Por JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

**E**N el pedral, un sol sobre un espino, uno.  
Y mirándolo ¿yo?

Oasis de sequera vegetal  
del mineral, en medio de los otros (naturales  
y artificiales, todas las especies)  
de una especie diversa, y de otra especie  
que tú, mujer, y que yo, hombre;  
y que va a vivir menos,  
mucho menos que tú, mujer, si no lo miro.

Déjame que lo mire yo, ese espino (y lo oiga)  
de gritante oro fúljido, fuego sofocante  
silencioso,  
que ha sacado del fondo de la tierra  
ese ser natural (tronco, hoja, espina)  
de condición aguda;  
sin más anhelo ni cuidado  
que su color, su olor, su forma; y su sustancia,  
y su esencia (que es su vida y su conciencia).  
Una expresión distinta, que en el sol  
grita en silencio lo que yo oigo, oigo.

Déjame que lo mire y considere.  
Porque yo he sacado, diverso  
también, del fondo de la tierra,  
mi forma, mi color, mi olor; y mi sustancia,  
y mi esencia (que es mi vida y mi conciencia)

carne y hueso (con ojos indudables)  
sin más cuidado ni ansia  
que una palabra iluminada,  
que una palabra fuljidente  
que una palabra fogueante,  
una expresión distinta, que en el sol está gritando  
silenciosa;  
que quizás algo o alguien oiga, oiga.

Y, hombre frente a espino, aquí estoy, con el sol  
(que no sé de qué especie puedo ser  
si un sol desierto me traspasa)  
un sol, un igual sol, sobre dos sueños.

Déjanos a los dos que nos miremos.

## EL COSTADO DESNUDO

Por *Gabriela MISTRAL*

A Inés María Muñoz Marín.

**O**TRA vez sobre la Tierra  
llevo desnudo el costado,  
el pobre palmo de carne  
donde el morir es más rápido  
y la sangre está asomada  
como a los bordes del vaso.

Va el costado como un vidrio  
de sien a sien alargado  
o en el despojo sin voz  
del racimo vendimiado,  
y más desnudo que nunca,  
igual que lo desollado.

Va expuesto al viento sin tino  
que lo befa sobre el flanco,  
y, si duermo, queda expuesto  
a las malicias del lazo,  
sin el aspa de ese pecho  
y la torre de ese amparo.

Marchábamos sin palabra,  
la mano dada a la mano,  
y hablaban las sangre nuestras  
en los pulsos acordados.

Ahora llevo sin habla  
esa diestra, ese costado.

Otra vez la escarcha helada  
más dura que el aletazo  
el rayo que va siguiéndome  
de fuego envalentonado  
y la noche que se cierra  
en puño oscuro de tártaro.

Ahora es el tantear  
con pobres ojos de ocaso,  
preguntando por mi senda  
a las bestias y a los pájaros  
y el oír que la respuesta  
la dan el pinar y el traro.

Ya no más su vertical  
como un paso adelantado  
abriéndome con su mástil  
los duros cielos de estaño  
y conjugando en la marcha  
el álamo con el álamo.

Voy sólo llevando el vaho  
o el hálito apareado,  
sin perfil ni coyunturas  
en que llega mi trocado,  
niebla de mar o de sierra,  
rasando dunas o pastos.

Aunque el naranjal me dé,  
cuando cruzo, brazo y brazo,  
y se allegue el Cireneo

o dé el niño un grito blanco,  
¿quién consigue que no vea  
con volverme, mi costado?

Cargo la memoria viva  
en el tuétano envainado  
y a cada noche yo empino  
y vierto el profundo vaso,  
siendo yo misma la Hebe  
y siendo el vino que escancio.

Me acuerdo al amanecer  
y cuando el mundo es soslayo,  
y subiendo y descendiendo  
los azules meridianos.  
Y a cada día camino  
lenta, lenta, por el diálogo  
en que la memoria mana  
a turnos con mi costado.

Cuando me volví memoria  
y bajé a tiniebla y vaho,  
arañando entre madréporas  
y pulpos envenenados,  
volví sin él, pero traje,  
desde el Hades, como dádiva,  
la anémona que es de fuego  
de la verdad al costado.

Ahora que supe puedo  
con lo que me falta de tránsito:  
apenas tres curvas, tres  
blancas lejías de llanto  
y se me va apresurando  
el correr como al regato.

Han de ponernos en valle  
limpio de celada y garfio,  
claros, íntegros, fundidos  
como en la estrella los radios,  
en la blanca geometría  
del dado junto del dado,  
como éramos en la luz;  
el costado en el costado.

Van a descubrirse, juntos,  
el sol y el Cristo velados,  
y a fundírsenos enteros  
en río de desagravio,  
rasgando mi densa noche,  
hebra a hebra y gajo a gajo,  
y aplacando con respuestas  
el grito de mi costado.

Hacia ese mediodía  
y esa eternidad sin gasto,  
camino con cada aliento,  
sin la deuda del tardado,  
en este segundo cuerpo  
de yodo y sal devorado  
que va de Gea hasta Dios  
rectamente como el dardo,  
así ligero de ser  
sólo el filo de un costado.

# LA CONTEMPLACION DE LO ETERNO

Por *Emilio ORIBE*

## I

**E**N las contemplaciones más profundas,  
me hallarán inmóvil siempre  
en el éxtasis  
del tiempo.

Los rudos hombres entre tanto,  
me afirman que éste es como un estuario  
que baja de una montaña.  
En él los hombres se reconocen y lamentan.  
Y al final el torrente los arrastra.

Pero hay una poesía  
que intenta salvarlos,  
tendiendo a hacerse unidad  
en los cantos,  
con el ritmo del tiempo inmortal.

## II

¿**Q**UIÉN no ha sentido  
la poesía del gran ritmo del tiempo?

En una catedral  
una araña oscilaba en el aire,  
movida por el viento.

Un hombre de genio,  
al mirarla oscilar,

se olvidó de los rezos,  
para entregarse a la contemplación de lo eterno  
hecho ritmo.

E inventó una máquina perfecta  
para medir el tiempo  
por medio de aquel ritmo,  
y así pudo medir su propio tiempo,  
sus lágrimas,  
sus éxtasis, su muerte.

## III

**D**ESDE entonces, el tiempo  
se anuncia como un exacto conocimiento  
transparente en un círculo,  
y al coincidir con las cosas,  
preexisten en su tránsito los destinos humanos.  
Pero también el tiempo se fuga de las cosas,  
y siempre alude,  
revela,  
patentiza  
en algún sentido  
a la poesía.

Y ésta siempre busca  
hacerse unidad en el alma humana  
que canta,  
dentro del gran paréntesis del tiempo inmortal.

Todas las promesas de tiempo futuro o pasado,  
las espumas intactas del tiempo presente,  
se hallan embellecidas por el canto  
como doncellas que asoman a la órbita de una lámpara.

## IV

¿QUIÉN no ha sentido el gran ritmo  
de la poesía del tiempo?  
En una catedral,  
una araña oscilaba en el aire  
colgando de su tela,  
movida por el viento.  
Un esclavo, al mirarla oscilar,  
y lucir entre lámparas,  
se olvidó de los rezos,  
para entregarse a la contemplación de lo eterno  
hecho ritmo.

Y se puso a cantar.  
E inventó con su canto  
la más bella máquina  
para medir el tiempo,  
y así pudo medir su propio tiempo,  
sus lágrimas,  
sus éxtasis,  
su muerte.

La araña que veía  
era la imagen de su canto,  
la imagen de su vida,  
oscilando en la hebra de aquel tiempo,  
que su olvido y su industria iban formando.

## V

DESDE entonces, la poesía  
busca hacerse unidad en una fábula  
de poeta o de esclavo,  
como una gran teurgia del tiempo inmortal.



mecida por el viento.  
Yo, esclavo del tiempo,  
al mirarla oscilar,  
me olvido de vivir,  
para entregarme a la contemplación de lo eterno  
hecho ritmo.  
Por unos instantes  
contemplo aquel ritmo,  
que es el del Universo.  
Y en el ritmo  
me entrego a leer la presencia  
vagabunda del tiempo,  
y en la muerte segura de la araña  
ignorante de todo,  
la muerte de mi carne.

VII

**P**ERO ¿no habrá en los instantes que huyen  
como númenes oscuros,  
una gran pausa que me arroje  
en lo inmóvil,  
y me torne inmortal?

Hacia la noche,  
veo que la araña cesa de oscilar.  
Se recoge en su tela.

Desde ese momento  
ya no es ritmo,  
y es como si pasara a otra existencia  
en lo absoluto anónimo.

Yo entonces sólo pienso en los númenes  
sin rostro, ni palabra,  
que rigen todo esto.

Que me recojan en una pausa infinita  
y allí me abandonen  
          en la contemplación de lo eterno,  
inmóvil en el éxtasis del tiempo.

Entre el inmenso enigma  
que de ellos fluye,  
yo he de caer al fin con la tiniebla  
          que desborda de este canto,  
todo él construido  
          con la miseria  
          de mi duración carnal.

# EL GIRASOL

Por *Octavio PAZ*

## RELAMPAGO EN REPOSO

**T**ENDIDA,  
piedra hecha de mediodía,  
ojos entrecerrados donde el blanco azulea,  
entornada sonrisa.  
Te incorporas a medias y sacudes tu melena de leona.  
Luego te tiendes,  
delgada estria de lava en la roca,  
rayo dormido.

Mientras duermes te acaricio y te pulo,  
hacha esbelta,  
flecha con que incendio la noche.

El mar combate allá lejos con espadas y plumas.

## ESCRITO CON TINTA VERDE

**L**A tinta verde crea jardines, selvas, prados,  
follajes donde cantan las letras,  
palabras que son árboles,  
frases que son verdes constelaciones.

Déjame que te cubra de besos verdes  
como una lluvia de hojas en un campo de nieve,  
como la yedra a la estatua,  
como la tinta a esta página.

Brazos, cintura, cuello, senos,  
la frente pura como el mar,  
la nuca de bosque en otoño,  
los labios que muerden una brizna de hierba.

Tu cuerpo se constela de signos verdes  
como el cuerpo del árbol de renuevos.  
No te importe tanta pequeña cicatriz luminosa:  
mira el cielo y su verde tatuaje de estrellas.

## VISITAS

**A** través de la noche urbana de piedra y sequía  
entra el campo a mi cuarto.  
Alarga brazos verdes con pulseras de pájaros,  
con pulseras de hojas.  
Lleva un río de la mano.  
El cielo del campo también entra,  
con su cesta de joyas acabadas de cortar.  
Y el mar se sienta junto a mí,  
extendiendo su cola blanquísima en el suelo.  
Del silencio brota un árbol de música.  
Del árbol cuelgan todas las palabras hermosas,  
que brillan sólo un instante y caen.  
En mi frente, cueva que habita un relámpago. . .  
Pero todo se ha poblado de alas.  
Dime, ¿es de veras el campo que viene de tan lejos  
o eres tú, son los sueños que sueñas a mi lado?

## A LA ORILLA

**T**odo lo que brilla en la noche,  
collares, ojos, astros,  
serpentinadas de fuegos de colores,  
brilla en tus brazos de río que se curva,  
en tu cuello de día que despierta.  
Tu cuerpo reluce:  
se diría que sales del mar fosforescente.

La hoguera que encienden en la selva,  
el faro de cuello de jirafa,  
el ojo que gira en el insomnio,  
se han cansado de esperar y escudriñar.  
Apágate:  
para brillar no hay como los ojos que nos ven.  
Contéplate en mí, que te contemplo.

La noche con olas azules va borrando estas palabras,  
escritas con mano ligera en la palma del sueño.  
Duérmete,  
terciopelo de bosque,  
musgo donde reclino la cabeza.

## MAS ALLÁ DEL AMOR

**T**odo nos amenaza:  
el tiempo, que en vivientes fragmentos divide  
al que fui  
del que seré,  
como el machete a la culebra;  
la conciencia, laberinto de espejos,

hipnótica mirada en sí misma abstraída;  
las palabras, guantes grises, máscaras;  
nuestros nombres, que entre tú y yo se levantan,  
murallas de vacío que ninguna trompeta derrumba.

Ni el sueño y su pueblo de imágenes rotas,  
ni el delirio y su espuma profética,  
ni el amor con sus dientes y uñas, nos bastan.  
Más allá de nosotros,  
en las fronteras del ser y el estar,  
una vida más vida nos reclama.

Afuera la noche respira, se extiende,  
llena de grandes hojas calientes,  
de espejos que combaten:  
frutos, garras, ojos, follajes,  
espaldas que relucen,  
cuerpos que se abren paso entre otros cuerpos.

Tiéndete aquí a la orilla de tanta espuma,  
de tanta vida que se ignora y entrega:  
tú también perteneces a la noche.  
Extiéndete, blancura que respira,  
late, oh estrella desollada,  
pausa de sangre entre este tiempo y otro sin medida.

Abril-junio de 1948.

## DON SEGUNDO SOMBRA, TEORIA Y SIMBOLO DEL GAUCHO

Por *Ernesto G. DA CAL*

**L**A famosa novela de Güiraldes plantea ciertos acuciosos interrogantes estéticos. Sobre todo si la consideramos primordialmente como proyección literaria de un cosmos temático, como manifestación—quizás la más honda—de ese mundo vital-histórico, de dimensiones tan definidas, que conocemos como “gauchesco”. Antes de arbitrar respuestas a los problemas de creación de esta obra, tenemos que procurar delinearlos con cierta claridad cuáles son los meridianos y paralelos, espaciales y temporales de la gauchería, y las coordenadas que han regido su elaboración estética hasta Güiraldes.

Comienza el gauchismo en la literatura argentina como una manifestación de lo peculiar regional. En el siglo XVIII, no existía en la Colonia todavía, conscientemente, el sentimiento de diferenciación política, pero ya hace su aparición la utilización literaria de la peculiaridad dialectal pampeana como iniciación de una conciencia de personalidad diferenciada. Por otra parte, esto no hacía más que continuar una vieja tradición peninsular. El uso de los valores pintorescos del lenguaje popular local o regional era antiguo en la literatura española. Aparece ya en el teatro clásico, con los sayagüeses y gallegos y más tarde es ampliamente usado en los poemas bables del siglo XVIII y es general, más tarde, desde Estébanez Calderón hasta Gabriel y Galán el empleo de peculiaridades dialectales como vehículo literario. El gauchismo colonial no es todavía sino una manifestación más, en el mundo hispánico, de este viejo costumbrismo regional. En él, el gauchismo, como tal, aun carece de personalidad social y estética. Este carácter tienen las coplas de Maziel “Canta un gual-

so. . .” a la victoria del Virrey Cevallos en su expedición contra los portugueses del Brasil, así como los cantos anónimos a la defensa de Buenos Aires contra los ingleses, o los romances de Pantaleón Rivarola. El gaucho, literariamente, no ha logrado definir aún una entidad suficientemente diferenciada para entrar en posesión de su “idioma” con una completa personalidad humana. Es el escritor quien habla como gaucho (o guacho, o guaso), simplemente porque es pintoresco imitar el habla rústica y arcaicamente dialectal del pueblo, y de ella se deriva fácilmente un efecto festivo. Se le reserva al gaucho todavía el papel del villano “figura de donaire” de la Comedia clásica, cuyo rudo hablar es resorte seguro de comicidad. Se le mira desde arriba, y con simpática y superior condescendencia. Aun después, en época posterior, en la primera mitad del siglo XIX, cuando este costumbrismo se dibuja en tipos (ya Hidalgo nos ha dado a los dialoguistas Chano y Contreras), éstos, sin embargo, no definen nada más que su popularismo, de valores puramente exteriores y pintorescos, sin que aparezca propósito ninguno más hondo. Están absolutamente ausentes del gauchismo todas las confluencias sociales y espirituales que han de hacer de él, más tarde, todo un concepto de vida. Incluso no aparece ningún tipo con personalidad suficiente para definir la clase. Esto vendrá después, cuando se le empiece a abrir a la vida del gaucho una perspectiva social y política.

Cuando los elementos de la futura nacionalidad argentina, todavía sin vinculación, sin fraguar aún en una arquitectura social estable, entran en fermentación, el gaucho, el desdeñado jinete, mestizo y vagabundo, se abre paso hacia el primer plano de la realidad nacional. Este hombre, considerado el paria de la sociedad, llegará a ser temporalmente el dominador de ella. Ya en la lucha por la Independencia el despreciado caballista pampeano se ha transformado en el soldado triunfante. A caballo, va a la victoria, en Chile con San Martín, en el Noroeste, con Belgrano y en el Uruguay con Artigas. A las órdenes de Güemes rechaza la intentona realista en la frontera del Norte y asegura la libertad del país. Su figura, rodeada ahora de prestigio militar, infunde respeto.

Más tarde, la contienda civil de Unitarios y Federales. Dos conceptos de vida frente a frente. Dos proyectos de nación, en lucha. Y el gaucho, ahora caudillo de montonera, representa uno. Enfrente de la Argentina urbana, civil, gris, del sombrero de copa, la levita, el progreso y el discurso se alza la Argentina rural, bárbara y poética de la Pampa libre, el chiripá, las boleadoras y el facón. Civilización o barbarie. Vence finalmente la primera, pero por más de treinta años las sombras gauchas de Bustos, Quiroga y Don Juan Manuel de Rosas, se proyectan dramáticamente sobre la vida del país.

La lucha nos lega como resultante estética la superación del gaucho rústico y pintoresco, visto desde arriba, contrapeso popular del estiramiento clasicoide de la Colonia. Ahora es una clase plenamente actuante, llena de contenidos contradictorios, objeto aún de enconada polémica social y política, pero también materia noble de creación literaria, cuyas huellas y ecos quedaran marcadas y vibrando por mucho tiempo en la vida y en las letras del país. Sea la fuerte figura de Martín Fierro, bárbaro y acosado, o la silueta lírica y legendaria del payador Santos Vega, flor de la especie; la ferocidad real y terrible de Facundo Quiroga, cabecilla de las contiendas civiles o la truculencia elemental y teatral de Juan Moreira, héroe de las farsas criollas, el hecho es que ya tenemos una clase de hombres de dimensiones físicas y morales agudamente acusadas, de vida y actitud sólidamente plasmadas y con una trayectoria vital de clara significación psicológica en el ámbito argentino.

Como la presencia —o el recuerdo reciente— del gaucho está aun actuando, es todavía, política y socialmente un objeto polémico, pero su figura y su circunstancia están ya definitivamente maduras para el arte; hombre —y fondo— se diseñan fuertemente, con la aureola épica o lírica de que los rodea la irrefrenable admiración del vencedor o sus descendientes.

Es todavía una realidad viva y como tal aparece. Manifestada en fuertes individualidades, aisladas, con perfiles distintos, pero que unas en función de otras, con sus caracteres comunes y diferenciales, van a determinar el

prototipo, suma de los valores constantes de lo que "gauchismo" ha de significar como actitud ante la vida y como ingrediente espiritual y teórico de la argentinidad.

Esto es lo que la literatura del siglo xx nos trae. El gaucho ya no existe en la vida física. El progreso lo ha arrollado, destruyéndolo o transformándolo. El alambre de púas y el "gringo" inmigrante han puesto límites a los horizontes infinitos de la Pampa. La vida y el paisaje han sido parcelados por una legislación civil que se hace respetar. El humo del ferrocarril ha empezado a sustituir a las fatigas del resero, y el volante del "Ford" a comerle el terreno a la rienda y el recado. Las artes y habilidades del domador y del peón han perdido mucha de su importancia y donde no hay el fácil exilio de la frontera india, la policía alcanza fácilmente al hombre de facón.

Ahora que ha desaparecido la ilimitada libertad de la Pampa y el tipo de hombre congruente con ella, cuando el gaucho no es ya ni presencia viva, ni recuerdo activo, es cuando ha llegado el momento de extraer del mito su significado positivo y someter a disección la trama de esa vida bravia de violencia y horizontes abiertos. Y reducirla estéticamente a una fórmula que exprese con la claridad teórica de un plano, la mecánica interna de la relación ineludible y necesaria de *hombre, paisaje y vida*.

¿Es la clave ética y estética de esta relación tríplice lo que Güiraldes nos ofrece en *Don Segundo Sombra*? Así parece. Se advierte, muy claramente, su voluntad de huir de todos los elementos pintorescos que el gauchismo literario traía como lastre, para bucear en los sustratos más hondos del mito pampeano, en busca de la expresión artística de sus contenidos esenciales. Quiere darnos las dimensiones definitorias de la vida pampera y hacérsola ver en su integridad, en su sustancial suficiencia para el hombre que la vive; mostrarnos lo acabado y completo de esa existencia, su autarquía física y moral, fuera de la cual el gaucho no concibe nada. Una vida "que está tan llena, que el querer meterle nuevas combinaciones" se le antoja al gaucho, "lamentablemente inútil". Desnudando el hombre y su paisaje de toda adherencia pintoresca exterior, de todo el colorismo incidental, de todo tipismo su-

periférico empujador, Güiraldes busca presentarnos ese todo existencial que es la vida de la Pampa, en función de esencialidad, es decir, trasponiendo lo local en universal a base de una delicada destilación de los valores absolutos presentes en su realidad. Esta depuración de sustancia, esta proyección estética de elementos acentuadamente regionales hacia un plano de validez universal es lo que presta a nuestro juicio a *Don Segundo Sombra* una jerarquía y una personalidad especiales, dentro del conjunto de la novela hispanoamericana, en general tan aferrada —por razones por otra parte muy comprensibles— a un “hoy” y un “aquí” quizás demasiado inmediatos.

Y el verdadero mérito de la novela, en tanto que tal estriba en el autor que consigue esa trasposición a un plano trascendente, sin perder un contacto estrecho con la realidad inmediatamente concreta del ambiente regional. La fórmula que rige esa constante ambivalencia del libro, se basa en una serie de sutiles dualidades, de constantes desdoblamientos, en una técnica de espejos, en que las imágenes reales van generando simultáneamente unas segundas imágenes de una realidad estilizada, ideal, estéticamente deshumanizada, mejor diríamos —para acompañar la intención del autor—, en una serie de *sombras* que se proyectan agrandadas y puras hacia el terreno de los valores absolutos.

El héroe aparece desdoblado en dos imágenes. Una, la concreta, material, imperfecta, del muchachito “gaucho”, primera materia potencial del hombre, necesitada de una guía, de una norma moral para realizar su posibilidad. Detrás reflejada, agrandada, ideal, perfecta, la figura de Don Segundo, norma y norte de aquella realización. La totalidad de la novela no es sino el proceso de identificación de ambas. En un verdadero “camino de perfección” el muchacho, pícaro en ciernes (“que era un perdido y que concluiría cuando fuera hombre, viviendo de malos recursos”) va recibiendo la lección ejemplar que le dicta la conducta ideal de la “sombra” que camina a su lado, como el Arcángel de Tobias, protegiéndolo y guiándolo en su viaje por la vida hacia su realización como “gaucho”, es decir a la consecución de una alta disciplina moral derivada del medio, del sistema de relaciones que

lo rigen y de la satisfacción con esa órbita vital. Vida de resero, de sencilla perfección. Vida esencialmente motora: "caminar, caminar, caminar"; ser resero es "tener alma de horizonte" y llegar a que "huella y vida" sean "una misma cosa". Don Segundo ejemplifica para su ahijado esa noble y penosa vida aventurera y le enseña sus precisos límites y su alta y consciente jerarquía. "Hacete duro, muchacho!" dice Don Segundo. Este profesor de energía no sólo capacita a su discípulo en las "cosas de la vida" en todas las "artimañas del domador" y los "saberes del resero" sino que le infunde, con el amor a la libertad, el sentido rígido de autodomínio, "la resistencia y la entereza en la lucha, el fatalismo en aceptar sin rezongos lo sucedido, la fuerza moral ante las aventuras sentimentales, la desconfianza para con las mujeres y la bebida, la prudencia entre los forasteros, la fe en los amigos". Y para subrayar la fuerte sugerencia quijotesca de la dualidad de héroes, y de esa sencilla y fuerte filosofía de camino normada por una moral alta y simple, la afirmación de ser uno "hijo de Dios, del campo y de uno mismo", equivalente al ser "hijo de las propias obras", del manchego. En esa triple paternidad afirma Güiraldes los tres pilares de sostén del *gaucho esencial* y su mundo: la divinidad — el paisaje— y el Yo moral.

En busca de la fórmula apropiada para establecer eficazmente la dualidad central de la obra, que le permita proyectar la imagen real del héroe sobre la imagen fantasmal de lo que pudiéramos llamar el "superhéroe" Güiraldes elige, con gran acierto, la forma autobiográfica para su novela. Logra así, en primer lugar, que la figura de Don Segundo aparezca siempre reflejada, que llegue al lector oblicuamente, inmersa en el héroe, filtrada, elaborada y agigantada no por el autor, sino por la admiración del muchacho, que se interpone como una lente de aumento produciendo una imagen que sería artísticamente improbable, y difícilmente manejable, en el relato directo. Por otra parte consigue así Güiraldes crear una nueva dualidad —que más adelante veremos cómo se manifiesta curiosamente en el estilo— un nuevo despliegue, en virtud del cual por la inmersión del autor en el personaje, éste va a tener dos facetas polarmente opuestas, cuya difícil

compatibilidad se hace, sin embargo, misteriosamente plausible por obra y gracia de un sutil arte de síntesis. De un lado, el héroe se nos aparece plenamente volcado hacia la "acción" elemental y brutalmente sencilla, de la vida en un medio pastoril, ingenuamente bárbaro, y al mismo tiempo está denunciando constantemente en su relato una sensibilidad superculta e hipersensible para la captación de los valores artísticos que ese mismo mundo le ofrece en calidad de espectáculo; una retina supercivilizada que percibe con gran acuidad ese panorama estético.

La imagen de Don Segundo atraviesa, pues, el libro con sus sencillos perfiles y su sencillo actuar sublimados y estéticamente traspuestos en símbolo a través de su protegido. Su entrada en la novela y su salida de ella están permeadas de esa sugerencia suprahumana. "Inmóvil, miré alejarse, extrañamente agrandada contra el horizonte luminoso, aquella silueta de caballo y jinete. Me pareció haber visto un fantasma, una sombra, *algo que pasa y es más una idea que un ser*; algo que me atraía con la fuerza de un remanso, cuya hondura sorbe la corriente del río". Así ve el héroe por primera vez la figura de su padrino. Y la misma impresión se repite al final cuando Don Segundo parte: "Por el camino, que fingía un arroyo de tierra, caballo y jinete repecharon la loma, difundidos en el cardal. Un momento la silueta doble se perfiló nítida sobre el cielo, sesgado por un verdoso rayo de atardecer. *Aquello que se alejaba era más una idea que un hombre*". Este ser, cifra de la Pampa, esta integralidad vital, casi abstracta, pasa por la obra llenándola con su presencia modelar, que va definiendo en una sucesión de estampas, aparentemente desconectadas, válidas por sí mismas, todos los momentos nucleares del vivir gauchesco. No hay anécdota novelesca en un sentido argumental. Esos incidentes, los episodios pasajeros, los personajes circunstanciales se ligan sutilmente por la presencia de los dos personajes. Todos los aspectos sustantivos del vivir pampero, todas las formas del hacer humano de esa sociedad primitiva se nos van presentando sucesivamente como fondos sobre los que pasan los héroes en su perpetuo caminar resero: la doma, el desuello, la pelea, el baile, las riñas de gallos; y con ellas las toscas formas del arte y la ciencia

de ese rudo cosmos ganadero: su folklore, sus cuentos, sus remedios y supersticiones. Y todos esos elementos definidores son tratados en sus notas esenciales más acusadas, sin falso tipismo, con una sobriedad que hace de ellos paisaje estático, a pesar de su dinamismo interior.

Así pues, no pasa nada en Don Segundo Sombra. A excepción de la pequeña anécdota que enmarca la novela en el principio y el fin —los orígenes del héroe y su fortuna final— meros hitos limitadores de índole técnica, necesarios, el cuerpo del relato se resume en el perpetuo fluir y retornar de la vida, en el continuo marchar, que rige ésta. (“Llegar no es, para un resero, más que un pretexto para partir”). En un trozo de esta vida se nos presenta un ser que realiza íntegramente en su persona, y en la más alta potencia, los rasgos esenciales del clima moral y físico en que se mueve. Esta “vida ejemplar” se llena de significado social y ético dentro de ese ámbito cuando se proyecta como guía y norma de un alma joven, que recibe la lección y aprende vida. Con el espectáculo de esa lección ideal de vida superior, y de la aspiración y realización de ella, Güiraldes ha extraído del mito gaucho toda su sustancia positiva.

En este proceso de estilización estética y moral del cosmos gaucho Güiraldes se ve obligado a someter a la naturaleza, al paisaje, a una transposición semejante. Dado su evidente propósito de expresar el vivir gaucho en función de esencialidad abstrayendo de él todo lo incidental o tangencial y quedándose solamente con los elementos nucleares, el paisaje pasa, por una relación de necesidad categórica, al primer plano de la elaboración literaria. Efectivamente, “gaucho” es término que lleva implícito un paisaje, y su simple enunciación provoca imperativamente en nosotros la evocación subyacente de una naturaleza específica, sin la cual el hombre carece de sentido. Se puede decir de este tipo humano, que es una consecuencia de la topografía, y que su misma existencia fué totalmente determinada y definida por el ámbito natural circundante. Toda la vida psicológica, todos los contenidos emocionales del hombre de la Pampa, sus impulsos artísticos y de creación, sus conceptos de las relaciones humanas, su sentido de la vida en fin, están ineludiblemente:

condicionados por el carácter del paisaje en que se mueve: la sabana infinita, desbordada, el ombú solitario, el traidor pajonal, los médanos y barranqueras, los huesos mundos de la res y la fusión de cielo y tierra en el horizonte.

En *Don Segundo Sombra* tenemos la sensación constante de esa presencia indispensable del paisaje. Se diría que la mitad de la elaboración artística de la novela está dedicada a la naturaleza; de tal manera nos sentimos invadidos por ella, percibimos su sustantividad. Y sin embargo no es así. En la realidad tangible del estilo, encontramos que la vida diaria, el "hacer" cotidiano del hombre lo llena todo y la presencia de la pampa está sutilmente sugerida sólo en breves referencias incidentales, sin descripciones concretas, en transparencias evocativas del lenguaje y la acción. Y aun esas referencias tienen un carácter predominantemente subjetivo. No se nos comunican apenas elementos de la naturaleza objetivamente aprehendidos, sino que éstos se nos hacen deducir oblicuamente a través de las sensaciones subjetivas que el héroe recibe en cada momento. Por otra parte, el carácter de ese paisaje elude la descripción. La llanura, igual e ilimitada desafía la captación concreta. Si el artista siente esa naturaleza —como la del páramo castellano— cualquier descripción directa le parecerá mezquina, inexpressiva, insatisfactoria.

La austera infinitud del campo argentino nos llega en *Don Segundo Sombra* a través de expresiones no descriptivas, canalizada en sensaciones del hombre, ingredientes de su vida anímica, que son proyección directa del paisaje. Son las "ansias de horizonte", el "caminar, caminar, caminar", o el "galopar es reducir lejanías", o aquella "indefinida voluntad de andar que es como una sed de camino y un ansia de posesión, cada día aumentada, del mundo". De este modo el paisaje deja de ser simplemente un decorado, una tela que sirve de fondo a la acción, para transmutarse en acción misma, en vida, fundiéndose con el hombre en una simbiosis existencial en virtud de la cual se ligan en una mutua relación de necesidad, inseparable. Estamos ante un concepto transcendente del paisaje, ante una teorización de la naturaleza.

Por eso, a través de todo el libro, vemos establecerse delicadamente esa inescapable relación entre el latido de la vida interior del héroe y el temblor de la vida de las cosas y la naturaleza. Esta vibra en su totalidad —son raras las referencias a detalles del paisaje— de una manera humana, con un animismo único y total que, ya se arrastra detrás de los estados de ánimo del protagonista ya los provoca, con un paralelismo consciente y expresivo: “El campo entero escuchaba”, “El pasto y los cardos esperaban con pasión segura”, “El campo no quería saber nada fuera de su reposo”. “Mis compañeros no parecían más heridos que el campo mismo”. El silencio —elemento fundamental— pasa a tener un carácter positivo y hasta tangible: “Al dejar que entrase en mí aquel silencio, me sentí más fuerte, más grande”. La cordial ligazón del tiempo con el protagonista no deja de establecerse en todo momento: “Estaba contento como la mañanita”. “El anochecer vencía lento, seguro, como quien no está turbado por un resultado dudoso”, “La noche me apretaba las carnes y había tantas estrellas que se me caían en los ojos como lágrimas que debiera llorar”. La naturaleza aquí tiene un alma sensible y viva, cuya esencia hay que sorprender en el temblor de cada instante.

A través de todas estas manifestaciones vamos viendo la perfecta adecuación de los procesos artísticos de Güiraldes, con sus fines. Su instalación dentro del héroe, por medio de la fórmula autobiográfica es un extraordinario acierto, que le permite crear simultáneamente dos visiones del hombre y del medio: una directa, activa, motora, inmediata, elemental, que es la del muchacho “baquiano”, su protagonista —es decir, visión de la entidad ficcional—, y otra pasiva, sensible, receptiva, mediata, viendo todo en perspectiva interpretativa y estilizadora, en función de esencialidad, que es su visión propia de artista. Ambas conviven curiosamente, armónicamente, y esto probablemente es en virtud de que, en realidad, no se trata sino de una reversión literaria, hábilmente realizada, de una experiencia personal. Efectivamente, Güiraldes, hijo de estanciero, tempranamente alejado del medio, viajado y cosmopolita, vuelve a la Pampa, empapado de paisajes extraños y embebido de vida y literatura ajena. Pero

sus viajes y su cultura, en lugar de destruir en él al campero, contribuyeron a afirmarle la certeza de que el nacimiento de su personalidad, humana y literaria, residía en el poso pampeano de su niñez. Vuelto al medio, su cosmopolitismo fué el vigoroso agente catalizador de esta reacción, porque le permitió mirar lo suyo con ojos parcialmente enajenados por la visión de otras tierras y otras vidas; y con ello la posibilidad de ver lo propio en espectáculo, en una amplia perspectiva, con distancia suficiente; pero sin estar del todo fuera, sintiéndolo aún como propio. Con la actitud mixta del hombre de cultura cosmopolita que por voluntad propia vuelve a la limitación geográfica y espiritual del terruño, sincera y profundamente, en busca del gaucho que lleva dentro "sacramento, como la custodia lleva la hostia", pero que en ese retorno a un mundo ingenuamente elemental y primitivo al que se quiere reintegrar ingenua, elemental y primitivamente, trae consigo a pesar suyo toda la complicación estética de su cosmopolitismo. Este obstáculo, es el que Güiraldes salva fundiéndose con su personaje y dándole esa personalidad ambivalente que él mismo encuentra dentro de sí. Al hacerlo invierte, sin embargo, los términos de su ecuación. El gauchito simple y sencillo de su niñez en la estancia, pasa al primer plano, y el artista refinado, de sensibilidad supercultura se queda agazapado dentro, observando, glosando e interpretando a ese otro Yo, sencillo y amado, creación de la voluntad y del recuerdo, que él ha puesto a galopar simbólicamente al lado de la Pampa hecha símbolo en Don Segundo.

Para producir la amalgama, la íntima coherencia de esas dos personalidades divergentes de su héroe y lograr un equilibrio eficaz, en el cual se salve la verdad artística, Güiraldes recurre a una sutilísima síntesis estilística de los elementos lingüísticos, en virtud de la cual la expresión estética atrevidamente subjetiva, indicadora de una sensibilidad literaria avezada al uso de toda índole de atrevidas transposiciones, se asimila y funde—sin que se adviertan a primera vista soluciones de continuidad— con el lenguaje directo y coloridamente dialectal propio del ambiente. Para esto somete a su héroe a un proceso de "ventriloquía", dotándolo de dos idiomas expresivos: el de

comunicación exterior, es decir el que el héroe usa en los contactos sociales de vida novelesca, y el de su vida interior. Uno, lenguaje gauchesco, dialectal, rústico, francamente realista, pintoresquista, diríamos: "Le vi a pedir disculpa —empecé— por lo que ha sucedido. A mí me han atendido por demás bien en esta casa y vengo a pagarla con un dijusto. Stá mal sindudamente, pero válgame Diós que yo no he buscao el plaito". El otro un instrumento refinado —a pesar de pinceladas de lengua popular estratégicamente entreveradas— de carácter inequívocamente literario, escrito, donde, con ciertos automatismos retóricos, se denuncia una fuerte voluntad de estilo. "Las baldosas preparaban sonido bajo los pies de los zapateadores". Latitudes polarmente opuestas del idioma, que el novelista hace convivir, no ya dentro de la novela, sino dentro del personaje.

Las metáforas —el libro es rico en ellas— son también frecuentemente vehículo de la síntesis, camino sutil de la unión de esas dos zonas del personaje. El procedimiento generalmente consiste en transponer sensaciones internas indicadoras de una gran acuidad de percepción subjetiva y abstracta a imágenes procedentes del mundo más inmediatamente diario y concreto de la vida ganadera, en un audaz salto comparativo, que trata de salvar la distancia que separa ambos mundos, estableciendo entre ellos una relación plausible y natural, dentro de la verdad artística: "Y además me parecía que también ella (la memoria de su padre) se iba a morir significando sólo un recuerdo frío: De haberme atrevido la hubiera echado abajo como se degüella a un animal que sufre"; "Todas las penas que me había dado para ser un resero de ley, quedaban en mi imaginación como una montonera de huesitos de difunto".

Otro medio favorito de Güiraldes para producir estilísticamente la fusión, consiste en paralelizar percepciones inmediatamente físicas, con impresiones de las cosas de un agudo y elaborado subjetivismo: "Los vasos eran de vidrio espeso y turbio. En el vasto recinto bostezaba una desesperante atonía".

Con todos estos recursos tendientes a la resolución de la inevitable dualidad en que descansa su creación, Güiraldes consigue hallarse siempre vigorosamente presente en

ella, sin dañar la sencillez del ambiente, y sin hurtarle el cuerpo, ni a la realidad que tiene delante, ni a su fantasía insobornable de gran artista.

A pesar de que la forma autobiográfica, exigiría, en estricto realismo, una perfecta congruencia entre la vida psicológica del héroe y su realidad social e individual, como el arte no es la vida, asistimos gustosos a la ficción de instalarnos dentro de la supuesta elementalidad mental del héroe—un pilluelo hecho resero—, y hallarla amueblada por las ideas, las vivencias, las percepciones y el lenguaje, finamente estéticos, de Güiraldes. El arte del novelista hace que lo sigamos complacidos en el juego de ilusión que ante nosotros desarrolla, en busca de una expresión de la realidad, que por ser sublimación de ella, no tiene obligación ninguna de mantener siempre ambos pies en el suelo de la veracidad objetiva.<sup>1</sup>

Güiraldes siente profundamente el mundo que describe. Pero—quizás con beneficio para su obra— este mundo pampeño, que es acendradamente suyo, querido en todos sus elementos, está visto de una manera superconsciente, está sentido intelectivamente—en el mejor sentido de la palabra— está globalmente concebido y emocionalmente teorizado. Esto es, posiblemente, lo que hace que *Don Segundo Sombra* sugiera tan a menudo al *Quijote*. (La influencia en la composición general es indudable). Hay mucho de cervantino en el propósito y en la realización.

*Don Segundo Sombra* es fundamentalmente una obra de arte. Arte en el sentido más hondo de la palabra, es decir, invención de realidades cuya verdad está referida a un plano distinto del de la realidad vital, y superior a él. Abstracción y condensación de la vida, que destilada por la alquimia del artista sufre una trasmutación en algo infinitamente más valioso que los elementos de los que pro-

<sup>1</sup> Por eso nos irrita la injustificada concesión del autor a una inverosímil veracidad realista, cuando de manera nada convincente transforma atropelladamente a su héroe en "un hombre culto" con "inquietudes literarias" en las últimas páginas, y por el simple contacto con un muchacho de ciudad. Circunstancia ésta que resulta falsa, innecesaria y estorbosa para la imagen sintética del carácter del protagonista que el libro ha formado en nosotros.

cede. La impresión de realidad es vigorosísima, y sin embargo se trata substancialmente de una obra de fantasía. Combinación eficacísima de imágenes virtuales a las que un fuerte poder de condensación imaginativa presta una vida a la vez real y teórica. La fórmula de Güiraldes —dentro de una extrema originalidad— sigue la de los grandes maestros, Cervantes, Flaubert, Dostoyevsky. Quizá esto es lo que le da su carácter, a nuestro juicio único, en la novelística de Hispanoamérica. Esta novela, de forma autobiográfica, es, literariamente, la menos autobiográfica de las novelas hispanoamericanas—, en las que vida y ficción se confunden demasiado a menudo, desgraciadamente. Aquí los lindes están claros; Güiraldes no ha canalizado determinados incidentes de la vida hacia su novela (que casi carece de argumento—; no ha “vivido” las realidades de su libro, sino que las ha “creado” utilizando como materiales, momentos muy diversos, espacial y temporalmente, de la realidad. El ha mirado a las cosas y a los hombres, esquivando lo momentáneo, lo superficial, lo percedero en busca de la fracción de eternidad que todo contiene y que ha de revelarles la clave de los hombres, los objetos, las relaciones, que ha de darle el símbolo expresivo que capte y fije los elementos inmutables del fluir vital. De ahí esa sensación simultáneamente estática y dinámica que se desprende de su libro. Los elementos caóticos y fragmentarios que se ofrecen a la observación, Güiraldes los articula con otros de pura imaginación, suscitados por aquéllos. El resultado es aparentemente sencillo, pero detrás hay una compleja química artística.

Novela de pura raíz española —cervantina— no sólo por la composición sino por su profundo sentido moral. Alguien, toscamente, ha pretendido, apoyándose en factores formales, incluir esta obra en el género picaresco; *Don Segundo Sombra*, de punta a cabo, es una afirmación de fe, en el valor positivo de los cimientos y los orígenes históricos y sociales de la Argentina. El gaucho ha desaparecido, la Pampa se ha limitado, el nomadismo y la violencia carecen de sentido, pero subsiste un país de tradición pastoril. Y a ese país de población ya radicada le ofrece Güiraldes lo que en su destilación del pasado él ha obtenido de esencias positivas. Significativamente, vemos

al héroe establecido como estanciero, al final del libro, cuando Don Segundo, la "sombra" de la tradición que personifica todo lo que de constructivo, de impulsos y calidades nobles había en el gaucho —le ha enseñado a ser hombre. Facundo, Martín Fierro, Santos Vega, Juan Moreira, en la alquitara de Güiraldes producen a Don Segundo. Biblia, o Kempis eto-estético de la nacionalidad argentina es este libro y no novela picaresca; en ella se señala la imitación de la conducta de un gaucho perfecto, depurado, teórico, como meta hacia la cual debe tender la vida interior y exterior del moderno habitante de la Pampa.

Español y cervantino también el alcanzar el plano de los valores universales a través de lo acentuadamente regional, o nacional; con ello logra Güiraldes que, lo mismo que Don Quijote, siendo esencialmente manchego, castellano y español puede ser apropiado y entendido por gentes de las más distintas latitudes, *Don Segundo Sombra*, siendo medularmente pampero y argentino nos sepa a propio a todos los hispanos, aun a aquellos que jamás hemos pisado aquellas tierras.

## EL LUGAR DEL DIABLO

Por *Carmen R. L. DE GÁNDARA*

*No deis lugar al diablo.*  
Efesios, IV, 27.

**E**N el vestíbulo de la vieja casa no se veía más mueble que una pesada mesa de jacarandá, y nada interrumpía, bajo la curva del techo abovedado, la desnudez de las paredes conventuales. Pero a uno y otro lado de la entrada, tocados de oro, enhiestos sobre pedestales de mármol, dos negros venecianos de madera policroma alzaban parejos candelabros de velas encendidas. Temblaba el fulgor de las llamas sobre los muros de cal y las caras de ébano, se movía sobre las túnicas orientales y destacaba el verde y el azul de los collares, realizando esa armonía, a la vez delicada y ambigua, con que habían soñado los ojos distantes de Isabel Ituarte.

Al pie de uno de los negros un sirviente de librea abría y cerraba automáticamente cada dos o tres minutos la puerta de calle. Un cuchillo de aire helado—era una noche de julio—cortaba, cuando la puerta se abría, la atmósfera tibia del hall. Junto al pedestal que sostenía al otro negro, otro sirviente idéntico tomaba de manos de los invitados gruesos gabanes y capas perfumadas.

A las nueve los negros quedaron solos bajo sus candelabros rutilantes. El comedor y la sala estaban colmados de gente. No faltaba nadie. ¿Quién faltaba nunca a un cocktail de Isabel Ituarte?

Contra la chimenea de la sala en la que se estiraban altas llamaradas pálidas, de pie, erecta, con el cuello erGUIDO y la espalda rígida, la dueña de casa sonreía, saludaba, contestaba apenas y vigilaba de tanto en tanto con la mirada las bandejas que iban y venían por entre los grupos

de parlantes hombres y mujeres. Sobre su cabeza de lacio pelo rubio un cuadro, un interior nacarado de Berthe Morisot, repetía, bajo el rayo de un foco invisible, los tonos y reflejos, como de rocío, de su piel.

¿Vigilaba con la mirada? ¿Cómo podía vigilar algo, cómo podía registrar lo que percibía esa mirada, esa mirada hecha de objetos perdidos, de viajes imposibles y nombres olvidados, hecha de ausencias y llena de vacío, esa mirada cuyo color era el color mismo de la distancia? Sin embargo, los ojos continuamente ajenos a la realidad, de Isabel Ituarte se habían percatado ya que estaba todo el mundo, que las bandejas circulaban correctamente, que el *Old-fashioned* estaba en los vasos adecuados y que la facha y el frac del mucamo extra eran satisfactorios.

Mientras respondía dos palabras a la rubicunda mujer de un ministro escandinavo sus ojos vieron, en un grupo situado en la otra punta del cuarto, al francés ese recién llegado, tan fino, que le habían presentado la vispera. El francés la buscaba para saludarla. En ese instante dos brasileños llegaron hasta ella. A los brasileños se agregó un inglés. Luego, irrumpieron en el grupo dos argentinos jóvenes.

—Madame.

El francés había logrado alcanzarla. Se inclinó, le besó la mano.

—Hola, Isabel —dijo un argentino joven, de cuello blando, sin esperar que el extranjero pudiera ni terminar su saludo ni agregar palabra. El francés se sintió empujado por la presencia irrefutable del argentino y por la corriente. Resistió durante unos minutos. Luego, divisó con alivio, bajo un sombrero lleno de plumas claras, el rostro conocido de Aurora Oromí.

—Este francés que acaba de saludarte es duque de algo, ¿no?

—Sí —contestó Isabel; y pronunció el nombre histórico con acento impecable mientras sonreía a un norteamericano que la miraba desde la puerta del vestíbulo.

El grupo en cuyo centro se encontraba la dueña de casa iba complicándose cada vez más a medida que la conversación se animaba. Isabel atendía durante una fracción de segundo a cada persona. Pero poco importaba.

Ninguna frase esperaba respuesta. Nadie contestaba a nadie. Y si alguno incurría en la insensatez de exigir contestación se veía sometido a la penitencia de presenciar cómo las palabras con que había formulado su pregunta quedaban en el aire sueltas, inmiradas, peregrinas, sin más razón de ser que ellas mismas.

Rozado por alguien el tema político, el ardor de la charla se fué acentuando y cada uno, abandonando el francés inicial, encontróse hablando —con vehemencia— su propio idioma; los brasileños hablaban portugués, los argentinos español. Brotadas de idéntica temperatura pasional las exclamaciones y opiniones se entrecruzaban; los nombres de los dictadores volaban por entre el humo de los cigarrillos.

El inglés, con un vaso de whisky en la mano, miraba los diálogos desde su enorme estatura y dejaba caer de rato en rato sobre el desorden ruidoso un cerrado monosílabo británico. Isabel Ituarte presenciaba la confusión, imposable; con la cabeza en alto, los hombros dignos y los ojos absolutamente vacíos escuchaba todo y no escuchaba nada. Ninguna palabra la alcanzaba, jamás; estaba en todas partes como si no estuviera: incorpórea, imaginaria. En diversos idiomas las afirmaciones se entrechocaban a su alrededor; todo era movimiento, efervescencia, ligereza, desencuentro. Sí, desencuentro; esa era la causa, por eso se sentía tan bien en las fiestas Isabel Ituarte; porque el desencuentro era su clima. La lógica le producía una gran fatiga y aunque ella no percibiera, naturalmente, cuál era la razón de su bienestar, hallaba en esos momentos de extremado absurdo un misterioso descanso.

Laboriosamente, el francés iba llegando al sombrero lleno de plumas y cintas pálidas de Aurora Oromí. Nadie lo saludaba. Nadie le hacía caso. Y, sin embargo, le habían presentado ya a muchas personas. "Quel pays", se iba diciendo.

En el comedor, de pie junto a la mesa reluciente, el viejo conde Scalchi; ex-ministro del Reino, collar de la Annunziata, ilustre desterrado del fascismo y actual embajador de varias instituciones recién nacidas, miraba a su alrededor con melancólica perplejidad. Estaba muy cansado el conde. Tantas cosas le habían pasado, a él y a su

tierra. Tantas y tan atroces. Poco, muy poco le importaba ya lo que hiciera o dijera un mundo enloquecido. Su nuca, su ancha nuca taurina comenzaba a traducir una declinación, un descenso; como si la antigua línea hercúlea estuviera paulatinamente transformándose en el dibujo de una derrota.

—“Comte! Comte! Est-ce possible? On me dit que les ponts, les merveilleux ponts de Florence ont été détruits.” La mujer estúpida levantó su rostro hacia la fuerte cabeza del anciano. Al no obtener respuesta, insistió: —“Ah, ces ponts.” Pero el viejo conde no dijo nada. La mujer prosiguió:

—“C'est épouvantable. On aurait dû.” En silencio, suavemente, el viejo conde, insinuando una sonrisa helada, giró hacia otro grupo volviendo sus anchas espaldas a la mujer. Los adornos del sombrero de la mujer quedaron un instante inmóviles; pero sólo un instante. Pocos minutos después volvieron a moverse al compás de nuevas exclamaciones dirigidas a una nueva víctima ocasional.

Mientras el francés saludaba a Aurora Oromí, el joven argentino de cuello blando le decía a la chica argentina que estaba a su lado.

—Che.

—Qué.

—Creo que me parece bonito el sombrero de Aurora Oromí.

—A mí esas plumas enjauladas me dan asco. O miedo. No sé.

—Y ella, ¿qué te parece?

—Creo que me parece superflua.

—Ella debe tener la misma sensación. Es como si se hubiera perdido y anduviera ella misma buscándose por las calles, por los cuartos, por las modistas, por los hombres. Pobre.

—Pobres, los otros. Ha de ser cruel. Como no se encuentra.

Entretanto, el francés lograba entablar un diálogo con Aurora Oromí. Le estaba diciendo:

—“C'est que, voyez-vous, en Europe tout s'effondre, tout est effondré”. Hubo una pausa. Aurora Oro-

mí pareció considerar el hecho, gravemente. El francés prosiguió:

—“Mais ce qui est le plus effrayant de tout c'est que la vie, la vie privée s'en ressent. Il n'y a plus de couples. Il n'y a plus un couple” —repitió, separando las sílabas y dando a la frase tremenda categoría de sentencia de muerte. Las largas pestañas untadas de Aurora Oromí temblaron un poco. Por su rostro magnífico cruzó una sombra, fugaz, como si un pájaro de alas silenciosas hubiera volado sobre ella.

—“Personne ne peut plus vivre avec personne”.— Aurora Oromí sacó un cigarrillo de su cartera y esperó, con la mano en alto, que el encendedor del francés funcionara. No podía soportar el tema. Ese tema le dolía, adentro; ahí, en ese punto, en esa llaga que una vida invivible con un marido indiferente mantenía siempre abierta. Felizmente, se acercaba a ellos un argentino que, habiendo tenido años atrás fama de gracioso, pasaba su vida de solterón inútil tratando de justificar aquel legendario renombre. Saludó a Aurora Oromí e inmediatamente dijo un chiste; el chiste carecía de gracia, pero en ese momento resultó salvador. El aire, para Aurora Oromí, volvió a ser materia respirable.

En el otro extremo de la casa Isabel Ituarte seguía sonriendo en el centro de un grupo heterogéneo y bullicioso. Quiméricamente, un español talentoso y sociólogo realizaba esfuerzos tenaces para hacerle llegar una teoría de su propiedad.

—Sabe usted, es así: para los indígenas de Indonesia la venta es una operación mucho más complicada que para nosotros. —Las cejas de Isabel Ituarte no se movieron. —Ellos creen que para poseer un objeto no basta con comprarlo sino que es menester, además, adquirir separadamente sus virtudes puesto que éstas tienen —creen ellos— una existencia independiente y no pueden de ningún modo confundirse con el objeto al cual estas virtudes se atribuyen. —Los ojos totalmente vacíos de Isabel Ituarte vieron que sobre uno de los negros del vestíbulo el pabito de una vela se alargaba peligrosamente y goteaba. Hizo una seña al mucamo más próximo. Volvió a mirar, aparentemente atenta, al español hablador.

—Si un indonesio compra un perro de caza, no compra nada. —En los ojos claros de Isabel Ituarte se habían metido leguas y leguas de distancia azul. Dijo:

—¿Nada? —Alentado, el español continuó:

—Pues no, ya verá usted. Tiene que comprar, además del animal, su agilidad, su vigor, su fidelidad... —Isabel, con admirable oportunidad, sonrió. Pero, en seguida, haciendo un gesto como de excusa con la mano, se dirigió, lentamente, hacia el comedor. El sociólogo quedó boquiabierto, con su informulada teoría a flor de labios y miró, con ostensible fastidio, a la concurrencia. ¿Dónde podría, Madre de Dios, hallar un ser humano, nada más que humano, a quien decirle cosas? Malhumorado, se sirvió de una bandeja que pasaba, la quinta copa de Jerez.

En un rincón de la sala, entre dos lámparas con pantallas de viejo pergamino, estaba un pequeño sofá tapizado de raso blanco sobre el cual nadie se había sentado todavía. Era el único asiento vacío del cuarto. Exactamente como si estuviera reservado para un invitado ausente.

Al pasar junto al grupo de los argentinos —porque muy rápidamente los argentinos jóvenes resolvieron dejar que los extranjeros se las arreglaran como pudieran y se instalaron a conversar, cómodamente, entre ellos —Isabel oyó, como ella oía las cosas, a través de blancas galerías con espejos o laberintos de follaje o complicadas escaleras entrecruzadas, unas cuantas frases sueltas que le rozaron el oído:

—Todos los argentinos y, en general, todos los americanos, somos improvisadores.

—Pero algunos piensan.

—Piensan de oído. —Isabel siguió su camino después de saludar con la cabeza al español gigantesco, pelirrojo y miembro conspicuo de una organización política que se incorporaba en ese momento al sector argentino.

Así, livianamente, sin prisa, yendo con precisión coreográfica de un grupo a otro, Isabel Ituarte llegó al comedor. Al cruzar la puerta la risotada del gigante le retumbó desagradablemente en el oído. Se acercó a la mesa y tomó entre sus dedos una castaña acaramelada. Una mu-

jer de pelo muy, muy negro y de cara exangüe se le aproximó. Era Irma Santander, amiga de infancia, solterona, comunista. Isabel Ituarte la miró. La fealdad de Irma Santander era una fealdad central, importante, protagónica; era una fealdad imposible de menospreciar. No era ausencia de belleza, esa fealdad; era una afirmación, un hecho violento, positivo, triunfante. De tal modo que toda la vida de esa mujer salía, provenía de esa cara; todos sus actos y palabras y pasiones eran mera consecuencia de esa pobre cara inmirable que arrastraba por el mundo. Era rica. Desde muy joven se señaló por su afición a frecuentar todos los medios y clases sociales, a explorar ambientes diversos; tenía amigos en todas partes y —decían— ayudaba y protegía a mucha gente. Su vida privada estaba envuelta en el mayor misterio, en un misterio que nadie hubiera deseado descubrir. ¿Qué podían ser esas sórdidas aventuras, esas lamentables historias a que alguna vez se aludía en voz baja, compasiva? Mejor era no pensar en ello. Sólo se sabía que, años atrás, influida por un joven psicoanalista judío con quien tenía gran amistad, se había afiliado al "Partido" y puesto todo su ser, desde ese día, al servicio de "la causa del proletariado", con una pasión helada, minuciosa, feroz, con una de esas pasiones que suelen producir, tras complicada alquimia, los grandes resentimientos. Pero, a pesar de su color político, y tal vez por exigencia del "Partido", conservaba con cuidado y habilidad todas sus amigas de siempre y asistía invariablemente a ese tipo de reuniones.

—Qué tal, Irma —dijo Isabel. —¿Cómo te fué en Estados Unidos? Tienes que contarme.

—Mal. No se puede vivir ya en ese país. Se están poniendo fascistas. En cambio, Cuba, qué maravilla.

—¿Sí? —Los ojos de Isabel Ituarte brillaron, limpios y lisos como pompas de jabón. Irma Santander se preparaba a continuar la exposición sistemática. No descansaba un segundo. Pero Isabel no escuchaba ya. Miraba, interiormente atónita, con íntima repugnancia, la boca de la mujer empedernida. (En París, le habían enseñando a Irma Santander a hacer uso de su fealdad convirtiéndola en "genre"; le tiraron el pelo retinto hacia atrás, descubriéndole las orejas y le aconsejaron que acentuara su natural

lividez. Sobre la boca, casi sin labios, le dibujaron otra más larga, exagerada, muy roja). "Pobre Irma", pensó Isabel. Y lentamente, tomándola del brazo, se dirigió con ella hacia la sala.

Se detuvieron las dos mujeres junto al pequeño sofá de raso blanco sobre el cual nadie se había sentado todavía. Bruscamente, sin saber por qué lo hacía, Irma Santander volvió la cabeza hacia el punto en que, bajo las pantallas de pergamino, brillaba, vacío, el asiento de seda.

—¿Has visto qué bien habla todos los idiomas Pepe Fuentes? —dijo Isabel, maquinalmente, para atajar la tirada proselitista iniciada segundos antes por Irma Santander.

—Claro. Porque no entiende ninguno.

Pero Irma Santander seguía observando el sofá vacío. Y, de pronto, mirando a Isabel Ituarte de un modo extraño, como si hablara contra ella misma, en un tono entre confidencial y sardónico, dijo: —Hay cosas raras. . . Yo, por nada del mundo, me sentaría en ese sofá. —Pero Isabel oyó apenas; estaba mirando el sombrero de Aurora Oromí.

Pepe Fuentes, que estaba en ese momento festejando con aplicación a una muchacha norteamericana, era ese argentino con fama de gracioso que iba poniéndose cada vez más triste porque nadie se reía ya de sus audaces salidas. El buen humor festivo de la primera juventud se le estaba volviendo enconada amargura porque no sabía qué hacer de su persona y de sus ocurrencias.

—"I can't make you out" —le estaba diciendo la americana. ¡Y era tan cristalino Pepe Fuentes, ex-bufón de bares!

En el centro del grupo argentino el politicastro español había tomado la palabra y no la soltaba. Un jovenzuelo lampiño, nacionalista de cachiporra, lo miraba con fervor. No era para menos. Se trataba del modelo vivo, de la encarnación —en ese caso abundante— de la verdad. El español, sintiéndose admirado, redoblaba en estentórea satisfacción. Los otros argentinos escuchaban, callados,

observando al gordo dogmático con algo de curiosidad y mucho de instintiva desconfianza. Este, que medía cerca de dos metros, tenía la cabeza en forma de huevo, el pelo rojo, muy crespo, y unos ojos que se le salían de las órbitas. Estaba diciendo:

—Nos ha sido muy fácil solucionar el problema. Es cuestión de tratar a los hombres como lo merecen, con desprecio. —Pronunció la palabra "desprecio" con fruición, saboreándola. —¿Que fulano es un escritor de fama universal? Pues que se calle. ¿Que mengano es el hombre que más sabe en el mundo de derecho romano? Pues que se vaya al demonio él, y con él el derecho romano. —Y rió, como si vomitara.

La risa, la risa sin alegría, espasmódica, hecha de rabia, resonó en el aire lleno del humo de su cigarrillo. Isabel se acercó al grupo. Oyó las últimas palabras del gordo pelirrojo. Pensó: "Este hombre se ríe con los intestinos". Ella no se rió. Nadie se rió. El gordo, haciendo de tripas corazón, volvió a tomar la palabra, mas esta vez, con falso aplomo.

—Lo que pasaba al mundo era que los hombres se habían puesto a pensar como mujeres, con los nervios o con las glándulas. El primer contemporáneo que vuelve a pensar como un hombre es Nietzsche. Por eso su voz está sacudiendo todavía a Europa. El mundo estaba afeminándose. Todo el daño viene de ahí, de los débiles, de "los buenos". Está por medirse aún el mal que puede hacer uno de esos desgraciados que andan por ahí hablando de "amor a la humanidad". Qué asco.

Pero estaba cada vez más incómodo porque sus palabras caían en un silencio hostil. Echando una rápida mirada a las caras que lo rodeaban, afirmó, con acento final:

—Pero ya lo arreglaremos todo, y sin pensar. Lo arreglaremos con el cuerpo y con el puño, porque lo que nosotros hemos traído a este mundo repodrido no es una idea sino una presencia, una voluntad. Por eso no le tenemos miedo a nadie.

Para evitar que alguno de los muchachos argentinos contestara algo que pudiera ser desagradable al extranjero, y suavizar un poco la situación, la dueña de casa dijo —con esa voz suya que tenía dentro el sonido transparen-

te y misterioso del agua en las montañas— inclinando hacia el español la cabeza, amablemente:

—Me dicen que Ortega ha vuelto a entrar en España. . .

—Sí. Y ha lanzado una de sus monsergas. Pero mejor será que no hable más. Ni falta que nos hace. Hemos terminado allí con esas cosas. —Volvió a soltar la risa espesa, de payaso amargo. Isabel, muy seria, con las cejas levantadas, dijo:

—Es pena para España.

Pasaron unos segundos, tensos. Isabel agregó:

—Acá lo extrañamos mucho. Fué un crimen dejarlo marchar. —Y cuando el español iba a retomar la palabra Isabel se alejó, con sus hombros rectos y su cara inmóvil, de sonámbula. Al pasar junto al joven lampiño y faccioso, Isabel Ituarte, siempre mirando hacia adelante, pronunció unas palabras; pero las pronunció tan quedamente, tan levemente, que al joven le pareció, después, que las había soñado. Eran estas:

—A mí me asombran un poco las personas que creen tener el derecho de llevar a todas partes una cruz en el ojal. —Cuando el joven volvió la cabeza, Isabel ya no estaba ahí.

Dirigiéndose al inglés monosilábico que miraba los diálogos desde arriba y a través de la atención un tanto bovina de Aurora Oromí, Irma Santander estaba haciendo, con el disimulo de rigor, la apología del Dictador. (Era la consigna de última hora; le había sido comunicada por el judío de marras con esta sencilla explicación: se está destruyendo todo lo que hacía del país un cuerpo resistente, por consiguiente hay que estar con quien realiza la obra porque nos abre el camino a nosotros). El inglés, sabiendo que estaba ya seguro en el bolsillo de los compatriotas que acababan de marcharse algún opíparo convenio, escuchaba, benévolo, enigmático. Irma Santander hablaba rápidamente; era muy lista, muy aguda; con los ojos afilados y la boca fanática iba desenrollando, sistemáticamente, su apretada madeja de odios.

A pocos metros de ella el joven lampiño estaba contestando la frase pronunciada —pero la había pronunciado acaso?— por Isabel Ituarte, al pasar. A dos centíme-

tros de la cara sonriente de un joven argentino escéptico y liviano, el nacionalista decía:

—Es que hoy todo se mueve en un clima sobrenatural. Todo es hoy o de Dios o del Diablo. —Tenía la voz asexual, chillona, y la última parte de la frase fué, a fuerza de exasperación, gritada.

Pepe Fuentes, que estaba apoyado contra la puerta del comedor conversando con la chica norteamericana, volvió la cabeza y miró al nacionalista encogiéndose de hombros con impaciencia, luego, dirigió nuevamente su atención hacia la joven belleza rubia. La muchacha le contaba que ella estaba escribiendo un libro—un resumen para niños de La Divina Comedia— en colaboración con el tercer marido de su madre. Harían con él a fin de año, dijo, un viaje de pocos días a Florencia, para que el libro no careciera de color local. Tenían la seguridad, concluyó, de vender cientos de miles de ejemplares pues el editor había obtenido ya el beneplácito de muchas escuelas públicas. Pepe Fuentes exclamó:

—It's wonderful. So you've read Dante?

—Oh, no. But my step-father has.

En ese momento alguien puso una mano sobre el respaldo de tirante seda blanca. La luz de las lámparas dibujó los cinco dedos negros sobre el raso claro. Pareció que alguien iba a sentarse al fin sobre el pequeño sofá. Pero no fué así. La mano se retiró. Y el asiento quedó vacío.

Mientras tanto el argentino escéptico y liviano—inesperadamente— respondía: —Y ustedes se creen de Dios porque hacen los gestos y dicen las palabras que vienen de Dios. Pero la verdad es que no hacen sino esgrimir, desde las madrigueras del resentimiento, esas palabras y esos gestos, es decir, la letra, la letra "gritó", para luchar en forma satánica contra el espíritu de que todo vive. . . —Luego, avergonzado él mismo de haber contestado en serio al chico, rió y dió una palmada amistosa en el hombro del jovenzuelo vehemente.

Entonces, exactamente en ese instante, sucedió algo que modificó el curso natural de la fiesta—de esa que resultó ser la última fiesta de Isabel Ituarte— algo que

marcó, en la memoria de los invitados, con un sello de persistente misterio el recuerdo de esa tarde: la luz de la araña de Murano empalideció, volvió a brillar con intensidad unos segundos y luego, repentinamente, todas las luces de la casa se apagaron. Voces, risas, exclamaciones, todo calló, bruscamente. Se hizo un silencio total. Durante medio minuto sólo se oyó, en arpegio descendente, sonar, limpia, la risa de Isabel Ituarte, mientras caía desparramándose como un collar cortado sobre la alfombra espesa.

La oscuridad era casi completa. Únicamente el resplandor de las velas del vestíbulo y el fulgor de las brasas que ardían en la chimenea indicaba, de modo apenas visible, el contorno de las caras y los cuerpos, en la sombra.

En el ángulo más remoto de la sala el sofá de raso blanco recogía sobre la superficie tensa y brillante de la seda la poca claridad que había en el cuarto. El hombre que no estaba allí sentado, el invitado ausente, ¿era ahora, podía ser ahora esa mancha negra, ese agujero abierto en el respaldo reluciente?

Desde ese hueco, desde ese agujero, desde ese no ser que él era, el hombre que no estaba, el invitado ausente, veía, observaba, medía cuanto en ese cuarto iba aconteciendo. Cuando la luz se apagó una mirada sin ojos resbaló por los grupos de gente, sin prisa, reparando en la expresión de cada rostro, en el sentido recóndito de cada actitud. Todos estaban en ese momento inmóviles, como si la desaparición de la luz les hubiera quitado todo impulso, toda razón de ser. La mirada fijó su atención primero en Irma Santander: tocó la cara exangüe y empolvada, la boca visceral, los ojos empecinados, y vio que todo ello estaba *fijado, detenido, muerto*. Vió que en esa cara y en ese cuerpo no estaba la vida, que el alma de esa mujer estaba encerrada en los límites de una crispación, la crispación del odio; que estaba separada de la vida, desconectada, segregada: *muerta*. Irma Santander, "apóstol del futuro", *era una muerta*. En ese instante el ausente sonrió. La mirada pasó entonces a Aurora Oromí: la cara espléndida era una cáscara hueca, un estuche vacío. La mirada la reflejó, entera: estaba de pie en la oscuridad, dura, brillante, embalsamada; tanto se había apoyado la pobre mujer frívola en las formas y colores de su rostro

que el rostro magnífico, falto de calor interior, se le estaba convirtiendo en corteza opaca, en tiesa envoltura del vacío que encerraba; ante la mirada del ser invisible debió aparecer con evidencia el hecho, el mismo horrendo hecho: Aurora Oromí *también estaba muerta*. El ausente volvió a sonreír. Entonces, desde el sofá vacío, siempre sonriendo, la mirada se deslizó sobre los grupos paralizados en la penumbra de la sala. Todos guardaban silencio, todos se hallaban rígidos, mudos, *sin vida*: si alguno hacía un gesto, ese gesto tenía durezas internas de repetición, de eco, de reflejo inanimado, de movimiento póstumo. La piel de los rostros quietos iba tomando poco a poco tonos violáceos en el claroscuro del aire lleno de humo. La presencia invisible del sofá musitó: "Todos están muertos. Todos están detenidos, fijados, segregados; son las cáscaras vacías que deja tras de sí la vida. Son muñecos macabros". Luego, algo se movió, se desplazó apenas en el sillón de raso blanco. La mancha pareció extenderse, agrandarse sobre el respaldo lustroso. En ese momento varias personas se volvieron instintivamente hacia el rincón de la sala donde brillaba la seda clara. Y fué entonces cuando se oyeron, nitidamente, estas palabras:

—*Están muertos. Es un cocktail de muertos.*

¿Quién había hablado? ¿De quién era esa voz? Las palabras fueron pronunciadas lentamente, articuladas con claridad, sin que nadie pudiera dudar de su sentido. Todos percibieron la forma de cada palabra, la *vieron*, distinta, destacada, en la sombra. Y todos sintieron que la palabra "muertos" les entraba en el cuerpo, se acomodaba en ellos, se enroscaba en la realidad de cada uno, suave y precisa como una víbora. Durante unos minutos —¿minutos o años?— cada uno de los invitados de Isabel Ituarte miró, en la oscuridad del cuarto, la imagen de su propia muerte.

Una llama, en ese instante, se alargó en el hogar, alta, roja. Iluminó el salón durante unos segundos y luego, repentinamente, dejó de alumbrar como si una mano invisible se hubiera posado sobre ella.

Del centro mismo del silencio brotó la voz de Aurora Oromí. ¿Qué le pasaba, qué podía pasarle a Aurora Oromí? Bajo el bosque de plumas claras ¿qué cosas estaban

imaginando los ojos lujosos de Aurora Oromí? ¿Por qué recogió las palabras que todos estaban mirando, las palabras que estaban como inscritas en el aire sin luz y cuya forma todos veían y sentían, por qué dijo, violentamente: —¡Muertos! ¡Muertos! ¡Isabel ha dado un cocktail de muertos! —Y rió, históricamente, con una risa prolongada, sorda, ahogada, mientras buscaba en la oscuridad un cenicero para el cigarrillo que le quemaba los dedos.

Nadie contestó. El silencio se hizo más espeso, más irrespirable. De repente se oyó:

—¡Isabel! ¿Dónde está Isabel? ¿Hasta cuándo nos van a tener en las tinieblas? —Era la voz de Pepe Fuentes. La pregunta fué hecha en voz alta, disparada, como un tiro. Tan de Pepe Fuentes. A ella siguió un silencio aún más contraído, un silencio en el que fué haciéndose cada vez más evidente el malestar colectivo.

Nadie sabía que, protegida por la oscuridad, Isabel estaba apoyada de espaldas contra la pared de la sala, frente al sofá blanco. Cuando la mirada del hombre que no estaba, la mirada ausente, se posó sobre ella, Isabel vió lo que esa mirada veía: vió la imagen de su propia vida, el espectro atroz de su vida muerta. Estiró los dedos fríos hacia arriba en ademán de espanto en la sombra, su boca, muda, se entreabrió de horror.

—Isabel no está aquí —contestó alguien, muy bajo. —Ha desaparecido.

—¿No está? —dijo Pepe Fuentes, volviendo él también al susurro.

—No. —Alguno tosió, nervioso, forzado, y dijo:

—Qué agradable está esto. . .

Mientras tanto, paralizada ante la horrenda visión de sí misma, Isabel seguía de pie en la oscuridad. Y sus manos ¡las manos sin vida, las manos que nunca habían agarrado nada, las manos de omisión! estaban como suspendidas en el aire, junto a su cuello, con los dedos muy separados, temblorosos, suplicantes, como si imploraran al cielo el milagro de volver a nacer. Pasaron unos segundos. Isabel Ituarte hizo un esfuerzo para escapar de la pesadilla

asfixiante; dejó caer las manos heladas a lo largo de su falda, levantó la cabeza, dió un paso hacia adelante, firme. Sonrió.

Entonces, las dos pantallas de pergamino amarillento se iluminaron, repentinamente. El sofá brilló, blanco, en la luz resucitada. Mas antes de que nadie pudiera tener conciencia de ello, tras un breve parpadeo de la luz, la oscuridad volvió a cubrir el cuarto.

Quedó en las retinas deslumbradas de los presentes el dibujo, grabado en líneas claras, del pequeño sofá vacío.

Como para abreviar la espera y ocuparla y aflojar la tensión "los muertos" se habían puesto a fumar. La sombra estaba salpicada de cigarrillos encendidos y el humo, en nube cada vez más tupida, pesaba sobre las cabezas. El reflejo de las velas que los negros enarbolaban en el cuarto contiguo daba a los objetos y a los cuerpos proporciones y contornos fantasmales e irisaba el aire gris de un modo extraño.

Uno de los muertos, el viejo conde italiano, había resuelto esperar que amaneciera con aparente tranquilidad. Aprovechó la oscuridad para cerrar los ojos. Pobre conde; nada lo inmutaba ya. Estaba sentado en una silla contra la pared del comedor. No obstante las tinieblas que envolvían el cuarto—hasta ahí no alcanzaba el resplandor de las velas—el sociólogo español, adivinando su presencia se aproximó a él y, rápidamente, aunque siempre en voz apenas audible, le hablaba de la guerra futura:

—Todo dependerá, una vez más, de lo que haga Alemania. —El viejo conde no abrió los ojos. El español prosiguió:

—¿Podrá el moscovita extender su red hasta el Rin? —El eco de una risa de mujer, sofocada, llegó hasta ellos. Una copa de cristal cayó de la mesa invisible y rodó por el suelo; el tintineo musical duró unos segundos, triste, pueril.

El viejo conde escuchó al español con serenidad pétreo, estatuaría. No abrió los ojos. Tenía el mismo noble perfil que un antepasado suyo cuya efigie yacente acababa de ser destruida, con la maravillosa capilla románica

en que descansaban los restos de su familia, durante uno de los últimos bombardeos alemanes.

El viejo de piedra murmuró al fin con voz exhausta:

—Usted sabe, señor, que, como dijo alguna vez Thomas Mann, pactar con el Diablo es una una vieja tentación germana. —Fué como si la figura yacente de la capilla destruída hubiera hablado desde el fondo de los siglos. El español miró a través de las sombras, el perfil grave del anciano, los párpados bajos, la frente alta. Respetuoso, pensativo, calló.

Se oyó el golpe de una puerta, un leve murmullo, y luego resonó en la sala, casi podría decirse que resplandeció, como un color puro repentinamente iluminado, la voz de Isabel Ituarte. Todos se estremecieron, como si la llegada de Isabel hubiera violado una ley oculta. Pero Isabel no parecía tener conciencia del efecto que producía su aparición. Acababa de entrar. Con su voz de siempre —esa voz de agua escondida— anunciaba el retorno de la luz. Todavía sumidos en las tinieblas los diversos grupos se fueron animando poco a poco, con dificultad. Se oyeron voces vacilantes, cohibidas, alguna interjección; luego, frases sueltas, un diálogo.

Cuando estalló definitivamente la luz la conversación intentaba ya recuperar su tono habitual. Los sirvientes volvieron a circular con sus bandejas. El sociólogo, dirigiéndose al perfil recién despierto del conde, comenzó a desarrollar una nueva teoría. Las plumas del sombrero de Aurora Oromí brillaron otra vez junto a la araña de Murano bajo el suave tul negro que las envolvía.

El hombre que no estaba, el invitado ausente, debió observar cómo todos, uno por uno, fueron tomando la apariencia de la vida. Cómo la dueña de casa volvió a sonreír y, sonriendo, volvió a pasar, coreográficamente, de grupo en grupo. Debió observar que todos procedieron de nuevo como si estuvieran vivos; debió ver cómo, otra vez, las cáscaras secas relucían y se movían bajo la luz recuperada. El cocktail de Isabel Ituarte siguió sin más vicisitud su curso natural, y el sofá de raso blanco que estaba entre las dos pantallas de viejo pergamino no era ya, entre el ruido y la luz de la animación general, sino un asiento vacío.

Pero todos llevaban la muerte, la sensación fría de su contacto, enroscada en el alma como una víbora dormida.

Poco antes de medianoche, cuando se hubo retirado ya la mayor parte de la gente, empezó a circular por entre las personas que quedaban la proposición, expresada en mil formas, de ir a comer algo a alguna parte. Cada uno sugería un sitio diferente. Otra vez, nadie contestaba a nadie. Todos querían seguir, pero nadie sabía hacia dónde seguir.

El desencuentro adquirió proporciones cómicas. Un pobre brasilero, completamente desconectado del grupo de argentinos que lo rodeaba, repetía maníaticamente el nombre de una "boîte" donde, insistía, se comía bien. Nadie lo oía; todos hablaban a un tiempo; el único vínculo que los unía era la necesidad de postergar la soledad inevitable y horrible, de postergarla por unas horas más a cualquier precio, de cualquier modo, en cualquier parte.

A las doce menos cinco sucedió que el sombrero de plumas claras de Aurora Oromí se acercó al sombrero de terciopelo negro de Irma Santander. Los dos sombreros se dirigieron despacio hacia el vestíbulo. Otros sombreros se fueron agregando a ellos. El grupo de jóvenes argentinos y el español pelirrojo hicieron otro tanto, después de arrojar al fuego ya apagado los últimos cigarrillos. En pocos instantes, la sala y el comedor, quedaron vacíos.

En el vestíbulo los dos negros venecianos tocados de oro alzaban, bajo la bóveda enjabelgada, los simétricos candelabros encendidos. El fulgor casto de las llamas se movía sobre las paredes blancas; las caras de ébano sonreían a uno u otro lado de la entrada que dos sirvientes idénticos mantenían abierta, de par en par.

Gabanes oscuros y capas de piel se amontonaron junto a los negros sonrientes. Todos fueron saliendo sin saber adónde iban. Se oyeron risas sin alegría, frases rotas, en idiomas distintos, nombres de mujer, preguntas sin respuesta.

Cuando se cerró por última vez la puerta de calle y los negros quedaron solos bajo las velas agonizantes, nadie se había sentado todavía sobre el pequeño sofá de raso

blanco. Como al comenzar la fiesta, la seda brillaba, inmaculada, entre las dos pantallas de pergamino amarillento.

Frente a la casa de Isabel Ituarte dibujaba sus dos canteros cándidos un pequeño jardín que, escondido tras una verja barroca de hierro, separaba la casa de la acera. Apenas se le veía de la calle: tupidas enredaderas lo envolvían con románticos pudores como si fuera un secreto sentimental e inútil; pocas veces le llegaba el sol debido a los enormes edificios vecinos; quien se asomaba a él lo hallaba como paralizado en un momento del pasado, melancólico, guardado en la sombra, con su jazmín del país, su ibiscus y su rosal de espinas rojas, junto al balcón. Lo cruzaba un camino de viejas baldosas que iba hasta el portón, dividiéndolo en dos mitades simétricas. Por ese camino, humedecido por el aire nocturno, desfilaron desordenadamente los invitados de Isabel Ituarte.

En la calle, bajo el viento frío de la medianoche, se formó un grupo numeroso. Pero nadie pudo comunicarse con nadie; cada uno estaba encerrado en su propia muerte. En lo alto de uno de los plátanos que bordean la avenida crujió, gimiendo, una rama pronta a desgajarse. En el jardín, el ibiscus, tembló. Uno de los muchachos más jóvenes se dispuso a llamar un taxi; Isabel mandó un sirviente a buscar otro. Mientras esperaban, en la desolación nocturna, bajo el cielo de invierno sin luna y sin estrellas, volvió a bajar sobre ellos un extraño malestar, una opresión indefinible. La obscuridad fría los envolvía, aislándolos y apagando en ellos gestos y palabras. Algunos se apoyaron contra la verja; otros miraban, encandilados, la puerta refulgente del hotel cercano. Irma Santander, dando unos pasos hacia la esquina para acercarse a la luz, se empolvó la cara pálida observándose con curiosidad en un espejito minúsculo. Sobre las cabezas desparramadas, una y otra vez, la rama, sacudida por el viento, crujió, amenazante. En las tinieblas apenas rozadas por la luz del farol todos habían tomado otra vez su verdadera apariencia: la apariencia de la muerte. Las actitudes eran otra vez actitudes sin sangre; los rostros, cáscaras huecas. Todos volvían a ser aquello que en realidad eran: muñecos exá-

nimes, cadáveres embalsamados. De repente se oyó la risa frenética, prolongada, sexual, de Aurora Oromi. Nadie supo de qué reía.

Reclinada sobre el portón del jardín sombrío, Isabel Ituarte, con la cabeza echada atrás y los hombros rectos, escudriñaba el cielo remoto, incoloro; su irrealidad parecía haberse acentuado aún más, como si hubiera perdido contacto con su propio cuerpo. Después de investigar el cielo y como si no hubiera hallado en él la explicación que buscaba, se puso a observar, con las cejas juntas, los brazos desnudos de los árboles que se movían haciendo señales extrañas como si insinuaran ademanes de desesperación. La luz del farol de la esquina tocaba las ramas y el resplandor mortecino las destacaba, en espectral anatomía, contra el espacio gris, cual si fueran huesos, esqueletos, memorias. Cuando la rama interrumpió su gemido y como si todo estuviera misteriosamente comunicado, como si todo brotara de una misma indecible palabra, la campana de la Iglesia del Pilar dió la hora. Todos vieron cómo las notas breves, leves, cantantes, caían livianamente sobre el piso mojado. Con la última campanada, el español encendió un cigarrillo; la pequeña llama iluminó durante unos segundos su cara de cadáver gordo. Entonces Isabel Ituarte dijo:

—Falta alguien.

Todos la miraron; cada uno la miró desde esa isla: la propia muerte.

—¿Quién? —preguntó Pepe Fuentes.

Isabel dirigió la mirada, volviendo los hombros un poco, hacia el pequeño jardín semi-oculto tras la verja. Quedó así, con la cabeza vuelta hacia atrás, inmóvil. Una sensación de angustia le cubrió el ánimo; en el claroscuro, por entre las hojas temblorosas del ibiscus, veía los escalones de mármol de su casa: la puerta estaba cerrada y los dos escalones de mármol brillaban —solos, lisos, vacíos— exactamente con el mismo brillo con que un rato antes resplandecía, en la sala oscurecida, el sofá de raso blanco.

El pulso del misterio latía sobre esos escalones. Isabel lo escuchó, anhelante, midiendo la profundidad de la blancura vacía. Oyó, creyó oír el silencio en que consistía

esa blancura, más aún, creyó oír lo que estaba debajo de ese silencio, el hueco sordo y mudo que tiene la forma, sólo la forma de la vida. Esperó. Sus ojos, en cuyo centro se abría la angustia, fueron hacia el grupo de personas que se movía bajo los árboles; pero no pudo soportar el engaño de la realidad inmediata. Sus ojos atravesaron las cosas, miraron hacia afuera, hacia afuera del tiempo; se estiraron hacia lo invisible como dos gritos, como dos manos llamando. Pero el llamado volvió hacia ella. Con dedos inseguros se tocó la garganta, como si le doliera. Sus pulseras sonaron, musicales, en la sombra húmeda. El sonido, tan familiar a sus oídos, la consoló vagamente—quién sabe por qué—dándole una sensación de confianza física. Con cierta naturalidad volvió las espaldas a la casa. Sus ojos, como dos pájaros escapados, revolotearon un instante en el vacío y se posaron, ciegos todavía, sobre el sombrero de Aurora Oromí.

Las plumas y las cintas de colores claros tomaban en la escasa vislumbre un aspecto atrayente y dulcemente fantástico; formaban un enredo de colores y formas imprecisas, suaves. Los ojos de Isabel, fascinados, se internaron en el laberinto blando de tonos pálidos. Una ilusión bajó sobre ella: le pareció que entraba en un bosque y que ese bosque era su infancia. Casi sonriente, avanzó, cautelosa, por los senderos sinuosos: había hojas lustrosas de un verde clarísimo y musgo en el suelo y el aire tenía gusto a Dios. A lo lejos, una nube de mariposas amarillas flotaba, oscilante, sobre un macizo de flores; trató de precisar los nombres de las flores. Midió las formas de las corolas y el color de los pétalos, pero no podía tocar los nombres, los nombres se le escapaban de los dedos. De pronto, en las corolas claras vió la forma y el color y el nombre de los rostros borrados que llevaba en el fondo de la memoria. Un tul los encerraba, los guardaba, presos. "Sí, presos, para que me dejen vivir". Bruscamente, uno de los rostros, el más borrado, la empujó hacia afuera del bosque. Sintió un dolor agudo; la sonrisa desapareció de sus labios. Las pulseras volvieron a sonar, musicales. Tenía las dos manos en la garganta.

Miró a su alrededor, buscó a sus invitados. No había nadie en la calle vacía. Los muertos no estaban ahí. La

mirada de Isabel recorrió toda la cuadra, entró en la sombra de los plátanos, pasó por los umbrales de las casas vecinas. Nadie. Presa de un vértigo creciente, buscó el sombrero de Aurora Oromí; buscó el laberinto de colores pálidos velado de tul, contra la verja, en el jardín, bajo el portón, en la calle. Pero el sombrero de plumas claras había desaparecido.

El olor húmedo del jardín —¿no era, acaso, el oscuro olor a su propio pasado?— llegó hasta ella. A su alrededor, sobre el piso de piedra, estaba acostada una quietud de muerte. Isabel Ituarte cerró los ojos, ajustando todos los resortes de su voluntad, para detener el curso de su delirio. Pero la realidad estaba ahí, y la realidad era vacío, ausencia, desierto. Sobre su cabeza, el plátano crujió de nuevo, áspero; calló, luego repitió, insistente, su queja dura, prolongada. Cuando volvió a abrir los ojos, Isabel Ituarte supo que en el silencio que la rodeaba estaban sepultados, para siempre, sus invitados muertos.

“Nadie”. Todo, todas las palabras se habían resuelto en esa palabra: nadie. ¿Nadie? ¿Era posible? Entonces, ¿todo era posible? “Nadie”. La palabra iba repitiéndose, reproduciéndose ella sola, como si tuviera vida propia; parecía reflejarse simultáneamente en incontables espejos y extenderse a lo lejos; era como una cinta sin fin que la envolvía. “Nadie”. Sin embargo, en la palabra misma, adentro de la palabra, estaba alguien; *en el centro de la palabra estaba alguien*: y era la misma forma —la misma forma ausente— la que estaba en el centro de la palabra vacía.

En ese instante un taxi dobló la bocacalle; se aproximó, se detuvo frente al portón de la casa. Isabel miró las líneas fantasmales del coche parado a unos metros de ella; sus manos, maquinalmente, hicieron un gesto interrogante. El coche no se movía. Ella, mirando hacia el volante, dijo que no con la cabeza. El coche no se movió. Entonces, su voz pronunció desde lejos, desde infinitamente lejos.

—Disculpe. Ha sido un error.

Después de unos segundos, con estrépito, trabajosamente, el coche arrancó. El olor secreto del jardín llegó otra vez hasta ella.

Cuando quiso volver a la realidad vivible y encaminarse con naturalidad hacia la puerta de su casa, sus ojos quedaron prendidos en los escalones de mármol blanco. Sobre esos escalones estaban los contornos de una ausencia, y esa ausencia, esa presencia sin forma, era la única que permanecía a su alrededor. Apoyó sobre la verja del jardín todo el peso de su carne cansada. Estaba vencida por los poderes del aire. Sus dos manos se agarraron a los barrotes de la verja. Oyó, en la distancia, el sonido claro de sus pulseras. Ante sus ojos, la presencia del invitado ausente tomó la forma de las nubes, la forma del árbol, la forma de la luz que bajaba del farol de la esquina, luego, la forma inmensa de la ciudad dormida.

Llena de un horror sin límites, Isabel Ituarte echó a correr por la calle sombría. Cuando pasó frente al hotel, un hombre que salía la miró, sorprendido. La noche cerró sobre ella sus altas puertas.

## UN PINTOR HOLANDES EN EL ECUADOR

**H**AY muchas maneras de emigrar y muchas de vivir. Este artista holandés, Jan Schroeder, escogió de las mejores: la de entregarse, que no es tarea fácil, pues supone, al mismo tiempo la penetrante calidad receptiva. De su paisaje ondulado, pueril como la vida de las hadas, salió con avidez de encuentros. Guatemala fué el primer choque para su sensibilidad de aventurero buscador. Y cuando llegó por estos lados, tuvo ya ligero el llanto para el dolor y afinado el ojo para la geografía de volcanes verdes. Indio y tierra, todo en uno, le fué ganando, que sólo así puede indagarse por los resquicios de un alma vieja y escondida. Cierta vez, emprendió el retorno, pero estaba embrujado por estos valles, cerros y hombres, y ya no le sirvió la dulce línea de su aire húmedo. Tuvo que volver, atado, inapto para fugarse del hechizo, rendido y triunfador, como si hubiera mezclado la sangre para siempre.

No es necesario oírle ni verle el amor por estas tierras en el calor de la mirada. Ved sus obras. No cesa de pintar, que es como pagar tributo al paisaje que le ha conquistado. De una en una, de año en año —y son largos los que cuenta de esta disciplina de descubridor— van diciendo la historia de su entregamiento. La luz, que traía profundidades y transparencias establecidas en olas y siglos de contempladores, dejó de ser europea. Su activación consciente de amor, su esfuerzo de identidad con el hombre y el paisaje de su predilección, están en esas obras con aire de trópico alto, con dramatismo de casa abandonada, de páramo, de cerro que brama, de la mujer de bronce, de casas trepadoras, de colores un poco subjetivos de tanto padecimiento, que es este apagado andar de la serranía.

No era tan sencillo abandonar el resplandor de los pintores que le amamantaron. Mas pronto aprendió que aquí no puede, en nada y para nada, emplearse fielmente el método de un mundo preciosamente acabado, donde cada cosa parece estar quieta en el lugar que le corresponde. Entonces, Schroeder se soltó de sí mismo, frente a la cosa alerta y móvil, en tránsito y en contradicción, y empezó, maduro pintor, lleno de júbilo, a meter en color sus dibujos firmes y valientes,



JAN SCHREUDER. Entierro. (*Tinta*, 1947).



JAN SCHREUDER. Abandonado. (Oil, 1948).

a dar a la pincelada ese inquietante sesgo masculino, cargado de audacia y de elementos seguros.

Es una pintura patética, porque es una pintura en lucha, como la naturaleza humana y física que la circunda. Su realismo ni es retrato ni es capricho de un sueño deformador, sino que conjuga autenticidad, emoción y manera de ver desde adentro, así la misma realidad se lo sugiera. No hay un color en sosiego. Los tonos vibran, gruesos, henchidos de vida, masas crueles, pero sutiles en la expresión de la vida que le sorprendió para someterle. En el manejo de la sombra, del ocre, del amarillo tenso de profundidad, del ritmo vital siempre airado, sin anécdota y sin concesiones, este pintor holandés, con su técnica traída de allá y endurecida aquí, asegura para sí y para todos, no haya duda, una porción valadera de nuestra alma, de nuestra hermosa sierra atormentada.

Desde que Jan Schroeder cambió su paisaje para hallar en estas latitudes la circunstancia exterior que acomodó a su espíritu, ya no podemos hablar de un pintor holandés que vive en el Ecuador, sino de un pintor ecuatoriano, de nombre extraño, que fué a Europa, no encontró su espacio, y volvió con un regusto más íntimo a cumplir con su destino en la geografía que le encadenara.

*Alfredo PAREJA DIEZ-CANSECO.*

## SOBRE LA VIDA LITERARIA Y ARTISTICA EN PARIS

**M**UCHO ha cambiado, en general, es decir en sus aspectos exteriores, la vida en París, desde nuestro último artículo. Desde unos meses. Los comercios mejor surtidos; menos dificultades para encontrar (eso sí: siempre a fuerza de dinero, de mucho dinero, y de "mercado negro" más o menos disimulado) con qué completar, o suplir, la parquedad del "racionamiento". Mayor abundancia de autos. Y, en fin, la primavera, el poder olvidarse de los tormentos de la carencia del carbón, y las calles alegradas con unas vestimentas femeninas más coquetonas. . .

¿Y en el fondo de todo eso?

Pues, en el fondo, una como angustia latente, que se percibe por doquier. Una como inquietud que todo lo domina, y que proviene por igual de la incertidumbre que ofrece el panorama político internacional, y del aumento en flecha de una carestía ya insostenible para la mayoría de los franceses. La literatura, el arte, más que nunca, van siendo artículo de lujo. De la angustia a la amargura, hay poco trecho; de la amargura a la depresión rayana en la desesperación, menos todavía. Por ello, los acontecimientos más trascendentales, en la vida intelectual de Francia, son ahora los "Movimientos" por los cuales artistas, escritores, hombres dados de ordinario a especulaciones al margen de la cosa pública, quieren tomar posiciones, o afirmar las ya tomadas sin tanto ímpetu, o salir del paso de ese peligro de regresión espiritual que los menos pesimistas aseguran ver cernirse sobre una Europa que, al cabo de tres años, no ha hallado aún los caminos de su salvación.

Puede afirmarse que hoy no hay ya, en las Letras y el Arte franceses, una sola personalidad, sea cual sea su tendencia ideológica, que no dedique gran parte de su tiempo a preocupaciones ajenas a la creación literaria o artística. Quizá para bien, y quizá para mal: es pronto para decirlo. Quizá el artista, o el poeta, en contacto directo con los afanes comunes a los demás hombres, sienta ampliarse sus horizontes en forma imposible al hermetismo de las torres de marfil y capillitas de atmósfera enrarecida; incluso, seguramente. Pero quizá también, esta

"entrada en lucha", que para la mayoría no es fruto de un ideal más humano, sino de un desasosiego, una insatisfacción (cuando no, digámoslo francamente, de cierto temor y arrivismo), a más de uno le recorte excesivamente la serenidad necesaria a la elaboración de una obra desligada de contingencias excesivamente transitorias; y, a más de uno le incline a buscar, con demasiada facilidad un aplauso en el cual el valor de su creación, literaria o artística, sea factor secundario.

LA división, clara, rotunda, de Francia toda en dos campos perfectamente delimitados, había de traducirse forzosamente, en literatura, en una agudización de viejos rencores y nuevos partidismos. No se trata, cual podría suponerse desde lejos, de lo que, antes de la guerra, o en América entiéndese corrientemente por derechas e izquierdas: aquí, los católicos, con frecuencia, van unidos a los comunistas, y el espíritu que presidió al reciente desfile de "deportados y supervivientes de los campos de muerte" (desde la Plaza de la Concorde hasta el Arco, o sea subiendo todos los Campos Eliseos, entre una doble barrera de apretados espectadores sobrecogidos de emoción) desfile en el cual el obrero de las organizaciones tenidas por extremistas caminaba hombro con hombro con el religioso o con el sacerdote con sus hábitos, ese espíritu es el que aparece en cuantas manifestaciones, de cualquier orden que sean, mítines o publicaciones, pretenden salvaguardar "el espíritu de la Resistencia" de los ataques, descarados o solapados, de un neo-fascismo ya inequívocamente presente por doquier.

En primera fila —la de la presidencia— de ese desfile de que hablamos, iba el P. Riquet, jesuita cuyos sermones de Cuaresma, en Nuestra Señora, se han acompañado de una expectación y unos éxitos que recordaban los del P. Samson, en el mismo lugar, y con el mismo motivo, años atrás. Ahora bien: el P. Riquet fué deportado y torturado por los nazis; es un "rescapé" de Mathausen, y toda Francia sabe que su primera misa, el regresar del infierno a que le había empujado Vichy, la dijo con el traje rayado de presidiario: desde las enconadas luchas que habían de acabar arrasando el Port Royal de Arnaud y de Pascal y, a mediados del siglo pasado, la resonancia de un Lacordaire, el catolicismo, en Francia, no había tenido mejores oportunidades para obligar al respeto a sus más decididos adversarios. Todo lo cual significa que, en esta división de Francia en dos campos ideológicos, existen ciertos puntos, o al menos un punto, en el cual convergen ideales al parecer contrapuestos.

Así, "la semana de los intelectuales católicos" (del once al dieciocho de abril) ha revestido, en París, una importancia que ha sobrepasado con mucho lo que podía hacer prever una manifestación estrictamente confesional. Dos figuras la han dominado: la del duque de Broglie en el terreno científico: la de Daniel Rops en el campo literario. Ambos han expuesto el caso de conciencia que el momento actual plantea de continuo al creyente: bomba atómica, o necesidad ineludible de "tomar partido" a favor, o en contra, de unas fuerzas cuyo choque posible amenaza con sumir de nuevo el mundo en unas tinieblas junto a las cuales las de los primeros siglos de nuestra era resultarían idílicas. Así también,—y ahora decimos que infortunadamente—escritores de la talla de un Mauriac o un Bernanos, o uno sirven a sus ideas cuando se olvidan de la pendiente que condujo a Vichy y, al socaire de la defensa de unos intereses puramente espirituales, consciente o inconscientemente, se colocan en el campo opuesto a aquel en que han sabido colocarse un P. Riquet, o un Monseñor Saliège.

La trayectoria más lamentable es desde luego, la de André Malraux a quien nadie ha de regatear su calidad: la de una de los mejores escritores de la Francia de hoy, pero cuyas "salidas" políticas actuales han hecho apretar filas en contra suya, casi sin excepción, a todos los que de verdad cuentan hoy en día en la vida intelectual francesa. Algunas de las personalidades más destacadas de la Resistencia, cuyo heroísmo y participación directa en la liberación de su patria nadie osaría discutir, han creído incluso indispensable "recrear el clima moral en el cual se formó la Resistencia" (según reza su programa, a fin de cerrarle el paso a los desahogos, cada día más atrevidos, de aquéllos contra quienes la Resistencia hubo de sostener su martirologio. Las firmas de los escritores de izquierda: Jean Cassou, Vercors, Yves Farge; del R. P. Bonaventure y del escritor católico Martin-Chauffier, y de Marcel Prenant, ilustre hombre de ciencia abiertamente adherido al Partido Comunista, avalan esta nueva organización, llamada de "Los Combatientes de la Libertad", y su heterogeneidad, ya de por sí dice la trascendencia de sus objetivos.

Otra nueva organización de escritores que afirman su posición política; la del R. D. R. (Rassemblement Democratique Revolutionnaire), deseoso, éste, de oponerse a cuantos movimientos quieren enrolar, hacia acá o hacia acullá, las mentes que no desean enrolarse. Deseoso también de sumar su voz colectiva a cuantas voces, por Europa, claman por una paz que todos sienten a merced, no ya de con-

tingencias profundas, sino de cualquier levisimo incidente. Este movimiento, patrocinado por Andre Rousset y Jean-Paul Sartre, es decir, por los existencialistas ya un si es no es desligados del existencialismo de la primera hora (el de un café de Flore hoy ya abandonado a la curiosidad turística de los americanos) declara alzarse, a la vez contra el denuesto de "separatismo", al que califica de "mentira absurda y criminal", lanzada por el movimiento de-gaullista (con Malraux, como profeta máximo del nuevo Alá) y contra los comunistas, con cuyos "objetivos y métodos difiere fundamentalmente", cual el propio Sartre ha declarado, en una conferencia de prensa sensacional. Sensación que no parece haber sobrepasado la del instante de la propia conferencia.

Y tenemos por último, otro manifiesto: el del "Epifanismo". Movimiento más joven, demasiado joven tal vez, patrocinado por Henri Perruchet, autor de "le Maître d'Homme" libro que, va para dos años. le dió cierta notoriedad; por Michel Ragon y sus colaboradores de los "Cahiers du Peuple" y por los colaboradores de "Peuple et Poésie".

Según sus inventores, el vocablo "Epifanismo" significa "la ascensión hacia la luz", y no tiene, para con su doctrina, sino una significación puramente etimológica.

Trátase de constituir el anverso de la medalla cuyo reverso queda dibujado por el existencialismo: una afirmación de optimismo, o, cuando menos, de esperanza, "pese a todo", frente a la aceptación desengañada del curso de los acontecimientos. Propósito plausible, si lo apuntalara algo más que su nebulosidad. "El Epifanismo —dice su Manifiesto— es una mística del hombre": el cielo de nuevo en la tierra. Los epifanistas rompen lanzas filosóficas, o seudo-filosóficas, a un tiempo contra la Iglesia, que pone la finalidad del hombre en Dios, y contra el materialismo dialéctico, que la pone en la sociedad. Es un movimiento ya lo hemos dicho, joven, muy joven e integrado casi enteramente por jóvenes, también muy jóvenes. Ello, a priori, merece benevolencia, y hasta simpatía. El manifiesto es, de todos los que se han publicado en París en estos últimos tiempos, el que mayor consumo hace de palabras trascendentales: mucha "sustancia de las cosas"; muchos "valores propiamente humanos"; mucha "ética de los tiempos futuros"; muchas "eflorescencias", etc.

Esta "afirmación más allá de la desesperación", del "individuo singular que es cada uno de nosotros", tiene su sede en un café de la rue Bonaparte, en donde sus apasionadas discusiones mantienen viva la tradición de un París apasionado por lo que irreverentemente calificase de "grandes machines".

EL teatro es siempre el medio más adecuado para explayar directamente las ideas que han de provocar las reacciones del público, y para medir de inmediato estas reacciones.

Son varias las obras que últimamente han dado lugar a lo que suele llamarse "movimientos de opinión": entiéndase, que han sido discutidas, en críticas y cenáculos, con esa fiebre que París aporta, igual hoy que ayer, a cuestiones que, bajo otros cielos, interesan exclusivamente sectores de opinión "especializados". (¿No es acaso, precisamente, esa fiebre, aportada precisamente a tratar de tales cuestiones, lo que constituye, desde siglos, el clima que se viene a buscar a París, y que le da a París su fisonomía incomparable y necesaria, indispensable, sí, al mantenimiento y evolución de lo que por verdadera civilización debe entenderse?).

Hablemos primero de los nombres que por sí solos se imponen: Claudel y Romain Rolland. La reposición —en texto corregido definitivamente por su autor— del "Anuncio a María" en el Teatre Hebertot, ha tenido honores de estreno. Para los devotos de Claudel, constituyó el momento álgido de la temporada teatral parisina, y crítico ha habido que, en loor a Claudel, se ha olvidado por completo de esa mesura que es, desde el cartesianismo, gloria y distintivo de la creación intelectual irradiada de la Isla de Francia. Mas, hay que reconocer que, aun los que rechazan el "pathos" de la obra claudeliana, y su simbolismo ya lo bastante envejecido como para ostentar su fecha, han aplaudido sin reservas algunos trozos del "Anuncio"; y que unánimemente se ha lamentado que el autor haya creído deber desbrozar la maleza del texto, suprimiendo un último acto cuya Cantata, desde luego, aparece en la nueva edición de la que sus admiradores consideran como el "chef d'oeuvre" de Claudel.

Del "Aert" de Romain Rolland, repuesto al tiempo que el "Anuncio a María" (en el "Théâtre de Poche") se ha dicho que constituía, al igual que aquél, una "tragedia de la fe". Las horas cruciales que ha vivido Francia; las de inquietud que sigue viviendo Europa, dan, en efecto, el mismo significado de entrega total, de sacrificio libremente aceptado, a los dos ideales por los cuales los hombres de hoy se hallan prestos a dar su vida, en cada uno de los desgarrados países del Viejo Mundo (y, sin duda también, del Nuevo): sus creencias religiosas, y su creencia en la posibilidad de hacer un mañana menos injusto que el presente. El propio Rolland le puso a su "Aert" el subtítulo de "Tragedia de la fe"; y, como una afirmación de su fe, se han aplicado, los

jóvenes actores del "Théâtre de Poche" a encarnar los personajes que pronuncian frases como estas: "Salgo de mi cobardía. Tengo sed de justicia. . . Es preferible la guerra a cualquier injusticia. . .". Estamos ante el Romain Rolland ya de vuelta del pacifismo integral traducido por los oportunistas en "es preferible la esclavitud a la muerte". Los años transcurridos, en nada han envejecido este "Aert", del cual críticos de hoy han podido escribir que era como un heraldo de la Liberación. ¿Que no es perfecta, en cuanto a la técnica, al oficio, esta obra del padre de Juan Cristóbal? Desde luego. Mas, es tan alta y tan pura la meta que se propone, y son tantas y tan evidentes sus bellezas, que, pese a la lentitud de muchas de sus escenas, y a la endeblez de la construcción de otras, han constituido sus representaciones uno de los magnos acontecimientos no ya de esta temporada teatral parisina, sino del teatro de la Europa de la post guerra.

Y ahora, dos obras, de dos autores cuya fama corresponde por entero a estos años post-bélicos; a los de la Francia que todavía no conocen los que, desde lejos, añoran la Francia que conocieron antes del vendaval: "La pena capital", de Claude-André Puget, y "Las manos sucias", de Juan Paul Sartre. Sin conexión alguna entre ellas, ni en el fondo ni en la forma, ambas obedecen a idéntico propósito inicial: el de la trasposición, en un país imaginario y por medio de hechos y personajes ajenos, en apariencia, a la realidad cotidiana, de una realidad candente, de inmediato conocida y situada por el espectador.

"La pena capital" no ha alcanzado el éxito que hacían esperar todos los runrunes que acompañaron, a modo de sutil propaganda, su preparación; y, en general, la crítica se ha mostrado severa con este drama, que a ratos linda con el melodrama. Ahora bien: no son los efectismos de un romanticismo por demás trasnochado los que le han valido, al poeta delicado de "La noche de los tiempos", y al admirado autor de los "Días felices", las más acres censuras; ni siquiera ciertas reminiscencias pirandelianas, o un mal disfrazado "sarttrismo": lo que, a "La pena capital" no se le podía perdonar, y no se le ha perdonado, es el haber pretendido, bajo la máscara de unas decoraciones y unos figurines del Renacimiento italiano, establecer, y precisamente en estos momentos, una línea divisoria entre lo bueno y lo malo, lo puro y lo impuro de la Resistencia. Ya sabemos que las revoluciones no se hacen sólo con angelitos, y que no hay gesta popular, por heroica que sea su finalidad, y abnegados sus móviles, que no entrañe inevitables mezquindades, y hasta inevitables bajezas; no por ello es menos heroico el heroísmo, ni menos digno de reverencia el sacrificio de los que se inmo-

lan. Sobre cualquier otro defecto, pesa en la obra de Puget (por cierto puesta a todo lujo en la Sala del Luxemburgo, o sea en el ex-Odeón) ese propósito que, a fuerza de pretensión a la objetividad, incurría en la más imperdonable de las parcialidades: la que subraya sombras allí donde es menester ante todo, y por encima de todo, destacar luminosidades. En estos momentos, en que un neo-fascismo, residuo vergonzoso de la ignominia de la ocupación, aparece con tamaño cinismo que obliga a "los de la Resistencia" a apretar filas y aunar fuerzas, para impedir quede burlada la gesta de la Liberación, y pisoteado el martirio de cuantos por ella se elevaron hasta el más insuperable heroísmo, lo menos que puede decirse de una obra como "La pena capital", es que es inoportuna, y únicamente el haberse impuesto como genial, y no es el caso ni con mucho, podía haber disculpado esta inoportunidad, de un siglo xv florentino, con acento inequívocamente francés y de 1948.

"Las manos sucias" de Jean Paul Sartre, no apelan a resurrecciones históricas, ni a anacronismos: el creador del existencialismo (o, mejor dicho, su adaptador al clima francés), sabido es que gusta de ir derecho al bulto y llamarle al pan, pan, y a cada cosa por su nombre, por fea que sea la cosa, y repelente el nombre. Con esta obra, Sartre se ha propuesto llevar a la escena la realidad, o lo que él supone ser la realidad, de la mecánica interna de los partidos comunistas; su punto de observación puede estar equivocado, y, por lo tanto, son lícitas las censuras durísimas que, día tras día, aparecen contra Sartre en los sectores políticos y literarios de izquierda; lo que no es posible, es disputarle a "Las manos sucias", la solidez con que se halla construída la obra; la cual aparece tanto más censurable cuanto que logra imponerse con más fuerza ante el público. El hecho de que toda la prensa reaccionaria, y algo más que reaccionaria, haya alabado ditirámbicamente "Les mains sales", dice bastante cuál es el alcance de esta última producción del autor hoy en día quizá el más apasionadamente discutido de toda Europa.

Digamos por fin, para terminar esta breve revista de la actualidad teatral, que una reposición de "La celestina" le ha permitido a Marcelle Géniat dibujar una figura inolvidable, gracias a la cual nuestro Fernando de Rojas obtiene, en "la Renaissance", un triunfo que familiariza con él un público que lo ignoraba punto menos que por completo; y que la reposición, en "Les Mathurins", de "Le Bout de la Route", de Jean Giono, ha permitido reingresar en el mundillo intelectual, a un autor cuya actitud frente al invasor no fué, en opinión de los patriotas, todo lo entera que debería haber sido. "Le Bout de la

Route" (El final del camino), magistralmente interpretado, se ha impuesto de nuevo, por esa mezcla de crudeza y de lirismo que hace de esta obra una de las cimas del teatro francés contemporáneo.

**LIBROS:** siguen saliendo a montones. Demasiados, para que la mayoría no se pierda en la forzosa indiferencia del lector. También para que la mayoría puedan ofrecerle, al lector, el menor interés. Pero, los pocos que logran imponerse, a la curiosidad primero, y después a la admiración, hallan, en esa misma necesidad de dominar la competencia, una calidad que, de inmediato, los acompaña cual una aureola. Que dos o tres libros importantes por mes, o sea veinte o treinta libros importantes por año, no es mala cosecha.

Todavía estamos demasiado cerca del momento en que fué posible ¡por fin! sacar a la luz todos los horrores, y todas las abnegaciones, para que no sigan siendo, las obras palpitantes de dolor y abnegaciones, las que destaquen. Han sido muchos, desde luego, los libros, novelados unos, friamente realistas otros, que han contado lo que fué ese infierno del "mundo concentracionario", que las imaginaciones más delirantemente sádicas no sabrían imaginar. Han sido muchos, y entre ellos muchos que habrán de perdurar con toda seguridad. Empero, "El infierno organizado", de Eugen Kogen, y, sobre todo, "El hombre y la bestia", de Louis Martin-Chauffier, tan pronto salieron a luz, han sido unánimemente calificados —junto con "Los días de nuestra muerte", de David Rousset— como las obras definitivas acerca del infierno nazi.

David Rousset es francés; Eugen Kogen es austriaco: ambos, cada uno desde su ángulo particular de repulsa y sufrimiento, se completan en la descripción de esos campos de concentración en los cuales el nazismo sistemáticamente, científicamente, pretendía acabar con cuantos seres humanos constituían para él un peligro, o simplemente un lastre. Kogen, afamado sociólogo y periodista, ha logrado salvarse milagrosamente de Büchenwald, tras siete años de incesante martirio; Louis Martin-Chauffier, de milagro, un milagro que le salvó cuando ya estaba más próximo al otro mundo que a éste, ha podido escapar a ese campo de Bergen-Belsen, en el cual se caminaba —así, literalmente— sobre decenas de millares de cadáveres, cuyos huesos se pudrían a la intemperie. La obra del mártir austriaco interesa, sobre todo, por cómo demuestra la complicidad de todo el pueblo alemán con los verdugos: complicidad de la ignorancia voluntaria, del no querer saber lo que es más cómodo ignorar. La obra de Louis Martin-Chauffier

constituye un documento inapreciable, por cuanto demuestra el posible triunfo del espíritu sobre la materia. Martin-Chauffier, intelectual de primerísimo rango, desde el punto y hora de su detención, se propuso no permitir a la bestia triunfar sobre el hombre; si él se dejaba aniquilar por el sufrimiento, permitía el triunfo de quien le infligía ese sufrimiento. Martin-Chauffier es creyente: a veces eran sus oraciones las que le impedían ceder ante el dolor. Es también, ya lo hemos dicho, un intelectual destacado; una inteligencia metódica y serenamente cultivada: a veces mientras le apaleaban, recitábase en voz baja trozos de Virgilio, y así, un día, logró incluso esbozar una sonrisa, que al S.S. que le apaleaba le dejó suspenso. Ese día, Louis Martin-Chauffier, cuando sus verdugos le dejaron medio muerto, sangrante por incontables llagas, comprendió que había logrado el mayor triunfo que a un hombre le es dado lograr.

Junto al católico, la judía: "La pasión de Myriam Bloch" cuenta lo que fué el calvario de las mujeres —las judías y las cristianas— en los campos nazis, y en las prisiones de Vichy. Y es otra pluma femenina, la de Laura Moulin, quien, en "El primer combate", homenaje a su hermano, uno de los héroes fusilado por la Gestapo, nos cuenta lo que fueron esos albores de la Resistencia francesa, cuando eran tan pocos, y por lo mismo tan grandes, los que enarbolaban, frente al invasor, la bandera de la Libertad.

Y es que este tema habrá de ser, por largo tiempo aún, el eje en torno al cual gire toda la producción literaria, por igual de Francia que de todos los países que en Europa sufrieron directamente la opresión. Los que de él pretendan distanciarse, sólo logran distanciarse del momento que aspiran a representar. Los vericuetos al parecer más alejados, nos vuelven todos a este tema que, hoy en día, separa al mundo en dos, tan certeramente como la línea del Ecuador en los mapa mundis. En Sorbona, se ha desarrollado, a principios de abril, una ceremonia intensamente emotiva, de "presentación póstuma" de una tesis, que había de valerle el título de Doctor en Letras a su autor, muerto en un campo de concentración, en Alemania. La tesis: "En busca de una unidad del espíritu. Introducción crítica a una metafísica de la experiencia, o a un ensayo de filosofía objeto-sujeto". Su autor: Juan Archambeaud.

Poetas: tres acontecimientos. Publicación de una antología seleccionada por Eluard. Antología tan arbitraria como todas las demás, pero que tiene, sobre las demás, el mérito de la franqueza de su arbitrariedad. Paul Eluard, uno de los valores poéticos más altos de la

Francia contemporánea, ha titulado esta selección: "La mejor selección de poemas es la que uno hace para sí".

Lectura en público de unos poemas de Magdalena Riffaud por su autora, poemas entre los cuales destaca ése que compuso la noche en que, sola en su celda, esperaba la llegada del alba en que creía iba a ser fusilada.

Y, en fin, la muerte de Antonino Artaud, el poeta loco y genial. descubierta por Gide cuando fué co-fundador, con André Breton, del "Centro Surrealista". Artaud, tuvo sus momentos de gloria en el Vieux Colombier de años atrás, y su hora de escándalo en una emisión de radio reciente, en que no se le permitió recitar "Para acabar con el juicio de Dios", poema salpicado de palabras gruesas. Poco después, era menester encerrar de nuevo al poeta en un sanatorio. A las pocas semanas, su muerte hacía brotar las sempiternas necrologías, y éstas obligaban a recordar que algunos de los libros del poeta loco —"Helio-gáballo"; "El ombligo de los limbos"— contienen algunos de los trozos más bellos de la lírica francesa.

**L**A VIDA INTELLECTUAL: el 30 de marzo, inauguración en la Sorbona. del Congreso Internacional de Historia Literaria, con un discurso sensacional, es decir que causó sensación, o, si se prefiere, que anonadó a los asistentes, del embajador de China en el Vaticano, el Excmo. Sr. Juan Wu, quien, a manera de exégesis histórica, habló de "la filosofía" de Santa Teresita de Lisieux. Y el 2 de abril, clausura de dicho Congreso, con un discurso no menos sensacional, pero por el talento desplegado en hablar maravillosamente sin querer decir nada, de André Maurois.

En el P. E. N. Club, velada dedicada a Van den Vendel el más ilustre de los poetas y dramaturgos clásicos holandeses. Jean Stale, erudito holandés y poeta bilingüe, da a conocer la personalidad de Van den Vendel en una conferencia realizada por la interpretación de trozos de algunos de sus dramas traducidos al francés por el propio Stale; interpretación a cargo de los "Theofilianos", el elenco teatral estudiantil formado y dirigido por Gustave Cohen, uno de los maestros más renombrados de la Sorbona y, sin duda posible, el mejor catador y "explicador" del teatro medioeval.

La sede parisina del P. E. N. C. fué saqueada por los invasores. De su hermosa biblioteca, nada queda; pero el P. E. N. C. sigue en París. fiel a su tradición, y en sus salones tienen lugar algunos de los actos

más interesantes de la vida intelectual europea. Tal, la conmemoración de la Revolución del 48; conferencias sobre "Literatura obrera" (por Devaux), sobre el san-simonismo (por Friedman) y, por último, una velada dedicada a la Revolución Húngara del 48, con una muy documentada conferencia de la señora Karoly (esposa del embajador y ex-primer magistrado de su país) acerca de los poetas de aquel tiempo, con acompañamiento de recitales de poemas de Petofi por destacados actores franceses, y de música húngara por artistas expresamente venidos de la Opera de Budapest.

En el centro israelita "La terre retrouvée" (La tierra nuevamente hallada), una gran recepción en honor de Cecil Roth, profesor de Historia en Oxford, autor de una monumental historia del pueblo judío recientemente vertida al francés. En ese acto, el escritor Edmond Fleg —otro superviviente del infierno nazi— ha pronunciado un discurso de análisis de la obra de Roth, y del momento actual, en relación con la cuestión judía, que ha sido comentado con extraordinaria amplitud por todos los sectores de la prensa europea.

Ultimo acto de la comedia que Sacha Guitry quiso representar fuera de escena. Los tribunales dan la razón a la Academia Goncourt, y condenan al costo de gastos y daños y perjuicios "morales" al autor-actor por mucho tiempo demasiado mimado, y que, cual todo niño mimado, se pasó de la raya. La raya, aquí, la constituye esa zona de discreción y penumbra de la que no debería haber salido tan pronto quien tenía que hacer olvidar sus relaciones demasiado cordiales con "los ocupantes". En su vanidad lastimada, Sacha Guitry se revuelve contra todos, y apela a todo, y comete su mayor torpeza: invoca, en su favor, el testimonio postumo de Tristán Bernard, al que asegura haber salvado de las garras de la Gestapo primero, y ayudado materialmente después para que pudiera, sin perecer de hambre y de frío, esperar tiempos mejores. El calvario de vejaciones y malos tratos sufrido por un Tristán Bernard de ochenta años, por el delito de haber nacido israelita, es una de las páginas más bochornosas de Vichy; su hijo Jean Jacques, el ilustre autor de "Martine" (cuyo hijo mayor no ha regresado de la deportación) no podía tolerar que el nombre de su padre sirviera de escudo a un amigo de Abetz; la carta abierta a Sacha Guitry, publicada por Jean Jacques Bernard en "Le Figaro" carta en la cual dice que su padre, a instancias suyas, y no obstante el cariño que a Sacha Guitry le profesaba desde niño, rechazó el saco de carbón que éste le ofreció en lo más crudo de un invierno sin carbón para casi nadie, y, sobra decirlo, para ningún judío, es una sentencia mucho

más dura que la de cualquier tribunal. Tras ella, "l'affaire" Sacha quedó definitivamente liquidada.

**A**RTE: El "Salón de Independientes", acontecimiento máximo.

Decir que nos ha defraudado, es decir poco. Varios miles de obras, algunas bastante aceptables, un corto, muy corto número de obras interesantes, el resto de una mediocridad lamentable, y, como impresión general, la de que también el arte al parecer revolucionario crea, a la larga, su academicismo, que no vale más que el de los cánones tradicionales, y sólo se distingue de éste por el engaño que supone respecto a la esperanza puesta en sus innovaciones.

Cierto es que los Independientes hubieron de luchar con el "handicap" de esa Exposición Turner, organizada con ayuda de los Museos Británicos, y que, durante varias semanas, ha embelesado a un público que no se cansaba de volver, día tras día a contemplarla. Y que, apenas hubo cerrado sus puertas el Salón que parecía deber ser el demolidor, por excelencia, de fórmulas y trucos, la inauguración, para reapertura de la famosa Galería Bernheim, de una exposición de retratos de mujeres de 1800 a 1930, con todos los maestros del Impresionismo al frente y, como punto de partida un David (La Tricoteuse, del museo de Lyon) que nos revela la fuerza insospechada de ese neoclasicismo que hubo de dar al traste con el preciosismo dieciochesco, y, como meta, unos Bonnard, y unos Vuillard, que cuentan entre las más refinadas asociaciones —o disociaciones— de color de estos "músicos" del colorido, constituía una comparación muy difícil de resistir para artistas menos cuajados.

Con todo, estos "Independientes", en conjunto, y salvo muy escasas excepciones, en su afán ingenuo de "epatar al burgués", unos; de adentrarse por los caminos ya trillados de modelos (Picasso, Matisse, etc.) ya provechosamente admitidos por los traficantes en arte, otros; y hasta, para que nada faltara, con sus cuadritos y figuritas a estilo (puestas de sol, paisaje bajo la nieve, grupos de los que los franceses califican de "dessus de pendule", etc.) de los que pueden adquirirse en cualquier comercio de "objetos de arte", o en cualquiera de las exhibiciones callejeras del Barrio Latino; estos "Independientes", esperados con verdadera expectación, nos han resultado más dependientes que ningún otro Salón, de los más intolerables convencionalismos.

*Margarita NELKEN.*



# Cuadernos Americanos

alternando con los números de la revista ha publicado los siguientes libros:

- 1.—*Ganarás la luz...*, por LEÓN-FELIPE.
- 2.—*Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra*, por ANTONIO CASTRO LEAL.
- 3 y 4.—*Rendición de espíritu*, por JUAN LARREA, 2 Vols.
- 5.—*Orígenes del hombre americano*, por PAUL RIVET.
- 6.—*Viaje por Suramérica*, por WALDO FRANK (7 pesos).
- 7.—*El hombre del bubo*, por ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.
- 8.—*Ensayos Interamericanos*, por EDUARDO VILLASEÑOR.
- 9.—*Martí escritor*, por ANDRÉS IDUARTE. (7 pesos).
- 10.—*Jardín Cerrado*, por EMILIO PRADOS. (7 pesos).
- 11.—*Juventud de América*, por GREGORIO BERMAN. (7 pesos).
- 12.—*Corona de Sombra y Dos conversaciones con Bernard Shaw*, por RODOLFO USIGLI. (8 pesos).
- 13.—*Europa-América*, por MARIANO PICÓN-SALAS.
- 14.—*Meditaciones sobre México, Ensayos y Notas*, por JESÚS SILVA HERZOG.

Precio por cada volumen (excepto los Nos. 6, 9, 10, 11 y 12).

MEXICO . . . . .	5.00 pesos
OTROS PAISES . . . . .	1.20 dólares

## OTRAS PUBLICACIONES

- La revolución mexicana en crisis*, por JESÚS SILVA HERZOG. 1.00 peso.
- El Surrealismo entre Viejo y nuevo Mundo*, por JUAN LARREA. 3.00 pesos.
- Sugestiones para la Tercera República Española*, por MANUEL MÁRQUEZ. 1.00 peso.
- Un Ensayo sobre la Revolución Mexicana*, por JESÚS SILVA HERZOG. 2 pesos.

## REVISTA

SUSCRIPCIÓN ANUAL PARA 1948:  
(6 números)

MEXICO . . . . .	30.00 pesos
OTROS PAISES DE AMERICA . . . . .	5.00 dólares
EUROPA . . . . .	6.50 „

Precio del ejemplar:

México . . . . .	6.00 pesos
Otros países . . . . .	1.00 dóls.

## S U M A R I O

### N U E S T R O T I E M P O

- Francisco Romero*      Inventario de la crisis.  
*Víctor Massuh*      La esperanza europea.  
*Antonio Carrillo Flores*      El desarrollo económico de México.

*Notas*, por José E. Iturriaga, Andrés Henestrosa y Silvio Zavala.

### AVENTURA DEL PENSAMIENTO

- Juan Cuatrecasas*      El obstáculo epistemológico en el pensamiento político.

- Ezequiel Martínez Estrada*      Imagen de Martín Fierro.  
*Joaquín Álvarez Pastor*      Moralidad y moral.

*Nota*, por Jesús Reyes Heróles.

### P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Pedro Armillas*      Fortalezas mexicanas.  
*Luis Aznar*      Las etapas iniciales de la legislación sobre indios.

- Fryda Schultz de Mantovani*      La infancia mágica y real de Sarmiento y de Martí.

*Notas*, por Carlos Obregón Santacilia y Emir Rodríguez Monegal.

### D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- Juan Ramón Jiménez*      Del fondo de la vida.  
*Gabriela Mistral*      El costado del mundo.  
*Emilio Oribe*      La contemplación de lo eterno.

- Octavio Paz*      El girasol.  
*Ernesto Da Cal*      Don Segundo Sombra, teoría y símbolo del gaucho.

- Carmen R. L. de Gándara*      El lugar del diablo.

*Notas*, por Alfredo Pareja Díez Canseco y Margarita Nelken.